REBOUND

ANÓNIMO

POEMA DEL CID

VIGÉSIMA PRIMERA EDICIÓN

COLECCIÓN AUSTRAL

PQ6366
.A18
M3

03437

Date Due

FLORIDA KEYS JUNIOR COLLEGE LIBRARY
Key West, Florida

PRINTED IN U.S.A.

Digitized by the Internet Archive
in 2026

https://archive.org/details/poemadelcid0000ramo

9+

POEMA DEL CID

3846

COLECCIÓN AUSTRAL

N.º 5

ESPASA
CALPE
S.A.

ANÓNIMO

.A18
M3

POEMA DEL CID

SEGÚN EL TEXTO ANTIGUO PREPARADO

POR

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

LA PROSIFICACIÓN MODERNA DEL POEMA HA SIDO HECHA

POR

ALFONSO REYES

VIGÉSIMA PRIMERA EDICIÓN

FLORIDA KEYS JUNIOR COLLEGE LIBRARY
Key West, Florida
03437

ESPASA-CALPE, S. A.

Ediciones para la

COLECCIÓN AUSTRAL

Primera edición:	*20 - VIII - 1938*
Segunda edición:	*26 - VIII - 1940*
Tercera edición:	*23 - IV - 1941*
Cuarta edición:	*2 - XI - 1942*
Quinta edición:	*15 - V - 1943*
Sexta edición:	*6 - XII - 1943*
Séptima edición:	*12 - V - 1944*
Octava edición:	*4 - I - 1945*
Novena edición:	*26 - V - 1945*
Décima edición:	*5 - XI - 1945*
Undécima edición:	*29 - XI - 1947*
Duodécima edición:	*16 - IV - 1948*
Decimotercera edición:	*7 - IV - 1949*
Decimocuarta edición:	*15 - IX - 1949*
Decimoquinta edición:	*24 - IV - 1951*
Decimosexta edición:	*15 - VI - 1951*
Decimoséptima edición:	*22 - X - 1953*
Decimoctava edición:	*31 - III - 1956*
Decimonovena edición:	*4 - VI - 1960*
Vigésima edición:	*13 - XI - 1963*
Vigésima primera edición:	*8 - V - 1965*

© *Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1919*

N.º Rgtr.º: 3.236—56

Depósito legal: M. 5.039—1965

Printed in Spain

Acabado de imprimir el día 8 de mayo de 1965

Talleres tipográficos de la Editorial Espasa-Calpe, S. A.
Ríos Rosas, 26. Madrid

El CANTAR DE MIO CID, *primer monumento conocido de la literatura española, es un poema épico que narra, en tres cantos, las hazañas del héroe nacional, Rodrigo Díaz de Vivar, a quien por su arrojo en los combates llamaron el Cid Campeador, que quiere decir «batallador». El poema tiene un fondo histórico considerable, y sus descripciones geográficas son de una exactitud casi prosaica.*

Fue escrito probablemente hacia 1140. Se conserva en una copia manuscrita hecha por Pedro Abad en 1307. Se ignora el nombre de su autor, y sólo se supone que fuera vecino de Medinaceli o sus cercanías, por la minuciosidad con que suele describir aquellos contornos. A juzgar por ciertas peculiaridades de su lenguaje, probable es que fuera un mozárabe, o cristiano que vivía entre moros.

El género de poesía a que este poema pertenece duró en España hasta el siglo XV, y produjo otros poemas de que sólo nos quedan fragmentos o prosificaciones incorporadas en vizias crónicas. La poesía épica castellana había recibido inspiraciones de la épica francesa, pero —a diferencia de ésta— era poco dada a lo fabuloso y fantástico. Cuando comenzaron a contarse en prosa los asuntos de la poesía épica francesa, resultaron las novelas de caballerías; cuando se hizo lo propio con la poesía épica castellana, resultaron, por regla general, libros de historia, crónicas...

En 1779, Tomás Antonio Sánchez publicó por primera vez el CANTAR DE MIO CID *en su* Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV, *tomo I. En 1864, Florencio Janer lo reimprimió en el volumen LVII de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra. K. Vollmöller lo pu-*

blicó nuevamente en Halle, 1879. Don Ramón Menéndez Pidal inaugura una nueva era de los estudios cidianos al publicar el poema en 1898-1900, a lo cual siguió su obra fundamental: CANTAR DE MIO CID, texto, gramática y vocabulario, 3 vols. *Madrid, 1908-1911 ; y en 1913 otra edición para los Clásicos Castellanos de* LA LECTURA: POEMA DE MIO CID. *También A. M. Huntington ha publicado una edición de lujo del Cid, en Nueva York, 1897-1903.*

La figura del Cid Campeador, universalmente conocida, lo es sobre todo, para el público general, a través de los romances viejos, posteriores en varios siglos al POEMA DE MIO CID, *y que representan, a todas luces, un mundo estético muy distinto del de los juglares medievales: más elegante sin duda, más compuesto ; pero donde la figura de D. Rodrigo pierde algo de la honrada llaneza con que se nos muestra en el* CANTAR, *y aun padece, a ratos, verdaderas ofuscaciones.*

El mayor mérito artístico del viejo poema está, sin duda, en esta nota de sobriedad. Aquí nunca gesticula el dolor, y la alegría tiene siempre una gracia bronca. Si en Cervantes se admira como un florecimiento del espíritu español, en el CANTAR DE MIO CID *todos creen reconocer las raíces de la sensibilidad castellana. Así, aunque la idea del patriotismo del Cid no se encuentre expresa en el poema, la figura del héroe ha adquirido una importancia de símbolo nacional.*

Contiene este tomo, lado a lado, una edición del CANTAR DE MIO CID, *según el antiguo texto, y una prosificación moderna del mismo, destinada a los no familiarizados con el español del siglo XII. El texto antiguo es —salvo algunas anotaciones eruditas de que prescindimos, y alguna enmienda posterior que aquí recogemos— fiel copia de la edición preparada por D. Ramón Menéndez Pidal para los Clásicos Castellanos de* LA LECTURA *(Madrid, 1913). En cuanto a la prosificación, procura respetar el espíritu del viejo poema, y se ciñe a sus palabras tan estrictamente como lo tolera el sentido actual de la prosa castellana ; puede, pues, servir como auxilio para la interpretación del texto original, y también puede leérsela de corrido. La paridad en la im-*

presión de uno y otro texto permite hacer cómodamente las confrontaciones necesarias.

Debemos especial agradecimiento a D. Ramón Menéndez Pidal; sin sus investigaciones no hubiera sido posible presentar al público este volumen. Benévolamente nos ha autorizado para aprovechar el texto establecido por él, copiando la división de estrofas, arreglo de asonancias y demás enmiendas críticas, y ha examinado la prosificación, retocando lo que hacía falta. A él debe atribuir el lector discreto los aciertos que encuentre (*).

A. R.

(*) Esta obra fue preparada en 1919. Durante estos treinta años entre la antigua *Colección Universal* y la presente COLECCIÓN AUSTRAL, ha sido objeto de quince o más reimpresiones que no nos fue dable examinar personalmente. El texto en prosa de la actual edición ha sido cuidadosamente revisado, se han rectificado erratas y errores, y se han tomado en cuenta algunas útiles indicaciones de la crítica, como las incorporadas en su «edición académica» —fundada en la nuestra y sólo destinada a usos escolares de su cátedra— por el profesor Víctor R. B. Oelschläger (Departament of Spanish, Newcomb College, Tulan University, New Orleans, 1948). A. R.

CANTAR PRIMERO

DESTIERRO DEL CID

(La falta de la primera hoja del códice del Cantar se suple con el relato de la Crónica de Veinte Reyes.)

El rey Alfonso envía al Cid para cobrar las parias del rey moro de Sevilla. Éste es atacado por el conde castellano García Ordóñez.—El Cid, amparando al moro vasallo del rey de Castilla, vence a García Ordóñez en Cabra y le prende afrentosamente.—El Cid torna a Castilla con las parias, pero sus enemigos le indisponen con el rey.—Éste destierra al Cid.

Enbió el rey don Alfonso a Ruy Díaz mio Çid por las parias que le avían a dar los reyes de Córdova e de Sevilla cada año. Almutamiz rey de Sevilla e Almudafar rey de Granada eran a aquella sazón muy enemigos e queríanse mal de muerte. E eran entonçes con Almudafar rey de Granada estos ricos omnes que le ayudavan: el conde don Garçía Ordóñez, e Fortún Sánchez el yerno del rey don Garçía de Navarra, e Lope Sánchez... e cada uno destos ricos omnes con su poder ayudavan a Almudafar, e fueron sobre Almutamiz, rey de Sevilla.

Ruy Díaz Çid, quando sopo que assí venían sobre el rey de Sevilla, que era vasallo e pechero del rey don Alfón, su señor, tóvolo por mal e pesóle mucho ; e enbió a todos sus cartas de ruego, que non quisiessen venir contra el rey de Sevilla nin destruirle su tierra, por el debdo que avían con el rey don Alfonso [ca si ende al quisiessen fazer, supiessen que non podría estar el rey don Alfonso que non ayudasse a su vasallo, pues su pechero era]. El

CANTAR PRIMERO

DESTIERRO DEL CID

El rey Alfonso envía al Cid para cobrar las parias del rey moro de Sevilla. Éste es atacado por el conde castellano García Ordóñez.—El Cid, amparando al moro vasallo del rey de Castilla, vence a García Ordóñez en Cabra y le prende afrentosamente.—El Cid torna a Castilla con las parias, pero sus enemigos le indispónen con el rey.— Éste destierra al Cid.

Envió el rey don Alfonso al Cid Ruy Díaz por el tributo que los reyes de Córdoba y de Sevilla tenían que pagarle todos los años. Almutamiz, rey de Sevilla, y Almudafar, rey de Granada, eran a la sazón muy enemigos y se odiaban a muerte. Almudafar, rey de Granada, tenía de su parte a algunos ricos hombres que le ayudaban: tal era el conde García Ordóñez, y Fortún Sánchez —yerno del rey don García de Navarra— y Lope Sánchez... Todos éstos auxiliaban con su poder a Almudafar; y juntos marchaban sobre Almutamiz, rey de Sevilla.

El Cid Ruy Díaz, cuando supo cómo venían sobre el rey de Sevilla, que era vasallo y pechero del rey don Alfonso, su señor, túvolo a mal y pesóle mucho; y envió a todos cartas rogándoles que no se empeñasen en atacar al rey de Sevilla y destruir sus tierras, por la obligación que tenían al rey don Alfonso; y que si a toda costa querían hacerlo, tuvieran por cierto que el rey don Alfonso no podría dejar de sostener a su vasallo, puesto que era su

rey de Granada e los ricos omnes non presçiaron nada sus cartas del Çid, e fueron todos muchos esforçadamente e destruyeron al rey de Sevilla toda la tierra, fasta el castillo de Cabra.

Quando aquéllo vio Ruy Díaz Çid [tomó todo el poder que pudo aver de cristianos e de moros, e fue contra el rey de Granada, por le sacar de la tierra del rey de Sevilla. E el rey de Granada e los ricos omnes que con él eran, quando sopieron que en aquella guisa iva, *enviáronle dezir que non le saldrían de la tierra por él*. Ruy Díaz Çid quando aquello oyó, tovo que non le estaría bien si los non fuese cometer, e] fue a ellos, e lidió con ellos en campo, e duróles la batalla desde ora de tercia fastà ora de medio día, e fue grande la mortandad que y ovo de moros e de cristianos de la parte del rey de Granada, e venciólos el Çid e fizolos fuir del campo. E priso el Çid en esta batalla al conde don Garçía Ordóñez [*e mesóle una pieça de la barba*]... e a otros cavalleros muchos, e tanta de la otra gente que non avie cuenta; e tóvolos el Çid presos tres días, desí quitólos a todos. Quando él los ovo presos, mandó a los suyos coger los averes e las riquezas que fincavan en el campo, desí tornósse el Çid con toda su conpaña e con todas sus riquezas para Almutamiz rey de Sevilla, [e dio a él e a todos sus moros quanto conosçieron que era suyo, e aun de lo al quanto quisieron tomar. *E de allí adelante llamaron moros e cristianos a este Ruy Díaz de Bivar el Çid Campeador*, que quiere dezir batallador].

Almutamiz diole entonçes muchos buenos dones e las parias por que fuera... E tornóse el Çid con todas sus parias para el rey don Alfonso su señor. [El rey resçibiole muy bien, e plógole mucho con él, e fue muy pagado de quanto allá fiziera.] Por esto le ovieron muchos enbidia e buscáronle mucho mal e mezcláronle con el rey...

El rey commo estava muy sañudo e mucho irado contra él, creyólos luego... [*e enbió luego dezir al Çid por sus*

pechero. El rey de Granada y los ricos hombres no hicieron caso de las cartas del Cid; y cayeron esforzadamente sobre el rey de Sevilla, destruyendo todas sus tierras hasta el castillo de Cabra.

Al ver esto, el Cid Ruy Díaz reclutó todas las fuerzas que pudo juntar entre cristianos y moros, y marchó contra el rey de Granada para expulsarle de las tierras del rey de Sevilla. Cuando esto supieron el rey de Granada y los ricos hombres que le acompañaban, enviáronle a decir que no sería él quien los echara de aquellas tierras. Oyólo el Cid Ruy Díaz, y se dijo que estaba obligado a castigarlos; y fue hacia ellos, y lidió con ellos en batalla campal que duró desde la hora de tercia hasta mediodía; y grande fue la mortandad de moros y cristianos por parte del rey de Granada. Así venció el Cid a sus enemigos, obligándolos a abandonar el campo. En esta batalla el Cid hizo prisionero a don García Ordóñez y le arrancó un mechón de las barbas..., y también cogieron a otros muchos caballeros. Tantos fueron los enemigos presos, que se perdió la cuenta. Tres días los tuvo cautivos el Cid, y después los mandó soltar. Pero una vez presos, ordenó a los suyos que recogiesen todos los bienes y riquezas abandonados en el campo, y luego se reunió con su compañía y su botín a Almutamiz, rey de Sevilla.

A él y a sus moros entregó, de los objetos rescatados, cuanto reconocieron por suyo, y aun de lo ajeno cuanto quisieron. Y desde entonces moros y cristianos apellidaron a Ruy Díaz de Vivar el Cid Campeador, para recordar su bravura en las batallas.

Almutamiz le mandó obsequiar con ricos presentes y le entregó además el tributo que había venido a recoger... El Cid volvióse con el tributo al rey don Alfonso, su señor. El rey lo recibió muy bien, se declaró satisfecho de él y muy contento de su conducta. Y ésta fue la causa de que le salieran muchos envidiosos, procurándole incontables daños, hasta que le pusieron a mal con el rey.

El rey les prestó oídos, porque tenía viejas rencillas contra él, y envió a decir al Cid por una carta que saliese del

cartas que le saliesse de todo el regno. El Çid después que ovo leídas las cartas, commo quier que ende oviesse grand pesar, non quiso y al fazer, ca non avía de plazo más de nueve días en que salliesse de todo el reyno].

1

El Cid convoca a sus vasallos; éstos se destierran con él
(Sigue el relato de la Crónica de Veinte Reyes y se continúa con versos de una Refundición del Cantar.—*Adios del Cid a Vivar* (aquí comienza el manuscrito de Per Abbat).

[Enbió por sus parientes e sus vasallos e díxoles cómmo el re le mandava sallir de toda su tierra, e que le non dava de plazo más de nueve días, e que quería saber dellos quáles querían ir con él o quáles fincar.]
«e los que conmigo fuéredes — De dios ayades buen grado,
»e los que acá fincáredes — quiérome ir vuestro pagado».
Entonçes fabló Álvar Fáñez — su primo cormano:
«convusco iremos, Çid, — por yermos e por poblados,
»ca nunca vos fallesceremos — en quanto seamos sanos
»convusco despenderemos — las mulas e los cavallos
»e los averes e los paños
»siempre vos serviremos — como leales vasallos».
Entonçe otorgaron todos — quanto dixo don Álvaro,
mucho gradesçio mio Çid — quanto allí fue razonado...
Mio Çid movió de Vivar — pora Burgos adeliñado,
assí dexa sus palaçios — yermos e desheredados.
De los sos ojos — tan fuertemientre llorando,
tornava la cabeça — i estávalos catando.
Vío puertas abiertas — e uços sin cañados,
alcándaras vázias — sin pielles e sin mantos
e sin falcones — e sin adtores mudados.
Sospiró mio Çid, — ca mucho avié grandes cuidados.
Fabló mio Çid — bien e tan mesurado:
«grado a ti, señor padre, — que estás en alto!
»Esto me an buoloto — mios enemigos malos.»

reino. El Cid, leída, la carta, aunque lleno de pesar, no quiso dilatar la obediencia, que sólo se le dejaba un plazo de nueve días para ausentarse del reino.

1

El Cid convoca a sus vasallos; éstos se destierran con él. (Sigue el relato de la Crónica de Veinte Reyes y se continúa con versos de una Refundición del Cantar.—*Adiós del Cid a Vivar* (aquí comienza el manuscrito de Per Abbat).

Convocó a sus deudos y vasallos, díjoles cómo el rey le mandaba abandonar su tierra dentro del corto plazo de nueve días, y que quería saber quiénes de ellos estaban dispuestos a desterrarse con él y quiénes no.

—Y a los que quisieren venir conmigo —añadió—, que Dios se lo pague; y de los que prefieran quedarse aquí, quiero despedirme como amigo.

Y su primo hermano, Álvar Fáñez, le contestó:

—Con vos, Cid, con vos iremos por yermos y poblados, y no os hemos de faltar mientras tengamos alientos. En vuestro servicio se nos han de acabar nuestros caballos y mulas, dinero y vestidos. Ahora y siempre hemos de ser vuestros leales vasallos.

Todos aprobaron lo que dijera don Álvaro, y el Cid lo agradeció mucho a todos. En seguida partió de Vivar, encaminándose a Burgos. Desiertos y abandonados quedan sus palacios.

Con los ojos llenos de lágrimas, volvía la cabeza para contemplarlos (por última vez). Y vio las puertas abiertas y los postigos sin candados; vacías las perchas, donde antes colgaban mantos y pieles, o donde solían posar los halcones y los azores mudados. Suspiró el Cid, lleno de tribulación, y al fin dijo así con gran mesura:

—¡Loado sea Dios! A esto me reduce la maldad de mis enemigos.

2

Agüeros en el camino de Burgos

Allí pienssan de aguijar, — allí sueltan las riendas.
A la exida de Bivar, — ovieron la corneja diestra,
e entrando a Burgos — oviéronla siniestra.
Meçió mio Çid los ombros — y engrameó la tiesta:
«albricia, Álvar Fáñez, — ca echados somos de tierra!
»*mas a grand ondra — tornaremos a Castiella.*»

3

El Cid entra en Burgos

Mio Çid Roy Díaz, — por Burgos entróve,
en sue conpaña — sessaenta pendones;
exien lo veer — mugieres e varones,
burgeses e burgesas, — por las finiestras sone,
plorando de los ojos, — tanto avien el dolore.
De las sus bocas — todos dizían una razóne:
«Dios, qué buen vasallo, — si oviesse buen señore!»

4

Nadie hospeda al Cid.—Sólo una niña le dirige la palabra para mandarle alejarse.—El Cid se ve obligado a acampar fuera de la población, en la glera.

Conbidar le ien de grado, — mas niguno non osava:
el rey don Alfonso — tanto avie le grand saña.
Antes de la noche — en Burgos dél entró su carta,
con grand recabdo — e fuertemientre seellada:
que a mio Çid Roy Díaz — que nadi nol diessen posada,
e aquel que gela diesse — sopiesse vera palabra

2

Agüeros en el camino de Burgos

Ya aguijan, ya sueltan la rienda. A la salida de Vivar vieron la corneja al lado derecho del camino; entrando a Burgos, la vieron por el lado izquierdo. El Cid se encoge de hombros, y sacudiendo la cabeza:

—¡Albricias, Álvar Fáñez —exclama—; nos han desterrado, pero hemos de tornar con honra a Castilla!

3

El Cid entra en Burgos

Ya entra el Cid Ruy Díaz por Burgos; sesenta pendones le acompañan. Hombres y mujeres salen a verlo; los burgaleses y las burgalesas se asoman a las ventanas; todos afligidos y llorosos. De todas las bocas sale el mismo lamento:

—¡Oh Dios, qué buen vasallo si tuviese buen señor!

4

Nadie hospeda al Cid.—Sólo una niña le dirige la palabra para mandarle alejarse.—El Cid se ve obligado a acampar fuera de la población, en la glera.

¡Con cuánto gusto le hospedarían! Pero nadie osa, por miedo a la saña de don Alfonso. Antes de anochecer han llegado a Burgos cartas suyas con prevenciones muy severas y autorizadas por el sello real. Mandan que nadie dé posada al Cid Ruy Díaz, y que quien se atreva a hacerlo sepa por cierto que perderá sus bienes, y además los ojos

que perderie los averes — e más los ojos de la cara,
e aún demás — los cuerpos e las almas.
Grande duelo avien — las yentes cristianas;
ascóndense de mio Çid, — ca nol osan dezir nada.
El Campeador — adeliñó a su posada;
así commo llegó a la puorta, — fallóla bien çerrada,
por miedo del rey Alfons, — que assí lo pararan:
que si non la quebrantás, — que non gela abriessen por nada.
Los de mio Çid — a altas voces llaman,
los de dentro — non les querién tornar palabra.
Aguijó mio Çid, — a la puerta se llegaua,
sacó el pie del estribera, — una ferídal dava;
non se abre la puerta, — ca bien era çerrada.
Una niña de nuef años — a ojo se parava:
«Ya Campeador, — en buena çinxiestes espada!
»El rey lo ha vedado, — anoch dél entró su carta,
»con grant recabdo — e fuertemientre seellada.
»Non vos osariemos — abrir nin coger por nada;
»si non, perderiemos — los averes e las casas,
»a aún demás — los ojos de las caras.
»Çid, en el nuestro mal — vos non ganades nada;
»mas el Criador vos vala — con todas sus vertudes santas.»
Esto la niña dixo — e tornós pora su casa.
Ya lo vede el Çid — que del rey non avie graçia.
Partiós dela puerta, — por Burgos aguijaua,
llegó a Santa María, — luego descavalga;
finçó los inojos, — de coraçón rogava;
La oración fecha, — luego cavalgava;
salió por la puerta — e Arlançón passava.
Cabo Burgos essa villa — en la glera posava,
fincava la tienda — e luego descavalgava.
Mio Çid Roy Díaz, — el que en buena çinxo espada,
posó en la glera — quando nol coge nadi en casa;
derredor dél — una buena conpaña.
Assí posó mio Çid — commo si fosse en montaña.
Velada l'an conpra — dentro en Burgos la casa
de todas cosas — quantas son de vianda;
nol osarien vender — al menos dinarada.

de la cara y aun el cuerpo y el alma. Gran duelo tienen todos. Huyen de la presencia del Cid, no atreviéndose a decirle palabra.

El Campeador se dirigió a su posada; llegó a la puerta, pero se encontró con que la habían cerrado en acatamiento al rey Alfonso, y habían dispuesto primero dejarla romper que abrirla. La gente del Cid comenzó a llamar a voces; y los de adentro, que no querían responder. El Cid aguijó su caballo y, sacando el pie del estribo, golpeó la puerta; pero la puerta, bien remachada, no cedía.

A esto se acerca una niña de unos nueve años:

—¡Oh, Campeador, que en buen hora ceñiste espada! Sábete que el rey lo ha vedado, y que anoche llegó su orden con prevenciones muy severas y autorizadas por sello real. Por nada en el mundo osaremos abriros nuestras puertas ni daros acogida, porque perderíamos nuestros bienes y casa, amén de los ojos de la cara. ¡Oh, Cid: nada ganarías en nuestro mal! Sigue, pues, tu camino, y válgate el Criador con todos sus santos.

Así dijo la niña, y se entró en su casa. Comprende el Cid que no puede esperar gracia del rey y, alejándose de la puerta, cabalga por Burgos hasta la iglesia de Santa María, donde se apea del caballo y, de hinojos, comienza a orar. Hecha la oración, vuelve a montar, y, saliendo por la puerta de Santa María, cruza el Arlanzón. Al lado de Burgos, pasado el río, está el arenal donde acampa, manda izar la tienda y deja el caballo. Así el Cid Ruy Díaz, que en buena hora ciñó espada, cuando ve que no le acoge nadie, decide acampar en el arenal. Muchos son los que le acompañan. Allí se instala el Cid como en pleno monte. También le han vedado comprar sus viandas en el pueblo de Burgos, y nadie osaría venderle ni la ración mínima que se obtiene por un dinero.

5

Martín Antolínez viene de Burgos a proveer de víveres al Cid

Martín Antolínez, — el Burgalés conplido,
a mio Çid e alos sos — abásteles de pan e de vino;
non lo conpra, — ca él se lo avie consigo;
de todo conducho — bien los ovo bastidos.
Pagós mio Çid — el Campeador conplido
e todos los otros — que van a so çervicio.
Fabló Martín Antolínez, — odredes lo que a dicho:
«ya Canpeador, — en buen ora fostes nacido!
»esta noch yagamos — e vayámosnos al matino,
»ca acusado seré — de lo que vos he seruido,
»en ira del rey Alffons — yo seré metido.
»Si con vusco escapo — sano o vivo,
»aún cerca o tarde el rey — querer m'a por amigo;
»si non, quanto dexo — no lo preçio un figo.»

6

El Cid, empobrecido, acude a la astucia de Martín Antolínez.—Las arcas de arena

Fabló mio Çid, — el que en buen ora çinxo espada:
«Martín Antolínez, — sodes ardida lança!
»Si yo bivo, — doblar vos he la soldada.
»Espeso e el oro — e toda la plata,
»bien lo veedes — que yo no trayo nada,
»huebos me serié — pora toda mi conpaña;
»fer lo he amidos, — de grado non avrié nada.
»Con vuestro consejo — bastir quiero dos arcas;
»inchámoslas d'arena, — ca bien serán pesadas,
»cubiertas de guadalmeçi, — e bien enclaveadas.»

5

Martín Antolínez viene de Burgos a proveer de víveres al Cid

Martín Antolínez, un cumplido burgalés, procura al Cid y a los suyos el pan y la bebida; no desobedece al rey, porque nada compra: todo lo que daba era suyo. Y así pudo proporcionarles las necesarias provisiones, de que quedaban contentos el buen Cid Campeador y todos los suyos.

Habló, pues, Martín Antolínez; oíd lo que dijo:

—¡Oh, Campeador, que en buena hora nacisteis: reposemos aquí esta noche; partamos por la mañana; porque sin duda me acusarán de lo que he hecho por vos, y la ira del rey Alfonso me perseguirá. Si logro escapar sano y salvo a vuestro lado, tarde o temprano el rey me ha de querer por amigo; de lo contrario, cuanto soy y valgo no lo aprecio ya en nada.

6

El Cid, empobrecido, acude a la astucia de Martín Antolínez.—Las arcas de arena

Y el Cid, que en buena hora ciñó espada, le contestó:

—Martín Antolínez, caballero de valiente lanza: si Dios me concede vida, os he de doblar el sueldo. He gastado todo el oro y la plata: bien veis que nada traigo conmigo y buena falta me haría para todos los que me siguen. Me lo he de procurar a la fuerza, ya que de voluntad no me lo han de dar. Con vuestro consejo, quiero que construyamos dos arcas y las llenemos de arena de manera que pesen mucho, y sean forradas de cuero labrado y bien claveteadas.

7

Las arcas destinadas para obtener dinero de dos judíos burgaleses

Los guadameçis vermejos — e los clavos bien dorados.
«Por Raquel e Vidas — vayádesme privado:
»quando en Burgos me vedaron conpra — y el rey me a [ayrado,
»non puedo traer el aver, — ca mucho es pesado,
»enpeñar gelo he — por lo que fore guisado;
»de noche lo lieven, — que non lo vean cristianos.
»Véalo el Criador — con todos sos santos,
»yo más non puedo — e amidos lo fago.»

8

Martín Antolínez vuelve a Burgos en busca de los judíos

Martín Antolínez — non lo detardava;
passó por Burgos, — al castiello entrava,
por Raquel e Vidas — apriessa demandava.

9

Trato de Martín Antolínez con los judíos.—Éstos van a la tienda del Cid.—Cargan con las arcas de arena

Raquel e Vidas — en uno estaban amos,
en cuenta de sus averes, — de los que avien ganados.
Llegó Martín Antolínez — a guisa de menbrado:
«¿O sodes, Raquel e Vidas, — los míos amigos caros?
»En poridad — fablar querría con amos.»
Non lo detardan, — todos tres se apartaron.
«Raquel e Vidas, — amos me dat las manos,
»que non me descubrades — a moros nin a cristianos;
»por siempre vos faré ricos, — que non seades menguados.

7

Las arcas destinadas para obtener dinero de dos judíos burgaleses

—Sea bermejo el cuero, dorados los clavos. Id después a buscarme prontamente a Raquel y a Vidas. «Puesto que me vedan la compra en Burgos y me destierra la ira del rey —les diré—, no puedo llevar conmigo mis bienes, que pesan mucho; por lo cual prefiero empeñárselos a un precio razonable.» Llévenles las arcas de noche, no lo vea nadie. Sólo lo vea y lo juzgue el Criador, con todos los santos; Él sabe que no puedo más, que lo hago forzado.

8

Martín Antolínez vuelve a Burgos en busca de los judíos

Martín Antolínez, sin tardar, entra a Burgos, llega al castillo de la ciudad (donde moran los judíos), y pregunta urgentemente por Raquel y Vidas.

9

Trato de Martín Antolínez con los judíos.—Éstos van a la tienda del Cid.—Cargan con las arcas de arena

Juntos estaban Raquel y Vidas haciendo cuentas de sus ganancias, cuando llegó a ellos Martín Antolínez el prudente:

—¿Dónde están Raquel y Vidas, mis queridos amigos? Quisiera hablar con ellos a solas.

Y, en efecto, se apartaron los tres.

—Raquel y Vidas, vengan esas manos (en prenda de fidelidad), que no me descubriréis ni a moros ni a cristianos. Quiero haceros ricos para siempre de modo que no

»El Campeador — por las parias fo entrado,
»grandes averes priso — e mucho sobejanos,
»retovo dellos — quanto que fo algo;
»por en vino a aquesto — por que fo acusado.
»Tiene dos arcas — llenas de oro esmerado.
»Ya lo veedes — que el rey le a ayrado.
»Dexado ha heredades — e casas e palaçios.
»Aquellas non las puede levar, — si non, erié ventado;
»el Campeador — dexar las ha en vuestra mano,
»e prestalde de aver, — lo que sea guisado.
»Prended las arcas — e metedlas en vuestro salvo;
»con grand jura — meted i las fedes amos,
»que non las catedes — en todo aqueste año.»
Raquel e Vidas — seiense consejando:
«Nos huebos avemos — en todo de ganar algo.
»Bien lo sabemos — que él algo a gañado,
»quando a tierra de moros entró, — que grant aver a sacado;
»non duerme sin sospecha — qui aver trae monedado.
»Estas arcas, — prendámoslas amos,
»en lograr las metamos — que non sea ventado.
»Mas dezidnos del Çid, — de qué será pagado,
»o que ganançia nos dará — por todo aqueste año?»
Repuso Martín Antolínez — a guisa de membrado:
»myo Çid querrá — lo que ssea aguisado;
»pedir vos a poco — por dexar so aver en salvo.
»Acógensele omnes — de todas partes menguados,
»a menester — seysçientos marcos.»
Dixo Raquel e Vidas: — «dar gelos hemos de grado.»
—«Ya vedes que entra la noch, — el Çid es pressurado,
»huebos avemos — que nos dedes los marcos.»
Dixo Raquel e Vidas: — «non se faze assí el mercado,
»si non primero prendiendo — e después dando.»
Dixo Martín Antolínez: — «yo desso me pago.
»Amos tred — al Campeador contado,
»e nos vos ayudaremos, — que assí es aguisado,
»por aduzir las arcas — e meterlas en vuestro salvo,
»que non lo sepan — moros nin cristianos.»

paséis más trabajos. Sabed, pues, que el Campeador ha venido por unos tributos y ha cobrado bienes incontables y extraordinarios, reteniendo para sí cuanto había de algún valor, de lo cual ha sido acusado. Tiene llenas de oro fino dos arcas. Sabréis, además, que está airado por el rey, y ha tenido que abandonar sus heredades, sus casas y sus palacios. No puede llevarse consigo las riquezas, porque sería descubierto, y desea el buen Campeador dejarlas en vuestras manos, y que le prestéis por la prenda una cantidad razonable. Coged, pues, las arcas, ponedlas en seguro, y prometed y jurad que no las habéis de tocar en todo este año.

Raquel y Vidas se ponen a meditar:

—A nosotros nos importa sacar de todo alguna ventaja. Ya sabíamos, en efecto, que él también ha sacado algo de los bienes que cobró en tierra de moros. Quien mucho dinero acuñado guarda, no duerme tranquilo. Tomemos, pues, estas arcas, y guardémoslas donde nadie lo huela.

—Pero veamos: ¿cuánto pedirá el Cid, y qué interés nos pagará por todo este año?

Y el prudente Martín Antolínez repuso:

—El Cid se contentará con lo que sea justo; poco pedirá, con tal de dejar en salvo sus riquezas. De todas partes se le vienen a juntar los desheredados, y él necesita unos seiscientos marcos para pagar a su gente.

Y dijeron Raquel y Vidas:

—Los daremos de buena gana.

—Pues mirad que viene la noche, el Cid está de prisa, y necesitamos que nos deis los marcos.

Y dijeron Raquel y Vidas:

—No se hacen así los negocios, sino primero tomando y después dando.

—Conformes —dice Martín Antolínez—. Venid ambos con el ilustre Campeador ahora mismo, y os ayudaremos, como es justo, a acarrear las arcas y ponerlas en seguro, donde moros ni cristianos lo sepan.

Dixo Raquel e Vidas: — «nos desto nos pagamos.
«Las archas aduchas, — predet seyesçientos marcos.»
Martín Antolínez — caualgó privado
con Raquel e Vidas, — de voluntad e de grado.
Non viene a la puent, — ca por el agua a passado,
que gelo non ventassen — de Burgos omne nado.
Afévoslos a la tienda — del Canpeador contado;
assí commo entraron, — al Çid besáronle las manos.
Sonrrisós mio Çid, — estávalos fablando:
«¡Ya don Raquel e Vidas, — avédesme olbidado!
»Ya me exco de tierra, — ca del rey so ayrado.
»A lo quem semeja, — de lo mio avredes algo;
»mientra que vivades — non seredes menguados.»
Raquel e Vidas a mio Çid — besáronle las manos.
Martín Antolínez — el pleyto a parado.
que sobre aquellas arcas — dar le ien seyscientos marcos,
e bien gelas guardaríen — fasta cabo del año;
ca assil dieran la fed — e gelo auien jurado,
que si antes las catassen — que fossen perjurado,
non les diesse mio Çid — de ganançia un dinero malo.
Dixo Martín Antolínez: — «carguen las arcas privado.
»Levaldas, Raquel e Vidas, — ponedlas en vuestro salvo;
»yo iré convusco, — que adugamos los marcos,
»ca a mover ha mio Çid — ante que cante el gallo.»
Al cargar de las arcas — veriedes gozo tanto:
Non las podien poner en somo — maguer eran esforçados.
Grádanse Raquel e Vidas — con averes monedados,
ca mientra que visquiessen — refechos eran amos.

10

Despedida de los judíos y el Cid.—Martín Antolínez se va con los judíos a Burgos

Raquel a mio Çid — la manol ha besada:
«¡Ya Campeador, — en buena cinxiestes espada!
»de Castiella vos ides — pora las yentes extrañas.

Y Raquel y Vidas:

—Bien está. Y una vez aquí las arcas, recibiréis los seiscientos marcos.

Y hete aquí a Martín Antolínez cabalgando muy apresurado en compañía de Raquel y Vidas. Pero no han pasado por el puente; para que no los sientan los de Burgos, cruzan por el agua.

Pronto llegan a la tienda del Campeador; apenas entran, van a besar las manos al Cid. El Cid, sonriente, les habla:

—¡Hola, don Raquel y don Vidas, no os habréis olvidado de mí! Voy desterrado: me ha echado el rey. Se me figura que vais a compartir de lo mío. No pasaréis más trabajos en vuestros días.

Y Raquel y Vidas le besaron las manos. Martín Antolínez ha concertado ya el negocio, pidiendo seiscientos marcos sobre aquellas arcas que los judíos han de guardar cuidadosamente hasta fin de año. Ellos le han prometido y dado fe de no tocarlas antes, pena de perjurio y de no percibir un mal dinero, como interés sobre el préstamo.

—Carguen al instante las arcas —dice Martín Antolínez—. Llevadlas, Raquel y Vidas; ponedlas en vuestro secreto. Os acompañaré para que nos deis los marcos convenidos, porque el Cid tiene que marcharse antes que cante el gallo.

¡Vierais qué alegría de cargar las arcas! Aunque forzudos, apenas podían ponerlas sobre el lomo de las bestias. Gozosos estaban Raquel y Vidas con sus riquezas, y ya se daban por opulentos para todos sus días.

10

Despedida de los judíos y el Cid.—Martín Antolínez se va con los judíos a Burgos

Raquel le ha besado la mano al Cid (para hacerle una petición):

—Campeador, Campeador, que en buena hora ceñisteis espada: ya os alejáis de Castilla y vais a vivir entre extra-

»Assí es vuestra ventura, — grandes son vuestras ganancias ;
»una piel vermeja — morisca e ondrada,
»Çid, beso vuestra mano — en don que la yo aya.»
—«Plazme —dixo el Çid—, «daquí sea mandada.
»Si vos la aduxier dallá ; — si non, contalda sobre las [arcas.»
Raquel e Vidas — las arcas levavan,
con ellos Martín Antolínez — por Burgos entrava.
Con todo recabdo llegan a la posada ;
en medio del palaçio — tendieron un almoçalla,
sobrella una sávana — de rançal e muy blanca.
A tod el primer colpe — trezientos marcos de plata,
notólos don Martino, — sin peso los tomavan ;
los otros trezientos — en oro gelos pagavan.
Çinco escuderos tiene don Martino — a todos los cargava.
Quando esto ovo fecho, — odredes lo que fablava:
«ya don Raquel e Vidas, — en vuestras manos son las arcas ;
»yo, que esto vos gané, — bien mereçía calças.»

11

El Cid provisto de dinero por Martín Antolínez, se dispone a marchar

Entre Raquel e Vidas — aparte ixieron amos:
«démosle buen don, — ca él no'lo ha buscado.
»Martín Antolínez, — un Burgalés contado,
»vos lo mereçedes, — darvos queremos buen dado,
»de que fagades calças — e rica piel e buen manto.
»Dámosvos e don — a vos treinta marcos ;
»mereçer no'lo hedes, — ca esto es aguisado:
»atorgar nos hedes — esto que avemos parado.»
Gradeçiólo don Martino — e recibió los marcos ;
gradó exir de la posada — e espidiós de amos.
Exido es de Burgos — e Arlançon a passado,
vino pora la tienda — del que en buen ora nasco.
Reçibiólo el Çid — abiertos amos los braços:
«¿Venides, Martín Antolínez, — el mio fidel vasallo!
»Aún vea el día — que de mí ayades algo!»

ñas gentes. Tal es vuestra ventura, muy grandes serán vuestras ganancias. ¡Oh Cid, os beso la mano y os pido que me deis una piel bermeja, morisca, hermosa!

—Que me place —dijo el Cid—. Desde ahora está concedida, sea que os la traiga de allá, o si no, descontadla del valor de las arcas.

Ya se llevaban las arcas Raquel y Vidas, y con ellos entraba en Burgos Martín Antolínez. Cautelosamente llegaron a la posada. Tendieron en mitad de la sala una alfombrilla, y sobre ella una sábana de hilo muy fina y blanca. De una vez contó allí don Martín trescientos marcos de plata, sin pesarlos; y los otros trescientos se los pagaron en oro. Cinco escuderos traía consigo; a todos los carga. Hecho esto, dijo lo que oiréis.

—Ya están en vuestras manos las arcas, amigos Raquel y Vidas. Bien merezco unas calzas en agasajo por lo que os he hecho ganar.

11

El Cid, provisto de dinero por Martín Antolínez, se dispone a marchar

Y Raquel y Vidas se alejaron un poco, hablando entre sí:

—Démosle algún buen regalo; él nos ha procurado este negocio. ¡Ea, pues! Martín Antolínez, burgalés ilustre, vos lo merecéis y a nosotros place obsequiaros con que os mandéis hacer unas calzas, rica piel y precioso manto. He aquí, pues, treinta marcos para vos; bien los merecéis, puesto que os toca, en justicia, ser el fiador de lo que hemos pactado.

Muy agradecido recibió don Martín los marcos, y tras de haberse despedido, salió de la posada. Ya sale de Burgos, ya cruza el Arlanzón, ya está de nuevo en la tienda del Cid bienhadado. Con los brazos abiertos lo recibe el Cid.

—¿Sois vos, Martín Antolínez, mi fiel vasallo? ¡Ojalá llegue día en que pueda recompensaros lo que habéis hecho!

—«Vengo, Campeador, — con todo buen recabdo:
»vos seysçientos — e yo treynta he ganados.
»Mandad coger la tienda — e vayamos privado,
»en San Pero de Cardeña — i nos cante el gallo;
»veremos vuestra mugier, — menbrada fija dalgo.
»Mesuraremos la posada — e quitaremos el reynado;
»mucho es huebos, — ca çerca viene el plazdo.»

12

El Cid monta a caballo y se despide de la catedral de Burgos, prometiendo mil misas al altar de la Virgen

Estas palabras dichas, — la tienda es cogida.
Mio Çid e sus conpañas — cavalgan tan aína.
La cara del cavallo — tornó a Santa María,
alçó su mano diestra, — la cara se santigua:
«A ti lo gradesco, Dios, — que çielo a tierra guías;
»válanme tus vertudes, — gloriosa Santa María!
»D'aquí quito Castiella, — pues que el rey he en ira;
»non sé si entraré y más — en todos los mios días.
»Vuestra vertud me vala, — Gloriosa, en mi exida
»e me ayude e me acorra — de noch e de día!
»Si nos assí lo fiziéredes — e la ventura me fore conplida.
»mando al vuestro altar — buenas donas e ricas;
»esto he yo en debdo — que faga i cantar mill missas.»

13

Martín Antolínez se vuelve a la ciudad

Spidiós el caboso — de cuer e de veluntad.
Sueltan las riendas — e pienssan de aguijar.
Dixo Martín Antolínez, — el Burgalés leal:
«veré a la mugier — a todo mio solaz,
»castigar los he — commo abrán a far.
»Si el rey me lo quisiere tomar, — a mí non m'incal.
»Antes seré convusco — que el sol quiera rayar.»

—Soy yo, Campeador, que traigo buenas nuevas. Vos habéis ganado seiscientos, yo treinta. Mandad recoger la tienda y alejémonos a toda prisa, que nos cante el gallo en San Pedro de Cardeña. Allí veremos a vuestra hidalga y digna mujer. Abreviaremos la estancia, y abandonaremos el reino; que ya es fuerza, porque el plazo está para cumplirse.

12

El Cid monta a caballo y se despide de la catedral de Burgos, prometiendo mil misas al altar de la Virgen

Dicho esto, recogieron la tienda y cabalgaron a toda prisa el Cid y los suyos. Vuelve el Cid su caballo hacia Santa María y, alzando la diestra y santiguándose, dice:

—¡Loado sea Dios, señor del cielo y de la tierra! ¡Gloriosa Santa María, válgame tu amparo! La ira del rey me destierra de Castilla; ni siquiera sé si he de volver a ella en mis días. Válgame tu socorro, gloriosa Virgen: no me desampares ni de noche ni de día. Si así lo hicieres y la ventura me acompaña, desde ahora ofrezco para tu altar bellas y ricas donas, y prometo que te haré cantar un millar de misas.

13

Martín Antolínez se vuelve a la ciudad

Así se despidió aquel varón prudente, con todo el dolor de su alma. Todos soltaron las riendas, y espolearon su cabalgadura. El leal burgalés Martín Antolínez dijo entonces:

—Quiero despedirme de mi mujer despacio, y advertir a todos lo que deberán hacer (en mi ausencia). Si el rey quisiera despojarme, no me importa. Antes de rayar el alba, estaré de vuelta con vosotros.

14

El Cid va a Cardeña a despedirse de su familia

Tornavas don Martino a Burgos — e mio Çid aguijó
pora San Pero de Cardeña — quanto pudo a espolón,
con estos cavalleros — quel sirven a so sabor.
Apriessa cantan los gallos — e quieren crebar albores,
quando llegó a San Pero — el buen Canpeador;
el abbar don Sancho, — cristiano del Criador;
rezaba los matines — abuelta de los albores.
Y estava doña Ximena — con çinco dueñas de pro,
rogando a San Pero — e al Criador:
«Tú que a todos guías, — val a mio Çid el Campeador.»

15

Los monjes de Cardeña reciben al Cid.—Jimena y sus hijas llegan ante el desterrado

Llamavan a la puerta, — i sopieron el mandado;
Dios, qué alegre fo — el abbat don Sancho!
Con lumbres e con candelas — al corral dieron salto,
con tan grant gozo reçiben — al que en buen hora nasco.
«Gradéscolo a Dios, mio Çid, — dixo el abbat don Sancho;
«pues que aquí vos veo, — prendet de mí ospedado.»
Dixo el Çid, — *el que en buen hora nasco:*
graçias, don abbat, — e so vuestro pagado;
»yo adobaré conducho — pora mi e pora míos vasallos;
»mas por que me vo de tierra, — dovos çincuaenta marcos,
»si yo algún día visquiero, — seervos han doblados.
»Non quiero far en el monesterio — un dinero de daño;
»evades aquí pora doña Ximena — dovos çient marcos;
»a ella e a sus fijas e a sus dueñas — sirvádeslas est año.
«Dues fijas dexo niñas — e prendetlas en los braços;
»aquí vos las acomiendo — a vos, abbat don Sancho;
»dellas e de mi mugier — fagades todo recabdo.

14

El Cid va a Cardeña a despedirse de su familia

Mientras don Martín volvía a Burgos, el Cid daba de espuelas para San Pedro de Cardeña, acompañado de aquellos caballeros que tan a su sabor le servían.

Cantaban los gallos y quería romper el alba cuando llegó a San Pedro el buen Campeador. Al amanecer, el abad don Sancho, buen cristiano, estaba rezando los maitines; y doña Jimena, con cinco ilustres damas de su compañía, rogaba así a San Pedro y al Todopoderoso:

—Tú, que a todos guías, ampara tú a mi Cid Campeador.

15

Los monjes de Cardeña reciben al Cid.—Jimena y sus hijas llegan ante el desterrado

Llaman a la puerta; la noticia vuela en un instante. ¡Oh Dios, cuál no fue la alegría del abad don Sancho! Con luces y cirios acudieron todos al patio, y reciben llenos de gozo al que en buen hora nació.

—¡Gracias a Dios, Cid mío! —dijo el abad don Sancho—. Y pues al fin os tengo a mi lado, sed mi huésped.

Y el Cid bienhadado le dijo así:

—¡Gracias, señor abad; muy satisfecho estoy de vos! Yo prepararé la comida para mí y para mi gente. Como tengo que salir de la tierra, os quiero dejar cincuenta marcos, y os los doblaré si Dios me da vida y salud. No quisiera causar el menor gasto en el monasterio. He aquí otros cien marcos para que podáis servir durante este año a doña Jimena, a sus hijas y dueñas. Cuidadme bien a esas dos niñas que dejo; os las encomiendo especialmente abad don Sancho. Tened toda clase de miramientos con ellas y

»Si essa despenssa vos falleçiere — o vos menguare algo,
»bien las abastad, — yo assí vos lo mando;
»por un marco que despendades — al monesterio daré yo
Otorgado gelo avie — el abbat de grado. [quatro.»
Afevos doña Ximena — con sus fijas do va llegando;
señas dueñas las traen — e adúzenlas en los braços.
Ant el Canpeador doña Ximena — fincó los inojos amos.
Llorava de los ojos, — quísol besar las manos:
«Merçed, Canpeador, — en ora buena fostes nado!
»Por malos mestureros — de tierra sodes echado.

16

Jimena lamenta el desamparo en que queda la niñez de sus hijas.—El Cid espera llegar a casarlas honradamente

«Merçed, ya Çid, — barba tan conplida!
»Fem ante vos — yo e vuestras fijas,
»iffantes son — e de días chicas,
»con aquestas mis dueñas — de quien so yo servida.
»Yo lo veo — que estades vos en ida
»e nos de vos — partir nos hemos en vida.
»Dadnos consejo — por amor de Santa María!»
Enclinó las manos — la barba vellida,
a las sues fijas — en braço las prendía,
llególas al coraçón — ca mucho las quería.
Llora de los ojos, — tan fuerte mientre sospira:
«Ya doña Ximena, — la mi mugier tan conplida,
»commo a la mie alma — ya tanto vos quería.
»Ya lo veedes — que partir nos emos en vida,
»yo iré y vos — fincaredes remanida.
»Plega a Dios — e a santa María,
»que aún con mis manos — case estas mis fijas,
»e vos, mugier ondrada, — de mi seades servida!»

con mi mujer. Si se os acabare el dinero u os faltare algo, no miréis en gastos para darles cuanto necesiten; os lo encargo mucho. Por cada marco que gastéis, yo daré cuatro al monasterio.

El abad le ofrece hacerlo así con la mejor voluntad.

Pero he aquí a doña Jimena y con ella sus hijas, cada una en brazos de una aya. Doña Jimena se arrodilla ante el Campeador; no puede contener las lágrimas, quiere besarle las manos.

—Campeador, Campeador, en buen hora nacisteis. ¡Ay, que os destierran las intrigas de los malvados!

16

Jimena lamenta el desamparo en que queda la niñez de sus hijas.—El Cid espera llegar a casarlas honradamente

—Escuchadme, oh Cid de la hermosa barba. Henos aquí en vuestra presencia a mí y a vuestras hijas, muy niñas y tiernas; ved allí a las dueñas que me sirven. Ya veo que estáis para partir y que hemos de separarnos de vos. Por amor de Santa María, aconsejadnos lo que hemos de hacer.

El de la hermosa barba alargó las manos, cogió a sus hijas en brazos, y las acercó, amoroso, a su corazón. Lágrimas acuden a sus ojos, y al fin dijo así, tras un suspiro:

—Doña Jimena, mi excelente mujer, os quiero tanto como a mi alma. Ya lo veis: hemos de separarnos. Yo tengo que alejarme, y vos vais a quedaros aquí. ¡Oh, plegue a Dios y a Santa María que pueda casar con mis propias manos a éstas mis hijas, y aún me quede vida para gozar de tanta ventura y para serviros a vos, mujer honrada!

17

Un centenar de castellanos se juntan en Burgos para irse con el Cid

Grand yantar le fazen — al buen Canpeador.
Tañen las campanas — en San Pero a clamor.
Por Castiella — odiendo van los pregones,
commo se va de tierra — mio Çid el Canpeador;
unos dexan casas — e otros onores.
En aqués día — a la puent de Arlançón
çiento quinze cavalleros — todos juntados son;
todos demandan — por mio Çid el Campeador;
Martín Antolínez — con ellos cojó.
Vanse pora San Pero — do está el que en buena nació.

18

Los cien castellanos llegan a Cardeña y se hacen vasallos del Cid.—Éste dispone seguir su camino por la mañana.—Los maitines en Cardeña.—Oración de Jimena.—Adiós del Cid a su familia.—Últimos encargos al abad de Cardeña.—El Cid camina al destierro; hace noche después de pasar el Duero.

Quando lo sopo — mio Çid el de Bivar,
quel çrece conpaña, — por que más valdrá,
apriessa cavalga, — reçebir los sale;
dont a ojo los ovo, — tornós a sonrisar;
lléganle todos, — la manol ban besar.
Fabló mio Çid — de toda voluntad:
«yo ruego a Dios — e al Padre spirital,
»vos, que por mí dexades — casas e heredades,
»enantes que yo muera, — algún bien vos pueda far:
»lo que perdedes — doblado vos lo cobrar.»
Plogo a mio Çid — por que creçió en la yantar,
plogo a los otros omnes todos — quantos con él están.

17

Un centenar de castellanos se juntan en Burgos para irse con el Cid

Le preparan una abundante comida al buen Campeador. Las campanas de San Pedro tañen a todo vuelo. En tanto, van diciendo por Castilla cómo se aleja de su tierra del Cid Campeador. (Por seguirle), unos abandonan sus casas, otros sus heredades. Ese mismo día pasaban el puente del Arlanzón ciento quince jinetes, preguntando por dónde anda el Cid. Martín Antolínez se les reúne, y juntos se encaminan hacia San Pedro, donde está el bienhadado.

18

Los cien castellanos llegan a Cardeña y se hacen vasallos del Cid.—Éste dispone seguir su camino por la mañana.—Los maitines en Cardeña.—Oración de Jimena.—Adiós del Cid a su familia.—Últimos encargos al abad de Cardeña.—El Cid camina al destierro; hace noche después de pasar el Duero.

Cuando vio el Cid de Vivar que su compañía aumentaba, y con ello sus esperanzas de ganarse fácilmente la vida, sale a caballo a recibirlos. En cuanto los divisa, sonríe satisfecho. Todos llegan a besarle las manos (en señal de vasallaje).

El Cid dijo animosamente:

—Ruego a Dios, Padre Espiritual, que pueda haceros algún bien, a cambio de las heredades y casas que así habéis dejado por seguirme. Doblado habéis de cobrar lo que perdéis.

El Cid se regocijaba de ver crecer su compañía, y todos sus hombres estaban tan alegres como él.

Los seys días de plazdo — passados los an,
tres an por troçir, — sepades que non más.
Mandó el rey — a mio Çid aguardar,
que, si después del plazo — en su tierral pudies tomar,
por oro nin por plata — non podríe escapar.
El día es exido, — la noch querié entrar,
a sos cavalleros — mandólos todos juntar:
«Oid, varones, non vos caya en pesar;
»poco aver trayo, — dar vos quiero vuestra part.
»Seed menbrados — commo lo devedes far:
»a la mañana, — cuando los gallos cantarán,
»non vos tardedes, — mandedes ensellar;
»en San Pedro a matines — tandrá el buen abbat,
»la missa nos dirá, — de santa Trinidad;
»la missa dicha — penssemos de cavalgar.
»ca el plazo viene açerca, — mucho avemos de andar.»
Quomo lo mandó mio Çid, — assí lo an todos ha far.
Passando va la noch, — viniendo la man;
a los mediados gallos — piessan de *ensellar*.
Tañen a matines — a una priessa tan grande;
mio Çid e su mugier — a la eglesia vane.
Echós doña Ximena — en los grados delantel altare,
rogando al Criador — quanto ella mejor sabe,
que a mio Çid el Campeador — que Dios le curiás de male:
«Ya señor glorioso, — padre que en el cielo estase,
»fezits çielo e tierra, — el terçero el mare;
»fezist estrellas e luna — y el sol pora escalentare;
»prisist encarnación — en Santa María madre,
»en Belleem apareçist, — commo fo tu veluntade;
»pastores te glorifficaron, — ouieron te a laudare,
»tres reyes de Arabia — te vinieron adorare,
»Melchior — e Caspar e Baltasare,
»oro e tus e mirra — te offreçieron de veluntade;
»salvest a Jonás, — quando cayó en la mare,
»salvest a Daniel — con sus leones en la mala cárçel,
»salvest dentro en Roma — a señor san Sebastián,
»salvest a santa Susanna — del falso criminal;
»por tierras andidiste treynta y dos años, — Señor spirital,

Han transcurrido ya seis días. Sabed que faltan tres, y no más, para que el plazo se cumpla. El rey ha mandado que vigilen al Cid; y como le coja dentro de su tierra después del plazo, no escapará por todo el oro del mundo. El día va cayendo, anochece. Manda el Cid a todos sus caballeros.

—Oíd, varones, y no os aflija lo que voy a deciros. Poco dinero traigo, pero quiero daros vuestra parte. Tened muy presente lo que debéis hacer: en cuanto amanezca, al canto del gallo, mandaréis ensillar sin tardanza. Nuestro buen abad tañerá a maitines en San Pedro, y nos dirá la misa de la Santa Trinidad; y hecho esto, comenzaremos a cabalgar, porque el plazo se acerca y hay que andar mucho todavía.

Tal como lo mandó se hará. Ya va pasando la noche, se acerca la mañana. Al segundo canto de los gallos comienzan a ensillar.

Tañen presurosamente a maitines. El Cid y su mujer van a la iglesia. Doña Jimena se arroja sobre las gradas del altar, rogando a Dios, lo mejor que puede, que libre de todo mal al Cid Campeador.

—¡Glorioso Señor! —exclama—. Padre que estás en los cielos, creador del cielo y de la tierra y también del mar, de las estrellas y la luna y el sol que nos calienta; encarnado en Santa María madre; nacido en Belén según su voluntad, donde te glorificaron y cantaron los pastores y te fueron a adorar tres reyes de Arabia —Melchor, Gaspar y Baltasar—, ofreciéndote de corazón el oro, el incienso y la mirra; tú salvaste a Jonás cuando cayó en la mar, y a Daniel de los leones en aquella funesta cárcel, y al señor San Sebastián en Roma, y a Santa Susana del criminal falsario; tú anduviste por el mundo treinta y dos años, oh Señor espiritual, obrando milagros tan famosos; hiciste del agua vino y pan de la piedra, y resucitaste a Lázaro por la fuerza de tu deseo; te dejaste prender de los judíos en el monte Calvario y poner en una cruz en el Gólgota, entre dos ladrones a ambas partes —uno merecedor del paraíso.

»mostrando los miraclos, — por en avemos qué fablar;
»del agua fezist vino — e de la piedra pan,
»resuçitest a Lázaro, — ca fo tu voluntad;
»a los judíos te dexeste prender; — do dizen monte Calvarie
»pusiéronte en cruz — por nombre en Golgotá;
»dos ladrones contigo, — estos de señas partes,
»el uno es en paradiso, — ca el otro non entró allá;
»estando en la cruz, — vertud fezist muy grant;
»Longinos era çiego, — que nunqua vido alguandre;
»diot con la lança en el costado, — dont yxió lo sangre,
»corrió por el astil ayuso, — las manos se ovo de untar
»alçolas arriva, — llególas a la faz,
»abrió sos ojos, — cató a todas partes,
»enti crovo al ora, — por end es salvo de mal:
»en el monumento — oviste a resuçitar,
»fust a los infiernos, — commo fo tu voluntad;
»crebanteste las puertas, — e saqueste los santos padres.
»Tú eres rey de los reyes, — e de todel mundo padre,
»a ti adoro e credo — de toda voluntad,
»e ruego a San Peydro — que me ayude a rogar
»por mio Çid el Campeador, — que Dios le curie de mal.
»Quando oy nos partimos, — en vida nos faz juntar.»

La oración fecha, — la missa acabada la an,
salieron de la eglesia, — ya quieren cavalgar.
El Çid a doña Ximena — ívala abraçar;
doña Ximena al Çid — la manol va besar,
llorando de los ojos, — que non sabe qué se far.
E él a las niñas — tornolas a catar:
«a Dios vos acomiendo — e al Padre spirital;
»agora nos partimos, — Dios sabe el ajuntar.»
Llorando de los ojos, — que non vidiestes atal,
assís parten unos d'otros — commo la uña de la carne.

Myo Çid con los sos vasallos — penssó de cavalgar,
a todos esperando, — la cabeça tornando va.
A tan grand sabor — fabló Minaya Álbar Fáñez:
«Çid, do son vuestros esfuerços? — en buena nasquiestes de madre;
»pensemos de ir nuestra vía, — esto sea de vagar.
»Aun todos estos duelos — en gozo se tornarán;
»Dios que nos dio las almas, — consejo nos dará.»

otro no—; donde, estando en la cruz, hiciste todavía aquel raro milagro: Longinos, ciego de nacimiento, te dio con la lanza en el costado y la sangre brotada corrió por el asta abajo y le empapó las manos, y habiéndoselas llevado a la cara, abrió los ojos, miró en redor, creyó en ti que así le curabas de su mal; tú resucitaste del sepulcro, fuiste por tu voluntad a los infiernos, quebrantaste las puertas y sacaste a los santos padres: tú eres rey de los reyes y Padre y Señor del mundo; en ti adoro y creo de corazón y ruego a San Pedro que me ayude a implorarte para que guardes de todo mal a mi Cid Campeador y, puesto que ahora nos separamos, nos concedas volver a juntarnos en esta vida.

Hecha la oración, la misa acabada, todos salieron de la iglesia y comienzan a montar. El Cid va a abrazar a doña Jimena, que le besa la mano llorosa y sin saber bien lo que hace. Volvióse él a mirar a las niñas:

—A Dios, Padre espiritual de todos, os encomiendo. Ahora nos separamos, pero sabe Dios cuándo volveremos a reunirnos.

No visteis llanto más amargo que aquél: así se separaban unos de otros como la uña de la carne.

El Cid y sus vasallos están ya sobre las sillas, y el Cid vuelve la cabeza hacia los suyos. A esta sazón, Minaya Álvar Fáñez se dejó oir:

—Oh, Cid, nacido de madre en buena hora, ¿qué es de vuestro ánimo? Pensemos sólo en aguijar y dejémonos de ociosidades. Ya se tornarán los duelos en gozos. Dios, que nos ha dado estas almas, él nos dará su amparo.

Vuelve a advertir al abad don Sancho que cuide de doña Jimena y sus hijas y dueñas de compañía, y que tenga por cierto que ganará buena recompensa.

Al acercarse don Sancho, Álvar Fáñez le dice:

—Abad, si sabéis de gente que quiera venir con nosotros, les diréis que sigan el rastro y aprieten el paso, que ya nos darán alcance en yermo o en poblado.

Ya sueltan las riendas, ya empiezan a caminar, que el plazo del destierro está por cumplirse. En Espinazo de Can

Al abbat don Sancho — tornan de castigar,
commo sirva a doña Ximena — e a las fijas que ha,
e a todas sus dueñas — que con ella están;
bien sepa el abbat — que buen galardón dello prendrá.
Tornado es don Sancho, — e fabló Álvar Fáñez;
«Si viéredes yentes venir — por connusco ir, abbat,
»dezildes que prendan el rastro — e pienssen de andar,
»ca en yermo o en poblado — poder nos han alcançar.»
Soltaron las riendas, — pienssan de andar;
çerca viene el plazdo — por el reyno quitar.
Vino mio Çid yazer — a Spinaz de Can;
grandes yentes sele acojen — essa noch de toda partes.
Otro día mañana — piensa de cavalgar.
Ixiendos va de tierra — el Campeador leal,
de siniestro San Estevan, — un buena çibdad,
passó por Alcobiella — que de Castiella fin es ya;
la calçada de Quinea — ívala transpassar,
sobre Navas de Palos — le Duero va passar,
a la Figueruela — mio Çid iva posar.
Vánssele acogiendo — yentes de todas partes.

19

Última noche que el Cid duerme en Castilla.—Un ángel consuela al desterrado

I se echava mio Çid — después que fo de noch,
un sueñol priso dulçe, — tan bien se adurmió.
El ángel Gabriel — a él vino en visión:
«Cavalgad, Çid, — el buen Canpeador,
»ca nunpua en tan buen punto — cavalgó varón;
»mientra que visquiéredes — bien se fará lo to.»
Quando despertó el Çid — la cara se santigó.

reposa el Cid. Mucha gente se le ha juntado aquella noche. Otro día, de mañana, emprenden de nuevo el camino. De esta vez el leal Campeador deja su tierra. Tirando por la izquierda de San Esteban (de Gormaz), buena ciudad, pasa después por Alcubilla (del Marqués), término de Castilla, y sale por la calzada de Quinea, cruzando el Duero sobre Navapalos, para rendir la jornada en Figueruela. De todas partes se le va reuniendo gente por el camino.

19

Última noche que el Cid duerme en Castilla.—Un ángel consuela al desterrado

Venida la noche, el Cid se acostó, y un dulce sueño empezó a invadirle, adormeciéndole profundamente. En una visión, vinó a su lado el ángel Gabriel:

—Cabalga —le dijo—, cabalga, buen Campeador, que nunca varón alguno cabalgó con más suerte. Todo te ha de salir bien mientras vivas.

Y el Cid se santiguó al despertar.

20

El Cid acampa en la frontera de Castilla

Sinava la cara, — a Dios se fo acomendar,
mucho era pagado — del sueño que soñado a.
Otro día mañana — pienssan de cavalgar;
es día a de plazo, — sepades que non más.
A la sierra de Miedes — ellos ivan posar,
de diestro Atiença las torres — que moros las han.

21

Recuento de las gentes del Cid

Aún era de día, — non era puesto el sol,
mandó veer sus yentes — mio Çid el Campeador:
sin las peonadas — e omnes valientes que son,
notó trezientas lanças — que todas tienen pendones.

22

El Cid entra en el reino moro de Toledo, tributario del rey Alfonso

«Temprano dat çevada, — sí el Criador vos salue!
»El qui quisiere comer; — e qui no, cavalgue.
»Passaremo la sierra — que fiera es e grand,
»la tierra del rey Alfonso — esta noch la podemos quitar
»Después qui nos buscare — fallar nos podrá.»
De noch pasan la sierra, — vinida es la man,
e por la loma ayuso — pienssan de andar.
En medio d'una montaña — maravillosa e grand
fizo Çid posar — e çevada dar.
Díxoles a todos — commo querié trasnochar;
vasallos tan buenos — por coraçón lo an,
mandado de so señor — todo lo han a far.

20

El Cid acampa en la frontera de Castilla

Habiéndose persignado, se encomienda a Dios, contento de sus buenos sueños. Por la mañana empiezan a caminar, pues hay que saber que es el último día del plazo. Y fueron a descansar a Sierra de Miedes, a la derecha de las torres de Atienza, donde están los moros.

21

Recuento de las gentes del Cid

Aún era de día y no se había puesto el sol cuando el Cid Campeador quiso pasar revista a su gente: sin los peones y otros valientes, contó hasta trescientas lanzas, todas con pendones.

22

El Cid entra en el reino moro de Toledo, tributario del rey Alfonso

—Así os salve el Creador, dad cebada a las bestias desde temprano. El que quiera comer, bien; y el que no, que ande. Pasaremos la sierra, que es harto escabrosa y empinada, y así podremos dejar esta noche las tierras del rey Alfonso. Al que después quiera buscarnos, no le costará trabajo dar con nosotros.

Por la noche traspusieron la sierra, y luego caminan cuesta abajo. En medio de un bosque maravilloso y tupido, mandó el Cid parar y dar cebada. Allí manifestó a sus hombres que quería caminar de noche. Como buenos vasallos, todos lo aceptan de buena gana y están

Ante que anochesca — pienssan de cavalgar ;
por tal lo faze mio Çid — que nσ lo ventase nadi.
Andidieron de noch, — que vagar non se dan.
O dizen Castejón, — el que es sobre Fenares,
mio Çid se echó en çelada — con aquellos que él trae.

23

Plan de campaña.—Castejón cae en poder del Cid por sorpresa.—Algara contra Alcalá

Toda la noche — yaze *Mio Çid* en çelada,
commo lo aconsejava — Álbar Fáñez Minaya:
«Ya, Çid — en buen ora çinxiestes espada!
»Vos con çiento — de aquesta nuestra conpaña,
»pues que a Castejón — sacaremos a çelada,
»*en él fincaredes — teniendo a la çaga ;*
»*a mí dedes dozientos pora ir en algara ;*
»*con Dios e vuestra auze — feremos gran ganancia.*»
Dixo el Campeador: — «bien fablaste, Minaya ;
»vos con los dozientos — id vos en algara ;
»allá vaya Álbar Álbarez — e Álbar Salvadórez sin falla,
»e Galín Garciaz, — una fardida lança,
»cavalleros buenos — que acompañen a Minaya.
»A osadas corred, — que por miedo nos dexedes nada.
»Fita ayuso — e por Guadalfajara,
»fata Alcalá — lleguen las algaras,
»e bien acojan — todas las ganançias.
»que por miedo de los moros — nos dexen nada.
»É yo con los ciento — aquí fincaré en la çaga.
»terné yo Castejón — don abremos grand enpara.
»Si cuenta vos fore — alguna al algara,
»fazedme mandado — muy privado a la çaga ;
»D'aqueste acorro — fablará toda España.»
Nombrados son — los que irán en el algara,
e los que con mio Çid — fincarán en la çaga.
Ya crieban los albores — e vinie la mañana,
ixie el sol. — Dios, qué fermoso apuntava!

dispuestos a hacer cuanto les mande. Antes de anochecer, emprenden la marcha, porque el Cid tiene empeño en no ser sentido. Toda la noche anduvieron sin descansar. Cerca del lugar que llaman Castejón de Henares, el Cid se puso a preparar la emboscada.

23

Plan de campaña.—Castejón cae en poder del Cid por sorpresa.—Algara contra Alcalá

Toda la noche estuvo emboscado, según los consejos de Álvar Fáñez Minaya:

—Cid, que en buen hora ceñiste espada, puesto que ponemos celada a Castejón, conviene que os quedéis detrás con cien de los nuestros; a mí me daréis doscientos para ir a la vanguardia. Con Dios y ventura, saldremos bien de la empresa.

Y el Campeador:

—Decís bien, Minaya. Abrid la vanguardia con doscientos hombres. Y que os acompañen Álvar Álvarez y Álvar Salvadórez, caballero sin tacha, y Galindo García, valiente lanza; acompañen a Minaya los buenos caballeros. Arremeted con osadía, no os haga el miedo perder la presa. Por Hita abajo y por Guadalajara, alargaos hasta Alcalá, y aseguren todas las ganancias, no vayan a perder presa por miedo de los moros. Yo me quedaré a la retaguardia con los otros ciento, resguardados en Castejón, que es buen abrigo. Si ocurriere algún peligro en vanguardia, presto mandadme un aviso a retaguardia. Toda España va a hablar del caso.

Aquí nombran los que han de ir a vanguardia y los que han de quedar en la retaguardia con el Cid. Ya rompe el alba, ya viene la mañana, ya sale el sol. ¡Oh Dios, cuán hermoso despunta! Los de Castejón se levantan, abren sus

En Castejón — todos se levantavan,
abren las puertas, — de fuera salio davan,
por ver sus lavores — e todas sus heredanças.
Todos son exidos, — las puertas abiertas an dexadas
con pocas de gentes — que en Castejón fincaran;
las yentes — de fuera todas son derramadas.
El Campeador — salió de la çelada,
en derredor corríe — a Castejón sin falla.
Moros e moras — envíenlos de ganancia,
e essos gañados — quantos en derredor andan.
Mio Çid don Rodrigo — a la puerta adeliñava;
los que la tienen — quando vidieron la rebata,
ovieron miedo — e fo desenparada.
Mio Çid Ruy Díaz — por las puertas entrava,
en mano trae — desnuda el espada,
quinze moros matava — de los que alcançava.
Gañó a Castejón — e el oro y ela plata.
Sos cavalleros — llegan con la ganançia,
déxanla a mio Çid — todo esto non preçia' nada.
Afevos los dozientos — e tres en el algara,
e sin dubda corren, — *toda la tierra preavan;*
fasta Alcalá — llegó la seña de Minaya;
e desí arriba — tórnanse con la ganançia,
Fenares arriba — e por Guadalfajara.
Tanto traen — las grandes ganançias,
muchos gañados — de ovejas e de vacas
e de ropas — e de otras riquizas largas.
Derecha viene — le seña de Minaya;
non osa ninguno — dar salto a la çaga.
Con aqueste aver — tornan de essa conpaña;
fellos en Castejón, — o el Campeador estava.
El castiello dexó en so poder, — el Campeador cavalga.
Saliólos reçebir — con esta su mesnada,
los braços abiertos — reçibe a Minaya:
«¿Venides, Alvarfáñez, — una fartida lança!
»Do yo vos enbiás — bien abría tal esperança.
»Esso con esto se ajuntado, — *e de toda la ganançia*
»dovos la quinta, — si la quisiéredes, Minaya.»

puertas y salen a su trabajo y a sus heredades. Todos se han marchado ya, dejando las puertas abiertas, y muy pocos quedan en Castejón. Los demás se han diseminado por mil partes. El Campeador abandona entonces su escondite, y cae sobre Castejón. Todos aquellos ganados que andan por las afueras son bienes de los moros. El Cid don Rodrigo se encamina a la puerta de la ciudad. Los que la guardan, cuando ven venir tanta gente, llenos de terror, la desamparan. El Cid Ruy Díaz entra entonces por la puerta franca, la espada desnuda en la mano, y da muerte a quince moros que encuentra al paso. Ganó a Castejón, y su oro y su plata. Sus caballeros se le acercan con el botín y, sin apreciarlo en nada, lo dejan en sus manos.

En tanto los doscientos tres de vanguardia corren y saquean toda la tierra. Hasta Alcalá llega la enseña de Minaya, y de allí se vuelven con el botín Henares arriba y por Guadalajara. Traen grandes ganancias, rebaños de ovejas y vacas, ropas y otras riquezas. Y donde se ve pasar la orgullosa enseña, no hay quien se atreva a asaltarlos por la espalda. Vuelven con todo lo ganado hasta Castejón, donde está el Cid. Éste, dejando el castillo bajo su custodia, sale a saludarlos con su mesnada. Recibe a Minaya entre sus brazos.

—¿Sois vos Álvar Fáñez, valiente lanza? No podía fallar empresa que se os encomienda. Juntemos lo vuestro con lo mío, y desde luego —si la queréis— os concedo la quinta sobre el total de la ganancia (y no sólo sobre lo que vos conquistasteis).

24

Minaya no acepta parte alguna en el botín y hace un voto solemne

—«Mucho vos lo gradesco. — Canpeador contado.
»D'aqueste quinto — que me avedes mandado,
»pagar se ya delle — Alfonso el Castellano.
»Yó vos lo suelto — e avello quitado.
»A Dios lo prometo, — a aquel que está en alto:
»fasta que yo me pague — sobre mio buen cavallo,
»lidiando — con moros en el campo,
»que enpleye la lança — e al espada meta mano,
»e por el cobdo ayuso — la sangre destellando,
»ante Roy Díaz — el lidiador contado,
»non prendré de vos — quanto un dinero malo.
»Pues que por mí ganáredes — quesquier que sea dalgo,
»todo lo otro — afelo en vuestra mano.»

25

El Cid vende su quinto a los moros.—No quiere lidiar con el rey Alfonso

Estas ganançias — allí eran juntadas.
Comidiós mio Çid — el que en buena *cinxo espada,*
el rey Alfonso — que llegarién sus compañas,
quel buscaríe mal — con todas sus mesnadas.
Mandó partir — tod aqueste aver *sin falla,*
sos quiñoneros — que gelos diessen por carta.
Sos cavalleros — i an arribança,
a cada uno dellos — caden çient marcos de plata,
e a los peones — la meatad sin falla ;
todo el quinto — a mio Çid fincaba.
Aquí non lo puede vender — nin dar en presentaja ;
nin cativos nin cativas — non quiso traer en su conpaña.

24

Minaya no acepta parte alguna en el botín y hace un voto solemne

—Ilustre Campeador, mucho os lo agradezco. De esta quinta que me ofrecéis, hasta el castellano Alfonso quedaría bien pagado; pero yo os lo devuelvo. Y de aquí prometo a Dios que está en lo alto, que yo no me satisfaga de lidiar en campo con los moros sobre mi caballo, empleando la lanza y metiendo mano a la espada, hasta que chorree la sangre por el codo, delante de Ruy Díaz, el gran combatiente, no he de aceptar que me paguéis ni un mal dinero. Cuando yo os haya ganado algo que valga la pena, aceptaré mi parte; entre tanto, tomadlo todo para vos.

25

El Cid vende su quinto a los moros.—No quiere lidiar con el rey Alfonso

Reunieron el botín. El Cid, que en buen hora ciñera espada, pensó que acaso le buscarían para atacarlo las mesnadas del rey Alfonso. Mandó repartir cuanto antes la ganancia, y a sus repartidores pidió que le diesen carta de lo que a él le tocaba. Buena parte sacan sus caballeros, pues a cada uno le tocan cien marcos de plata, y a los peones, la mitad justa, quedándose el quinto para el Cid. Pero no puede éste venderlo ni tiene a quién regalarlo. No ha querido traer consigo cautivos ni cautivas. Se pone al habla con los de Castejón y manda preguntar a Hita y a Guadalajara que en cuánto le compran su quinta, aunque

Fabló con los de Castejón, — y envió a Fita e a Guadalfajara,
esta quinta — por quanto serié conprada,
aun de lo que diessen — oviessen grand ganançia.
Asmaron los moros — tres mill marcos de plata.
Plogo a mio Çid — d'aquesta presentaja.
A tercer día — dados foron sin falla.
Asmó mio Çid — con toda su conpaña
que en el castiello — non i avrie morada,
e que serie retenedor, — mas non i avrie agua.
«Moros en paz, — ca escripta es la carta,
»buscar nos ie el rey Alfonso, — con toda su mesnada.
»Quitar quiero Castejón, — oid, escuelas e Minaya!

26

El Cid marcha a tierras de Zaragoza, dependientes del rey moro de Valencia

«Lo que yo dixiero — non lo tengades a mal:
»en Castejón — non podriemos fincar;
»cerca es el rey Alfonso — e buscar nos verná.
»Mas el castiello — non lo quiero hermar;
»çiento moros e çiento moras — quiero las i quitar,
»por que lo pris dellos — que de mí non digan mal.
»Todos sodes pagados — e nenguno por pagar.
»Cras a la mañana — pensemos de cavalgar,
»con Alfons mio señor — non querría lidiar.»
Lo que dixo el Çid a todos los otros plaz.
Del castiello que prisieron — todos ricos se parten;
los moros e las moras bendiziéndol están.
Vanse Fenares arriba — quanto pueden andar,
troçen las Alcarrias — e ivan adelant,
por las Cuevas d'Anquita — ellos passando van,
passaron las aguas, — entraron al campo de Taranz,
por essa tierras ayuso — quanto pueden andar.
Entre Fariza e Çetina — mio Çid iba albergar.
Grandes ganançias priso — por la tierra do va;
non lo saben los moros — el ardiment que an.

sea pagando poco. Los moros ofrecen tres mil marcos de plata, proposición que contenta al Cid; y le son puntualmente pagados a tercero día.

Pensó el Cid que no podría alojar a los suyos en el castillo, por falta de agua, aunque desde luego podría retenerlo en su poder.

—Los moros están ahora de paz, y sé yo que están ya escritas las cartas. El rey Alfonso puede venir a buscarme con sus mesnadas. Oid, pues, oh mesnadas, oh Minaya: quiero que salgamos de Castejón.

26

El Cid marcha a tierras de Zaragoza, dependientes del rey moro de Valencia

—No toméis a malo lo que os digo. Sabed que aquí en Castejón no podríamos quedarnos; el rey Alfonso está cerca y nos buscaría. Pero tampoco quiero asolar este castillo. Demos libertad a cien moros y cien moras, a fin de que no digan mal de mí por lo que les quito. Ya estáis pagados todos, y ninguno queda por pagar. Y mañana por la mañana saldremos, porque no quisiera lidiar con Alfonso, mi señor.

A todos parece bien lo que ha dicho el Cid. Abandonan, pues el castillo, enriquecidos, entre las bendiciones de moros y moras.

Caminan hacia arriba de Henares todo lo que pueden: pasan la Alcarria adelante y las cuevas de Anguita; pasan las aguas (del Tajuña), entran en el campo de Taranz y se van metiendo por aquella tierra. El Cid fue a albergarse entre Ariza y Cetina, cogiendo por todo el camino grandes ganancias. No saben los moros el intento audaz de aquella gente. Al día siguiente se puso en marcha el

Otro día moviós — mio Çid el de Bivar,
e passó a Alfama, — la Foz ayuso va,
passó a Bovierca — e a Teca que es adelant,
e sobre Alcoçer — mio Çid iva posar,
en un otero redondo, — fuerte e grand;
açerca corre Salón, — agua nol puedent vedar.
Mio Çid don Rodrigo — Alcoçer cueda ganar.

27

El Cid acampa sobre Alcocer

Bien puebla el otero, — firme prende las posadas,
los unos contra la sierra — e los otros contra la agua.
El buen Canpeador — que en buen hora *cinxo espada*
derredor del otero, — bien çerca del agua,
a todos sos varones — mandó fazer una cárcava,
que de día nin de noch les diessen arrebata,
que sopiessen que mio Çid — allí avie fincança.

28

Temor de los moros

Por todas essas tierras — ivan los mandados,
que el Campeador mio Çid — allí avie poblado,
venido es a moros, — exido es de cristianos;
en la su vezindad — non se treven ganar tanto.
Alegrando se va mio Çid — con todos sos vasallos;
el castiello de Alcocer — en paria va entrando.

29

El Campeador toma a Alcocer mediante un ardid

Los de Alcoçer — a mio Çid yal dan parias
e los de Teca — e los de Terrer la casa;
a los de Calatauth, — sabet, ma'les pesava.
Allí yogo mio Çid — complidas quinze sedmanas.

Cid de Vivar, pasó Alhama y la Hoz, pasó Briviesca, y más adelante Ateca, y fue a descansar en Alcocer, en un otero redondo, fuerte y grande, donde no se le pueden cortar el agua, porque corre cerca el Jalón. El Cid don Rodrigo tiene pensado ganar a Alcocer.

27

El Cid acampa sobre Alcocer

Puebla el otero, construye el campamento, unas tiendas en la sierra y junto al río las otras. El buen Campeador, que en buen hora ciñera espada, en redor del otero, y junto al río mandó a sus varones cavar un foso, e hizo decir que nadie se atreviera a asaltarlo de día ni de noche, y que tuvieran entendido que allí era la morada del Cid.

28

Temor de los moros

La noticia de que el Cid Campeador había poblado allí se extendió por aquellas tierras, y de que había dejado a los cristianos para vivir entre moros. Éstos, en su vecindad, apenas se atreven a labrar sus terruños. El Cid y sus vasallos tienen razón de alegrarse: pronto el castillo de Alcocer les paga tributo.

29

El Campeador toma a Alcocer mediante un ardid

Los de Alcocer le pagan tributo al Cid, y los de Ateca y pueblo de Terrer; pero sabed que esto les pesaba a los de Calatayud. Allí descansó el Cid quince semanas cumplidas.

Quando vido mio Çid — que Alcoçer non se le dava,
elle fizo un art — e non lo detardava:
dexa una tienda fita — e las otras levava,
cojó Salón ayuso, — la su seña alçada,
las lorigas vestidas — e çintas las espadas,
a guisa de menbrado, — por sacarlos a çelada.
Vidienlo los de Alcoçer — Dios, cómmo se alabavan!
«Fallido ha a mio Çid — el pan e la çevada.
»Las otras abés lieva, — una tienda a dexada.
»De guisa va mio Çid — commo si escapasse de arrancada:
»demos salto a él — e feremos grant ganançia,
»antes quel prendan — los de Terrer *la casa,*
»*ca si ellos le prenden,* — non nos darán dent nada:
»la paria qu'él a presa — tornar nos la ha doblada.»
Salieron de Alcoçer — a una priesa much estraña.
Mio Çid, quando los vío fuera, — cogiós commo de arran-
Cojós Salón ayuso — con los sos abuelta *anda.* [cada;
Dizen los de Alcoçer: — «ya se nos va la ganançia!»
Los grandes e los chicos — fuera salto davan,
al sabor del prender — de lo ál non pienssan nada,
abiertas dexan las puertas — que ninguno non las guarda.
El buen Campeador — la su cara tornava,
vío que entrellos y el castiello — mucho avié grant plaça;
mandó tornar la seña, — a priessa espoloneavan.
«Firidlos, cavalleros, — todos sines dubdança;
»con la merçed del Criador — nuestra es la ganancia!»
Bueltos son con ellos — por medio de la llaña.
Dios, qué bueno es el gozo — por aquesta mañana!
Mio Çid e Álvar Fáñez — adelant aguijavan;
tienen buenos cavallos, — sabet, a su guisa les andan;
entrellos y el castiello — en essora entravan.
Lo vasallos del mio Çid — sin piedad les davan,
en un poco de logar — trezientos moros matan.
Dando grandes alaridos — los que están en la çelada,
dexando van los delant, — poral castiello se tornavan,
las espadas desnudas, — a la puerta se paravan.
Luego llegavan los sos, — ca fecha es el arrancada.
Mio Çid ganó a Alcoçer, — sabet, por esta maña.

Viendo que Alcocer no se le rendía, inventó al punto un ardid de guerra. Mandó levantar todas las tiendas menos una, y fuese Jalón abajo con bandera desplegada, espadas al cinto y puestas las lorigas, para hacerlos caer cautelosamente en una emboscada. ¡Cómo se alababan los de Alcocer viéndolos marcharse!

—Ya al Cid se le acabó todo el pan y la cebada. Ha dejado una tienda y ya se lleva las demás, que apenas puede con ellas. Va de tal modo como si escapase derrotado: asaltémosle ahora, y ganaremos buen botín, antes que lo cojan los del pueblo de Terrer, porque si ellos lo hacen no nos tocará nada. Ahora es tiempo de que nos devuelva doblado el tributo que le pagábamos.

Salieron de Alcocer con gran prisa. El Cid, al verlos, hizo como que huía. Y echó por Jalón abajo con los suyos.

—¡Ea, que se nos va la ganancia! —decían los de Alcocer.

Y grandes y chicos se salían de la ciudad, sin pensar más que en su codicia, y dejando libres de par en par las puertas. Entonces el Campeador tornó la cabeza, y viendo el gran trecho que mediaba entre ellos y el castillo mandó volver la enseña y lanzar los caballos (hacia Alcocer).

—¡A ellos, mis caballeros, heridlos sin temor! Si Dios nos ayuda, nuestra es la ganancia.

Y se revuelven con ellos en mitad de la llanura. ¡Oh, Dios, qué alegría la de esa mañana! Adelante iban el Cid y Álvar Fáñez, con buenos caballos que mueven a su antojo; y pronto se metieron entre los moros y el castillo. Sin piedad caían los vasallos del Cid sobre los moros, y en corto espacio matan trescientos. Dando entonces grandes alaridos los que habían quedado ocultos, salen, se adelantan, desenvainan las espadas y se agolpan a la puerta del castillo para guardarla. Pronto llegan los suyos; la victoria está consumada.

Así ganó el Cid el castillo de Alcocer.

30

La seña del Cid ondea sobre Alcocer

Vino Per Vermudoz, — que la seña tiene en mano,
metióla en somo — en todo lo más alto.
Fabló mio Çid Roy Díaz — el que en buen ora fue nado:
»grado a Dios del cielo — e a todos los sos santos,
»ya mejoraremos posadas — a dueños e a cauallos.

31

Clemencia del Cid con los moros

«Oid a mí, Álvar Fáñez — e todos los cavalleros!
»En este castiello — gran aver avemos preso;
»los moros yazen muertos, — de bivos pocos veo.
»Los moros e las moras — vender non los podremos,
»que los descabeçemos — nada non ganaremos;
»cojámoslos de dentro, — ca el señorío tenemos;
»posaremos en sus casas — e dellos nos serviremos.»

32

El rey de Valencia quiere recobrar a Alcocer.—Envía un ejército contra el Cid

Mio Çid con esta ganançia — en Alcoçer está;
fizo enbiar por la tienda — que dexara allá.
Mucho pesa à los de Teca — e a los de Terrer non plaze,
e a los de Calatayuth, — sabet, pesando va.
Al rey de Valencia — enbiaron con mensaje,
que a uno que dizien — mio Çid Roy Díaz de Bivar
»ayrólo rey Alfonsso, — de tierra echado lo ha,
»vino posar sobre Alcoçer, — en un fuerte logar;
»sacólos a çelada, — el castiello ganado a:

30

La seña del Cid ondea sobre Alcocer

Vino a esto Pedro Bermúdez, el portaenseña, y clava la enseña en lo más alto. Habló el Cid, nacido en buen hora:

—Gracias a Dios del cielo y a todos sus santos: a los jinetes y a los caballos mejoraremos ahora de posada.

31

Clemencia del Cid con los moros

—Oídme, Álvar Fáñez y todos los caballeros. Mucho hemos ganado con este castillo; muchos moros han muerto, pocos son los que quedan vivos; no tenemos a quién vender moros y moras; con descabezarlos no ganaríamos nada; acojámoslos dentro, puesto que somos los amos del lugar; nos hospedaremos en sus casas y nos haremos servir por ellos.

32

El rey de Valencia quiere recobrar a Alcocer.—Envía un ejército contra el Cid

Así está el Cid en Alcocer, en medio de sus ganancias. Envió por la tienda que había dejado en el campamento. Mucho pesaba su triunfo a los de Ateca, y tampoco agrada a los de Terrer, y a los de Calatayud les resulta duro. Enviaron entonces un mensaje al rey de Valencia, diciéndole que uno que llaman el Cid Ruy Díaz de Vivar «echólo de sus tierras el rey Alfonso y vino a acampar en un lugar de Alcocer; sacó con engaños a los habitantes, y les

»si non das consejo, — a Teca e a Terrer perderás,
»perderás Calatayuth, — que non puede escapar,
»ribera de Salón — todo irá a mal,
»assí ferá lo de Siloca, — que es del otra part.»
Quando lo odió rey Tamín — por cuer le pesó mal:
«Tres reyes veo de moros — derredor de mí estar,
»non lo detardedes, — los dos ir pora allá,
»tres mill moros levedes — con armas de lidiar;
»con los de la frontera — que vos ayudarán,
»prendétmelo a vida, — aduzídmelo delant;
»por que se me entró en mi tierra — derecho me avrá a dar.»
Tres mil moros cavalgan — e pienssan de andar,
ellos vinieron a la noch — en Segorve posar.
Otro día mañana — pienssan de cavalgar,
vinieron a la noch — a Çelfa posar.
Por los de la frontera — pienssan de enbiar;
non lo detienen, — vienen de todas partes.
Ixieron de Çelfa — la que dizen de Canal,
andidieron todo 'l día, — que vagar no se dan,
vinieron essa noche — en Calatayuth posar.
Por todas essas tierras — los pregones dan;
gentes se ajuntaron — sobejanas de grandes
con aquestos dos reyes — que dicen Fáriz e Galve;
al bueno de mio Çid — en Alcoçer le van çercar.

33

Fáriz y Galve cercan al Cid en Alcocer

Fincaron las tiendas — e prendend las posadas,
creçen estos virtos, — ca yentes son sobejanas.
Las arrobdas, — que los moros sacan,
de día e de noch — enbueltos andan en armas;
muchas son las arrobdas — e grande es el almofalla.
A los de mio Çid — ya les tuellen el agua.
Mesnadas de mio Çid — exir querién a batalla,
el que en buen ora nasco — firme gelo vedava.
Toviérongela en çerca — complidas tres sedmanas.

ha ganado el castillo. Si no nos auxilias —añadían— perderás a Ateca y a Terrer, perderás a Calatayud, que no habrá medio de que se salve; todo irá de mal en peor en esta ribera del Jalón y lo mismo en la del Jiloca, que está a la otra parte.»

Pesóle de corazón al rey Tamín cuando esto supo.

—Tres emires veo junto a mí —dijo al punto—. Id allá dos sin tardanza, llevando con vosotros unos tres mil moros bien armados; con ayuda de los de la frontera, cogédmele vivo y traédmelo delante; por habérseme entrado en mi tierra me ha de pagar derecho.

Cabalgan los tres mil moros, pasan en Segorbe la noche, y prosiguen al día siguiente para reposar nuevamente en Cella la otra noche. Envían aviso a los de la frontera, y éstos acuden de todas partes. Salieron, pues, de Cella del Canal, como suelen llamarla; anduvieron todo el día sin descanso, y por la noche llegaron a Calatayud. Despachan pregoneros a todos lados y se reúne numerosísima gente, bajo el mando de los dos emires: Fáriz y Galve. Van a poner cerco al buen Cid en el castillo de Alcocer.

33

Fáriz y Galve cercan al Cid en Alcocer

Alzan tiendas, forman el campamento, aumentan las fuerzas, que ya son muy numerosas. Los centinelas avanzados de los moros andan armados hasta los dientes de día y de noche. Muchos son los centinelas, inmensas las huestes. Les cortan el agua a los del Cid. Las mesnadas de éste quisieran presentar batalla, pero lo prohíbe terminantemente el bienhadado. Por tres semanas apretaron el cerco.

34

Consejo del Cid con los suyos.—Preparativos secretos.—El Cid sale a batalla campal contra Fáriz y Galve.—Pedro Bermúdez hiere los primeros golpes.

A cabo de tres sedmanas, — la quarta querie entrar,
mio Çid con los sos — tornós a acordar:
«el agua nos han vedada, — exir nos ha el pan,
»que nos queramos ir de noch — no nos lo consintrán;
»grandes son los poderes — por con ellos lidiar;
«dezidme, cavalleros, — cómmo vos plaze de far.»
Primero fabló Minaya, — un cavallero de prestar:
«de Castiella la gentil — exidos somos acá,
»si con moros non lidiáremos, — no nos darán del pan.
»Bien somos nos seysçientos, — algunos ay de más;
»en el nombre del Criador, — que non passe por ál:
»vayámolos ferir — en aquel día de crás.»
Dixo el Canpeador: — «a mi guisa fablastes;
»ondrástesvos, Minaya, — ca aver vos los iedes de far.»
Todos los moros e las moras — de fuera los manda echar,
que non sopiesse ninguno — esta su poridad.
El día e la noche — piénssanse de adobar.
Otro día mañana, — el sol querie apuntar,
armado es mio Çid — con quantos que él ha;
fablava mio Çid — commo odredes contar:
«todos iscamos fuera, — que nadi non raste,
»sinon dos pedones solos — por la puerta guardar;
»si nos muriéremos en campo — en castiello nos entrarán,
»si vençiéremos la batalla, — creçeremos en rictad.
»E vos, Per Vermudoz, — la mi seña tomad;
»commo sodes muy bueno, — tener la edes sin arth;
»mas non aguijedes con ella, — si yo non vos lo mandar.»
Al Çid besó la mano, — la seña va tomar.
Abrieron las puertas, — fuera un salto dan;
viéronlo las arrobdas de los moros, — al almofalla se van [tornar.
Qué priessa va en los moros! — e tornáronse a armar;

34

Consejo del Cid con los suyos.—Preparativos secretos.—El Cid sale a batalla campal contra Fáriz y Galve.—Pedro Bermúdez hiere los primeros golpes.

Al cabo de tres semanas, cuando ya se echaba encima la cuarta, el Cid convoca a consejo a los suyos.

—Ya nos han quitado el agua los moros —les dijo— y puede faltarnos el pan. Siquisiéramos salir de noche, no nos dejarán. Sus fuerzas son grandes para que luchemos contra ellas. Decidme, pues, caballeros, lo que os parece mejor que hagamos.

Habló primero Minaya, ilustre caballero:

—Aquí hemos venido desde Castilla la gentil, y si no ha de ser luchando con moros no ganaremos nunca el pan. Bien llegamos a seiscientos y acaso más. En el nombre del Criador, que no se disponga otra cosa sino comenzar el ataque desde mañana.

Y el Campeador:

—Es muy de mi gusto cuanto habéis dicho, y con ello os habéis honrado, Minaya, que no podía esperarse menos de vos.

Y mandó echar fuera a todos los moros y moras, a fin de que no descubriesen su secreto. Todo el resto del día y la noche ocupan en armarse convenientemente, y a la mañana, cuando apuntaba la aurora, el Cid, y los suyos amanecen apercibidos.

Y dijo el Campeador lo que vais a oir:

Salgamos todos, no quede nadie, con excepción de dos peones que han de guardar la puerta. Si morimos en el campo, que nos entren en el castillo. Y si vencemos la batalla, nos habremos enriquecido. Vos, Pedro Bermúdez, tomad mi enseña: sois bueno, y la guardaréis lealmente; pero no os adelantéis mientras no os lo mande.

Besó la mano al Cid y tomó la enseña.

Abrieron las puertas y salieron. Las avanzadas, al verlos, corren a decirlo a sus huestes. ¡Con qué prisa se están ar-

ante roído de atamores — la tierra quiré quebrar;
veriedes armarse moros, — apriessa entrar en az.
De parte de los moros — don señas ha cabdales,
e los pendones mezclados, — ¿qui los podrié contar?
Las azes de los moros — yas mueven adelant,
por a mio Çid e a los sos — a manos lo tomar.
«Quedas seed, mesnadas, — aquí en este logar,
»non derranche ninguno — fata que yo lo mande.»
Aquel Per Vermudoz — non lo pudo endurar,
la seña tiene en mano, — conpeçó de espolonar:
«El Criador nos vala, — Çid Campeador leal!
»Vo meter la vuestra seña — en aquella mayor az;
»los que el debdo avedes — veré commo la acorrades.»
Dixo el Campeador: — «¡non sea, por caridad!»
Respuso Per Vermudoz: — «¡non rastará por al!»
Espolonó el cavallo — e metiol en el mayor az.
Moros le reçiben — por la seña ganar,
danle grandes colpes, — mas nol pueden falssar.
Dixo el Canpeador: — «¡valelde, por caridad!»

35

Los del Cid acometen para socorrer a Pedro Bermúdez

Enbraçan los escudos — delant los coraçones,
abaxan las lanças — abueltas de los pendones,
enclinaron las caras — de suso de los arzones,
ívanlos ferir — de fuertes coraçones.
A grandes vozes llama — el que en buen ora nació:
«¡feridlos, cavalleros, — por amor del Criador!
»Yo so Roy Díaz, el Çid — de Bivar Canpeador!»
Todos fieren en el az — do está Per Vermudoz.
Trezientas lanças son, — todas tienen pendones;
seños moros mataron, — todos de seños colpes;
a la tornada que fazen — otros tantos muertos son.

mando los moros! Tanto es el ruido de los tambores que se estremece la tierra. Vierais allí armarse a los moros y entrar prontamente en sus filas. Los moros traen dos enseñas principales, y las otras secundarias ¿quién las podría contar? Ya se adelantan las filas de los moros para encontrarse con el Cid y los suyos.

—Quietas, mesnadas. De aquí no se mueva nadie. No salga uno solo de las filas mientras yo no lo ordene.

Ya no puede contenerse Pedro Bermúdez. Lleva la enseña en la mano y espolea su corcel:

—¡Oh leal Cid Campeador, el Criador os valga! Voy a meter nuestra enseña en la fila mayor. Ahora veremos cómo saben protegerla los que están obligados.

—¡No lo hagáis, por caridad! —grita el Campeador.

—Pues no faltaría más —responde el otro; y dando espuelas al caballo lo mete por entre la fila más compacta, donde los moros lo esperan para arrebatale la enseña, y aunque lo tiran grandes tajos no logran romperle (la loriga).

El Cid grita:

—¡Auxiliadle, por caridad!

35

Los del Cid acometen para socorrer a Pedro Bermúdez

Embrazan frente a los pechos los escudos, enristran las lanzas, envuelven los pendones, se inclinan sobre los arzones, con ánimo de acometer denodadamente.

El que en buen hora naciera dice a grandes voces:

—¡A ellos, mis caballeros, en el nombre de Dios! ¡Yo soy Ruy Díaz de Vivar, el Cid Campeador!

Todos dan sobre la fila en que está luchando Pedro Bermúdez. Son trescientas lanzas con pendones, y de sendos golpes mataron a trescientos moros. Al revolverse cargan otra vez y matan otros trescientos.

36

Destrozan las haces enemigas

Veriedes tantas lanças — premer e alçar,
tanta adágara — foradar e passar,
tanta loriga — falsar e desmanchar,
tantos pendones blancos — salir vermejos en sangre,
tantos buenos cavallos — sin sos dueños andar.
Os moros llaman Mafómar — el los cristianos santi Yague.
Cadien por el campo — en un poco de logar
moros muertos — mill e trezientos ya.

37

Mención de los principales caballeros cristianos

—¡Quál lidia bien — sobre exorado arzón
mio Çid Ruy Díaz — el buen lidiador;
Minaya Álvar Fáñez, — que Çorita mandó,
Martín Antolínez, — el Burgalés de pro,
Muño Gustioz — que so criado fo,
Martín Muñoz, — el que mandó a Mont Mayor,
Álvar Albaroz — e Álvar Salvadórez,
Galín Garciaz, — el bueno de Aragón.
Félez Muñoz — so sobrino del Canpeador!
Desí adelante, — quantos que y son,
acorren la seña — e a mio Çid el Canpeador.

38

Minaya, en peligro.—El Cid hiere a Fáriz

A Minaya Álvar Fáñez — matáronle el cavallo;
bien lo acorren — mesnadas de cristianos.
La lança a quebrada, — al espada metió mano,
maguer de pie — buenos colpes va dando.

36

Destrozan las haces enemigas

Allí vierais subir y bajar tantas lanzas, pasar y romper tanta adarga, tanta loriga quebrantarse y perder las mallas, tantos pendones blancos salir enrojecidos de sangre, tantos hermosos caballos sin jinete. Los moros invocan a Mahoma y los cristianos a Santiago. En poco trecho yacían por el campo no menos de mil trescientos moros.

37

Mención de los principales caballeros cristianos

¡Oh qué bien lidia, sobre dorado arzón, el Cid Ruy Díaz, gran combatiente; oh qué bien Minaya Álvar Fáñez, el que tuvo mando en Zurita; Martín Antolínez, el ilustre burgalés, y Muño Gustioz, que fue su criado; y Martín Muñoz, el que mandó en Monte Mayor; y Álvaro Álvar, y Álvaro Salvadórez, y Galindo García el buen aragonés, y Féliz Muñoz, sobrino del Cid! Cuantos hay, todos acuden en auxilio del Cid y de su enseña.

38

Minaya, en peligro.—El Cid hiere a Fáriz

Las mesnadas de cristianos auxilian a Minaya Álvar Fáñez, porque le han matado el caballo. También se le ha roto la lanza, pero mete mano a la espada y, aunque desmontado, va dando unos tajos furibundos. Violo el Cid

Víolo mio Çid — Roy Díaz el Castellano,
acostós a un aguazil — que tenié buen cavallo,
diol tal espadada — con el so diestro braço,
cortól por la cintura, — el medio echó en campo.
A Minaya Álvar Fáñez — ival dar el cavallo;
«Cabalgad, Minaya, — vos sodes el mio diestro braço!
»Oy en este día — de vos abré grand bando;
»firme'son los moros — aún nos' van del campo,
»*a menester — que los cometamos de cabo.*»
Cavalgó Minaya, — el espada en la mano,
por estas fuerças — fuerte mientre lidiando,
a los que alcança — valos delibrando.
Mio Çid Roy Díaz, — el que en buena nasco,
al rey Fáriz — tres colpes le avié dado;
los dos le fallen, — y el únol ha tomado,
por la loriga ayuso — la sangre destellando;
bolvió a rienda por írsele del campo.
Por aquel colpe — rancado es el fonssado.

39

Galve, herido, y los moros, derrotados

Martín Antolínez — un colpe dio a Galve,
las carbonclas del yelmo — echógelas aparte,
cortól el yelmo, — que llegó a la carne;
sabet, el otro — non gel osó esperar.
Arrancado es — el rey Fáriz e Galve;
¡tan buen día — por la cristiandad,
ca fuyen los moros — della e della part!
Los de mio Çid — firiendo en alcaz,
el rey Fáriz — en Terrer se fo entrar,
e a Galve — nol cogieron allá;
para Calatayuth — quanto puede se va.
El Campeador — ívale en alcaz,
fata Calatayuth — duró el segudar.

Ruy Díaz el castellano, y acercándose a un general moro que traía un caballo excelente, tiróle un tajo con la diestra que, cortándole por la cintura, le echó al suelo la mitad del cuerpo. Después se acercó a Álvar Fáñez para darle el caballo.

—A caballo, Minaya. Vos sois mi brazo derecho. Hoy necesito vuestra ayuda. Ved que los moros están firmes; aún no los echamos del campo; fuerza es que acabemos con ellos.

Montó Minaya sin soltar la espada de la mano, y siguió luchando denodadamente por entre las fuerzas enemigas: a cuantos alcanza los deshace. En tanto, el bienhadado Cid Ruy Díaz le lanza al emir Fáriz tres golpes: dos le fallan, pero el tercero le acierta, y escurre la sangre por la loriga abajo. El emir volvió grupas, tratando de abandonar el campo: de sólo aquel golpe queda derrotado el ejército.

39

Galve, herido, y los moros, derrotados

Martín Antolínez asestó tan tremendo tajo al moro Galve que le arranca los rubíes del yelmo y, partiendo el yelmo, entra en la carne. No quiso esperar el emir el segundo golpe. Derrotados están los emires Fáriz y Galve: gran día para la cristiandad, que ya de una y otra parte huyen los moros.

Al alcance los van atacando los del Cid. El emir Fáriz se refugió en Terrer, y a Galve no lo quisieron recibir, por lo que huye hacia Calatayud a toda rienda. El Campeador le sigue de cerca, y la persecución continúa hasta Calatayud.

40

Minaya ve cumplido su voto.—Botín de la batalla.—El Cid dispone un presente para el rey

A Minaya Álbar Fáñez — bien l'anda el cavallo.
daquestos moros — mató treinta e quatro ;
espada tajador, — sangriento trae el braço,
por el cobdo ayuso — la sangre destellando.
Dize Minaya: — «agora so pagado,
»que a Castiella — irán buenos mandados,
»que mio Çid Roy Díaz — lid campal a *arrancado*.»
Tantos moros yazen muertos — que pocos bivos a de
Ca en alcaz — sin dubda les foron dando.
Yas tornan — los del que en buen ora nasco.
Andava mio Çid — sobre so buen cavallo,
la cofia fronzida — ¡Dios, cómmo es bien barbado!
almófar a cuestas, — la espada en la mano.
Vio los sos — commos van allegando:
«Grado a Dios, — aquel que está en alto,
»quando tal batalla — avemos arrancado.»
Esta albergada — los de mio Çid luego la an robado
de escudos e de armas — e de otros averes largos ;
de los moriscos, — quando son llegados,
ffallaron — quinientos e diez cavallos.
Grand alegreya va — entre essos cristianos,
más de quinze de los sos — menos non fallaron.
Traen oro e plata — que non saben recabdo ;
refechos son — todos essos cristianos
con aquesta ganançia — *que y avién fallado*.
A so castiello a los moros — dentro los an tornados,
mandó mio Çid — aún que les diessen algo.
Grant a el gozo mio Çid — con todos sos vasallos.
Dio a partir estos dineros — e estos averes largos ;
en la su quinta — al Çid caen cient cavallos.
¡Dios, qué bien pagó — a todos sus vasallos,
a los peones — e a los encavalgados!

40

Minaya ve cumplido su voto.—Botín de la batalla.—El Cid dispone un presente para el rey

El caballo le salió bueno a Minaya Álvar Fáñez, y así pudo matar hasta treinta y cuatro moros. ¡Oh tajante espada, y cuán ensangrentado trae el brazo, escurriéndole por el codo la sangre!

—Ahora sí que estoy satisfecho —dice Minaya—. Ahora llegarán a Castilla las buenas nuevas de que mi Cid Ruy Díaz ha salido victorioso en guerra campal.

Hay tantos moros muertos, que apenas quedan supervivientes.

Los de aquel que nació en buen hora los han ido persiguiendo, y ya están de regreso. Veíase al Cid sobre su caballo, espada en mano, fruncida la coña (sobre la cara) y caída sobre la espalda la capucha de la loriga. ¡Oh Dios, qué bien barbado que es!

Viendo venir a los suyos exclama:

—Gracias a Dios, que está en los cielos, nuestra es la victoria.

Los de Mío Cid se entregan después a saquear el campamento, recogiendo escudos, armas y abundantes riquezas. Juntaron hasta quinientos diez caballos de los moriscos, y grande es su alegría cuando advierten que sus bajas no pasan de quince. No saben ya ni dónde poner tanto oro y plata. Enriquecidos están con el botín. Vuelven a recibir en el castillo a los moros que los servían, y aún manda el Cid que les den algo. El Cid y sus vasallos se regocijan, y ordena aquél que sean distribuidas las ganancias. Sólo en la quinta del Cid entran cien caballos. ¡Oh Dios, qué bien paga a los suyos, así peones como jinetes! ¡Qué bien sabe hacerlo todo el bienhadado; todos los que le acompañan quedan contentos!

Bien lo aguisa — el que en buen ora nasco,
quantos él trae — todos son pagados.
«Oid, Minaya, sodes — mio diestro braço!
»D'aquesta riqueza — que el Criador nos a dado
»a vuestra guisa — prended con vuestra mano.
»Enbiar vos quiero — a Castiella con mandado
»desta batalla — que avemos arrancado;
»al rey Alfons — que me a ayrado
»quiérol enbiar — en don treinta cavallos,
»todos con siellas — e muy bien enfrenados,
»señas espadas — de los arcones colgando.»
Dixo Minaya Álvar Fáñez: — «esto faré yo de grado.»

41

El Cid cumple su oferta a la catedral de Burgos

—«Evades aquí — oro e plata fina,
»una uesa lleña, — que nada nol mingua;
»en Santa María de Burgos — quitedes mill missas,
»lo que romaneçiere — daldo a mi mugier e a mis fijas,
»que ruegen por mí — las noches e los días;
»si les yo visquiero, — serán dueñas ricas.»

42

Minaya parte para Castilla

Minaya Álvar Fáñez — desto es pagado;
por ir con él — omnes son contados.
Agora davan çevada, — ya la noch avie entrado,
mio Çid Roy Díaz — con los sos se acordando:

—Oíd, Minaya, mi brazo derecho: de esta riqueza que Dios nos ha enviado, tomad cuanto os plazca. Y quiero que vayáis a Castilla a dar cuenta de esta victoria, porque deseo obsequiar al rey Alfonso, que me desterró, con treinta caballos, todos con sus sillas y frenos y espadas al arzón.

—Que me place —dijo Álbar Fáñez.

41

El Cid cumple su oferta a la catedral de Burgos

—He aquí oro y fina plata —continuó el Cid— hasta colmar esta bota por completo. Pagaréis mil misas en Santa María de Burgos; lo que sobre sea para mi mujer e hijas; que rueguen por mí de día y de noche. Si Dios me da vida, llegarán a ser damas opulentas.

42

Minaya parte para Castilla

Álvar Fáñez está muy contento de la embajada. Designan a los que le han de acompañar, y dan cebada a las bestias, ya entrada la noche. En tanto el Cid Ruy Díaz reúne a los suyos en consejo.

43

Despedida

«¿Ides vos Minaya, — a Castiella la gentil?
»A nuestros amigos — bien les podedes dezir:
»Dios nos valió — e vençiemos la lid.
»A la tornada, — si nos falláredes aquí;
»si non, do sopiéredes que somos, — indos conseguir.
»Por lanças e por espadas — avemos de guarir,
»si non, en esta tierra angosta — non podriemos bivir,
»*e commo yo cuedo, — a ir nos avremos d'aquí.*»

44

EL Cid vende Alcocer a los moros

Ya es aguisado, — mañanas fo Minaya,
e el Campeador — fincó y con su mesnada.
La tierra es angosta — e sobejana de mala.
Todos los días — a mio Çid aguardavan
moros de las fronteras — e unas yentes extrañas;
sanó el rey Fáriz, — con él se consejaban.
Entre los de Teca — e los de Terrer la casa,
e los de Calatayut, — que es más ondrada,
así lo an asmado — e metudo en carta:
vendido les a Alcoçer — por tres mil marcos de plata.

45

Venta de Alcocer. (Repetición.)

Mio Çid Roy Díaz — he vendido;
qué bien pagó — a sos vassallos mismos!
A cavalleros e a peones — fechos los ha ricos,
en todos los sos — non fallariedes un mesquino.
Qui a buen señor sirve, — siempre bive en deliçio.

43

Despedida

—¿Así, pues, Minaya, os vais a Castilla la gentil? Podéis decir a nuestros amigos que Dios nos ha ayudado a vencer. Acaso nos encontréis aquí a la vuelta. Si no, buscadnos donde os informen que andamos. De lanza y espada hemos de valernos: de otra suerte, esta escasa tierra no nos daría lo bastante para vivir. Me temo, por eso, que tengamos que irnos a otra parte.

44

El Cid vende Alcocer a los moros

Hecho está: partió Minaya a la madrugada, y el Campeador se quedó con los demás. Escasa, malísima es la tierra aquélla. Todos los días andan espiando al Cid los moros de la frontera y unos hombres extraños. Algo tramaban con consejo del emir Fáriz, ya repuesto de sus heridas. Con los de Ateca y el pueblo de Terrer y los de Calatayud, que es ciudad más rica, el Cid entra en tratos, redactan el convenio por carta, y les vende por tres mil marcos de plata el castillo de Alcocer.

45

Venta de Alcocer. (Repetición.)

Vende a Alcocer el Cid Ruy Díaz, y paga opulentamente a sus vasallos, enriqueciendo a caballeros y peones; no queda pobre entre todos: «quien a buen señor sirve, buen galardón alcanza.»

46

Abandono de Alcocer.—Buenos agüeros.—El Cid se asienta en el Poyo, sobre Monreal

Quando mio Çid — el castiello quiso quitar,
moros e moras — tomáronse a quexar:
«¿vaste mio Çid; — nuestras oraciones váyante delante!
»Nos pagados finçamos, — señor, de la tu part.»
Quando quitó a Alcoçer — mio Çid el de Bivar,
moros e moras — compeçaron de llorar.
Alçó su seña, — el Campeador se va,
passo Salón ayuso, — aguijó cabadelant,
el exir de Salón — mucho ovo buenas aves.
Plogo a los de Terrer — e a los de Calatayut más,
pesó a los de Alcoçer — ca pro les fazié grant.
Aguijó mio Çid, — ivas cabadelant,
y ffincó en un poyo — que es sobre Mont Real;
alto es el poyo, — maravilloso e grant;
non teme guerra, — sabet, a nulla part.
Metió en paria — a Daroca enantes,
desí a Molina, — que es de otra part,
la terçera Teruel, — que estaba delant;
en su mano tenié — a Çelfa la del Canal.

47

Minaya llega ante el rey.—Éste perdona a Minaya, pero no al Cid

Mio Çid Roy Díaz — de Dios aya su gracia!
Ido es a Castiella — Álvar Fáñez Minaya,
treynta cavallos — al rey los enpresentava;
vídolos el rey, — fermoso sonrrisava:
«¿quin los dio éstos, — si vos vala Dios, Minaya!»

46

Abandono de Alcocer.—Buenos agüeros.—El Cid se asienta en el Poyo, sobre Monreal

Cuando ven que el Cid va a abandonar el castillo, los moros y moras cautivos comienzan a quejarse: «¿Te vas, pues, oh Cid? Te acompañan nuestras oraciones Señor, te quedaremos agradecidos.» Al salir de Alcocer el Cid, los moros y las moras están llorando. El Campeador se aleja, en alto su enseña, encaminándose hacia abajo del río Jalón. Al pasar el río, las aves le dieron buenos agüeros. Si contentos quedan los de Terrer y más aún los de Calatayud, a los de Alcocer les pesa mucho, porque el Cid les era benéfico. El Cid caminaba, y así continuó hasta llegar al Poyo, que está sobre Monreal: es alto, grande y maravilloso de ver; por ningún lado podrían alcanzarlo los enemigos. Comenzó por someter a tributo a Daroca, y más allá a Teruel y al fin a Cella, la del Canal.

47

Minaya llega ante el rey.—Éste perdona a Minaya, pero no al Cid

No deje Dios de su gracia al Cid Ruy Díaz. Álvar Fáñez Minaya ha partido ya para Castilla, y presenta al rey los treinta caballos. El rey los admira con una sonrisa de complacencia:

—Minaya, así Dios te valga: ¿quién me manda semejante regalo?

—«Mio Çid Roy Díaz, — que en buen ora cinxo espada.
»*Pues quel vos ayrastes, — Alcoçer ganó por maña:*
»*al rey de Valençia — dello el mensaje llegava,*
»*mandólo y çercar, — e tolléronle el agua.*
»*Mio Çid salió del castiello — en campo lidiava,*
»venció dos reyes de moros — en aquesta batalla,
»sobejana es, — señor, la sue ganançia.
»A vos, rey ondrado, — enbía esta presentaja;
»bésavos los piedes — e las manos amas
»quel ayades merçed, — si el Criador vos vala.»
Dixo el rey: — «mucho es mañana,
»omne ayrado, — que de señor non ha graçia,
»por acogello — a cabo de tres sedmanas.
»Mas después que de moros fo, — prendo esta presentaja;
»aun me plaze de mio Çid — que fizo tal ganançia.
»Sobresto todo, — a vos quito, Minaya,
»honores e tierras — avellas condonadas,
»id e venit, — d'aquí vos do mi graçia;
»mas del Çid Campeador, — yo non vos digo nada.

48

El rey permite a los castellanos irse con el Cid

»Sobre aquesto todo, — decir vos quiero, Álbar Fáñez:
»de todo mi reyno — los que lo quisieren far,
»buenos e valientes — pora mio Çid huyar,
»suéltoles los cuerpos — e quítoles las heredades.»
Besóle las manos — Minaya Álvar Fáñez:
«Grado e gracias, rey, — commo a señor natural;
»esto feches agora, — al feredes adelant;
»*con Dios nós guisaremos — commo vós lo fagades.*»
Dixo el rey: «Minaya, — ... esso sea de vagar.
»Id por Castiella — e déxenvos andar,
»si'nulla dubda — id a mio Çid buscar.»

—El Cid Ruy Díaz, que en buen hora ciñó espada. Después que le desterrasteis, logró, valiéndose de un ardid, ganar a Alcocer. Súpolo el rey de Valencia por un mensaje, y mandó que lo cercaran; y, en efecto, le cortaron el agua. Pero el Cid salió del castillo a lidiar en campo y venció a dos emires: enormes han sido sus ganancias, señor. Y a vos, rey honrado, os envía hoy este presente, y os besa los pies y las manos para pediros que le hagáis merced, en nombre de Dios.

—Muy pronto es —dijo el rey— para acoger al cabo de unas cuantas semanas a un desterrado que perdió la gracia de su señor. Pero acepto el presente, por venir de patrimonio de moros, y aun confieso que me alegro de las ganancias del Cid. Y sobre todo, Minaya, a vos os perdono y os restituyo honores y tierras, y os doy mi permiso para que entréis y salgáis a vuestro antojo. Pero respecto al Cid, no quiero deciros nada más.

48

El rey permite a los castellanos irse con el Cid

Aún añadiré algo, Álvar Fáñez, y es que a todos los hombres buenos y valientes de mi reino que quieran ir a ayudar al Cid, les doy permiso, y no les confiscaré sus bienes.

Minaya Álvar Fáñez, besándole las manos, exclama:

—¡Gracias, gracias, mi rey y señor natural! Esto concedéis por ahora: mañana concederéis algo más, y para ello pondremos nosotros de nuestra parte todo lo que podamos.

Dijo el rey:

—No se hable más de esto, Minaya, sino id con toda libertad por Castilla, y reuníos al Cid sin temor de que se os moleste.

49

Correrías del Cid desde el Poyo.—Minaya, con doscientos castellanos, se reúne al Cid

Quiérovos dezir — del que en buena çinxo espada:
aquel poyo — en él priso posada;
mientra que sea el pueblo de moros — e de la yente cristiana,
el Poyo de mio Çid — asil dirán por carta.
Estando allí, — mucha tierra preava,
el val del río Martín — todo lo metió en paria.
A Saragoça — sus nuevas legavan,
non plaze a los moros, — firme mientre les pesava.
Allí sovo mio Çid — conplidas quinze sedmanas;
quando vío el caboso — que se tardava Minaya,
con todas sus yentes — fizo una trasnochada;
dexó el Poyo, — todo lo desenparava,
allén de Teruel — don Rodrigo passava,
en el pinar de Tévar — Roy Díaz posava;
todas essas tierras — todas las preava,
a Saragoça — metuda lá en paria.
Quando esto fecho ovo, — a cabo de tres sedmanas,
de Castiella — venido es Minaya,
dozientos con él, — que todos çiñen espadas;
non son en cuenta, — sabet, las peonadas.
Quando vido mio Çid — asomar a Minaya,
el cavallo corriendo, — valo abraçar sin falla,
besóle la boca — e los ojos de la cara.
Todo gelo dize, — que nol encubre nada.
El Campeador — fermoso sonrrisava:
«grado a Dios — e a las sus vertudes santas;
»mientras vos visquiéredes, — bien me irá a mí, Minaya!»

49

Correrías del Cid desde el Poyo.—Minaya, con doscientos castellanos, se reúne al Cid

Entretanto quiero deciros del que en buen hora ciñó espada, el cual había alzado campamento en el Poyo, donde ya sabéis. Siempre, mientras el mundo sea mundo, los escritos le han de llamar el Poyo del Cid. Sus correrías se extendían desde allí a muchas partes, y acabó por someter a tributo todo el valle del río Martín. Llegaron nuevas a Zaragoza de que mucho pesó a los moros, y estaban todos muy descontentos. El Cid se mantuvo allí quince semanas, y cuando vio el prudente capitán que Minaya comenzaba a tardarse, hizo una salida nocturna con toda su gente, abandonó el Poyo, pasó más allá de Teruel, y no paró hasta el pinar de Tévar. Por el camino va saqueando la tierra, y aún logra imponer tributo a Zaragoza.

Hecho esto, he aquí que al cabo de otras tres semanas aparece Minaya, de vuelta de Castilla, y con él doscientos caballeros de espada al cinto e innumerable gente de a pie. Cuando el Cid divisó a Minaya, aguijó el caballo y fue a abrazarlo, besándole la boca y los ojos. El otro le cuenta al instante lo sucedido sin ocultarle nada, y el Campeador, sonriendo alegremente, le dice:

—¡Gracias a Dios y a todos sus santos! Mientras cuente con vos, Minaya, todo me ha de salir bien en la vida.

50

Alegría de los desterrados al recibir noticias de Castilla

¡Dios, cómmo fo alegre — todo aquel fonssado,
que Minaya Álbar Fáñez — assí era llegado,
diziéndoles saludes — de primos e de hermanos,
e de sus conpañas, — aquellas que avien dexado!

51

Alegría del Cid. (Serie gemela.)

Dios, cómmo es alegre — la barba vellida,
que Álbar Fáñez — pagó las mil missas,
e quel dixo saludes — de su mugier e de sus fijas!
Dios, cómmo fo el Çid pagado — e fizo grant alegría!
«Ya Álbar Fáñez, — bivades muchos días!
»*más valedes que nos, — ¡tan buena mandadería!*»

52

El Cid corre tierras de Alcañiz

Non lo tardó — el que en buen ora nasco,
priso dozientos cavalleros — escollechos a mano,
fizo una corrida — la noch trasnochando;
tierras d'Alcañiz — negras las va parando,
e a derredor — todo lo va preando.
Al tercer día, — don ixo i es tornado.

53

Escarmiento de los moros

Hya va el mandado — por las tierras todas,
pesando va — a los de Monçon e a los de Huosca;
por que dan parias — plaze a los de Saragoça,
de mio Çid Roy Díaz — que non temién ninguna fonta.

50

Alegría de los desterrados al recibir noticias de Castilla

¡Qué alegría la del ejército con el regreso de Minaya, que les trae noticias de sus hermanos y sus primos, y de las compañeras que habían dejado en su rincón!

51

Alegría del Cid. (Serie gemela.)

¡Y qué alegría, oh Dios, la de aquel de la hermosa barba al saber que Álvar Fáñez pagara la promesa de las mil misas y oir las noticias que le trae de su mujer y de sus pequeñas!

¡Qué fiestas, qué contento el del Cid!

—Mil años viváis, Álvar Fáñez; valéis mucho más que nosotros. ¡Así se cumplen los encargos!

52

El Cid corre tierras de Alcañiz

Sin tardanza, el que en buen hora nació, escogió doscientos caballeros y emprendió una correría nocturna. Yermas va dejando tras sí las tierras de Alcañiz, y saquea los alrededores. A tercero día, regresó al punto de partida.

53

Escarmiento de los moros

Voló la noticia de pueblo en pueblo. Mucho pesa a los de Monzón y a los de Huesca; en cambio, los de Zaragoza aceptan sin desagrado el tributo, pues saben que del Cid no deben temer el menor ultraje.

54

El Cid abandona el Poyo.—Corre tierras amparadas por el conde de Barcelona

Con estas ganançias — a la posada tornando se van,
todos son alegres, — ganançias traen grandes;
plogo a mio Çid, — e mucho a Álbar Fáñez.
Sonrrisós el caboso, — que non lo pudo endurar;
«ya cavalleros, — dezir vos he la verdad:
»qui en un logar mora siempre, — lo so puede menguar;
»cras a la mañana — penssemos de cavalgar,
»dexat estas posadas — e iremos adelant.»
Entonçes se mudó el Çid — al puerto de Alucat;
dent corre mio Çid — a Huesa e a Mont Alván;
en aquessa corrida — diez días ovieron a morar.
Foron los mandados — a todas partes,
que el salido de Castiella — así los trae tan mal.

55

Amenazas del conde de Barcelona

Los dandados son idos — a las partes todas;
llegaron las nuevas — al conde de Barçilona,
que mio Çid Roy Díaz — quel corrié la tierra toda;
ovo grand pesar — e tóvoslo a gran fonta.

56

El Cid trata en vano de calmar al conde

El conde es muy follón — e dixo una vanidat:
«Grandes tuertos me tiene — mio Çid el de Bivar.
»Dentro en mi cort — tuerto me tovo grand:
»firióm el sobrino — e non lo enmendó más;

54

El Cid abandona el Poyo.—Corre tierras amparadas por el conde de Barcelona

Con tales ganancias, todos volvían alegres al campamento, para satisfacción del Cid y de Álvar Fáñez. El prudente capitán, no pudiéndose contener, sonríe y dice:

—Oíd, caballeros, he de hablaros claro: al que no se mueve de un sitio, se le acaba el sustento. Cabalguemos al amanecer, recoged las tiendas, y adelante.

El Cid fue a acampar entonces al puerto de Olocau, de donde se alarga hasta Huesca y Montalbán, en una correría que duró diez días. Y por todas partes volaba la noticia de que el expatriado de Castilla andaba trastornando el mundo.

55

Amenazas del conde de Barcelona

Por todas partes vuela la noticia, y al fin llega a oídos del conde de Barcelona la voz de que el Cid Ruy Díaz anda saqueando las tierras (de su protectorado). Súpolo con gran pesadumbre, y lo tiene por grave ultraje.

56

El Cid trata en vano de calmar al conde

Muy fanfarrón es el conde; habla como muy vanidoso:

—Grandes daños me está causando el Cid de Vivar. Tampoco se portó mejor cuando estuvo en mi corte: tras de herir a mi sobrino, no se cuidó de enmendar su yerro;

»agora córrem las tierras — que en mi enpara están;
»non lo desafié — nil torné al amiztad,
»mas quando él me lo busca, — ir gelo he yo demandar.»
Grandes son los poderes — e a priessa llegandos van,
entre moros e cristianos — gentes se le allegan grandes
adeliñan tras mió Çid — el bueno de Bivar,
tres días e dos noches — penssaron de andar,
alcançaron a mio Çid — en Tévar e el pinar;
así vienen esforçados — que a manos se le cuydan tomar.
Mio Çid don Rodrigo — trae ganançia grand,
diçe de una sierra — e llegava a un val.
Del conde don Remont — venido lês mensaje;
mio Çid quando lo oyó, — enbió pora allá;
«digades al conde — non lo tenga a mal,
»de lo so non lievo nada, — déxem ir en paz.»
Respuso el conde: «esto non será verdad!
»Lo de antes de agora — tódom lo pechará;
»sabrá el salido — a quien vino desondrar.»
Tornós el mandadero — quanto pudo más.
Essora lo connosçe — mio Çid el de Bivar
que a menos de batalla — non pueden den quitar.

57

Arenga del Cid a los suyos

«Ya cavalleros, — apart fazed la ganançia;
»apriessa vos guarnid — e metedos en las armas;
»el comde don Remont — dar nos ha grant batalla,
»de moros e de cristianos — gentes trae sobejanas,
»a menos de batalla — non nos dexarié por nada.
»Pues adelant irán tras nos, — aquí sea la batalla;
»apretad los cavallos, — e bistades las armas.
»Ellos vienen cuesta yuso, — e todos trahen calças;
»elas siellas coçeras — e las cinchas amojadas;
»nos cavalgaremos siellas gallegas, — e huesas sobre calças;
»çiento cavalleros — devemos vençer aquellas mesnadas.

y ahora anda saqueando las tierras de mi protectorado. Yo nunca lo he desafiado ni le he retirado mi amistad; pero pues me busca, yo se lo demandaré como es justo.

Muy grandes son sus fuerzas, y empiezan a concentrarse a toda prisa; se le reúne mucha gente mora y cristiana, y todos se dirigen en busca de nuestro buen Cid de Vivar. Tres días con sus noches caminaron, y al fin le dieron alcance en el pinar de Tévar. Son tantos, que piensan cogerlo con las manos.

Nuestro Cid bajaba de un monte y entraba en un valle, llevando todas sus ganancias consigo, cuando he aquí que le avisan de la llegada del conde don Ramón. Oyólo el Cid, y le mandó este mensaje:

—Decid al conde de mi parte que no lo tome a mal y que me deje en paz, que no le he quitado nada de lo suyo.

Pero a esto repuso el conde:

—No, no puede quedar así: Ahora me las pagará todas juntas, los agravios nuevos y los añejos; ahora verá el expatriado con quién tiene que habérselas.

Con estas palabras regresó el mensajero, y el Cid de Vivar comprendió que no podía salir de aquel trance sino librando formal batalla.

57

Arenga del Cid a los suyos

¡Ea, mis caballeros! Poned el botín en salvo; armaos con presteza y vestid las armas. El conde don Ramón se ha empeñado en darnos batalla; le acompaña innumerable gente, entre cristianos y moros. Sólo a la fuerza nos dejará tranquilos. Si seguimos, nos dará alcance; sea, pues, aquí mismo la batalla. Apretad las cinchas, vestid los hierros. Ellos vienen cuesta abajo y traen calzas; ellos traen (esas inseguras sillas coceras) y las cinchas flojas; nosotros, buenas sillas gallegas y unas buenas botas sobre las calzas. Con ciento bastamos para esas mesnadas. Antes que pon-

»Antes que ellos lleguen a llaño, — presentémoles las lanças ;
»por uno que firgades, — tres siellas irán vázias.
»Verá Remont Verenguel — tras quién vino en alcança
»oy en este pinar de Tévar — por tollerme la ganançia.»

58

El Cid vence la batalla.—Gana la espada Colada

Todos son adobados — quando mio Çid esto ovo fablado ;
las armas avién presas — e sedién sobre los cavallos.
Vidieron la cuesta yuso — la fuerça de los francos ;
al fondón de la cuesta, — çerca es de'llano,
mandólos ferir mio Çid, — el que en buen ora nasco ;
esto fazen los sos — de voluntad e de grado ;
los pendones e las lanças — tan bien las van enpleando,
a los unos firiendo — e a los otros derrocando.
Vençido a esta batalla — el que en buena nasco ;
al comde don Remont — a preson le a tomado,
hi gañó a Colada — que más vale de mill marcos.

59

El conde de Barcelona, prisionero.—Quiere dejarse morir de hambre

I venció esta batalla — por o ondró su barba,
prísolo al comde, — pora su tienda lo levava ;
a sos creenderos — guardar lo mandava.
De fuera de la tienda — un salto dava,
de todas partes — los sos se ajuntavan ;
plogo a mio Çid — ca grandes son las ganancias.
A mio Çid don Rodrigo — grant cozínal adovaban ;
el conde don Remont — non gelo preçia nada ;
adúzenle los comeres, — delant gelos paravan,
él non lo quiere comer, — a todos los sosoñava:

gan pie en el llano, den sobre ellos nuestras lanzas, y por cada uno que ensartéis, tres sillas quedarán vacías. Ahora verá Ramón Berenguer con quién ha querido medirse en los pinares de Tévar, para arrebatarle el botín.

58

El Cid vence la batalla.—Gana la espada Colada

Cuando esto hubo dicho el Cid, todos se aprestan, empuñan las armas y montan a caballo. Por la cuesta abajo vieron venir las fuerzas de los catalanes, y cuando llegaban al pie, junto al llano, el Cid, el que nació en buena hora, mandó atacar. Se arrojan animosamente los suyos, y tan bien se las arreglan con sus pendones y sus lanzas, que a éstos hieren y a esotros derriban. ¡Ha vencido ya la batalla el que nació en buen hora! Preso tiene al conde don Ramón; ganado ha la famosa Colada, que bien vale más de mil marcos.

59

El conde de Barcelona, prisionero.—Quiere dejarse morir de hambre

Así venció esta batalla y honró sus barbas. Llevóse a su tienda al conde prisionero, encargando a sus servidores que lo guardasen, y después salió de la tienda. Sus hombres comenzaban a llegar, trayendo consigo muchos objetos de valor, de que el Cid se regocijaba. Le prepararon una comida suculenta, pero el conde don Ramón no hacía caso de los manjares; en vano se los traían, se los ponían delante. No se dignaba comer, y a todos los desairaba diciendo:

«Non combré un bocado — por quanto ha en toda España,
»antes perderé el cuerpo — e dexaré el alma,
»pues que tales malcalçados — me vençieron de batalla.»

60

El Cid promete al conde la libertad

Mio Çid Roy Díaz — odredes lo que dixo:
«comed, comde, deste pan — e beved deste vino.
»Si lo que digo fiziéredes, — saldredes de cativo:
»si non, en todos vuestros días — non veredes cristianismo.»

61

Negativa del conde

—«Comede, don Rodrigo, — e penssedes de folgar,
»que yo dexar mê morir — que non quiero comer al.»
Fasta terçer día — nol pueden acordar;
ellos partiendo — estas ganançias grandes,
nol pueden fazer — comer un muesso de pan.

62

El Cid reitera al conde su promesa.—Pone en libertad al conde y le despide

Dixo mio Çid: — «comed, comde, algo,
»ca si non comedes, — non veredes cristianos;
»e si vos comiéredes — don yo sea pagado,
»a vos, el comde, — e dos fijos dalgo
»quitarvos e los cuerpos — e darvos e de mano.»
Quando esto oyó el comde, — yas iva alegrando:
«Si lo fiziéredes Çid, — lo que avedes fablado,
»tanto quanto yo biva, — seré dent maravillado.»

—¡No he de probar bocado, por todo el oro que hay en España; antes prefiero perder el cuerpo y el alma! ¡Haberme vencido a mí estos mal calzados!

60

El Cid promete al conde la libertad

Aquí hablará el Cid, bien oiréis lo que dirá:

—Comed, conde, de este pan; bebed de este vino. Si así lo hacéis, os daré libertad; de lo contrario, no gozaréis de la comunicación humana en toda vuestra vida.

61

Negativa del conde

—Comed vos si os place, don Rodrigo, y descansad si se os antoja; que yo no quiero comer nada, sino dejarme morir.

Al tercer día no han podido aún persuadirle. Todavía están ocupados en partir el botín, y en tanto, no logran que consienta en comer una sola miga de pan.

62

El Cid reitera al conde su promesa.—Pone en libertad al conde y le despide

El Cid insiste:

—Vamos, comed, conde, un poco; de lo contrario, no volveréis a ver caras cristianas. Si consentís en comer a mi satisfacción, a vos, conde, y a dos de vuestros hidalgos me comprometo a dejarlos en libertad.

A esta promesa, el conde va recobrando el ánimo:

—Cid —contesta—: si cumplís lo que acabáis de ofrecerme, habréis hecho la maravilla más grande de mi vida.

—«Pues comed, comde, — e cuando fóredes yantado,
»a vos e a otros dos — dar vos he de mano.
»Mas quanto avedes perdido — e yo gané en canpo,
»sabet, non daré a vos — de ello un dinero malo;
»ca huebos me lo he pora éstos — que conmigo andan [lazrados.
»Prendiendo de vos e de otros — ir nos hemos pagando;
»abremos esta vida — mientra ploguiere al Padre santo,
»commo que ira a de rey — e de tierra es echado.»
Alegre es el conde — e pidió agua a las manos,
e tiénengelo delant — e diérongelo privado.
Con los cavalleros — que el Çid le avie dados
comiendo va el conde — ¡Dios, qué de buen grado!
Sobrél sedie — el que en buen ora nasco:
«Si bien non comedes, comde, — don yo sea pagado,
»aquí feremos la morada, — no nos partiremos amos.»
Aquí dixo el comde: «de voluntad e de grado.»
Con estos dos cavalleros — apriesa va yantando,
pagado es mio Çid, — que lo está aguardando,
por que el comde don Remont — tan bien bolvie las manos.
«Si vos ploguiere, mio Çid, — de ir somos guisados;
»mandadnos dar las bestias — e cavalgaremos privado;
»del día que fue comde — non yanté tan de buen grado,
»el sabor que dende — non será olbidado.»
Danles tres palafrés — muy bien ensellados
e buenas vestiduras — de pelliçones e de mantos.
El comde don Remont — entre los dos es entrado.
Fata cabo del albergada — escurriólos el Castellano:
«Ya nos ides, comde, — a guisa de muy franco,
»en grado vos lo tengo — lo que me avedes dexado.
»Si vos viniere emiente — que quisiéredes vengallo,
»si me viniéredes buscar, — fazedme antes mandado;
»o me dexaredes de lo vuestro, — o de lo mio levaredes [algo.»
—«Folguedes, ya mio Çid, — sodes en vuestro salvo
»Pagado vos he — por todo aqueste año;
»de venirnos buscar — sol non será penssado.»

—Pues comed, conde y lo veréis. En cuanto os hayáis satisfecho, os soltaré a vos con otros dos caballeros. Solamente os prevengo que cuanto habéis perdido y yo he ganado en el campo, de eso no pienso restituiros un mal dinero. Me hace mucha falta para éstos que andan pasando miserias conmigo. No tengo más remedio que ir tomando lo que necesito, hoy de vos y mañana de otros; y así seguiremos en tanto que Dios no disponga otra cosa, como conviene al que ha caído en la ira del rey y lo han echado de su tierra.

(Con la esperanza de la libertad), el conde se anima; pide aguamanos, se apresuran a servirlo; y el conde y los dos caballeros cuya libertad ha otorgado el Cid se ponen a comer con un apetito que da envidia. A su lado, el que en buen hora naciera (los contempla y dice con sorna):

—Mirad, conde, que si no coméis bien y a mi satisfacción, aquí os quedáis a vivir conmigo y no nos separaremos más.

Y el conde:

—Ya veis que lo hago de buena gana.

Y en verdad, él y sus dos caballeros comían bien y de prisa; con lo que se dio por satisfecho el Cid. Viendo que los estaba aguardando, el conde se daba más maña de acabar.

—Cid, si os parece, podemos marcharnos ahora mismo. Mandad que nos ensillen unos caballos, y partiremos al instante. Sabed que nunca he comido más a mi gusto desde que soy conde: por cierto que no se me olvidará el placer que he tenido.

Se les manda traer tres palafrenes ensillados, vestiduras, mantos y pieles. El conde don Ramón se coloca entre los dos caballeros. El castellano salió a despedirlos hasta fuera de la posada.

—Ya os marcháis, conde, libre y franco (1). Os agradezco los bienes que me dejáis. Si acaso tuviereis antojo de

(1) Hay un juego de palabras en el poema: *franco* quiere decir también *catalán* —«ya os vais *franco* como buen *catalán* que sois.»

63

El conde se ausenta receloso.—Riqueza de los desterrados

Aguijaba el comde — e penssaba de andar,
tornando va la cabeça — e catándos atrás;
miedo iva aviendo — que mio Çid se repintrá,
lo que non ferié el caboso — por quanto en el mundo ha,
una deslealtança — ca non la fizo alguandre.
Ido es el comde, tornós el de Bivar,
juntós con sus mesnadas, — conpeços de alegrar
de la ganançia que han fecha — maravillosa e grand;
tan ricos son los sos — que non saben qué se an.

vengaros, y me viniereis a buscar, me haréis favor de avisármelo antes (y entonces, ya se sabe): o me dejaréis más de lo vuestro, u os llevaréis algo de lo mío.

—Podéis quedaros tranquilo, Cid; bien libre estáis de eso. Cuanto que os he pagado el tributo para todo un año. Y en cuanto a venir a buscaros otra vez, ni pensarlo.

63

El conde se ausenta receloso.—Riqueza de los desterrados

El conde caminaba presurosamente, y volvía la cabeza de tiempo en tiempo, temiendo que el Cid se arrepintiera, cosa que el prudente capitán no haría por todo el oro del mundo; que en su vida cometió deslealtad ninguna.

Partido el conde, el de Vivar se reunió de nuevo a sus mesnadas y dio suelta a su alegría al ver la enormidad del botín ganado: tan ricos están sus hombres, que ya no saben lo que tienen.

CANTAR SEGUNDO

BODAS DE LAS HIJAS DEL CID

64

El Cid se dirige contra tierras de Valencia

Aquis conpieça la gesta — de mio Çid el de Bivar.
Poblado ha mio Çid — el puerto de Alucat,
dexado ha Saragoça — e a las tierras ducá,
e dexado ha Huesa — e tierras de Mont Alván.
Contra la mar salada — conpeçó de guerrear;
a orient exe el sol, — e tornós a essa part.
Myo Çid ganó a Xérica — e a Onda e Almenar,
tierras de Borriana — todas conquista las ha.

65

Toma de Murviedro

Ayudól el Criador, — el señor que es en çielo.
Él con todo esto — priso a Murviedro;
ya vidíe mio Çid — que Dios le iva valiendo.
Dentro en Valençia — non es poco el miedo.

CANTAR SEGUNDO

BODAS DE LAS HIJAS DEL CID

64

El Cid se dirige contra tierras de Valencia

Aquí comienza la canción del Cid de Vivar.

El Cid ha poblado ya el puerto de Olocau, alejándose de Zaragoza y sus tierras, de Huesca, de Montalbán. Y ahora comienza a guerrear del lado de la mar salada. Por el Oriente sale el sol: allá se encamina el Cid. Y gana a Jérica, a Onda, a Almenara, y conquista las tierras de Burriana.

65

Toma de Murviedro

El Creador, señor del cielo, es quien le ayuda. Así pudo tomar a Murviedro. Bien ve el Cid que Dios no le desampara. Miedo, y no poco, hay en Valencia.

66

Los moros valencianos cercan al Cid.—Éste reúne sus gentes.—Arenga

Pesa a los de Valençia, — sabet, non les plaze ;
prisieron so consejo — quel viniessen çercar.
Trasnocharon de noch, — al alva de la man
açerca de Murviedro — tornan tiendas a fincar.
Violo mio Çid — tomós a maravillar:
«Grado a ti, — Padre spirital!
»En sus tierras somos — e femosles tod mal,
»bevemos so vino — e comemos el so pan ;
»si nos çercar vienen, — con derecho lo fazen.
»A menos de lid — aquesto nos partirá ;
»vayan los mandados — por los que nos deven ayudar,
»los unos a Xérica — e los otros a Alucad,
»desí a Onda — e los otros a Almenar,
»los de Borriana — luego vengan acá ;
»conpeçaremos — aquesta lid campal,
»yo fío por Dios — que en nuestro pro eñadrán.»
Al terçer día — todos juntados s'an,
el que en buen ora nasco — conpeço de fablar:
«Oid, mesnadas, — sí el Criador vos salve!
»Después que nos partiemos — de la limpia cristiandad,
»—non fo a nuestro grado — ni nos non pudiemos más,—
»grado a Dios — lo nuestro fo adelant.
»Los de Valençia — çercados nos han ;
»si en estas tierras — quisiéramos durar,
firme mientre — son estos a escarmentar.

67

Fin de la arenga del Cid

»Passe la noche — e venga la mañana,
»aparejados me seed — a cavallos e armas ;

66

Los moros valencianos cercan al Cid.—Éste reúne sus gentes.—Arenga

No lo miran con buenos ojos los de Valencia, antes mucho les pesa, y deciden en consejo ponerle sitio. Salieron de noche, y al amanecer plantaron las tiendas en las cercanías de Murviedro.

El Cid, al verlos, se maravilla.

—¡Alabado sea Dios, Padre espiritual! —exclama—. Por sus tierras andamos, y les hacemos todo el mal que podemos: bebemos sus vinos, comemos de su pan. Si vienen a ponernos sitio, no les falta razón. Esto no se puede arreglar sino combatiendo. Vayan a convocar a los que tienen obligación de ayudarnos: unos, a Jérica; otros, a Olocau; de ellos, a Onda; de ellos, a Almenara; también acudan acá los de Burriana. Empecemos la lid campal. Yo fío en Dios que redundará en provecho nuestro.

Al tercer día, ya están todos reunidos, y el que en buen hora nació les dice así:

—Oíd, mesnadas, así os salve Dios como deseo. Desde que salimos de la limpia cristiandad —y no lo hicimos por nuestro gusto, que fue irremediable—, nuestras cosas han ido siempre adelante, gracias a Dios. Ahora vienen a cercarnos los de Valencia; si queremos vivir tranquilos en esta tierra, fuerza es que les hagamos un gran escarmiento.

67

Fin de la arenga del Cid

—Pase la noche, venga la mañana, y encuentre aparejadas las bestias y prestos los hierros. Atacaremos aquél

»iremos veer — aquella su almofalla.
»Commo omnes exidos — de tierra estraña,
»allí pareçra — el que mereçe la soldada.»

68

Minaya da el plan de batalla.—El Cid vence otra lid campal.—Toma de Cebolla

Oíd qué dixo — Minaya Álbar Fáñez:
«Canpeador, — fagamos lo que a vos plaze.
»A mí debes çien cavalleros, — que non vos pido más;
»vos con los otros — firádeslos delant.
»Bien los ferredes — que dubda non i avrá,
»yo con los çiento — entraré del otra part,
»commo fío por Dios, — el campo nuestra será.»
Commo gelo a dicho, — al Campeador mucho plaze.
Mañana era — e piénssanse de armar,
quis cada uno de ellos — bien sabe lo que ha de far.
Con los alvores — mio Çid ferirlos va:
«¡En el nombre del Criador — e d'apostol santi Yague,
»feridlos, cavalleros, — d'amor e de voluntad,
»ca yo soy Roy Díaz — mio Çid el de Bivar!»
Tanta cuerda de tienda — i veríedes crebar,
arrancarse las estacas — e acostarse a todas partes los [tendales.
Moros son muchos, — ya quieren reconbrar.
Del otra part — entróles Álbar Fáñez;
maguer les pesa — oviéronse a dar e a arrancar:
de piedes de cavallo — los ques pudieron escapar.
Dos reyes de moros — mataron en es alcaz,
fata Valençia — duró el segudar.
Grandes son las ganançias — que mio Çid fechas ha;
robavan el campo — e piénssanse de tornar.
Entravan a Murviedro — con estas ganançias que traen;
grand es el gozo — que va por es logar.
Prisieron Çebolla — e quanto que es i adelant;
miedo an en Valençia — que no saben qué se far:
las nuevas de mio Çid, — sabet, sonando van.

su ejército. Desterrados somos en tierra ajena; allí se verá quién sabe ganarse la soldada.

68

Minaya da el plan de batalla.—El Cid vence otra lid campal.—Toma de Cebolla

Y aquí habló Minaya Álvar Fáñez; oíd:

—Campeador, hagámoslo como mandáis. A mí dadme cien caballeros, más no pido. Id vos delante con los otros, y dadle fuerte y sin temor, mientras ataco con los otros ciento por otra parte, y fío en Dios que el campo será nuestro.

Muy bien le parece al Campeador. Ya amanece, ya se arman todos; sabe bien cada uno lo que le toca.

Con el alba cayó el Cid sobre sus contrarios:

—¡En nombre sea de Dios y del apóstol Santiago! ¡Atacadlos, mis caballeros, con brío y corazón! ¡Que yo soy Ruy Díaz, que yo soy el Cid de Vivar!

Allí vierais estallar las cuerdas de las tiendas, desgajarse las estacas, derrumbarse los postes. Pero los moros son numerosos y parece que se recobran.

A esto, por insospechada parte, entra por ellos Álvar Fáñez; y aunque les pese, ya no pueden menos de darse a partido. A uña de caballo escapan unos los que pueden. En la persecución quedan muertos dos emires; y así los fueron siguiendo hasta Valencia.

Grandes ganancias obtuvo el Cid. Recogen los despojos del campo, y vuelven las grupas. Entran a Murviedro cargados con el botín, y el gozo corre por el lugar. Conquistada queda Puig y sus alrededores. En Valencia nadie sabe qué hacer de miedo, y por todas partes va sonando la fama del Cid.

69

Correrías del Cid al sur de Valencia

Sonando van sus nuevas, — alent parte del mar andan;
alegre era el Çid — e todas sus conpañas,
que Dios le ayudara — e fiziera esta arrancada.
Davan sus corredores — e fazien las trasnochadas,
llegan a Gujera — e llegan a Xátiva,
cabo del mar tierra de moros — firme la quebranta.
Ganaron Peña Cadiella, — las exidas e las entradas.

70

El Cid en Peña Cadiella

Quando el Çid Canpeador — ovo Peña Cadiella,
ma'les pesa en Xátiva — e dentro en Gujera,
non es con recabdo — el dolor de Valençia.

71

Conquista de toda la región de Valencia

En tierra de moros — prendiendo e ganando,
e durmiendo los días — e las noches trasnochando,
en ganar aquellas villas — mio Çid duró tres años.

72

El Cid asedia a Valencia.—Pregona a los cristianos la guerra

A los de Valençia — escarmentados los han,
non osan fueras exir — nin con él se ajuntar;
tajávales las huertas — a fazíales grand mal,
en cada uno destos años — mio Çid les tollió el pan

69

Correrías del Cid al sur de Valencia

La fama llega hasta allende el mar. El Cid y sus compañeros dan gracias a Dios, que los ayuda en la guerra. Envían a sus jinetes, salen de noche, llegan a Cullera, a Játiba, y, más abajo, al pueblo de Denia.

Asolando van la tierra de moros hasta las orillas del mar. Al fin ganan Benicadell, con sus entradas y salidas.

70

El Cid en Peña Cadiella

Ganada Benicadell por el Cid crece el disgusto en Játiba y en Cullera; y ya en Valencia no disimulan la desesperación.

71

Conquista de toda la región de Valencia

Tres años se pasó el Cid en tierras de moros, saqueando aquí y allá, durmiendo los días, trasnochando las noches, ganando una villa y otra villa.

72

El Cid asedia a Valencia.—Pregona a los cristianos la guerra

Muy escarmentados quedan los de Valencia, que ya no se atreven a salir ni a buscarlo. Mucho les perjudicaba talándoles una y otra vez las huertas y arrebatándoles el

Mal se aquexan los de Valençia — que non sabent ques far,
de ninguna part que sea — non les viníe pan;
nin da conssejo padre a fijo, — nin fijo a padre,
nin amigo a amigo — nos pueden consolar.
Mala cueta es, señores, — aver ningua de pan,
fijos e mugieres — veer los murir de fambre.
Delante veyen so duelo, non se pueden huviar,
por el rey de Marruecos — ovieron a enbiar;
con el de los Montes Claros — avíe guerra tan grand,
non les dixo consejo, nin los vino huviar.
Sópolo mio Çid, — de coraçón le plaz;
salió de Murviedro — una noch a trasnochar,
amaneció a mio Çid — en tierras de Mon Real.
Por Aragón e por Navarra — pregón mandó echar,
a tierras de Castiella — enbió sos mensajes:
Quien quiere perder — cueta e venir a rritad,
viniesse a mio Çid — que a saber de cavalgar;
çercar quiere a Valençia — pora cristianos la dar:

73

Repítese el pregón. (Serie gemela.)

«quien quiere ir conmigo — çercar a Valençia,
»—todos vengan de grado, — ninguno non ha premia,—
»tres días le speraré — en Canal de Çelfa.»

74

Gentes que acuden al pregón.—Cerco y entrega de Valencia

Esto dixo mio Çid — el *Campeador leal.*
Tornávas a Murviedro, — ca él ganada se la a.
Andidieron los pregones, — sabet, a todas partes,
al sabor de la ganançia — non lo quieren detardar,
grandes yentes se le acojen — de la buena cristiandad.

sustento año tras año. Los valencianos se quejan y no saben qué hacer, porque no pueden sacar su pan de ninguna parte. El padre no puede socorrer a su hijo ni el hijo al padre, ni el amigo puede consolar al amigo. ¡Ay, señores míos, y qué pena tan grande es no tener pan, y ver morirse de hambre a los hijos y a las mujeres! Los míseros no hallaban remedio a su dolor. Envían por el rey de Marruecos; pero éste, que tenía guerra empeñada con el rey del Atlas, no quiso darles consejo ni venir a ayudarlos.

Lo supo el Cid, placióle la nueva. Al punto salió de Murviedro una noche y amaneció en tierras de Monreal. Manda echar pregones por Aragón y Navarra, y envía a Castilla sus mensajeros:

«El que quiera quitarse de trabajos y enriquecerse, que venga con el Cid, amigo de las batallas, que ahora quiere poner cerco a Valencia para darla a los cristianos.»

73

Repítese el pregón. (Serie gemela.)

«Quien conmigo quisiera venir para cercar a Valencia, todos vengan por su voluntad, ninguno forzado; sepa que le esperaré tres días en el Canal de Cella.»

74

Gentes que acuden al pregón.—Cerco y entrega de Valencia

Esto mandó decir nuestro Cid, el leal Campeador. Después se volvió a Murviedro, que ya es dueño de aquella tierra. Y sabed que los pregones iban a todas partes, y que mucha gente acudía, al olor de la ganancia, de toda la

Sonando van sus nuevas — todas a todas partes;
mas le vienen a mio Çid, — sabet que nos le van;
creçiendo va riqueza — a mio Çid, el de Bivar;
quando vido las gentes juntadas, — conpeçós de pagar.
Mio Çid don Rodrigo — non lo quiso detardar,
adeliñó pora Valençia — e sobrellas va echar,
bien la çerca mio Çid, — que non i avía hart;
viédales exir — e viédales entrar.
Metióla en plazdo, — si les viniessen huviar.
Nueve meses complidos, — sabet, sobrella yaz,
quando vino el dezeno — oviérongela a dar.

Grandes son los gozos — que van por es logar
quando mio Çid gañó a Valençia — e entró en la çibdad.
Los que foron de pie — cavalleros se fazen;
el oro e la plata, — ¿quién vos lo podrie contar?
Todos eran ricos — quantos que allí ha.
Mio Çid don Rodrigo — la quinta mandó tomar,
en el aver monedado — treynta mill marcos le caen,
e los otros averes — ¿quién los podrié contar?

Alegre era el Campeador — con todos los que ha,
quando su seña cabdal — sedié en somo del alçacer.

75

El rey de Sevilla quiere recobrar Valencia

Ya folgava mio Çid — con todas sus conpañas:
âquel rey de Sevilla — el mandado llegava,
que presa es Valençia, — que non gela enparan,
vino los ver — con treynta mill de armas.
Aprés de la uerta — ovieron la batalla,
arrancólos mio Çid — el de la luenga barba.
Fata dentro en Xátiva — duró el arrancada,
en el passar a Xúcar — i veriédes barata,
moros en arruenço — amidos bever agua.
Aquel rey de Sevilla — con tres colpes escapa.
Tornado es mio Çid — con toda esta ganançia.

limpia cristiandad. Por todas partes se difunden las nuevas. Nadie se le deserta al Cid; y al contrario, siempre le aumentan los refuerzos. El Cid de Vivar crece en riqueza. ¡Cuánto se alegraba de ver tan numerosa gente a su lado! Ya no quiso dilatarlo más; antes se encamina derechamente a Valencia, da sobre ella y la cerca con tal apretura que no deja escape. A nadie permite que entre ni salga. Todavía dio un plazo a la ciudad, por si alguien quería venir a socorrerla. Y allí se estuvo nueve meses cabales, y al décimo mes se le rindieron.

¡Qué alegría por los lugares, cuando el Cid ganó a Valencia y entró en la ciudad! Los que antes andaban a pie ya son de a caballo. ¿Quién podría contar el oro y la plata que ganaron? Ya todos son ricos. Sacada la quinta por mandato del Cid Rodrigo, vio que le tocaban treinta mil marcos en moneda; y en especie, ni contarlo.

Regocíjanse el Campeador y los suyos cuando ven plantada su enseña en lo alto del alcázar.

75

El rey de Sevilla quiere recobrar Valencia

El Cid y sus compañías descansaban, cuando llegaron las nuevas al rey de Sevilla de que Valencia había caído sin poder defenderse más. Y al punto se dirigió hacia allá con treinta mil hombres. La batalla se dio detrás de la huerta, y el choque se prolongó hasta Játiba, y al pasar el Júcar ya iban desbaratados; donde los moros tuvieron que beber agua, a su pesar, arreando contra la corriente. El rey de Sevilla pudo escapar con tres heridas, y el Cid se volvió acarreando el botín; porque sabréis que si fue buena la de Valencia, cuando ganaron la ciudad, esta victoria les

Buena fo la de Valençia — quando ganaron la casa,
mas mucho fue provechosa, — sabet, esta arrancada:
a todos los menores — cayeron cient marcos de plata.
Las nuevas del cavallero — ya veedes do llegaban.

76

El Cid deja su barba intonsa.—Riqueza de los del Cid

Grand alegría es — entre todos essos cristianos
con mio Çid Roy Díaz, — el que en buen ora nasco.
Yal creçe la barba — e vale allongando;
ca dixera mio Çid — de la su boca atanto:
«por amor de rey Alffonsso, — que de tierra me a echado»,
nin entrarié en ella tigera, — ni un pelo non avrié tajado,
e que fablassen desto — moros e cristianos.
Mio Çid don Rodrigo — en Valençia está folgando,
con él Minaya Álbar Fáñez — que nos le parte de so braço.
Los que exieron de tierra — de ritad son abondados,
a todos les dio en Valençia — *el Campeador contado*
casas y heredades — de que son pagados;
el amor de mio Çid — ya lo ivan provando.
Los que foron después — todos son pagados;
veelo mio Çid — que con los averes que avién tomados,
que sis pudiessen ir, — fer lo ien con grado.
Esto mandó mio Çid, — Minaya lo ovo conssejado:
que ningún omne de los sos — *que con él ganaron algo*
ques le non spidiés, — o nol besás la mano,
sil pudiessen prender — o fose alcançado,
tomássenle el aver — e pusiéssenle en un palo.
Afevos todos aquesto — puesto en buen recabdo
con Minaya Álbar Fáñez — él se va consejando:
«Si vos quisiéredes, Minaya, — quiero saber recabdo
»de los que son aquí — e conmigo ganaron algo;
»meterlos he en escripto, — e todos sean contados,
»que si algunos furtare — o menos le fallaro.

resultó (si cabe) más provechosa. Aun a los últimos les tocaron cien marcos de plata por cabeza. Ya veis, pues, cómo medraban las cosas de nuestro caballero.

76

El Cid deja su barba intonsa.—Riqueza de los del Cid

No conoce límite la alegría de los cristianos que andan con el Cid Ruy Díaz, el bienhadado. La barba le ha crecido mucho entretanto, porque el Cid había dicho un día que «por amor del rey Alfonso, que me ha desterrado», no había de meterle tijera ni cortar un pelo, y que ya podía murmurar el mundo.

En Valencia descansa, pues, el Cid don Rodrigo; a su lado, sin apartársele un punto, Minaya Álvar Fáñez. Enriquecidos están los que desterraron con él: a todos les dio ese buen Campeador casas y heredades en Valencia, de que están satisfechos. Ahora ven cuán grande es la generosidad del Cid. También están ya pagados los que se le juntaron después, y el Cid bien comprende que, a serles posible, se volverán a su tierra con lo ganado. Entonces, con consejo de Minaya, dispuso el Cid que a cualquiera de los que, habiendo ganado algo a su lado, pretendiere marcharse sin despedirse de él y venirle a besar la mano (como se acostumbraba para emanciparse del vasallaje), le prendiesen donde fuere, le quitasen el haber y lo ahorcasen.

Y dispuesto esto con todas las precauciones del caso, se puso a departir así con Álvar Fáñez:

—Si os parece bien, Minaya, quisiera tener noticia de los que se me han juntado después y han ganado algo en mis empresas; lo pondremos por escrito, lo contaremos, y si hay alguno que se oculte o que se le echare de menos,

»el ver me avrá a tornar — âquestos myos vasallos
»que curian a Valençia — e andan arrobdando.»
Allí dixo Minaya: — «consejo es aguisado.»

77

Recuento de la gente del Cid.—Éste dispone nuevo presente para el rey

Mandólos venir a la corth — e a todos los juntar,
quando los falló, — por cuenta fízolos nombrar:
tres mill e seys çientos — avie mio Çid el de Bivar;
alégrasle el coraçón — e tornós a sonrrissar:
»Grado a Dios, Minaya, — e a santa María madre!
»Con más pocos ixiemos — de la casa de Bivar.
»Agora avemos riquiza, — más avremos adelant.
«Si a vos ploguiere, Minaya, — e non vos caya en pesar,
»enbiar vos quiero a Castiella, — do avemos heredades,
»al rey Alfonso — mio señor natural,
»destas mis ganançias — que avemos fechas acá,
»dar le quiero çien cavallos, — e vos ídgelos levar;
»desí por mí besalde la mano — e firme gelo rogad
»por mi mugier *doña Ximena* — e mis fijas *naturales*,
»si fore su merçed — quenlas dexe sacar.
»Enbiaré por ellas, — e vos sabed el mensage:
»la mugier de mio Çid — e sus fijas las iffantes
»de guisa irán por ellas — que a grand ondra vernán
»a estas tierras estrañas — que nos pudiemos ganar.»
Essora dixo Minaya: — «de buena voluntad.»
Pues esto an fablado, — piénssanse de adobar.
Ciento omnes le dio — mio Çid a Álbar Fáñez
por servirle en la carrera — *a toda su voluntad*,
e mandó mill marcos de plata — a San Pero levar
e que los quinientos diesse — a don Sancho el abbat.

tendrá que devolver lo ganado a estos vasallos míos que hacen la guardia exterior de la fortaleza de Valencia.

—Bien pensado —dijo Minaya.

77

Recuento de la gente del Cid.—Éste dispone nuevo presente para el rey

Mandó, pues, que se juntara todo el mundo en la corte, y los hizo nombrar y contar a todos. Sonrió alegremente al saber que llegaban a tres mil seiscientos los suyos.

—¡Minaya, gracias a Dios y a Santa María madre! Ciertamente que salimos con menos fuerzas del pueblo de Vivar. Riqueza tenemos hoy, y mayor ha de ser mañana. Si os parece bien, Minaya, y no os incomoda, quisiera que fuerais a Castilla, donde están nuestras heredades, para que vierais al rey Alfonso, mi señor natural. Quiero que escojáis de entre mis ganancias un centenar de caballos y se los llevéis (en mi nombre). Y que le beséis la mano de mi parte, y le roguéis encarecidamente que, si a tanto alcanza su gracia, me deje traer conmigo a mi mujer, doña Jimena, y a mis hijas. Si así fuere, enviaré por ellas, y oíd cuál ha de ser mi mensaje:

«Manda el Cid que su mujer y sus hijas pequeñas sean conducidas con gran honra a las tierras extrañas que él y los suyos han ganado.»

Y dijo entonces Minaya:

—Que me place.

Habiendo hablado así, comienzan a disponer la partida. El Cid le dio a Álvar Fáñez cien hombres para su servicio en el viaje, y le encargó que llevara mil marcos de plata a San Pedro, y diera la mitad al abad don Sancho.

78

Don Jerónimo llega a Valencia

En estas nuevas — todos se alegrando,
de parte de orient — vino un coronado;
el obispo don Jerome — so nombre es llamado.
Bien entendido es de letras — e mucho acordado,
de pie e de cavallo — mucho era arreziado.
Las provezas de mio Çid — andávalas demandando,
sospirando que viesse — con moros en el campo:
que sis fartás lidiando — e firiendo con sus manos,
a los días del sieglo — non le llorassen cristianos.
Quando lo oyó mio Çid, — de aquesto fo pagado:
«Oíd, Minaya Álbar Fáñez, — por aquel que está en alto,
»quando Dios prestar nos quiere, — nos bien gelo [grandescamos:
»en tierras de Valençia — fer quiero obispado,
»e dárgelo a este — buen cristiano;
»avos, cuando ides a Castiella, — levaredes buenos [mandados.»

79

Don Jerónimo hécho obispo

Plogo a Álbar Fáñez — de lo que dixo don Rodrigo.
A este don Jerome — yal otorgan por obispo;
diéronle en Valençia — o bien puede estar rico.
¡Dios, qué alegre era — tod cristianismo,
que en tierras de Valençia — señor avíe obispo!
Alegre fo Minaya — e spidiós e vinos.

80

Minaya se dirige a Carrión

Tierras de Valençia — remanidas en paz,
adeliñó pora Castiella — Minaya Álbar Fáñez.

78

Don Jerónimo llega a Valencia

Con alegría de todos, llegó un clérigo de la parte de Oriente, a quien llamaban obispo don Jerónimo. Es muy entendido en letras y muy cuerdo en todas sus cosas, y tan esforzado a pie como a caballo. Éste, pues, andaba buscándole nuevos provechos al Cid, deseando que saliese otra vez a lidiar en campo con los moros, diciendo que si se hartara de lidiar, nunca tendría que oír las lamentaciones de los cristianos. Cuando el Cid lo supo, dijo muy complacido:

—Oíd, Minaya Álvar Fáñez, por el Padre que está en los cielos: sepamos agradecerlo a Dios cuando él quiere procurar nuestro bien. Deseo erigir un obispado en Valencia y encomendárselo a este piadoso cristiano, y así llevaréis a Castilla famosas nuevas.

79

Don Jerónimo hecho obispo

Parecióle bien a Álvar Fáñez lo que decía don Rodrigo. Otórganle el obispado a don Jerónimo en la misma ciudad de Valencia, donde vivirá ricamente. ¡Oh, Dios, qué alegres estaban los cristianos de tener ya en tierra de Valencia un señor obispo! Minaya, dándose por contento, se despide y emprende el viaje.

80

Minaya se dirige a Carrión

Dejadas en paz y ventura las tierras de Valencia, tomó Minaya Álvar Fáñez el rumbo de Castilla. Olvidemos e.

Dexarévos las posadas, — non las quiero contar.
Demandó por Alfonsso, — do lo podrie fallar.
Fora el rey a San Fagunt — aun poco ha,
tornós a Carrión, — i lo podrie fallar.
Alegre fo de aquesto — Minaya Álbar Fáñez,
con esta presentaja — adeliñó pora allá.

81

Minaya saluda al rey

De missa era exido — essora el rey Alfonso,
afe Minaya Álbar Fáñez — do llega tan apuosto;
fincó sos inojos — ante tod el puoblo,
a los piedes del rey Alfons — cayó con gran duolo,
besávale las manos — a fabló tan apuosto:

82

Discurso de Minaya al rey.—Envidia de Garci Ordóñez.—El rey perdona a la familia del Cid.—Los infantes de Carrión codician las riquezas del Cid.

«Merçed, señor Alfonsso, — por amor del Criador!
»Besávavos las manos — mio Çid lidiador,
»los piedes e las manos, — commo a tan buen señor,
»quel ayades merçed — sí vos vala el Criador!
»Echástesles de tierra, — non ha la vuestra amor:
»maguer en tierra agena, — él bien faze lo so:
»ganada a Xéica — e a Onda por nombre,
»priso a Almenar — e a Murviedro que es miyor,
»assí fiizo Çebolla — e adelant Castejón,
»e Peña Cadiella, — que es una peña fuort;
»con aquestas todas — de Valençia es señor,
»obispo fizo de su mano — el buen Campeador,
»e fizo çinco lides campales — e todas las arrancó.

hablar de todas las posadas que hizo; no quiero contarlas. Un día, al fin, pregunta dónde se hallaba el rey don Alfonso, y averiguando que ha poco saliera para Sahagún, y de allí se encaminara para Carrión, donde sería fácil encontrarlo. Minaya Álvar Fáñez, siempre de buen ánimo, para allá se encaminó derecho, llevando consigo sus presentes.

81

Minaya saluda al rey

Apenas salía de misa el rey Alfonso, hete aquí a Minaya, por do viene, tan apuesto y gentil. Arrodíllase a la vista de todo el pueblo, cae con gran duelo a los pies del rey, le besa repetidas veces las manos, y dice así:

82

Discurso de Minaya al rey.—Envidia de Garci Ordóñez.—El rey perdona a la familia del Cid.—Los infantes de Carrión codician las riquezas del Cid.

—¡Merced, señor don Alfonso, por amor de Dios! El Cid, ese gran guerrero, os besaba las manos, os besaba manos y pies, como corresponde a tan buen señor, y os pedía —así os premie Dios— que le hagáis merced. Vos lo desterrasteis, le privasteis de vuestro amor; allá, aunque en tierra extraña, él se las arregla no muy mal; ha ganado a Jérica y a la llamada Onda; a tomado Almenara y Murviedro, que todavía es mejor; lo mismo hizo con Puig y con Castellón de la Plana (1), y con Benicadell, que es una peña muy fuerte; y, en fin, ya es señor de Valencia, donde ha creado por su mano un obispo y se ha batido en

(1) Tierras de Burriana, pág. 98.

»Grandes son las ganançias — quel dio el Criador,
»fevos aquí las señas, — verdad vos digo yo:
»çient cavallos — gruesos e corredores,
»de siellas e de frenos — todos guarnidos son,
»bésavos las manos — que los prendades vos;
»razonas por vuestro vasallo — e a vos tiene por señor.»
Alçó la mano diestra, — el rey se santigó:
«De tan fieras ganançias — commo a fechas el Campeador
»¡sí me vala sant Esidre! — plázme de coraçón,
»e plázme de las nuevas — que faze el Campeador;
»reçibo estos cavallos — quem enbía de don.»
Maguer plogo al rey, — mucho pesó a Garci Ordóñez:
«Semeja que en tierra de moros — non a bivo omne,
»quando assí faze a su guisa — el Çid Canpeador!»
Dixo el rey al comde: — «dexad essa razón,
»que en todas guisas — mijor me sirve que vos.»
Fablava Minaya i — a guisa de varón:
»merçed vos pide el Çid, — si vos cadiesse en sabor,
»por su mugier doña Ximena — e sus fijas amas a dos
»saldríen del monesterio — do elle las dexó,
»e irién pora Valençia — al buen Campeador.»
Essora dixo el rey: — «Plazme de coraçone;
»yo les mandaré dar conducho — mientra que por mi tierra
»de fonta e de mal — curiallas e de desonore; [foren,
»quando en cabo de mi tierra — aquestas dueñas foren,
»catad cómmo las sirvades — vos e el Campeadore.
»Oídme, escuelas, — e toda la mi cort!
»non quiero que nada — pierda el Campeador:
»a todas las escuelas — que a él dizen señor
»por que los deseredé, — todo gelo suelto yo;
»sírvanle'sus heredades — do fore el Campeador,
»atrégoles los cuerpos — de mal e de ocasión,
»por tal fago aquesto — que sirvan a so señor.»
Minaya Álbar Fáñez — las manos le besó.
Sonrrisós el rey, — tan vellido fabló:
»Los que quisieren ir — servir al Campeador,
»de mí sean quitos — e vayan a la graçia del Criador.
»Más ganaremos en esto — que en otra desamor.»

cinco lides campales, triunfando en todas. Grandes ganancias le ha dado Dios, y he aquí las pruebas de que os digo verdad: cien caballoso, fuertes y corredores, provistos de sillas y de frenos, que el Cid os suplica que aceptéis. Es (como siempre) vuestro vasallo y (como siempre) os tiene por su señor.

El rey, alzando la diestra, se santigua:

—¡Válgame San Isidoro! ¡Y cuánto me alegro de esas inmensas ganancias que ha hecho el Campeador y de sus continuas hazañas! Los caballos con que me obsequia, los acepto.

Pero lo que complace al rey, a Garci Ordóñez le pesa:

—Se dijera —obesrva— que no hay un solo hombre vivo en tierra de moros según pone y dispone a su guisa el Campeador.

Y el rey dijo al conde:

—Callad ya, conde; que me sirve mejor que vos en todo caso.

Y Minaya, el esforzado varón, prosiguió entonces:

—Si os pluguiese, oh rey, el Cid os pide merced de que le dejéis sacar a su mujer, doña Jimena, y a sus dos hijas del monasterio en que las dejó, y llevárselas consigo a Valencia.

Entonces habló el rey así:

—Pláceme de corazón. Yo les mandaré las provisiones mientras viajen por mi reino, y las guardaré de todo daño y afrenta; cuanto lleguen a la frontera estas damas, entonces cuidaréis de ellas vos mismo y el Campeador. ¡Ea, pues, mesnadas y toda la corte, escuchadme!: No quiero que pierda nada el Cid. A todos aquellos que le reconocen por señor, les restituyo cuanto les había confiscado; queden en posesión de sus bienes doquier que se hallen al lado del Cid; les aseguro que no recibirán mal ni daño grave; y todo esto lo hago por tal de que sirvan bien a su señor.

Minaya Álvar Fáñez le besaba las manos, y el rey, sonriendo, continuaba así, hermosamente:

Aquí entraron en fabla — iffantes de Carrión:
«Mucho creçen las nuevas — de mio Çid el Campeador,
»bien casariemos con sus fijas — pora huebos de pro.
»Non la osariemos — acometer nos esta razón.
»Mio Çid es de Bivar — e nos de comdes de Carrión.»
Non lo dizen a nadi — e fincó esta razón.
Minaya Álbar Fáñez — al buen rey se espidió.
«¿Hya vos ides, Minaya? — id a la graçia del Criador!
»Levedes un portero, — tengo que vos avrá pro;
»si leváredes las dueñas, — sírvanlas a su sabor,
»fata dentro en Medina — denles quanto huebos les for,
»desí adelant — piensse dellas el Campeador.»
Espidiós Minaya — e vasse de la cort.

83

Minaya va a Cardeña por doña Jimena.—Más castellanos se prestan a ir a Valencia.—Minaya en Burgos.—Promete a los judíos buen pago de la deuda del Cid.—Minaya vuelve a Cardeña y parte con Jimena.—Pedro Bermúdez parte de Valencia para recibir a Jimena.—En Molina se le une Abengalbón.—Encuentran a Minaya en Medinaceli.

Iffantes de Carrión — *so consejo preso ane,*
dando ivan conpaña — a Minaya Álbar Fáñez:
«En todo sodes pro, — en esto assí lo fagades:
»saludadnos — a mio Çid el de Bivare,
»somos en so pro — quanto lo podemos fare;
»el Çid que bien nos quiera — nada non perderave.»
Respuso Minaya: «esto non me a por qué pesare.»
Ido es Minaya, — tórnansse los iffantes.
Adeliñó para San Pero, — o las dueñas están,
tan grand fue el gozo — quandol vieron assomar.

—Los que quieran ir a servir al Campeador, reciban mi venia y vayan en gracia de Dios. Más ganaremos con esta merced que con otro nuevo castigo.

Aquí los infantes de Carrión pusiéronse a departir:

—Mucho van creciendo las hazañas de este Cid. No nos vendría mal casarnos con sus hijas para atender a nuestro provecho. Pero la verdad, no nos atrevemos a proponerle el proyecto: el Cid es de la aldea de Vivar y nosotros somos todos unos condes de Carrión.

A nadie quieren comunicarlo, y (por ahora), así quedó todo. Ya se despide del buen rey Minaya Álvar Fáñez:

—¿Os vais, pues, Minaya? El Creador os tenga en su santa gracia. «Llevaos un mensajero real, que puede serviros. Si habéis de acompañar a las damas, sean debidamente atendidas; dénles cuanto necesitaren hasta Medinaceli, y en adelante cuide de ellas el Campeador.» Y Minaya se despidió del rey y de la corte.

83

Minaya va a Cardeña por doña Jimena.—Más castellanos se prestan a ir a Valencia.—Minaya en Burgos.—Promete a los judíos buen pago de la deuda del Cid.—Minaya vuelve a Cardeña y parte con Jimena.—Pedro Bermúdez parte de Valencia para recibir a Jimena.—En Molina se le une Abengalbón.—Encuentran a Minaya en Medinaceli.

Ya los infantes de Carrión están decididos; salen a acompañar a Minaya Álvar Fáñez, y le dicen (por el camino):

—Siempre sabéis ser buen amigo; sedlo ahora para nosotros; saludad de nuestra parte al Cid de Vivar, y decidle que cuenta con ambos para todo aquello en que podamos servirle, y que nada perderá con tenernos por suyos.

Repuso Minaya:

Deçido es Minaya, — a ssan Pero va rogar,
quando acabó la oraçión, — a las dueñas se fo tornar:
«Omíllom, doña Ximena, — Dios vos curie de mal,
»assí ffaga a vuestras fijas, — *amas a dos las iffantes*.
»Saiúdavos mio Çid — allá onde elle está;
»sano lo dexé — e con tan grand rictad.
»El rey por su merçed, — sueltas me vos ha,
»por levaros a Valençia — que avemos por heredad.
»Si vos viesse el Çid — sanas e sin mal,
»todo serié alegre, — que non avrié ningún pesar.»
Dixo doña Ximena: — «el Criador lo mande!»
Dio tres cavalleros — Minaya Álvar Fáñez,
enviólos a mio Çid — a Valençia do está:
«Dezid al Canpeador — que Dios le curie de mal—
»que su mugier e sus fijas — el rey sueltas me las ha,
»mientras que fóremos por sus tierras — conducho nos
[mandó dar.
»De aquestos quinze días, — si Dios nos curiare de mal,
»sermos i yo e su mugier — e sus fijas que él a
»y todas las dueñas con ellas — quantas buenas ellas han.»
Idos son los cavalleros — e dello penssarán,
remaneçió en San Pedro — Minaya Álbar Fáñez.

Veriedes caballeros — venir de todas partes,
irse quieren a Valençia a mio Çid el de Bivar.
Que les toviesse pro — rogaban a Álbar Fáñez;
diziendo Minaya: — «esto feré de veluntad.»
Sessaenta e çinco cavalleros — acreçídol han,
a él se tenié çiento — que aduxiera d'allá;
por ir con estas dueñas — buena conpaña se faze.

Los quinientos marcos — dio Minaya al abbat,
de los otros quientos — dezir vos he que faze:
Minaya a doña Ximena — e a sus fijas que ha,
e a las otras dueñas — que las sirven delant,
el bueno de Minaya — pensólas de adobar
de los mejores guarnimientos — que en Burgos pudo fallar,
palafrés e mulas, — que non parescan mal.
Quando estas dueñas — adobadas las ha,

—Tal encargo en manera alguna podría serme gravoso.

Ya ha partido Minaya; los infantes han regresado. Se encamina a San Pedro, donde están las damas, procurándoles muy grata alegría con su presencia. Baja del caballo y entra a rezar en la iglesia, y después viene hacia las damas:

—Humíllome a vos, doña Jimena, a quien Dios guarde de todo mal, así como a vuestras hijas ambas a dos. El Cid, desde donde está, os envía su saludo; muy rico y muy sano lo he dejado. El rey me ha dado la merced de daros permisos para que os conduzca a Valencia, que es ahora nuestra heredad. Como el Cid os vea llegar tan buenas y sanas, no volverá a conocer las penas y será todo él alegría.

—¡Dios lo haga! —dice doña Jimena.

Y Minaya Álvar Fáñez mandó a Valencia tres caballeros con este aviso:

—Decid al Campeador —a quien Dios guarde— que el rey ha dado libertad a su mujer y a sus hijas; que mientras viajáremos por su reino, él nos proporcionará bastimentos; y que dentro de quince días, si Dios quiere, estaremos a su lado yo, su mujer, sus hijas y cuantas damas las acompañan y sirven.

Los caballeros parten a fin de cumplir lo que se les manda, y Minaya Álvar Fáñez permanece aún en San Pedro.

Por todas partes aportaban caballeros, deseosos de marcharse a Valencia, al lado del Cid, pidiendo a Álvar Fáñez que los ayudase a realizarlo; y éste contestaba a todos: «Lo haré, sí, lo haré con el mayor gusto.» Así se le han juntado ya sesenta y cinco caballeros, sin contar los ciento que él trajera consigo: buena escolta para las damas.

Dio Minaya al abad los quinientos marcos, y voy a deciros aquí lo que hizo de los quinientos restantes: pensó, pues, el bueno de Minaya proveer de los mejores vestidos y aderezos que se encuentran en Burgos a doña Jimena, a sus hijas y a las damas de su cortejo, de mulas y de palafrenes escogidos. Hecho esto (en Burgos), el bueno de

el bueno de Minaya — piensa de cavalgar;
afevos Raquel e Vidas — a los piedes le caen:
«Merçed, Minaya, — cavallero de prestar!
»Desfechos nos ha el Çid — sabet, si no nos val:
»soltariemos la ganançia — que nos diesse el cabdal.»
—«Yo lo veré con el Çid, — si Dios me lieva allá.
»Por lo que avedes fecho — buen cosiment y avrá.»
Dixo Raquel e Vidas: — «el Criador lo mande!
»Si non, dexaremos Burgos, — ir lo hemos buscar.»
Ido es pora San Pedro — Minaya Álbar Fáñez,
muchas yentes se le acogen, — penssó de cavalgar,
grand duelo es — al partir del abbat:
«¡Si vos vala el Criador, — Minaya Álbar Fáñez!
»por mí al Canpeador — las manos le besad,
»aqueste monesterio — no lo quiera olbidar,
»todos los días del sieglo — en levarlo adelant
»el Çid *Campeador* — siempre valdrá más.»
Respuso Minaya: — «fer lo he de veluntad.»
Yas espiden — pienssan de cavalgar.
el portero con ellos — que los ha de aguardar;
por la tierra del rey — mucho conducho les dan.
De San Pedro fasta Medina — en çinco días van;
felos en Medina — las dueñas e Álbar Fáñez.
Direvos de los cavalleros — que levaron el menssaje;
al ora que lo sopo — mio Çid el de Bivar,
plógol de coraçón — e tornós a alegrar;
de la su boca — conpeçó de fablar:
«Qui buen mandadero enbía, — tal deve sperar.
»Tú, Muño Gustioz — e Per Vermudoz delant,
»e Martín Antolínez, — un Burgalés leal,
»el obispo don Jerome, — coronado de prestar,
»cavalguedes con çiento — guisados pora huebos de lidiar;
»por Santa María — vos vayades passar,
»vayades a Molina, — que iaze más adelant,
»tiénela Avengalvón, — mio amigo es de paz,
»con otros çiento cavalleros — bien vos conssigrá;
»id pora Medina — quanto lo pudiéredes far,
»mi mugier e mis fijas — con Minaya Álbar Fáñez,

Minaya se dispone a volver; cuando hete aquí a Raquel y Vidas que, arrojándose a sus plantas, exclaman:

—¡Merced, Minaya, caballero de pro! Sabed que si el Cid no nos ayuda, podemos decir que nos ha perdido: de buena gana le perdonaríamos los intereses, con tal que nos devolviese el capital.

—Si Dios quiere —les contesta—, yo lo trataré con el Cid. Por lo demás, contad con que vuestro servicio os será pagado largamente.

Y Raquel y Vidas le dijeron:

—¡Dios lo haga! De lo contrario, dejaremos Burgos e iremos a buscarlo allá.

De regreso en San Pedro, Minaya Álvar Fáñez dispone el viaje. Numerosa gente se le reúne. La despedida del abad fue muy dolorosa:

—El Creador os valga, Minaya Álvar Fáñez. Besadle las manos de mi parte al Campeador, y pedidle que no se olvide del monasterio, y continúe siempre protegiéndolo, que con eso valdrá más el Cid.

—Así lo haré —repuso Minaya.

Se despiden, emprenden el viaje, y con ellos va el mensajero real a su servicio. Por todo el reino les dan abundantes provisiones. En cinco días se pusieron de San Pedro en Medinaceli; y aquí dejaremos a las damas en compañía de Álvar Fáñez.

Y ahora os diré de los caballeros que llevaron el mensaje al Cid. Cuando éste lo oyó, no cabía en sí de alegría, y dejó salir estas palabras:

—Quien de buen mandadero se vale, buen mandado espere. Tú, Muño Gustioz, y tú también, Pedro Bermúdez, y el leal burgalés Martín Antolínez, y el obispo don Jerónimo, sacerdote preclaro, cabalgad todos al punto con cien hombres armados por si se ofreciere combate. Pasaréis por Albarracín hasta Molina, que está algo más adelante, y de que es señor Abengalbón, amigo mío, con quien estoy de paz; él accederá a acompañaros con otros cien caballeros. Y de allí os entraréis por Medinaceli lo más que sea posible; donde, según mis noticias, habéis de encontra-

»assí commo a mí dixieron, — hi los podredes fallar,
»con grand ondra — aduzídmelas delant.
»E yo fincaré en Valençia — que mucho costadom ha;
»grand locura serie — si la desenparás;
»yo ffincaré en Valençia — ca la tengo por heredad.»
Esto era dicho, — pienssan de cavalgar,
e quanto que pueden — non fincan de andar.
Troçieron a Santa María — e vinieron albergar a Fronchales
e el otro día vinieron — a Molina posar.
El moro Avengalvón, — quando sopo el menssaje,
saliólos reçebir — con grant gozo que faze:
«¿Venides, los vasallos — de myo amigo natural?
»A mí non me pesa, — sabet, mucho me plaze!»
Fabló Muño Gustioz, — non speró a nadi:
«mio Çid vos saludava, — e mandólo recabdar,
»con çiento cavalleros — que privádol acorrades;
»su mugier e sus fijas — en Medina están;
»que vayades por ellas, — adugades gelas acá,
»e ffata en Valençia — dellas non vos partades.»
Dixo Avengalvón: — «fer lo he de veluntad.»
Essa noch — conducho les dio grand,
a la mañana — pienssan de cavalgar;
cientol pidieron — mas él con dozientos va.
Passan las montañas — que son fieras e grandes,
passaron desí — Mata de Taranz
de tal guisa — que ningún miedo non han,
por el val de Arbuxuelo — pienssan a deprunar.
E en Medina — todo el recabdo está;
vídolos venir armados — temiós Minaya Álbar Fáñez,
envió dos cavalleros — que sopiesen la verdad;
esto non detardan, — ca de coraçón lo han;
el uno fincó con ellos — y el otro tornó a Álbar Fáñez:
«Virtos del Campeador — a nos vienen buscar;
»afevos aquí — Per Vermudoz delant
»e Muño Gustioz — que vos quieren sin hart,
»e Martín Antolínez, — el Burgalés natural,
»e obispo don Jerome, — coronado leal,
»e alcáyaz Avengalvón — con sues fuerças que trahe.

ros con mi mujer e hijas y Minaya Álvar Fáñez. Traédmelas acá con grandes honras. Yo esperaré en Valencia, que harto me ha costado ganarla, y desampararla ahora fuera locura; aquí esperaré yo en esta Valencia, mi heredad.

Dicho esto, todos emprenden la marcha y cabalgan sin detenerse más de lo indispensable.

Pasaron Albarracín y fueron a descansar a Bronchales; y a otro día rindieron la jornada en Molina. Cuando el moro Abengalbón supo a lo que iban, salió a recibirlos muy alegre:

—¿Sois vosotros los vasallos de mi entrañable amigo? Pues tened por cierto que vuestra llegada me llena de alegría.

Muño Gustioz le responde al punto:

—El Cid os manda saludar y os pide que le socorráis sin tardanza con cien caballeros; su mujer y sus hijas deben de estar ya en Medinaceli. Desea que vayáis por ellas y las acompañéis hasta llegar a Valencia.

—De todo corazón —dijo el moro.

Mandóles preparar una buena comida esa noche, y a la mañana siguiente se puso en marcha. Cien hombres le habían pedido, pero él va con una escolta de doscientos. Pasan las altas y ásperas montañas (de Luzón), rebasan el campo de Taranz, y sin vacilar se aprestan a bajar la cuesta que sale al valle de Arbujuelo.

Los otros, con toda clase de precauciones, estaban en Medinaceli, donde Minaya Álvar Fáñez vio venir a los caballeros armados, y, receloso, envió dos a que averiguaran quiénes eran. Asienten gustosos y al punto parten, y uno se queda con ellos y otro vuelve al lado de Álvar Fáñez para decirle:

—Son fuerzas del Campeador que vienen a encontrarnos. A su cabeza viene Pedro Bermúdez, y también Muño Gustioz, vuestros amigos sin falsía, y ese Martín Antolínez, natural de Burgos, y el obispo don Jerónimo, el leal clérigo, y en fin, el alcaide Abengalbón, que trae consigo a

»por sabor de mio Çid — de grand óndral dar;
»todos vienen en uno, — agora llegarán.»
Essora dixo Minaya: — «vayamos cavalgar.»
Esso ffo apriessa fecho, — que nos quieren detardar.
Bien salieron den çiento — que non pareçen mal,
en buenos cavallos — a cuberturas de çendales
e peytrales a cascaviellos, — e escudos a los cuellos traen,
e en las manos lanças — que pendones traen,
que soppiessen los otros — de qué seso era Álbar Fáñez
e quomo saliera de Castiella — con éstas dueñas que trahe.
Los que ivan mesurando — e llegando delant
luego toman armas — e tómanse a deportar;
por çerca de Salón — tan grandes gozos van.
Don llegan los otros, — a Minaya se van homillar.
Quando llegó Avengalvón, — dont a ojo lo ha,
sonrisándose de la boca, — hívalo abraçar,
en el ombro lo saluda, — ca tal es so husaje:
»Tan buen día convusco, — Minaya Álbar Fáñez!
»Traedes estas dueñas — por o valdremos más,
»mugier del Çid lidiador — e sus ffijas naturales;
»ondrar vos hemos todos, — ca tal es la su auze,
»maguer que mal le queramos, — non gelo podremos far,
»en paz o en guerra — de lo nuestro abrá;
»muchol tengo por torpe — qui non conosçe la verdad.»

84

Los viajeros descansan en Medina.—Parten de Medina a Molina.—Llegan cerca de Valencia

Sonrrisós de la boca — Álbar Fáñez Minaya:
«Ya Avengalvón, — amígol sodes sin falla!
»Si Dios me llegare al Çid — e lo vea con el alma,
»desto que avedes fecho — vos non perderedes nada.
»Vayamos posar, — ca la çena es adobada.»
Dixo Avengalvón: — «plazme desta presentaja:
»antes deste terçer día — a vos la daré doblada.»
Entraron en Medina, — servíalos Minaya,
todos fueron alegres — del serviçio que tomaran,

los suyos, por amor al Cid y porque se empeña en honrarlo. Juntos vienen; pronto los tendremos aquí a todos.

—Pues vayamos a su encuentro —dijo entonces Minaya.

Y todos se apresuraron a hacerlo. Y salieron hasta cien caballeros muy bien puestos, en buenos caballos, cubiertos de cendales, con petrales de cascabeles, collares de escudos y lanzas con pendones, porque Álvar Fáñez quiere que los otros vean de lo que es capaz y toda la pompa con que ha sacado de Castilla a las damas.

Los que iban explorando el terreno a la descubierta empuñan las armas para solazarse en los deportes, y así pasan junto al Jalón tan gozosos. Cuando los demás llegan, van a postrarse ante Minaya; y Abengalbón, al mirarlo, sonríe y se acerca a darle un abrazo, le besa en el hombro, según es su costumbre, y dice:

—¡Dichoso el día en que se os ve, Minaya Álvar Fáñez! He aquí que traéis con vos a esas damas que nos honran, la mujer del Cid lidiador y sus dos hijas. Todos hemos de respetaros; tal es la ventura del Cid; aun cuando no le amáramos, ningún mal podríamos hacerle; lo nuestro ha de compartir, sea en paz o en guerra. Y al que no le reconoce así, lo tengo por torpe.

84

Los viajeros descansan en Medinaceli.—Parten de Medinaceli a Molina.—Llegan cerca de Valencia

Sonríe de muy buena gana Minaya Álvar Fáñez y dice:

—¡Vamos, Abengalbón, que vos le sois amigo muy fiel! Si Dios me lleva con bien hasta donde está el Cid, y estos ojos míos vuelven a verlo, os garantizo que no habréis perdido el trabajo que os dais por él. Y por ahora, a descansar, que la cena está preparada.

Y Abengalbón:

—Me place este agasajo. Antes de tercer día os lo devolveré con creces.

el portero del rey — quitar lo mandava ;
ondrado es mio Çid — en Valençia do estava
de tan grand conducho — commo en Medínal sacaran ;
el rey lo pagó todo, — e quito se va Minaya.
Passada es la noche, — venida es la mañana,
oída es la missa, — e luego cavalgavan.
Salieron de Medina, — e Salón passavan,
Arbuxuelo arriba — privado aguijavan,
el campo de Taranz — luégol atravessavan,
vinieron a Molina, — la que Avengalvón mandava.
El obispo don Jerome — buen cristiano sin falla,
las noches e los días — las dueñas aguardava ;
e buen cavallo en diestro — que va ante sues armas.
Entre él e Álvar Fáñez — hivan a una conpaña.
Entrados son a Molina, — buena e rica casa ;
el moro Avengalvón — bien los sirvié sin falla,
de quanto que quisieron — non ovieron falla,
aun las ferraduras — quitar gelas mandava ;
a Minaya e las dueñas — ¡Dios, cómmo las ondrava!
Otro día mañana — luego cavalgavan,
fata en Valençia — sirvíalos sin falla ;
lo so despendié el moro, — que dellos non tomava nada.
Con estas alegrías — e nuevas tan ondradas
aprés son de Valençia — a tres leguas contadas,
a mio Çid, — el que en buena *çinxo espada,*
dentro a Valençia — el mandádol levavan.

85

El Cid envía gentes al encuentro de los viajeros

Alegre fo mio Çid, — que nunqua más nin tanto,
ca de lo que más amava — yál viene el mandado.
Dozientos cavalleros — mandó exir privado,
que reçiban a Minaya — e a las dueñas fijas dalgo ;
él sedíe en Valençia — curiando e guardando,
ca bien sabe que Álbar Fáñez — trahe todo recabdo ;

Entraron en Medinaceli, donde todos agradecían los cuidados que les prodigaba Minaya. De allí despidió al mensajero real. El Cid, desde Valencia, do estaba, se había de tener por muy honrado de los grandes festines que hicieron en Medinaceli a los suyos. Todo lo paga el rey, y Minaya queda libre de gastos.

Pasa la noche, viene la mañana, oyen misa, y a cabalgar. Salen de Medinaceli, cruzan el río Jalón. Por Arbujuelo arriba pican espuelas, atraviesan en poco tiempo el campo de Taranz, y llegan a Molina, donde Abengalbón era alcaide. El obispo don Jerónimo, cristiano excelente, atendía a las damas día y noche, con buen caballo de guerra que va delante de sus armas, y Álvar Fáñez le acompaña de cerca. Cuando llegan a Molina, pueblo próspero, el moro Abengalbón los sirve muy bien, sin que falte nada a su comodidad; aun las herraduras que necesitaban reponer, él se las pagaba. Y no hay ni qué decir lo que honraba a Minaya y a las señoras. Otro día por la mañana reanudaron el viaje y él los acompaña hasta Valencia, donde se despide sin querer tomar nada de ellos. En medio de todos estos regocijos llegan a tres leguas de Valencia y mandan recado al Cid, el que en buen hora ciñó espada.

85

El Cid envía gentes al encuentro de los viajeros

Nunca, nunca se vio más alegre al Cid, que ya tiene cerca lo que más amaba en el mundo. Al instante manda salir a doscientos caballeros para que reciban a Minaya y a las ilustres damas. Él se quedará guardando a Valencia, que seguro está de que Álvar Fáñez ha tomado cuantas precauciones hacen al caso.

86

Don Jerónimo se adelanta a Valencia para preparar una procesión.—El Cid cabalga al encuentro de Jimena.—Entran todos en la ciudad.

afevos todos aquestos — reçiben a Minaya
e a las dueñas e a las niñas — e a las otras conpañas.
Mandó mio Çid — a los que ha en sue casa
que guardassen el alçacer, — e las otras torres altas
e todas las puertas — e las exidas e las entradas,
o aduxiéssenle a Bavieca; — poco avié quel ganara
d'aquel rey de Sevilla — e de la sue arrancada,
aún non sabié mio Çid, — el que en buen ora çinxo espada
si serié corredor — o ssi abrié buena parada;
a la puerta de Valençia, — do en so salvo estava,
delante su mugier e de sus fijas, — querié tener las armas.
Reçebidas las dueñas — a una grand ondrança,
obispo don Jerome — adelant se entrava,
y dexava el cavallo, — pora la capiella adeliñava;
con quantos que él puede, — que con oras se acordaran,
sobrepelliças vestidas — e con cruces de plata,
reçibir salién las dueñas — e al bueno de Minaya.
El que en buen ora nasco — non lo detardava:
vestiós el sobregonel; luenga trahe la barba;
ensiéllanle a Bavieca, — cuberturas le echavan,
mio Çid salió sobrél, — e armas de fuste tomava.
Por nombre el cavallo — Bavieca cavalga,
fizo una corrida, — ésta fo tan estraña,
quando ovo corrido, — todos se maravillavan;
des día se preçio Bavieca — en quant grant fo España.
En cabo del cosso — mio Çid descavalgava,
adeliñó a su mugier — e a sues fijas amas;
quando lo vio doña Ximena, — a piedes se le echava:
«Merced, Campeador, — en buen ora cinxistes espada!
»Sacada me avedes — de muchas vergüenças malas;
»afeme aquí, señor, — yo e vuestras fijas amas,
»con Dios e convusco — buenas son e criadas.»

86

Don Jerónimo se adelanta a Valencia para preparar una procesión.—El Cid cabalga al encuentro de Jimena.— Entran todos en la ciudad.

Todos éstos, pues, reciben a Minaya, a las damas y niñas y todo el cortejo.

El Cid manda a sus servidores que guarden el alcázar y las torres altas, las puertas y todas las entradas y salidas de la ciudad, y que le apresten a *Babieca,* caballo que había ganado poco tiempo antes en la derrota del rey de Sevilla. Aún no lo había probado el Cid —en buena hora armado— ni sabe si será corredor o dócil de freno. Pero quería, a las puertas de Valencia, donde estaba seguro, jugar las armas delante de su mujer y sus hijas.

Recibidas con gran pompa las damas, el obispo don Jerónimo se adelanta, desmonta, entra en la capilla, donde, preparados con tiempo los que pudo haber a la mano, le esperan ya, vestidos las sobrepellices, empuñando cruces de plata; y así salen todos a recibir a las damas y al buen caballero Minaya.

El que en buen hora nació se da prisa, viste la sobregonela de seda, deja ver sus luengas barbas; ensíllanle a *Babieca* y le ponen todos los arreos. Monta el Cid, y sale armado con armas de pelo. Ya cabalga en el nombrado *Babieca,* y da una carrera tan veloz que a todos deja maravillados: desde ese instante fue famoso en toda España *Babieca.* Al terminar la carrera, el Cid baja del caballo y se acerca a su mujer y a sus hijas. Doña Jimena se le arroja a los pies:

—¡Merced, merced, oh Campeador, que ceñiste espada en buen hora! Me has libertado de vergonzosos trabajos; heme aquí ya, señor, en compañía de vuestras dos hijas, sanas y hermosas, para servir a vos y a Dios.

A la madre e a las fijas — bien las abraçava,
del gozo que avíen — de los sos ojos lloravan.
Iodas las sus mesnadas — en grant deleyt estavan,
armas tenían — e tablados crebantavan.
Oíd lo que dixo — el que en buena *çinxo espada:*
»vos *doña Ximena,* — querida mugier e indrada,
»e amas mis fijas — mio coraçón e mi alma,
»entrad conmigo — en Valençia la casa,
»en esta heredad — que vos yo he ganada.»
Madre e fijas — las manos le besavan.
A tan grand ondra — ellas a Valençia entraban.

87

Las dueñas contemplan a Valencia desde el alcázar

Adeliñó mio Çid — con ellas al alçácer,
allá las subie — en el más alto logar,
Ojos vellidos — catan a todas partes,
miran Valençia — cómmo yaze la çibdad,
e del otra parte — a ojo han el mar,
miran la huerta, espesa es e grand,
e todas las otras cosas — que eran de solaz;
alçan las manos — pora Dios rogar,
desta ganançia — cómmo es buena e grand.
Mio Çid e sus conpañas — tan a grant sabor están.
El ivierno es exido, — que el março quiere entrar.
Dezir vos quiero nuevas — de allent partes del mar
de aquel rey Yúcef — que en Marruecos está.

88

El rey de Marruecos viene a cercar a Valencia

Pésol al rey de Marruecos — de mio Çid don Rodrigo;
«que en mis heredades — fuertemientre es metido,
»e él non gelo gradeçe — sinon a Jesu Cristo.»

Abraza a la madre, abraza a las hijas; el gozo le brota en lágrimas por los ojos.

Y sus mesnadas le contemplan en tanto, llenas de júbilo, mientras algunos se daban a jugar las armas y quebrar tablas. Y oíd aquí lo que dijo el que ciñera espada en buen hora:

—Vos, doña Jimena, mujer mía muy honrada y querida, y entrambas hijas, que son mi corazón y mi alma, entrad conmigo en el pueblo de Valencia, heredad que para vosotras he ganado.

Madre e hijas le besaban las manos, y entraban fastuosamente en Valencia.

87

Las dueñas contemplan a Valencia desde el alcázar

El Cid las condujo al alcázar y las hizo subir a lo más alto. Los hermosos ojos miraban a todas partes: ven cómo se extiende la ciudad de Valencia y de otra parte ven el mar; ven la huerta, inmensa y frondosa, y todas las otras cosas admirables. Y alzan las manos para agradecer a Dios tanta riqueza.

El Cid y sus compañeros lo pasan alegremente. Ido es el invierno, marzo está encima. Quiero en tanto daros noticias de las partes de allende el mar: de aquel rey Yúsuf que está en Marruecos.

88

El rey de Marruecos viene a cercar a Valencia

Pesábale al rey de Marruecos la prosperidad del Cid don Rodrigo.

—Se me ha metido por mis tierras, y no quiere agradecérselo sino a Jesucristo —exclamaba.

Aquel rey de Marruecos — ajuntava sus virtos;
con çinquaenta vezes mill de armas — todos foron con-
entraron sobre mar, — en las barcas son metidos, [plidos,
van a buscar a Valençia — a mio Çid don Rodrigo.
Arribado en las naves, — fuera eran exidos.

89

Llegaron a Valençia, — la que mio Çid a conquista,
fincaron las tiendas, — posan las yentes descreídas.
Estas nuevas — a mio Çid eran venidas.

90

Alegría del Cid al ver las huestes de Marruecos.—Temor de Jimena

«¡Grado el Criador — e al Padre espirita!
»Todo el bien que yo he, — todo lo tengo delant:
»con afán gané a Valençia — e ela por heredad,
»a menos de muert — no la puodo dexar;
»grado al Criador — e a santa María madre
»mis fijas e mi mugier — que las tengo acá.
»Venídom es deliçio — de tierras d'allent mar,
»entraré en las armas, — non lo podré dexar;
»mis fijas e mi mugier — veerme an lidiar;
»en estas tierras agenas — verán las moradas cómmo se [fazen,
»afarto verán por los ojos — cómmo se gana el pan.»
Su mugier e sus fijas — subiólas al alçácer,
alçaban los ojos, — tiendas vidieron fincar:
«Ques esto, Çid, — sí el Criador vos salve!»
—«Ya mugier ondrada, — non ayades pesar!
»Riqueza es que nos acreçe — maravillosa e grand:
»a poco que viniestes, — presend vos quieran dar:
»por casar son vuestras fijas, — adúzenvos axuvar.»

Y manda juntar sus varones, y todos acuden hasta reunir cincuenta veces mil armas. Se embarcan, se hacen a la mar, van a Valencia en busca del Cid don Rodrigo. Ya han arribado las naves, ya saltan a la orilla.

89

Arribaron a Valencia, la que el Cid conquistara; ya alzan las tiendas; ya acampa la descreída gente. Pronto llega el rumor al Cid.

90

Alegría del Cid al ver las huestes de Marruecos.—Temor de Jimena

—¡Loado sea el Creador y Padre espiritual! —exclama—. Todo lo que poseo lo tengo delante. Con grandes afanes gané a Valencia, que hoy tengo por heredad; no la he de dejar mientras viva. ¡Loado sea el Creador y Santa María Madre, que hoy están conmigo mi mujer y mis hijas! Desde las tierras de allende el mar vienen las delicias a buscarme. No puedo menos; he de empuñar las armas; mis hijas y mi mujer me verán lidiar; ahora verán cómo se vive en estas tierras extrañas; ahora van a ver por sus propios ojos cómo se gana el pan.

Sube al alcázar a su mujer y a sus hijas, y al alzar los ojos, ven éstas el campamento de tiendas:

—¿Qué es esto, Cid, en el nombre de Dios?

—Ea, honrada mujer, no os aflijáis. Es la riqueza maravillosa y grande, que viene a buscarnos. Apenas llegada, ya os quieren hacer presentes: ahí os traen el ajuar para el casamiento de vuestras hijas.

—«A vos grado, Çid — e al Padre spirital.»
—«Mugier, seed en este — palaçio, en el alçácer;
»non ayades pavor — pór que me veades lidiar,
»con la merced de Dios — e de Santa María madre,
»créçem el coraçón — por que estades delant;
»con Dios aquesta lid — yo la he de arrancar.»

91

El Cid esfuerza a su mujer y a sus hijas.—Los moros invaden la huerta de Valencia

Fincadas son las tiendas — e pareçen los alvores,
a una grand priessa — tañién los atamores;
alegravas mio Çid e dixo: — «tan buen día es oy!»
Miedo a su mugier — e quiérel crebar el coraçón,
assí ffazie a la dueñas — e a sus fijas amas a dos:
del día que nasquieran — non vidieran tal tremor.
Prisos a la barba — el buen Çid Canpeador:
«Non ayades miedo, — ca todo es vuestro pro;
»antes destos quinze días, — si ploguiere al Criador,
»abremos a ganar — aquellos atamores;
»a vos los pondrán delant — e veredes quáles son,
»desí an a sser — del obispo don Jerome,
»colgar los han en Santa María — madre del Criador.»
Vocación es que fizo — el Çid Campeador.
Alegre' son las dueñas, — perdiendo van el pavor.
Los moros de Marruecos — cavalgan a vigor,
por las huertas adentro — entran sines pavor.

92

Espolonada de los cristianos

Vídolos el atalaya — e tanxo el esquila;
prestas son las mesnadas — de las yentes de Roy Díaz,
adóbanse de coraçón — e dan salto de la villa.

—Gracias a vos, Cid, y al Padre espiritual.

—Mujer mía, quedaos en este palacio, en el alcázar, y no os asustéis porque me veáis combatir. Con el favor de Dios y de Santa María Madre el campo quedará por mí, y créceme el corazón de orgullo porque ello ha de ser a vuestros ojos.

91

El Cid esfuerza a su mujer y a sus hijas.—Los moros invaden la huerta de Valencia

Izadas están las tiendas. Ya rompe el alba. Tañen presurosamente los atambores. El Cid ha dicho lleno de júbilo:

—Gran día será éste.

Pero su mujer tiene un miedo que quiere rompérsele el corazón, y otro tanto acontece a sus damas y a sus dos hijas; en su vida no han sentido un temor más grande.

El Cid Campeador, acariciándose las barbas, les dice:

—No tengáis miedo, que todo ha de parar en ventaja vuestra. Antes de quince días, si Dios quiere, estarán en nuestras manos aquellos atambores que oís; os los traerán para que veáis cómo están hechos, y luego los daremos al obispo don Jerónimo a fin de que los cuelgue en el templo de Santa María Madre de Dios.

El Campeador había hecho, en efecto, este voto.

Ya van tranquilizándose con esto las damas y van perdiendo el pavor primero.

Con presteza vienen cabalgando a lo lejos los moros de Marruecos, y luego entran denodadamente por la huerta.

92

Espolonada de los cristianos

El atalaya los ha visto; tañe la campana. Prestas están las mesnadas de Ruy Díaz; se arman animosamente y se echan fuera de la ciudad. Donde topan con moros, al pun-

Dos fallan con los moros — cometiénlos tan aína,
sácanlos de las huertas — mucho a fea guisa;
quinientos mataron dellos — conplidos en es día.

93

Plan de batalla

Bien fata las tiendas — dura aqueste alcaz,
mucho avién fecho — pienssanse de tornar.
Álbar Salvadórez, — preso fincó allá.
Tornados son a mio Çid — los que comién so pan;
él se lo vío con los ojos, — cuéntangelo delant,
alegre es mio Çid — por quanto fecho han:
«Oídme, cavalleros, — nos rastará por al;
»oy es día bueno — e mejor será cras:
»por la mañana prieta — todos armados seades,
»el obispo don Jerome — soltura nos dará,
»dezir nos ha la missa, — e penssad de cavalgar;
»ir los hemos fferir, — *non passará por al,*
»en el nombre del Criador — e d'apóstol santi Yague.
»Más vale que nos los vezcamos, — que ellos cojan el pan.»
Essora dixieron todo: — «damor e de voluntad.»
Fablava Minaya, — non lo quiso detardar:
«pues esso querede, — Çid, a mí mandedes al;
»dadme çiento e treínta cavalleros — pora huebos de lidiar;
»quando vos los fóredes ferir, — entraré yo del otra part;
»o de ama o del una — Dios nos valdrá.»
Essora dixo el Çid: «de buena voluntad.»

94

El Cid concede al obipo las primeras heridas

El día es salido — e la noche es entrada,
nos detardan de adobasse — essas yentes cristianas.
A los mediados gallos, — antes de la mañana,
el obispo don Jerome — la missa les cantava;
la missa dicha — grant sultura les dava:

to los acometen, y con mucho daño los van arrojando de la huerta. Al cerrar el día, han dejado muertos quinientos moros.

93

Plan de batalla

La persecución llega hasta el mismo campamento. Harto han hecho ya, y están de regreso. Pero allá ha quedado cautivo Álvaro Salvadórez. Los que comen el pan del Cid han vuelto a su lado y se lo cuentan, aunque también lo ha visto él con sus propios ojos. El Cid está satisfecho de ellos:

—Oídme, caballeros —les dice—. No quede por eso. Hoy es buen día, mejor será el de mañana. Antes de que aclare, armaos todos; el obispo don Jerónimo nos dará la absolución, nos dirá una misa, y a cabalgar. E iremos a atacarlos, que no puede ser de otro modo, en nombre del Creador y del apóstol Santiago. Mejor será que les ganemos y no que nos cojan el pan.

Y todos responden:

—De voluntad y de corazón lo haremos.

A esto habló Minaya, y dijo así:

—Pues que así lo deseáis, Cid, dejadme a mí otra misión; dadme ciento treinta caballeros para la lid, y cuando vosotros caigáis sobre ellos, apareceré yo por la otra parte. Y en uno u otro lado, o en los dos a un tiempo, Dios nos ayudará.

—Bien está —le contestó el Cid.

94

El Cid concede al obispo las primeras heridas

Cae el día; entrada es la noche. La gente cristiana se está aprestando sin tardanza. Al segundo canto del gallo, antes de que amanezca, les dice la misa el obispo don Jerónimo, y hecho esto, les da la más franca absolución:

«El que aquí muriere — lidiando de cara,
»préntol yo los pecados, — e Dios le abrá el alma.
»A vos Çid don Rodrigo, — en buena çinxiestes espada,
»yo vos canté la missa — por aquesta mañana;
»pídovos una dona — e seam presentada:
»las feridas primeras — que las aya yo otorgadas.»
Dixo el Canpeador: — «desaquí vos sean mandadas.»

95

Los cristianos salen a batalla.—Derrota de Yúcef.—Botín extraordinario.—El Cid saluda a su mujer y sus hijas.—Dota a las dueñas de Jimena.—Reparto del botín.

Salidos son todos armados — por las torres de *Quarto*,
mio Çid a los sos vassallos — tan bien los acordando.
Dexan a las puertas — omnes de bran recabdo.
Dio salto mio Çid — en Bavieca el so cavallo;
de todas guarnizones — muy bien es adobado.
La seña sacan fuera, — de Valençia dieron salto,
quatro mill menos treinta — con mio Çid van a cabo
a los çinquaenta mill — vanlos ferir de grado;
Álbar Alvaroz e Minaya — entráronles del otro cabo.
Plogo al Criador — e ovieron de arrancarlos.
Mio Çid empleó la lança, — al espada metió mano,
atantos mata de moros — que non fueron contados;
por el cobdo ayuso — la sangre destellando.
Al rey Yúcef — tres golpes le ovo dados,
saliósle del sol espada — ca muchol andido el cavallo,
metiósle en Gujera, — un castiello palaçiano;
mio Çid el de Bivar — fasta allí llegó en alcanço
con otros quel consiguen — de sos buenos vasallos.
Desd' allí se tornó — el que en buen ora nasco,
mucho era alegre — de lo que an caçado;
allí preçió a Bavieca — de la cabeça fasta a cabo.
Toda esta ganancia — en su mano a rastado.

—Al que muriere hoy lidiando frente a frente, yo le absuelvo sus pecados, y Dios recibirá su alma. Y a vos, Cid don Rodrigo, que ceñís espada en buen hora, os pido que me concedáis un don a cambio de la misa que os he cantado: y es que me otorguéis el dar yo los primeros golpes.

Y dijo el Cid:

—Por otorgado.

95

Los cristianos salen a batalla.—Derrota de Yúsuf.—Botín extraordinario.—El Cid saluda a su mujer y sus hijas.—Dota a las dueñas de Jimena.—Reparto del botín.

Ya han salido todos armados por las torres de Cuarto, y el Cid va previniendo y aleccionando bien a su gente. A las puertas de la ciudad dejan algunos hombres de confianza. El Cid salta sobre su caballo *Babieca,* que está provisto de toda guarnición. Sale con ellos la enseña. Ya están fuera de Valencia. Con el Cid van cuatro mil menos treinta, y denodadamente van a atacar a los cincuenta mil contrarios. Álvar Álvarez y Minaya entraron a punto por el otro lado. Y plugo al Creador que fuera suya la victoria.

El Cid empleó la lanza, y (cuando la hubo quebrado) metió la mano a la espada y mató innumerables moros; la sangre le chorreaba por el codo. Tres golpes le asesta al rey Yúsuf, el cual se le escapa de la espada a toda rienda y se le oculta en el castillo de Cullera. Hasta allá le sigue al alcance el Cid de Vivar, con algunos buenos vasallos que le acompañan. De allá se volvió el bienhadado, muy complacido de la captura. Entonces supo lo que valía *Babieca,* desde la cabeza hasta el rabo. Todo el botín queda por suyo. Echaron cuentas de los cincuenta mil enemigos, y no se habían escabullido más de ciento cuatro. Sus

Los çinquaenta mill — por cuenta fuero' notados:
non escaparon — mas di çiento e quatro.
Mesnadas de mio Çid — robado an el campo;
entre oro e plata — fallaron tres mill marcos,
de las otras ganançias — non avía recabdo.
Alegre era mio Çid — e todos sus vasallos,
que Dios les ovo merçed — que vençieron el campo;
quando el rey de Marruecos — assí lo an arrancado,
dexó Álbar Fáñez — por saber todo recabdo;
con cient cavalleros — a Valençia es entrado;
fronzida trahe la cara, — que era desarmado,
assí entró sobre Bavieca, — el espada en la mano.
Reçibienlo las dueñas — que lo están esperando;
mio Çid fincó antellas, — tovo la rienda al cavallo:
«A vos me omillo, dueñas, — grant prez vos he gañado:
»vos teniendo Valençia — e yo vencí el campo;
»esto Dios se lo quiso — con todos los sos santos,
»quando en vuestra venida — tal ganançia nos han dado.
«Veedes el espada sangrienta — e sudiendo el cavallo:
»con tal cum esto — se vençen moros del campo,
»Rogad al Criador — que vos biva algunt año,
»entraredes en prez, — e besarán vuestras manos.»
Esto dixo mio Çid — diçiendo del cavallo.
Quandol vieron de pie — que era descavalgado,
las dueñas e las fijas, — e la mugier que vale algo
delant el Campeador — los inojos fincaron:
«Somos en vuestra merçed, — e bivades muchos años!»
En buelta con él — entraron al palaçio,
e ivan posar con él — en unos preçiosos escaños.
«Ya mugier doña Ximena, — nom lo aviedes rogado?
»Estas dueñas que aduxiestes — que vos sirven tanto,
»quiérolas casar — con aquestos mis vassallos;
»a cada una dellas — doles dozientos marcos,
»que lo sepan en Castiella, — a quién sirvieron tanto.
»Lo de vuestras fijas — venir se a más por espacio.»
Levantáronse todas — e besáronle las manos,
grant fo el alegría — que fo por el palaçio.
Commo lo dixo el Çid, — assí lo han acabado.

mesnadas recogieron los despojos del campo; hasta tres mil marcos han hallado en oro y plata; y lo demás, ni lo cuentan. Alegre está el Cid, no menos alegres sus vasallos, que Dios les ha concedido la victoria campal. En cuanto el Cid vio vencido al rey de Marruecos abandonó en el campo a Álvar Fáñez por atender a los demás, y entraba en Valencia acompañado de sus cien caballeros. Traía la cofia fruncida y se había quitado el yelmo y capucha: así entraba sobre *Babieca,* espada en mano.

Allí lo recibían las damas, que lo habían estado esperando. Y él paró el caballo ante las damas, y dijo sin soltar las riendas:

—Me humillo ante vosotras, damas. Buen botín os he ganado. Mientras me guardabais Valencia, yo vencía en la guerra. Así lo ha querido Dios con todos sus santos, cuando semejantes ganancias me brinda a poco que habéis llegado aquí. Ved ensangrentada la espada, ved el caballo sudoroso; así es como se vence en campo a los moros. Pedid a Dios que me preste vida y salud, que yo he de alcanzaros prez y os han de venir a besar las manos.

Así dijo el Cid, y después se apeó del caballo. Cuando así le vieron, las damas e hijas, y la excelente mujer, se arrodillaron ante el Campeador.

—¡Mil años viváis! Vuestras somos.

Le acompañaron a palacio y se sentaron a su lado en los escaños preciosos.

—Mujer mía, doña Jimena, ¿no me lo habías pedido así? Yo quiero que casemos con mis vasallos a estas damas que trajisteis con vosotras y que tan amorosamente os saben servir. Doyle a cada una doscientos marcos, y que sepan en Castilla a quién han venido a servir. Y en cuanto a vuestras hijas, conviene que lo tratemos más despacio.

Todas a una se levantan para besarle la mano (en señal de agradecimiento), y cunde por el palacio la alegría.

Y como lo dijo el Cid, así se ha hecho.

Mientras tanto Minaya Álvar Fáñez continúa en el campo de batalla, auxiliado por los quiñoneros, escribiendo y echando cuentas de lo ganado. Inmenso es el botín en tien-

Minaya Álbar Fáñez — fuera en el campo,
con todas estas yentes — escriviendo e contando;
entre tiendas e armas — e vestidos preçiados
tanto fallan ellos desto — que mucho es sobejano.
Quiérovos dezir — lo que es más granado:
non pudieron saber la cuenta — de todos los cavallos,
que andan arriados — e non ha qui tomallos;
los moros de las tierras — ganado se an y algo;
maguer de todo esto, — el Campeador contado
de los buenos e otorgados — cayéronle mill cavallos;
quando a mio Çid — cayeron tantos,
los otros bien pueden — fincar pagados.
Tanta rienda preciada — e tanto tendal obrado
que a ganado mio Çid — con todos sos vasallos!
La tienda del rey de Marruecos, — que de las otras es cabo,
dos tendales la sufren, — con oro son labrados;
mandó mio Çid — *el Campeador contado,*
que fita soviesse la tienda, — e non la tolliesse dent cristiano:
«Tal tienda commo esta, — que de Marruecos ha passado
»enbiar la quiero — a Alfonsso el Castellano
»que croviesse sus nuevas — de mio Çid que avíe algo.»
Con aquestas riquezas tantas — a Valençia son entrados.
El obispo don Jerome — caboso coronado,
quando es farto de lidiar — con amas las sus manos
non tiene en cuenta — los moros que ha matados;
lo que cadié a él — mucho era sobejano;
mio Çid don Rodrigo, — el que en buen ora nasco,
de toda su quinta — el diezmo l'a mandado.

96

Gozo de los cristianos.—El Cid envía nuevo presente al rey

Alegres son por Valençia — las yentes cristianas,
tantos avien de averes, — de cavallos e de armas;
alegre es doña Ximena — e sus fijas amas,
e todas las otras dueñas — ques tienen por casadas.
El bueno de mio Çid — non lo tardó por nada:

das y armas y vestiduras de gran precio; y voy a deciros lo mejor, y es que no hay manera de sacar inventario de los caballos enemigos, porque andan arreados y no hay quien los pueda coger. También han ganado algo los moros de la tierra. Y todavía le tocan en parte al Campeador mil caballos de gran alzada.

Si tanto le corresponde al Cid, es que todos quedan bien pagados. ¡Oh, cuánta hermosa tienda y postes de preciosas labores han ganado el Cid y los suyos! La tienda del rey de Marruecos, que está al cabo de las demás, tiene dos postes labrados de oro. El prudente Cid Campeador manda que la dejen plantada y nadie la toque.

—Tienda tan hermosa y venida de Marruecos —dice—, quiero enviarla a Alfonso el Castellano, para que atestigüe las nuevas de mi prosperidad.

Y acarrearon todo el botín a Valencia.

El obispo don Jerónimo, buén sacerdote, se ha hartado de combatir a dos manos, y no sabe ya cuántos moros lleva tendidos. Así es también el botín que le corresponde, porque el Cid don Rodrigo, que en buen hora nació, le ha otorgado el diezmo sobre su quinta.

96

Gozo de los cristianos.—El Cid envía nuevo presente al rey

Mucha es la alegría de los cristianos de Valencia; mucho han ganado en dinero, en armas y en caballos. Doña Jimena y sus hijas están contentas; no se diga las damas del séquito, que ya se dan por bien casadas.

Y el Cid, sin perder tiempo, dice:

«¿Dó sodes, caboso? — venid acá, Minaya;
»de lo que a vos cadió — vos non gradeçedes nada;
»desta mi quinta, — dígovos sin falla,
»prended lo que quisiéredes, — lo otro remanga.
»E cras ha la mañana — ir vos hedes sin falla,
»con cavallos de esta quinta — que yo he ganada,
»con siellas e con frenos — e con señas espadas;
»por amor de mi mugier — e de mis fijas amas,
»por que assí las enbió — dond ellas son pagadas,
»estos dozientos cavallos — irán en presentajas,
»que non diga mal el rey Alfons — del que Valençia [manda.»
Mandó a Per Vermudoz — que fosse con Minaya.
Otro día mañana — privado cavalgaban,
e dozientos omnes — lievan en su compaña,
con saludes del Çid — que las manos le besava;
desta lid — que mio Çid ha arrancada
dozientos cavallos — el enviaba en presentaja,
«e servir lo he siempre — mientra que ovisse el alma.»

97

Minaya lleva el presente a Castilla

Salidos son de Valençia — e pienssan de andar,
tales ganançias traen — que son a aguardar.
Andan los días e las noches, — *que vagar non se dan*
e passada han la sierra, — que las otras tierras parte.
Por el rey don Alfons — tómanse a preguntar.

98

Minaya llega a Valladolid

Passado van la sierras — e los montes e las aguas,
llegan a Valladolid — do el rey Alfons estava;
enviávale mandado — Per Vermudoz e Minaya,
que mandasse reçebir — a esta conpaña
mio Çid el de Valençia — enbia sue presentaja.

—¿Dónde estáis, grande hombre? Minaya, venid acá. Veo que no hacéis caso de vuestra parte; pues venid acá y tomad cuanto os plazca sobre mi quinta, y quede para mí lo demás. Y mañana a primera hora me habéis de salir sin remisión con unos caballos de mi quinta que lleven frenos, sillas y espadas, y sean doscientos; y los llevaréis de regalo al rey Alfonso, para que no diga mal del que gobierna a Valencia, por amor de mi mujer y mis hijas y porque las ha dejado venir adonde era su gusto.

A Pedro Bermúdez le ordena que acompañe a Minaya; y al otro día por la mañana salieron con doscientos de séquito para llevar las nuevas y los cumplimientos del Cid (al rey Alfonso). Envíale doscientos caballos de los que ganó en el último encuentro, y le manda decir «que siempre le ha de servir mientras su alma aliente.»

97

Minaya lleva el presente a Castilla

Ya salen de Valencia y se ponen en camino con tales riquezas a cuestas que es fuerza vigilarlas. Andan día y noche sin descanso, pasan la sierra que los divide del reino y preguntan por el rey Alfonso.

98

Minaya llega a Valladolid

Pasan sierras, montes, ríos; llegan a Valladolid, donde está el rey. Y Pedro Bermúdez y Minaya le mandan aviso para que salgan a recibir a su compañía, que trae los presentes del Cid.

99

El rey sale a recibir a los del Cid.—Envidia de Garci Ordóñez

Alegre fo el rey, — non vidiestes atanto,
mandó cavalgar apriessa — todos sos fijos dalgo
i en los primeros — el rey fuera dio salto,
a veer estos mensajes — del que en buen ora nasco.
Ifantes de Carrión, — sabet, is açertaron,
e comde don García, — del Çid so enemigo malo.
A los unos plaze — e a los otros va pesando.
A ojo los avien — los del que en buen ora nasco,
cuédanse que es almofalla, — ca non vienen con mandado;
el rey don Alfonsso — seíse santiguando.
Minaya e Per Vermudoz — adelante son llegados,
firiéronse a tierra, — diçieron de los cavallos;
antel rey Alfons — los inojos fincados,
besan la tierra — e los piedes amos:
«Merçed, rey Alfonsso, — sodes tan ondrado!
»por mio Çid Campeador — todo esto vos besamos;
»a vos llama por señor, — e tienes por vuestro vassallo.
»mucho preçia la ondra — el Çid quel avedes dado.
»Pocos días ha, — rey, que una lid a arrancado:
»a aquel rey de Marruecos, — Yúcef por nombrado,
»con cinquaenta mill — arrancólos del campo.
»Los ganados que fizo — muchos son sobejanos,
»ricos son venidos — todos los sos vassallos,
»e embíavos dozientos cavallos, — e bésavos las manos.»
Dixo rey don Alfons: — «Reçíbolos de grado.
»Gradéscolo a mio Çid — que tal don me ha enbiado;
»aún vea ora — que de mí sea pagado.»
Esto plogo a muchos — e besáronle las manos.
Pesó al comde don García, — e mal era irado;
con diez de sos parientes — aparte davan salto:
«¡Maravilla es del Çid, — que su ondra creçe tanto!

99

El rey sale a recibir a los del Cid.—Envidia de Garci Ordóñez

Mucho se alegra el rey; habíais de verlo. Mandó cabalgar a sus hidalgos, y salió él a la cabeza para recibir los mensajes del que en buen hora es nacido. Y los infantes de Carrión, vuelta a cavilar; y lo mismo el conde don García, enemigo irreconciliable del Cid. Lo que a unos place, a otros pesa. Ya están a la vista los del que en buen hora nació, y más que simples mensajeros se diría que eran un ejército: el rey don Alfonso se hace cruces. Ya se adelantan Minaya y Pedro Bermúdez; bajan del caballo, echan pie a tierra y se arrodillan ante el rey Alfonso, besando el suelo y sus plantas.

—¡Merced, don Alfonso, rey honrado! Aquí estamos a vuestros pies en nombre del Campeador, que os llama señor y se reconoce vuestro vasallo, apreciando en mucho lo que habéis querido otorgarle. Hace pocos días, rey, ha tenido un triunfo con las armas: ha vencido en campo a aquel rey Yúsuf de Marruecos y a sus cincuenta mil hombres. Grande es el botín, los vasallos se han enriquecido, y el Cid os envía como presente estos doscientos caballos y os besa la mano.

—Los recibo con mucho gusto —dijo el rey— y agradezco mucho al Cid el presente que me envía. Dios me dé ocasión de corresponderle.

A muchos complacieron estas palabras, y se acercaron a besar las manos del rey. Pero le pesaron al conde don García, que, muy iracundo, se apartó con diez parientes suyos hablando así:

—Me maravillo de que así prospere en honras el Cid. Más gana él, más nos envileceremos nosotros. Y por sólo esas fáciles hazañas de vencer reyes en el campo, como si

»En la ondra que él ha — nos seremos abiltados;
»por tan biltadamientre — vençer reyes del campo,
»commo si los fallase muertos — aduzirse los cavallos,
»por esto que él fase — nos abremos enbargo.»

100

El rey muéstrase benévolo hacia el Cid

Fabló el rey don Alfons — *odredes lo que diz:*
«Grado al Criador — e a señor sant Esidre,
»estos dozientos cavallos — quem enbía mio Çid.
»Mio reyno adelant — mejor me podrá servir.
»A vos Minaya Álbar Fáñez — e a Per Vermudoz aquí
»mándavos los cuorpos — ondradamientre vestir
»e guarnirvos de todas armas — commo vos dixiéredes aquí,
»que bien parescades — ante Roy Díaz mio Çid:
»dovos tres cavallos — e prendedlos aquí.
»Assí commo semeja — e la veluntad me lo diz,
»todas estas nuevas — a bien abrán de venir.»

101

Los infantes de Carrión piensan casar con las hijas del Cid

Besáronle las manos — y entraron a posar;
bien los mandó servir — de quanto huebos han.
D'iffantes de Carrión — yo vos quiero contar,
fablando en so conssejo, — aviendo su poridad.
«Las nuevas del Çid — mucho van adelant,
»demandemos sus fijas — pora con ellas casar;
»creçremos en nuestra ondra — e iremos adelant.»
Vinien al rey Alfons — con esta poridad:

se los encontrara muertos, y despojarlos de sus caballerías, ya veréis cómo nosotros acabamos por sufrir algún menoscabo.

100

El rey muéstrase benévolo hacia el Cid

Aquí habló el rey don Alfonso, bien oiréis lo que dijo:

—¡Loado sea Dios, y también señor San Isidoro! Hoy el Cid me envía estos doscientos caballos. En lo sucesivo de mi reinado, espero de él mayores servicios. A vos, Minaya Álvar Fáñez, y también a Pedro Bermúdez, mando que se os den ricas vestiduras y se os provea de las armas que escojáis, para que lleguéis muy apuestos a presencia del Cid Ruy Díaz. Tomad de aquí mismo tres caballos. Se me figura, y me da el corazón, que en algo bueno han de parar todas estas cosas.

101

Los infantes de Carrión piensan casar con las hijas del Cid

Besáronle las manos en señal de agradecimiento, y entraron a reposar. Se les mandó proveer de cuanto necesitaban.

Y ahora voy a hablaros de los infantes de Carrión, que andaban por ahí en cabildeos a solas:

—Mucho prosperan los negocios del Cid —se dicen—. Pidámosle las hijas en matrimonio, que nos ha de aprovechar de mil modos.

Y fueron con esta súplica al rey.

102

Los infantes logran que el rey les trate el casamiento.—El rey pide vistas con el Cid.—Minaya vuelve a Valencia, y entera al Cid de todo.—El Cid fija el lugar de las vistas.

«Merçed vos pidimos — commo a rey e a señor;
»con vuestro conssejo — lo queremos fer nos,
»que nos demandedes — fijas del Campeador;
»casar queremos con ellas — a su ondra y a nuestra pro.»
Una grant ora — el rey penssó e comidió:
«Yo eché de tierra — al buen Campeador,
»e faziendo yo a él mal, — e él a mí grand pro,
»del casamiento — non sé sis abrá sabor;
»mas pues bos lo queredes, — entremos en la razón.»
A Minaya Álbar Fáñez — e a Per Vermudoz
el rey don Alfonso — essora los llamó,
a una quadra — elle los apartó:
«Oídme Minaya, — e vos, Per Vermudoz:
»sírvem mio Çid — *Roi Díaz* Campeador,
»elle lo mereçe — e de mí abrá perdón;
»viniéssem a vistas — si oviesse dent sabor.
»Otros mandados ha — en esta mi cort:
»Dídago e Ferrando, — los iffantes de Carrión,
»sabor han de casar — con sus fijas amas a dos.
»Seed buenos mensageros, — e ruégovoslo yo
»que gelo dígades — al buen Campeador:
»abrá y ondra — e creçrá en onor,
»por conssagrar — con iffantes de Carrión.»
Fabló Minaya — e plogo a Per Vermudoz:
«Rogar gelo emos — lo que dezides vos;
»después faga el Çid — lo que oviere sabor.»
—«Dezid a Roy Díaz, — el que en buen ora naçió,
»quel iré a vistas — do aguisado fore;
»do elle dixiere, — y sea el mojón.
»Andar le quiero — a mio Çid en toda pro.»

102

Los infantes logran que el rey les trate el casamiento.—El rey pide vistas con el Cid.—Minaya vuelve a Valencia, y entera al Cid de todo.—El Cid fija el lugar de las vistas.

—Merced os pedimos como a rey y señor nuestro, y queremos, con vuestra licencia, que nos pidáis en matrimonio a las hijas del Campeador, porque deseamos casarnos con ellas para bien nuestro y honra suya.

El rey estuvo meditando largo rato.

—Yo desterré al buen Campeador, y habiéndole yo causado tanto mal, mientras él ha procurado mi bien por tanto mal, no sé si le agradará la proposición. Pero puesto que así lo deseáis, comencemos la plática.

Entonces mandó el rey llamar a Minaya Álvar Fáñez y a Pedro Bermúdez, y llevándoselos a una sala aparte, les dijo:

—Oídme, Minaya, y vos también, Pedro Bermúdez. Ruy Díaz, el Cid Campeador, me sirve como bueno; yo le otorgaré mi perdón, que bien lo merece. Venga a verse conmigo, si gusta, que en esta mi corte hay novedades. Diego y Fernando, los infantes de Carrión, desean casarse con las hijas del Cid. Dignaos ser los mensajeros; yo os ruego que se lo hagáis saber al buen Campeador. Por emparentar con los infantes quedará más honrado.

Minaya, con acuerdo de Pedro Bermúdez, dijo entonces:

—Le haremos la petición que nos encargáis, y él decidirá como mejor le plazca.

—Y decid además a Ruy Díaz, el que nació en buen hora, que la entrevista ha de ser donde a él le parezca, y plantaremos la señal donde él quiera. Deseo ayudar al Cid en cuanto de mí dependa.

Con esto se despidieron, y volvieron a Valencia acompañados de sus hombres.

Espidiensse al rey, — con esto tornados son,
van pora Valençia — ellos e todos los sos.
Quando lo sopo — el buen Canpeador,
apriessa cavalga, — a reçebirlos salió;
sonrrisós mio Çid — e bien los abraçó:
«¿Venides, Minaya, — e vos, Per Vermudoz?
»En pocas tierras a — tales dos varones.
»¿Cómmo son las saludes — de Alfons mio señor?
»¿Si es pagado — o reçibió el don?»
Dixo Minaya: —«d'alma e de coraçón
»es pagado, — e davos su amor.»
Dixo mio Çid: — «grado al Criador!»
Esto diziendo, — conpieçan la razón,
lo quel rogava — Alfons el de León
de dar sues fijas — a ifantes de Carrión,
quel connosçie i ondra — e creçrié en onor,
que gelo conssejava — d'alma e de coraçón.
Quando lo oyó mio Çid — el buen Campeador,
una grand ora — penssó e comidió:
«Esto gradesco — a Cristus el mio señor.
»Echado fu de tierra, — he tollida la onor,
»con grand afán gané — lo que he yo;
»a Dios lo gradesco — que del rey he su *amor*,
»e pídenme mis fijas — pora ifantes de Carrión.
»*¿Dezid, Minaya, — e vos Per Vermudoz,*
»*d'aqueste casamiento — que semeja a vos?*»
—«*Lo que a vos ploguiere — esso dezimos nos.*»
Dixo el Çid: «de grand natura — son ifantes de Carrión,
»ellos son mucho urgullosos — e an part en la cort,
»deste casamiento — non avría sabor;
»mas pues lo conseja — el que más vale que nos,
»fablemos en ello, — en la poridad seamos nos.
»Afé Dios del çielo — que nos acuerde en lo mijor.»
—«Con todo esto, — a vos dixo Alfons
»que nos vernié a vistas — do aviéssedes sabor;
»querer vos ye veer — e daros su amor,
»acordar vos yedes después — a todo lo mejor.»
Essora dixo el Cid: — «plazme de coraçón.»

Cuando lo supo el buen Campeador, salió a recibirlos a caballo, y sonriente, los abraza y dice:

—¿Sois vosotros, Minaya y Pedro Bermúdez? Varones tales no se encuentran todos los días. ¿Qué nuevas de Alfonso, mi señor? ¿Queda contento? ¿Recibió el presente?

Dijo Minaya:

—Lo recibió con el mayor gusto. Muy contento queda, y os devuelve su favor.

—¡Alabado sea Dios! —dijo el Cid.

Y diciendo esto, empiezan la plática y le comunican la súplica que le hace Alfonso el de León, sobre dar la mano de sus hijas a los infantes, puesto que como él bien comprende, ha de ganar honra en el parentesco, por lo cual le aconseja acceder.

Oyólo el buen Cid Campeador y estuvo un gran rato meditando.

—Gracias sean dadas a Nuestro Señor Jesucristo —dice—. Yo fui desterrado, me despojaron de mis honras, y con grandes afanes conquisté lo que ahora poseo. Agradezco a Dios el contar de nuevo con el favor del rey, y el que ahora me pida mis hijas para los infantes de Carrión. Decidme, pues, Minaya y Pedro Bermúdez: ¿qué opináis de este casamiento?

—Lo que dispongáis nos parecerá bien hecho.

Y dijo el Cid:

—Los infantes de Carrión son muy nobles, gente orgullosa que cuenta en el séquito del rey; no me agradaría el matrimonio a no aconsejarlo quien vale más que nosotros. Tratémoslo aquí en secreto, y Dios que está en el cielo quiera inspirarnos felizmente.

—Además dijo el rey Alfonso que se vería con vos donde le indicaseis; que desea veros y manifestaros su afecto; y entonces podréis decidir lo que más convenga.

Y el Cid:

—Me place de corazón.

Y dice Minaya:

—Pensad, pues, dónde ha de ser la entrevista.

—«Estas vistas — o las ayades vos»,
dixo Minaya, — «vos seed sabidor.»
—«Non era maravilla — si quisiesse el rey Alfons,
»fasta do lo fallássemos — buscar lo iriemos nos,
»por darle grand ondra — commo a rey *e señor*.
»Mas lo que él quisiere, — esso queramos nos.
»Sobre Tajo, — que es una agua mayor,
»ayamos vistas — quando lo quiere mio señor.»
Escrivien cartas, — bien las seelló,
con dos cavalleros — luego las enbió:
lo que el rey quisiere, — esso será el Campeador.

103

El rey fija plazo para las vistas.—Dispónese con los suyos para ir a ellas

Al rey ondrado — delant le echaron las cartas;
quando las vío, — de coraçón se paga:
«Saludadme a mio Çid, — el que en buena çinxo espada;
»sean las vistas — destas tres sedmanas;
»s'yo bivo so, — allí iré sin falla.»
Non lo detardan, — a mio Çid se tornavan.
Della part e della — pora las vistas se adobavan;
¿quién vido por Castiella — tanta mula preçiada
e tanto palafré — que bien anda,
caballos gruessos — e corredores sin falla,
tanto buen pendón — meter en buenas astas,
escudos boclados — con oro e con plata,
mantos e pielles — e buenos çendales d'Andria?
Conduchos largos — el rey enbiar mandava
a las aguas de Tajo, — o las vistas son aparejadas.
Con el rey — atantas buenas conpañas.
Iffantes de Carrión — mucho alegres andan.
lo uno adebdan — e lo otro pagavan;

—Si el rey quisiera y me llamase a su presencia, yo le iría a buscar hasta dar con él, pues este honor le corresponde como a rey y señor; pero pues me honra concediéndome una entrevista, fijo el lugar en el Tajo, que es río mayor, y sea la cita cuando mi señor mande.

Escribieron cartas, las selló y las envió con dos caballeros: el Campeador ha de hacer lo que el rey disponga.

103

El rey fija plazo para las vistas.—Dispónese con los suyos para ir a ellas

Llegan, pues, las cartas a manos del honrado monarca, quien las recibe con júbilo.

Saludadme, a mio Cid, el que en buen hora ciñó espada. Sean las vistas dentro de tres semanas, y si Dios me da vida y salud, no faltaré.

Vuelven al Cid sin tardanza. De una y otra parte empiezan a prepararse para las vistas.

¿Quién vio tanta hermosa mula por Castilla, tanto palafrén de buen aire, tanto caballo de bella estampa y gran corredor, tanto vistoso pendón en asta rica, tanto escudo con centro de oro y plata, mantos y pieles y buenos cendales de Andría? El rey manda que alleguen abundantes provisiones a orillas del Tajo, donde han de celebrarse las vistas. Al rey acompaña séquito numeroso. Los infantes de Carrión andan muy alegres; aquí contraen nuevas deudas y allá pagan, y piensan que van a enriquecerse con todo el oro y plata del mundo. De prisa caminaba el rey don

commo ellos tenien, — creçer les ya la ganançia,
quantos quisiessen — averes d'oro o de plata.
El rey don Alfonso — a priessa cavalgava,
cuemdes e podestades — e muy grandes mesnadas.
Ifantes de Carrión — lievan grandes conpañas.
Con el rey van leoneses — e mesnadas gallizianas,
non son en cuenta, — sabet, las castellanas;
suelta las riendas, — a las vistas se van adeliñadas.

104

El Cid y los suyos se disponen para ir a las vistas.—Parten de Valencia.—El rey y el Cid se avistan a orillas del Tajo.—Perdón solemne dado por el rey al Cid.—Convites.—El rey pide al Cid sus hijas para los infantes.—El Cid confía sus hijas al rey, y éste las casa.—Las vistas acaban.—Regalos del Cid a los que se despiden.—El rey entrega los infantes al Cid.

Dentro en Valençia — mio Çid el Campeador
non lo detarda, — pora las vistas se adobó.
Tanta gruessa mula — e tanto palafré de sazón,
tanta buena arma — e tanto buen cavallo corredor,
tanta buena capa — e mantos e pelliçones;
chicos e grandes — vestidos son de colores.
Minaya Álbar Fáñez — e aquel Per Vermudoz,
Martín Muñoz — *el que mandó a Mont Mayor,*
e Martín Antolínez, — el Burgalés de pro,
el obispo don Jerome, — coronado mejor,
Álbar Álvaroz, — Álvar Salvadórez,
Muño Gustioz, — el caballero de pro,
Galind Garçiaz, — el que fo de Aragón:
estos se adoban — por ir con el Campeador,
e todos los otros — quantos que i son.
Álvar Salvadórez — e Galind Garçíaz el de Aragón,
a aquestos dos — mandó el Campeador

Alfonso, llevando consigo condes y podestades y numerosas mesnadas.

También llevan mucha compañía los infantes de Carrión. Con el rey van leoneses, mesnadas gallegas, y las castellanas son incontables. A toda rienda se dirigen hacia el lugar de las vistas.

104

El Cid y los suyos se disponen para ir a las vistas.—Parten de Valencia.—El rey y el Cid se avistan a orillas del Tajo.—Perdón solemne dado por el rey al Cid.—Convites.—El rey pide al Cid sus hijas para los infantes.—El Cid confía sus hijas al rey, y éste las casa.—Las vistas acaban.—Regalos del Cid a los que se despiden.—El rey entrega los infantes al Cid.

También el Cid Campeador, en Valencia, se está preparando para las vistas. Robustas mulas, excelentes palafrenes, ricas armas, corredores caballos, lujosas capas, mantos y pieles, y trajeados con vistosos colores los chicos y los grandes. Minaya Álvar Fáñez, Pedro Bermúdez, Martín Muñoz, gobernador de Montemayor, Martín Antolínez, el burgalés de pro, y el obispo don Jerónimo, claro sacerdote, Álvaro Álvarez y Álvaro Salvadórez, Muño Gustioz, el ilustre caballero, Galindo García, el de Aragón, todos se disponen a acompañar al Cid, y cuantos se encuentran a su lado hacen lo propio.

A Álvaro Salvadórez y a Galindo García, el de Aragón, les encarga el Campeador la custodia de Valencia y los que en ella quedan; y que no se abriesen de día ni de noche las puertas del alcázar; que dentro quedan su mujer y sus dos hijas, dueñas de su alma y corazón, y las

que curien a Valençia — d'alma e de coraçón,
e todos los otros — que en poder dessos fossen.
Las puertas del alcáçer, — mio Çid lo mandó,
que non se abriessen — de día nin de noch;
dentro es su mugier — e sus fijas amas a dos,
en que tiene su alma — e so coraçón,
e otras dueñas — que las sirven a su sabor;
recabdado ha, — commo tan buen varón,
que del alcáçer — una salir non puode,
fata ques torne — el que en buen ora naçió.

Salien de Valençia — aguijan a espolón.
Tantos cavallos en diestro, — gruesos e corredores,
mio Çid se los gañara, — que non ge los dieran en don.
Hyas va pora las vistas — que con el rey paró.

De un día es llegado antes — el rey don Alfons.
Quando vieron que vinie — el buen Campeador,
reçebir lo salen — con tan grand onor.
Don lo ovo a ojo — el que en buen ora naçió,
a todos los sos — estar los mandó,
si non a estos cavalleros — que querie de coraçón,
con unos quinze — a tierras firió,
commo lo comidía — el que en buen ora naçió;
los inojos e las manos — en tierra los fincó,
las yerbas del campo — a dientes las tomó,
llorando de los ojos, — tanto avié el gozo mayor;
assí sabe dar omildança — a Alfons so señor.
De aquesta guisa — a los piedes le cayó;
tan grand pesar ovo — el rey don Alfons:
«Levantados en pie, — ya Çid Campeador,
»besad las manos, — ca los piedes no;
»si esto non feches, — non avredes ni amor.»
Hinojos fitos — sedie el Campeador:
«¡Merced vos pido a vos, — mio natural señor,
»assí estando, — dédesme vuestro amor,
»que los oyan todos — quantos aquí son.»
Dixo el rey: «esto feré d'alma e de coraçón;
»aquí vos perdono — e dovos mi amor,
»en todo mio reyno — parte desde oy.»

otras damas que las sirven, y ordena además, como prudente, que no salga del alcázar ni una sola hasta que él no esté de regreso.

Salen de Valencia y pican espuelas. Todos esos corceles de armas, robustos y corredores, el Cid se los ha ganado, que no son de obsequio. Y ya se va para las vistas que ha concertado con el rey.

Don Alfonso había llegado un día antes. Cuando vieron venir al buen Campeador, salieron a recibirlo con gran festejo. Al mirar esto el que en buen hora nació, mandó refrenar a todos los suyos, salvo a los más escogidos de su corazón. Con unos quince caballeros echó pie a tierra, como lo tenía mandado; se arrojó al suelo, mordió la hierba, y dio suelta al llanto jubiloso —que así rinde acatamiento a su señor— y cayó a sus plantas. El rey don Alfonso, muy apesadumbrado, luego al punto le dice:

—Levantaos, oh Cid Campeador; besadme en buen hora las manos, que no los pies. De otra suerte no contáis con mi amor.

El Campeador estaba todavía de rodillas:

—Merced os pido, mi señor natural; imploro vuestro favor de rodillas, y óiganlo todos los presentes.

Y dijo el rey:

—Con todo el corazón os perdono aquí, y os devuelvo mi favor y os doy acogida en mi reino desde este día.

Habló el Cid, y dijo estas razones:

—Gracias, mi señor Alfonso; vuestro perdón acepto. Doy gracias primero a Dios y a vos después, y a estas mesnadas que nos rodean.

Siempre arrodillado, le besaba la mano, y después se pone en pie y le besa en la boca. Y todos se regocijaban de verlos, si no es Álvaro Díaz y Garci Ordóñez, a quienes mucho pesa.

Y habló el Cid y dijo estas razones:

—Gracias al Padre Creador he alcanzado la gracia de mi señor don Alfonso. Siempre ha de ayudarme Dios del cielo. Señor, si os place, seréis mi huésped.

Fabló mio Çid — e dixo *esta razón:*
«merced; yo lo reçibo, — Alfons mio señor;
»gradéscolo a Dios del çielo — e después a vos,
»e a estas mesnadas — que están a derredor.»
Hinojos fitos — las manos le besó.
Levós en pie — e en la bócal saludó.
Todos los demás — desto avien sabor;
pesó a Álbar Díaz — e a Garci Ordóñez.

Fabló mio Çid — e dijo esta razón:
«Esto grandesco — al *padre* Criador,
»quando he la gracia — de Alfons mio señor;
»valer me a Dios — de día e de noch.
»Fossedes mio huesped, — si vos ploguiese, señor.»

Dixo el rey: — «non es aguisado oy:
»vos agora llegaste, — e nos viniemos anoch:
»mio huesped seredes, — Çid Campeador,
»e cras feremos — lo que ploguiere a vos.»
Besóle la mano — mio Çid, lo otorgó.
Essora se le omillan — iffantes de Carrión:
«Omillásmosnos, Çid, — en buena nasquiestes vos!
»En quanto podemos — andamos en vuestro pro.»
Respuso mio Çid: — «assí lo mande el Criador!»
Mio Çid Roy Díaz, — que en ora buena nació,
non se puede fartar dél; — tántol querie de coraçón;
catándol sedie la barba, — que tan aínal creció.
Maravíllanse de mio Çid — quantos que y son.

El día es passado, — e entrada es la noch.
Otro día mañana, — claro salie el sol,
el Campeador — a los sos lo mandó
que adobassen cozina — pora quantos que i son;
de tal guisa los paga — mio Çid el Campeador,
todos eran alegres — e acuerdan en una razón:
passado avie tres años — no comieran mejor.

Al otro día mañana, — assí commo salió el sol,
el obispo don Jerome — la missa cantó.
Al salir de la missa — todos juntados son;
non lo tardó el rey, — la razón conpeçó:
«Oidme, las escuelas, — cuemdes e infançones!

El rey le contestó:

—No sería justo. Vosotros acabáis de llegar, y nosotros estamos aquí desde ayer. Vos debéis ser mi huésped, Cid Campeador; mañana será como lo deseáis.

El Cid le besa la mano, y lo concede.

Entonces se acercan a saludarlos los infantes de Carrión.

—Os saludamos, oh Cid; en buena hora habéis nacido. Somos vuestros amigos leales.

Repuso el Cid:

—Dios lo haga.

Y aquel día el Cid Ruy Díaz, nacido en buen hora, fue huésped del rey. El rey no se hartaba de él: tanto le ama. Asombrado le contemplaba las barbas, que tanto y tan de prisa le habían crecido. Cuantos veían al Cid se admiraban.

Pasó el día, vino la noche, y a la otra mañana brilló claro el sol. Entonces mandó el Campeador a los suyos que preparasen comida para todos. Y con tanto gusto obedecían al Cid, que trabajaban con mucho acierto; en tres años por lo menos no habían probado mejor comida.

Al otro día por la mañana, en cuanto salió el sol, el obispo don Jerónimo cantó misa, y después se reunieron todos. El rey comenzó al instante:

—Escuchadme, mesnadas, condes, infanzones: Quiero proponer un deseo al Cid Campeador. Jesucristo ha de permitir que sea para bien. Os pido, pues, que déis a los infantes de Carrión por mujeres a doña Elvira y a doña Sol, vuestras hijas. Paréceme casamiento honrado y ventajoso; ellos lo piden, yo os lo recomiendo. Y quiero que cuantos hay aquí, de una y otra parte, los míos y los vuestros, intercedan por mí. Dádnoslas, pues, ¡oh Cid, así os ampare el Creador!

—No debiera casar a mis hijas —repuso el Cid—, que todavía son de poca edad. Los infantes de Carrión son de mucha fama, buenos para mis hijas y aun para otras me-

»cometer quiero un ruego — a mio Çid el Campeador;
»assí lo mande Cristus — que sea a so pro.
»Vuestras fijas os pido, — don Elvida e doña Sol,
»que las dedes por mugieres, — a ifantes de Carrión.
»Semejan el casamiento — ondrado e con grant pro,
»ellos vos las piden — e mándovoslo yo.
»Della e della parte, — quantos que aquí son,
»los míos e los vuestros — que sean rogadores;
»dándoslas, mio Çid, — sí vos vala el Criador!»
—«Non abría fijas de casar», — repuso el Campeador,
»ca non han grant hedad — e de días pequeñas son.
»De grandes nuevas son ifantes de Carrión,
»perteneçen pora mis fijas — e aún pora mejores.
»Hyo las engendré amas — e criástelas vos,
»entre yo y ellas — en vuestra merçed somos nos;
»affellas en vuestra mano — don Elvira e doña Sol,
»dadlas a qui quisiéredes vos, — ca yo pagado so.»
—«Gracias», dixo el rey, — «a vos e a tod esta cort.»
Luego se levantaron — iffantes de Carrión,
ban besar las manos — al que en ora buena nació;
camearon las espadas — antel rey don Alfons.

Fabló rey don Alfons — commo tan buen señor:
«Graçias, Çid, commo tan bueno, — e primero al Criador,
»quem dades vuestras fijas — pora ifantes de Carrión.
»Daquí las prendo por mis manos — don Elvida e doña Sol,
»e dólas por veladas — a ifantes de Carrión.
»Yo las caso a vuestras fijas — con vuestro amor,
»al Criador plega — que ayades ende sabor.
»Afellos en vuestras manos — ifantes de Carrión,
»ellos vayan convusco, — ca d'aquén me torno yo.
»Trezientos marcos de plata — en ayuda les do yo,
»que metan en sus bodas — o do quisiéredes vos;
»pues fueren en vuestro poder — en Valençia la mayor,
»los yernos e las fijas — todos vuestros fijos son:
»lo que vos ploguiere, — dellos fer, Campeador.»
Mio Çid gelos reçibe, — las manos le besó:
«Mucho vos lo gradesco, — commo a rey e a señor!
»Vos casades mis fijas, — ca non gelas do yo.»

jores. Yo las engendré, vos las criasteis. Ellas y yo estamos en vuestras manos. Disponed de doña Elvira y de doña Sol; dadlas a quien os parezca bien, que yo quedaré contento.

—Gracias —dijo el rey— a vos y a toda esta corte.

Al punto se pusieron de pie los infantes de Carrión y vinieron a besar las manos al que en buena hora nació. Ante el rey don Alfonso cambian las espadas (en señal de pacto).

Allí hablará el rey don Alfonso, como tan cumplido señor.

—Gracias, buen Cid, predilecto del Creador; gracias de que me déis así a vuestras hijas para los infantes de Carrión. Desde ahora tomo con mis manos a doña Elvira y a doña Sol y las doy por esposas a los infantes. Con vuestra licencia, caso a vuestras hijas: Dios querrá que sea para bien. Os entrego a los infantes de Carrión; ellos os acompañen, que yo me vuelvo de aquí. Yo les doy trescientos marcos de plata como ayuda de costa para sus bodas o para lo que vos queráis. Cuando estén en vuestro poder todos, en Valencia, yernos e hijas, todos serán ya vuestros hijos. Haced lo que os plazca de ellos, Campeador.

Recíbelos el Cid, después de besar al rey las manos:

—Mucho os lo agradezco, como a mi rey y señor. Sois vos, señor, quien casáis y dais a mis hijas, no yo.

Ya están dadas las palabras y las promesas. A otro día de mañana, al salir el sol, cada uno se volverá por su camino.

Entonces hizo cosas señaladas el Cid: todas aquellas mulas robustas, bellos palafrenes y vestiduras preciosas, comenzó a darlas el Cid a quien las quería: piden todos y a nadie les niega lo que piden. Sesenta caballos regaló el Cid. Todos los que han asistido a las vistas quedan pagados. Ya se alejan, que entra la noche.

El rey toma de la mano a los infantes y los entrega al Campeador.

Las palabras son puestas, — *los omenajes dados son,*
que otro día mañana — quando saliesse el sol,
ques tornasse cada uno — don salidos son.
Aquís metió en nuevas — mio Çid el Campeador;
tanta gruessa mula — e tanto palafré de sazón,
tantas buenas vestiduras — que d'alfaya son,
conpeçó mio Çid a dar — a quien quiere prender sos don;
cada uno lo que pide, — nadi nol dize de no.
Mio Çid de lo cavallos — sessaenta dio en don.
Todos son pagados de las vistas — quantos que y son:
partir se quieren, — que entrada era la noch.
El rey a los ifantes — a las manos les tomó,
metiólos en poder — de mio Çid el Campeador:
«Evad aquí vuestros fijos, — quando vuestros yernos son;
»de oy más, sabed — qué fer dellos, Canpeador;
»*sírvanvos commo a padre — e guárdenvos cum a señor.*»
—«Gradéscolo, rey, — e prendo vuestro don;
»Dios que está en çielo — devos dent buen galardón.»

105

El Cid no quiere entregar las hijas por sí mismo.—Minaya será representante del rey

»Yo vos pido merced — a vos, rey natural:
»pues que casades mis fijas, — así commo a voz plaz,
»dad manero a qui las dé, — quando vos las tomades;
»non gelas daré yo con mi mano, — nin dend don se [alabarán.»
Respondió el rey: — «afé aquí Álbar Fáñez;
»prendellas con vuestras manos — e daldas a los infantes
»assí commo yo las prendo daquent, — commo si fosse [delant,
»sed padrino dellas — a tod el velar;
»quando vos juntáredes comigo, — quem digades la verdat.»
Dixo Álbar Fáñez: — «señor, afé que me plaz.»

—He aquí a vuestros hijos, puesto que son ya vuestros yernos. En adelante dependan de vuestra voluntad. Que os sirvan como a padre, que os respeten como a señor.

—Lo agradezco, rey, y acepto el don. Dios del cielo quiera premiároslo.

105

El Cid no quiere entregar las hijas por sí mismo.—Minaya será representante del rey

—A vos, mi rey natural, una merced os pido: puesto que casáis a mis hijas conforme a vuestra voluntad, designad un representante que las reciba en vuestro nombre. Yo no las entregaré por mi mano; no se alaben de ello.

Y el rey respondió:

—Aquí está Álvar Fáñez. Tómelas él por su mano, y délas a los infantes, así como las tomo yo desde aquí cual si estuvieran ambas delante. Vos me seréis padrino de la ceremonia, y cuando volvamos a vernos ya me contaréis si lo habéis cumplido.

Y dijo Álvar Fáñez:

—A fe mía que lo haré, señor.

106

El Cid se despide del rey.—Regalos

Tod esto es puesto, — sabed, en grant recabdo.
«Ya rey don Alfons, — señor tan ondrado,
»destas vistas que oviemos, — de mí tomedes algo.
»Tráyovos treínta palafrés — estos bien adobados,
»e treínta cavallos corredores, — estos bien enssellados;
»tomad aquesto, — e beso vuestras manos.»
Dixo el rey don Alfons: — «mucho me avedes embargado.
»Reçibo este don — que me avedes mandado;
»plega al Criador, — con todos los sos santos,
»este plazer quem feches — que bien sea galardonado.
»Mio Çid Roy Díaz, — mucho me avedes ondrado,
»de vos bien so servido, — e tengon por pagado;
»aun bivo sediendo, — de mí ayades algo!
»A Dios vos acomiendo, — destas vistas me parto.
»Afé Dios del çielo, — que lo ponga e buen recabdo!»

107

Muchos del rey se van con el Cid a Valencia.—Los infantes, acompañados por Pedro Bermúdez

Sobrel so cavallo Bavieca — mio Çid salto dio:
«Aquí lo digo, — ante mio señor el rey don Alfons:
»qui quiere ir a las bodas, — o reçebir mio don,
»daquen vaya conmigo; — cuedo quel avrá pro.»
Yas espidió mio Çid — de so señor Alfons,
non quiere quel escurra, — dessí luégol quitó.
Veriedes cavalleros, — que bien andantes son,
besar las manos, — espedirse de rey Alfons:
«Merçed vos sea — e fazednos este perdón:
»hiremos en poder de mio Çid — a Valençia la mayor;
»seremos a las bodas — d'ifantes de Carrión
»he de fijas de mio Çid, — de don Elvira e doña Sol.»

106

El Cid se despide del rey.—Regalos

Con grandes precauciones se llevó a cabo todo esto.

—Ea, pues, rey don Alfonso, honrado señor: guardad un recuerdo de estas vistas. He aquí treinta palafrenes enjaezados y treinta caballos corredores con sus monturas: aceptadlos en don; yo os beso la mano.

Dijo el rey don Alfonso:

—Vuestra generosidad me abruma. Acepto el don, y plegue a Dios y a todos sus santos que os sea largamente pagado el gusto que me dais. Mucho me honráis, Cid Ruy Díaz; muy bien me servís; estoy satisfecho de vos. Si Dios me da vida, os lo recompensaré. Y ahora me voy, y os dejo encomendado a Dios. Y Dios que está en los cielos haga que todo sea para bien.

107

Muchos del rey se van con el Cid a Valencia.—Los infantes, acompañados por Pedro Bermúdez

El Cid saltó sobre su caballo *Babieca* y dijo:

—Aquí, ante mi señor don Alfonso, lo declaro: quien quisiere venir a las bodas y recibir mis dones, que me siga, que ha de aprovecharle.

El Cid se despide de su señor don Alfonso, sin permitirle que salga a despedirlo. Allí vierais a los apuestos caballeros besar la mano al rey para despedirse.

—Hacednos merced, concedednos esto. Nos vamos a Valencia la mayor, en poder del Cid, para asistir a las bodas de los infantes con doña Elvira y doña Sol, sus dos hijas.

Esto plogo al rey, — e a todos los soltó;
la conpaña del Çid creçe, — e la del rey mengó,
grandes son las yentes — que van con el Campeador.
Adeliñan pora Valençia, — la que en buen punto ganó,
A Fernando e a Díago — aguardar los mandó
a Per Vermudoz — e Muño Gustioz,
—en casa de mio Çid — non a dos mejores—,
que sopiessen sus mañas — d'ifantes de Carrión.
E va i Ansuor Gonçalvez, — que era bullidor,
que es largo de lengua — mas en lo al non es tan pro.
Grant ondra les dan — a ifantes de Carrión.
Afelos en Valençia, — la que mio Çid ganó;
quando a ella assomaron, — los gozos son mayores.
Dixo mio Çid a don Pero — e a Muño Gustioz:
«Dad les un reyal — a ifantes de Carrión,
»e vos con ellos seed, — que assí vos lo mando yo.
»Quando viniere la mañana, — que apuntare el sol,
»verán a sus esposas, — a don Elvira e a doña Sol.»

108

El Cid anuncia a Jimena el casamiento

Todos essa noch — foron a sus posadas,
mio Çid el Campeador — al alcáçer entrava;
reçibiólo doña Ximena — e sus fijas amas:
«¿Venides, Campeador, — buena çinxiestes espada?
»muchos días nos veamos — con los ojos de las caras!»
—«Grado al Criador, — vengo, mugier ondrada!
»yernos vos adugo — de que avremos ondrança;
»gradídmelo, mis fijas, — ca bien vos he casadas!»

109

Doña Jimena y las hijas se muestran satisfechas

Besáronle las manos — la mugier e las fijas
e todas las dueñas — *de quien son servidas:*

Plugo al rey dar permiso a todos. Así aumenta el séquito del Cid y disminuye el del monarca; muchos se van con el Campeador.

Se dirigen a Valencia, la que ganara en buena lid. A Pedro Bermúdez y a Muño Gustioz —no los hay mejores en su séquito— encarga el Cid que atiendan a los infantes de Carrión, Fernando y Diego, y averigüen sus costumbres. Allí iba Asur González, muy bullanguero y suelto de lengua, aunque para lo demás no vale tanto. Mucho honran todos a los infantes. Helos ya en Valencia, la del Cid. Crece el júbilo al acercarse a la ciudad.

Y dijo el Cid a don Pedro y a Muño Gustioz:

—Dadles un albergue a los infantes, y quedaos para acompañarlos, os lo encargo mucho. Y mañana, así que amanezca, vengan a saludar a doña Elvira y a doña Sol, sus esposas.

108

El Cid anuncia a Jimena el casamiento

Fueron todos a sus posadas. El Cid Campeador entró al alcázar. Doña Jimena y sus hijas vienen a recibirlo:

—¿Sois vos, Campeador, el que en buena hora ciñó espada? Dichosos los ojos que os contemplan.

—Heme aquí gracias a Dios, mujer honrada. Os traigo unos yernos que nos ilustran. Agradecédmelo, hijas mías, que os he casado muy bien.

109

Doña Jimena y las hijas se muestran satisfechas

La mujer y las hijas le besan la mano, y lo mismo hacen las damas de su servicio:

«Grado al Criador — e a vos, Çid, barba vellida!
»todo lo que vos feches — es de buena guisa.
»Non serán menguadas — en todos vuestros días!»
—«Quando vos nos casáredes — bien seremos ricas.»

110

El Cid recela del casamiento

—«Mugier doña Xımena, — grado al Criador.
»A vos digo, mis fijas — don Elvida e doña Sol
»deste vuestro casamiento — creçremos en onor;
»mas bien sabet verdad — que non lo levanté yo;
»pedidas vos ha e rogadas — el mio señor Alfons,
»atan firm emientre — e de todo coraçón
»que yo nulla cosa — nol sope dezir de no.
»Metivos en sus manos, — fijas, amas a dos;
»Bien me lo creades, — que él vos casa, can non yo.»

111

Preparativos de las bodas.—Presentación de los infantes.—Minaya entrega las esposas a los infantes.—Bendiciones y misa.—Fiestas durante quince días.—Las bodas se acaban; regalos a los convidados.—El juglar se despide de sus oyentes.

Penssaron de adobar — essora el palaçio,
por el suelo e suso — tan bien encortinado,
tanta pórpola e tanto xámed — e tanto paño preciado.
Sabor abriedes de seer — e de comer en el palaçio.
Todos sos cavalleros — apriessa son juntados.
Por iffantes de Carrión — essora enbiaron,
cavalgan los ifantes, — adelant adeliñavan al palaçio.
con buenas vestiduras — e fuertemente adobados;
de pie e a sabor, — Dios, qué quedos entraron!
Reçibiólos mio Çid — con todos sos vasallos;

—¡Gracias sean dadas al Creador y a vos, Cid de la hermosa barba! Todo lo que hacéis está bien hecho. Mientras viváis no han de padecer nuestras hijas.

—Bien ricas hemos de estar cuando nos caséis.

110

El Cid recela del casamiento

—Sea por Dios, doña Jimena. A vosotros os digo, doña Elvira y doña Sol, que este matrimonio nos honrará; pero tened por sabido que yo no lo inicié. Mi señor Alfonso os ha pedido tan firmemente y con tanta voluntad, que yo nada pude negarle. A ambas, hijas, os he confiado en sus manos. Creédmelo: es él, no yo, quien os casa.

111

Preparativos de las bodas.—Presentación de los infantes.—Minaya entrega las esposas a los infantes.—Bendiciones y misa.—Fiestas durante quince días.—Las bodas se acaban; regalos a los convidados.—El juglar se despide de sus oyentes.

Comenzaron a adornar el palacio, cubriendo los muros y el suelo de tapices, púrpuras, sedas, paños preciosos.

Si hubieras asistido a las bodas no os hubiera pesado. En tanto, ya se van reuniendo los caballeros.

Mandaron traer a los infantes, que a poco llegaron a caballo, frente al palacio, espléndidamente vestidos y ataviados con lujo. Después echaron pie a tierra y entraron con notable comedimiento. El Cid y sus vasallos los reci-

a elle e a ssu mugier — delant se le omillaron,
e ivan posar — en un preçioso escaño.
Todos los de mio Çid — tan bien son acordados,
están parando mientes — al que en buen ora nasço.
El Çanpeador — en pie es levantado:
«Pues que a fazer lo avemos, — por qué lo imos tardando?
»Venit acá, Álbar Fáñez, — el que yo quiero e amo!
»affé amas mis fijas, — métolas en vuestra mano;
»sabedes que al rey — assí gelo he mandado,
»no lo quiero fallir por nada — de cuanto ay parado;
»a ifantes de Carrión — dadlas con vuestra mano,
»e prendan bendiçiones — e vayamos recabdando.»
—Estoz dixo Minaya: — «esto faré yo de grado.»
Levántanse derechas — e metiógelas en mano.
A ifantes de Carrión — Minaya va fablando:
«Afevos delant Minaya, — amos sodes hermanos.
»Por mano del rey Alfons, — que a mí lo ovo mandado,
»dovos estas dueñas, — amas son fijas dalgo—,
»que las tomassedes por mugieres — a ondra e a recabdo.»
Amos las reçiben — d'amor e de grado,
a mio Çid e a su mugier — van besar la mano.
Quando ovieron aquesto fecho, — salieron del palaçio,
pora Santa María — a priessa adelinnando;
el obispo don Jerome — vistiós tan privado,
a la puerta de la ecclegia — sediellos sperando;
dióles bendictiones, — la missa a cantado.
Al salir de la eclegia — cavalgaron tan privado,
a la glera de Valençia — fuera dieron salto;
Dios, qué bien tovieron armas — el Çid e sos vasallos!
Tres cavallos cameó — el que en buen ora nasco.
Mio Çid de lo que vidie — mucho era pagado:
ifantes de Carrión — bien an cavalgado.
Tórnanse con las dueñas, — a Valençia an entrado;
ricas fueron las bodas — en el alcaçer ondrado,
e al otro día fizo mio Çid — fincar siete tablados:
antes que entrassen a yantar — todos los crebantaron.
Quinze días conplidos — en las bodas duraron,
çerca de los quinze días — yas van los fijos dalgo.

bieron, y ellos saludaron al Cid y a su mujer y fueron a sentarse en los escaños preciosos. Los del Cid, con mucha prudencia, examinaban el rostro del bienhadado.

El Campeador se levanta y dice:

—Pues que tenemos que hacerlo, ¿a qué retardarlo? Venid acá, Álvar Fáñez, a quien amo y quiero. He aquí a mis hijas; en vuestras manos las pongo; ya sabéis que así lo convine con el rey, y no quiero faltar un punto a lo pactado: vos, con vuestra mano, entregadlas a los infantes; reciban la bendición, y despachemos.

Minaya dijo entonces:

—Así lo haré.

Ellas se levantan, el Cid las entrega a Minaya, y éste, dirigiéndose a los infantes, dice:

—Ambos hermanos, poneos ante Minaya. Por mandato del rey Alfonso y en su nombre os doy estas damas —ambas hidalgas— y tomadlas por mujeres para honra y bien mutuos.

Recíbenlas de corazón, y besan la mano al Cid y a su mujer.

Hecho esto, salieron de palacio y se dirigen sin tardanza a Santa María. El obispo don Jerónimo se vistió al punto; estaba esperándoles a la puerta de la iglesia. Los bendice y canta misa.

Al salir de la iglesia se dirigen, cabalgando, hacia el arenal de Valencia. Y allí jugaron las armas el Cid y sus vasallos: ¡Oh, Dios, con cuánta destreza! Tres caballos cambió el bienhadado. Alégrase de ver que los infantes de Carrión son buenos jinetes. Y después se vuelven a Valencia con las damas. En el honrado alcázar las bodas se celebraron con pompa, y al día siguiente el Cid mandó alzar siete tablados, y todos los quebraron antes de la comida.

Quince días emplearon en los festejos, y al cabo de ellos los hidalgos comienzan a irse. El Cid don Rodrigo, el que en buen hora nació, ha regalado ya por lo menos un centenar de bestias, entre palafrenes, mulas, caballos corredores; y en mantos, pieles, vestidos en abundancia y di-

Mio Çid don Rodrigo, — el que en buen ora nasco,
entre palafrés e mulas — e corredores cavallos,
en bestias sines al — çiento ha mandados;
mantos e pelliçones — e otros vestidos largos;
non foron en cuenta — los averes monedados.
Los vasallos de mio Çid — assí son acordados,
cada uno por sí — sos dones avien dados.
Qui aver quiere prender — bien era abastado;
ricos tornan a Castiella — los que a las bodas llegaron.
Yas ivan partiendo — aquestos ospedados,
espidiéndos de Roy Díaz, — el que en buen ora nasco,
e a todas las dueñas — e a los fijos dalgo;
por pagados se parten — de mio Çid e de sos vassallos.
Grant bien dizen dellos — ca será aguisado.
Mucho eran alegres — Dídago e Ferrando;
estos foros fijos — del comde don Gonçalvo.
Venidos son a Castiella — aquestos ospedados,
el Çid e sos hyernos — en Valençia sos rastados.
Y moran los ifantes — bien cerca de dos años,
los amores que les fazen — mucho eran sobejanos.
Alegre era el Çid — e todos sos vasallos.
¡Plega a Santa María — e al Padre santo
que pague des casamiento — mio Çid o el que lo ovo âlgo!
Los coplas deste cantar — aquis van acabando.
El Criador vos vala — con todos los sos santos.

nero acuñado, una cantidad incontable. Los vasallos del Cid, por su parte, también se pusieron de acuerdo para dar sus dones (a los huéspedes). Al que quería dinero le daban abasto, y así, los que fueron a las bodas regresaron ricos a Castilla. Ya se despiden los huéspedes de Ruy Díaz, el que en buen hora nació, y de las damas y los hidalgos. Muy agradecidos van del Cid y los suyos, y, como es justo, dicen de ellos mucho bien. Contentos quedan asimismo Diego y Fernando, los hijos del conde don Gonzalo.

Los huéspedes han vuelto a Castilla. El Cid y sus yernos quedan en Valencia, adonde los infantes morarán cerca de dos años, entre solícitas atenciones. El Cid y sus vasallos vivían contentos. Plegue a Santa María y al Padre Santo que el Cid y el que lo propuso tengan razones para alegrarse de aquel matrimonio!

Y aquí se acaban las coplas de este cantar: el Creador os valga con todos sus santos.

CANTAR TERCERO

LA AFRENTA DE CORPES

112

Suéltase el león del Cid.—Miedo de los infantes de Carrión.—El Cid amansa al león.—Vergüenza de los infantes.

En Valençia sedí — mio Çid con todos los sos,
con ella amos sos yernos — ifantes de Carrión.
Yazies en un escaño, — durmie el Campeador,
mala sobrevienta, — sabed, que les cuntió:
saliós de la red — e desatós el león.
En grant miedo se vieron — por medio de la cort;
enbraçan los mantos — los del Campeador,
e çercan el escaño, — e fincan sobre so señor.
Ferrant Gonçálvez, — *ifant de Carrión,*
non vido allí dos alçasse, — nin cámara abierta nin torre;
metiós sol esçaño, — tanto ovo el pavor.
Díag Gonçálvez — por la puerta salió,
diziendo de la boca: — «non veré Carrión!»
Tras una viga lagar — metiós con grant pavor;
el manto e el brial — todo suzio lo sacó.
En esto despertó — el que en buen ora naçió;
vido çercado el escaño — de sos buenos varones:
«Qués esto, mesnadas, — o qué queredes vos?»
—«Ya señor ondrado — rebata nos dio el león.»
Mio Çid fincó el cobdo, — en pie se levantó,
el manto trae al cuello, — e adeliñó pora'león;

CANTAR TERCERO

LA AFRENTA DE CORPES

112

Suéltase el león del Cid.—Miedo de los infantes de Carrión.—El Cid amansa al león.—Vergüenza de los infantes.

Estaba el Cid en Valencia con todos los suyos; sus yernos, los infantes de Carrión, le acompañan. El Campeador, sentado en su escaño, se había dormido, cuando sobrevino algo inesperado: el león se escapó de la jaula y se desató. Toda la corte estaba espantada. Los del Campeador embrazan los mantos y rodean el escaño donde dormía su señor (para proteger su sueño). Uno de los infantes, Fernán González, no hallaba dónde meterse, ni encontraba la puerta abierta en torre ni en cámara; al fin, a impulsos del miedo, se agazapó bajo el escaño. El otro, Diego González, salió de estampía gritando a voz en cuello:

—¡Ay, Carrión, no volveré a verte!

Y fue a esconderse tras una viga de lagar, donde puso el manto y la túnica perdidos.

Despertó a esto el que en buen hora nació, y vio que le rodeaban sus buenos varones.

—¿Qué ocurre, mesnadas, qué queréis aquí?

—¡Ay, honrado señor, el susto que el león nos ha dado!

El Cid se acoda en el escaño; se levanta después, y con el manto prendido al cuello, como estaba, se va derecho

el león quando lo vío, — assí envergonço,
ante mio Çid la cabeça — premió e el rostro finco.
Mio Çid don Rodrigo — al cuello lo tomó,
e liévalo adestrando, — en la red le metió.
A maravilla lo han — quantos que i son,
e tornáronse al palaçio — pora la cort.
Mio Çid por sos yernos — demandó e no los falló;
maguer los están llamando, — ninguno non responde.
Quando los fallaron, — assí vinieron sin color;
non vidiestes tal juego — çommo iva por la cort;
mandólo vedar — mio Çid el Campeador.
Muchos tovieron por enbaídos — ifantes de Carrión,
fiera cosa les pesa — desto que les cuntió.

113

El rey Búcar de Marruecos ataca a Valencia

Ellos en esto estando, — don avien grant pesar,
fuerças de Marruecos — Valençia vienen çercar;
en el campo de Quarto — ellos fueron posar,
cinquaenta mill tiendas — fincadas ha de las cabdales;
aqueste era el rey Búcar, — sil oviestes contar.

114

Los infantes temen la batalla.—El Cid les reprende

Alegravas el Çid — e todos sos varones,
que les creçe la ganançia — grado al Criador.
Mas, sabed, de cuer les pesa — a ifantes de Carrión;
ca veyen tantas tiendas de moros — de que non avien sabor.
Amos hermanos — a part salidos son:
«Catamos la ganançia — e la pérdida no;
»ya en esta batalla — a entrar abremos nos;

para el león. Cuando el león le vio venir se atemorizó de manera que bajó la cabeza e hincó el hocico. El Cid don Rodrigo lo cogió por el cuello, y, cual si lo llevara por la rienda, lo metió en la jaula. Y todos los que tal vieron volvían a palacio maravillados.

El Cid preguntó entonces por sus yernos, que nadie le daba razón, y aunque los estaban llamando no respondían. Cuando al fin dieron con ellos, estaban tan demudados que toda la corte se deshacía en risa, hasta que el Cid impuso respeto. Los infantes quedaron muy avergonzados y lamentando profundamente el suceso.

113

El rey Búcar de Marruecos ataca a Valencia

Mientras ellos están lamentándose amargamente, he aquí que vinieron fuerzas de Marruecos a cercar a Valencia. Posaron en el campo de Cuarto, donde levantan no menos de cincuenta mil tiendas. Mandábalos el rey Búcar, de quien acaso habéis oído contar.

114

Los infantes temen la batalla.—El Cid les reprende

El Cid y sus varones se alegran y dan gracias a Dios pensando ya que van a sacar grandes ganancias. Pero sabed que mucho les pesa a los infantes de Carrión, y ven con tristísimos ojos las innumerables tiendas de los moros. Y se apartan los dos hermanos hablando así:

—(Al casarnos con las hijas del Cid), sólo calculamos lo que ganábamos, pero no lo que perdíamos. Ahora no

»esto es aguisado — por non veer Carrión,
»bibdas remandrán — fijas del Campeador.»
Oyó la poridad — aquel Muño Gustioz,
vino con estas nuevas — a mio Çid el Campeador:
«Evades vuestros yernos — tan osados son,
»por entrar en batalla — desean Carrión.
»Idlos conortar, — sí vos vala el Criador,
»que sean en paz — e non ayan i ración.
»Nos con vusco la vençremos, — e valer nos ha el Criador.»
Mio Çid don Rodrigo — sonrrisando salió:
«Dios vos salve, yernos, — ifantes de Carrión,
»en braços tenedes mis fijas — tan blancas commo el sol!
»Yo desseo lides, — e vos a Carrión,
»en Valençia folgad — a todo vuestro sabor,
»ca d'aquellos moros — yo so sabidor;
»arrancar me los trevo — con la merçed del Criador.»

115

Mensaje de Búcar.—Espolonada de los cristianos.—Cobardía del infante Fernando. (Laguna del manuscrito, 50 versos que se suplen con el texto de la Crónica de Veinte Reyes).—*Generosidad de Pedro Bermúdez.*

Ellos en esto fablando, enbió el rey Búcar dezir al Çid que le dexase Valençia e se fuese en paz; sinón, que le pecharie quanto y avie fecho. El Çid dixo a aquel que troxiera el mensaje: «id dezir a Búcar, a aquel fi de ene»migo, que ante destos tres días le daré yo lo que él de»manda.»

Otro día mandó el Çid armar todos los suyos e sallió a los moros. Los infantes de Carrión pidiéronle entonces la delantera; e después que el Çid ovo paradas sus azes, don Fernando, el uno de los infantes, adelantóse por ir ferir a un moro a que dizian Aladraf. El moro quando lo vio, fue contra el otrossí; e el infante, con el grand miedo que ovo dél, bolvió la rienda e fuxó, que solamente non lo osó esperar.

podremos menos de entrar en la batalla. De seguro que no volveremos a Carrión; de ésta, las hijas del Cid se quedan viudas.

Muño Gustioz sorprendió estas palabras, y fue con las nuevas al Cid.

—He aquí que vuestros yernos son tan osados que, por no entrar en la batalla, echan de menos a Carrión. Así os valga Dios, ir a consolarlos: que se queden en paz y no tomen parte en la batalla. Vos y nosotros nos bastamos, y Dios nos ayudará.

El Cid don Rodrigo fue hacia los infantes, sonriendo:

—El cielo os guarde, infantes de Carrión, yernos míos: tenéis a mis hijas, tan blancas como el sol, entre vuestros brazos. Yo pienso en lides, vosotros en vuestro Carrión. Quedaos en Valencia descansando, porque a esos moros yo solo me atrevo a vencerlos, si Dios me ayuda.

115

Mensaje de Búcar.—Espolonada de los cristianos.—Cobardía del infante Fernando. (Laguna del manuscrito, 50 versos que se suplen con el texto de la Crónica de Veinte Reyes).—*Generosidad de Pedro Bermúdez.*

Mientras ellos hablaban así, el rey Búcar envió a decir al Campeador que abandonase Valencia y se fuese en paz, o de lo contrario allí le haría pagar cuantas le había hecho. El Cid contestó al mensajero:

—Id y decirle a Búcar, ese hijo de enemigos, que antes de tres días le habré dado lo que me pide.

A otro día mandó el Cid armarse a toda su gente, y marchó sobre los moros. Los infantes de Carrión pidiéronle entonces el honor de dar los primeros golpes. Y cuando el Cid tuvo a los suyos formados en fila, uno de los infantes, Fernando, se adelantó para atacar a un moro llamado Aladraf. Éste, cuando lo vio venir, fue contra él; y entonces el infante, invadido de un pavor súbito, volvió grupas y huyó sin atreverse a esperarlo.

Pero Vermúdez que iva açerca dél, quando aquéllo vio, fue ferir en el moro, lidió con él e matólo. Desí tomó el cavallo del moro, e fue en pos el infante que iva fuyendo e díxole: «Don Ferrando, tomad este cavallo e dezid a to-
»dos que vos matastes al moro cúyo era, e yo otorgarlo e
»con vusco.»

El infante le dixo: «don Pero Vermúdez, mucho vos gra-
»desco lo que dezides;
»aún vea el ora — que vos meresca dos tanto.»
En una conpaña — tornados son amos.
Assí lo otorga don Pero — quomo se alaba Ferrando.
Plogo a mio Çid — e a todos sos vasallos;
«Aún si Dios quisiere — e el Padre que está en alto,
»amos los mios yernos — buenos serán en canpo.»
Esto van diziendo — e las yentes se allegando,
en la uestre de los moros — los atamores sonando;
a maravilla lo avien — muchos dessos cristianos
ca nunca lo vieran, — ca nuevos son llegados.
Mas se maravillan — entre Díago e Ferrando,
por la su voluntad — non serien allí llegados.
Oíd lo que fabló — el que en buen hora nasco:
«¡Ala, Per Vermudoz, — el mio sobrino caro!
»cúriesme a Díago — e cúriesme a Ferrando
»mios yernos amos a dos, — la cosa que mucho amo,
»ca los moros, con Dios, — non fincarán en campo.»

116

Pedro Bermúdez se desentiende de los infantes.—Minaya y don Jerónimo piden el primer puesto en la batalla

—«Yo vos digo, Çid, — por toda caridad,
»que oy los ifantes — a mí por amo non abrán;
»cúrielos qui quier, — ca dellos poco m'incal.
»Yo con los mios — ferir los quiero delant,
»vos con los vuestros — firmemente a la çaga tengades;
»si cueta fuere, — bien me podredes huviar.»

Pedro Bermúdez, que iba a su lado, cuando esto vio, arrojóse sobre el moro, y a pocos lances lo dejó muerto. Tomó consigo el caballo del moro, y corriendo en pos del infante que iba de huida, le gritó:

—Don Fernando, tomad este caballo, y decid a todos que vos habéis matado al jinete, y yo lo atestiguaré.

—Don Pedro Bermúdez —dijo el infante—, os lo agradezco mucho; ojalá os lo pueda pagar doble.

Volviéronse juntos, y don Pedro dio testimonio de la hazaña de que se alababa Fernando. El Cid y sus vasallos se alegraron mucho de saberlo.

—Si Dios lo concede —observó el Cid—, mis yernos acabarán por ser buenos combatientes.

Diciendo esto, se iban acercando a las huestes, y los tambores de los moros se oían redoblar. Asombrábanse algunos cristianos recién llegados que nunca los habían oído. Y los que más se asombraban eran Diego y Fernando, que darían cualquier cosa por no encontrarse en aquel trance.

Y oíd ahora lo que dijo el que en buen hora nació:

—¡Hola, Pedro Bermúdez, caro sobrino mío; cuidadme a Diego y a Fernando, mis amados yernos, prendas queridas! ¡Que estos moros, si Dios me ayuda, no se han de quedar con el campo!

116

Pedro Bermúdez se desentiende de los infantes.—Minaya y don Jerónimo piden el primer puesto en la batalla

—¡Oh, Cid, por caridad os lo pido; no sea yo el ayo de los infantes; hoy los cuide quien quiera, que a mí poco se me da de ello. Yo quiero atacar al enemigo, seguido de los míos, y vos os quedaréis a retaguardia con los vuestros; que ya, si hubiere peligro, me socorreréis.

Aquí llegó — Minaya Álbar Fáñez:
«Oíd, ya Çid, — Campeador leale!
»Esta batalla — el Criador la ferave,
»e vos tan dinno — que con él avedes parte.
»Mandádno'los ferir — de qual part vos semejare,
»el debdo que ha cada uno — a conplir serave.
»Verlo hemos con Dios — e con la vuestra auze.»
Dixo mio Çid, — «ayamos más de vagare.»
Afevos el obispo Jerome — muy bien armado estave;
Parávas delant al Campeador — siempre con la buen auze:
«Oy vos dix la missa — de santa Trinidade.
»Por esso salí de mi tierra — e vin vos buscare,
»por sabor que avía — de algún moro matare;
»mi orden e mis manos, — querría las ondrar,
»e a estas feridas — yo quiero ir delant.
»Pendón trayo a corças — e armas de señal,
»si plogiesse a Dios — querríalas ensayar,
»mio coraçón — que pudiesse folgar,
»e vos, mio Çid, — de mí más vos pagar.
»Si este amor non feches, — yo de vos me quiero quitar.»
Essora dixo mio Çid: — «Lo que vos queredes plazme.
»Afé los moros a ojo, — idlos ensayar.
»Nos d'aquent veremos — cómmo lidia el abbat.»

117

El obispo rompe la batalla.—El Cid acomete.—Invade el campamento de los moros

El obispo don Jerome — priso a espolonada
e ívalos ferir — a cabo del albergada.
Por la su ventura — e Dios quel amava
a los primeros colpes — dos moros matava.
El astil a crebado — e metió mano al espada.
Ensayavas el obispo, — Dios, qué bien lidiava!
Dos mató con lança — e çinco con el espada.
Moros son muchos, — derredor le çercavan,
dávanle grandes colpes, — mas nol falssan las armas,

Aquí se acercó Minaya Álvar Fáñez:

—Oh, leal Cid Campeador, escuchadme: El Creador dará esta batalla, y vos, que sois de sus agraciados. Decidnos por qué parte hemos de atacar, y cada uno habrá de cumplir con su obligación. A ver en qué para esto, con Dios y vuestra ventura.

—Tengamos calma —dijo el Cid.

A esto se le acerca el obispo don Jerónimo muy bien armado, y poniéndose delante del bienhadado Campeador, le dice:

—Hoy os he cantado la misa de la Santa Trinidad. Y yo salí de mi tierra y vine a buscaros sólo por el deseo que tenía de matar moros; bien quisiera ilustrar mis armas y la orden a que pertenezco. Deseo ser el primero en el ataque; traigo un pendón con unas corzas, y unas armas de emblema y quisiera, si Dios lo permite, ensayarlas. Mucho me holgaría de ello, y sé que vos mismo, Cid, me estimaríais más. Si no me concedéis este favor, me alejaré de vuestro lado.

Y el Cid:

—Hágase lo que pedís. Allí tenéis moros a la vista; atacadlos. Desde aquí veremos cómo pelea el señor abad.

117

El obispo rompe la batalla.—El Cid acomete.—Invade el campamento de los moros

El obispo don Jerónimo se adelantó para arremeterlos, y se llegó hasta el campamento. Por ventura suya y especial ayuda de Dios, a los primeros golpes mató dos moros. Ya ha roto el asta, ya echa mano a la espada. Proezas hacía el buen obispo; ¡oh Dios, qué bien pelea! A dos mató con la lanza, y con la espada a otros cinco más. Pero numerosos moros comienzan a rodearlo, y le tiran furibundos tajos, aunque sin mellarle la armadura.

El que en buen ora nasco — los ojos le fincava,
enbraçó el escudo — e abaxó el asta,
agujó a Bavieca, — el cavallo que bien anda,
ívalos ferir — de coraçón e de alma.
En las azes primeras — el Campeador entrava,
abatió a siete — e a quatro matava.
Plogo a Dios, — aquesta fo el arrancada.
Mio Çid con los sos — cade en alcança;
veriedes crebar tantas cuerdas — e arrancarse las estacas,
e acostarse los tendales, — con huebras eran tantas.
Los de mio Çid a los de Búcar — de las tiendas los sacan.

118

Los cristianos persiguen al enemigo.—El Cid alcanza y mata a Búcar.—Gana la espada Tizón

Sácanlos de las tiendas, — cáenlos en alcaz;
tanto braço con loriga — veriedes caer a part,
tantas cabeças con yelmos — que por el campo caden,
cavallos sin dueños — salir a todas partes.
Siete migeros complidos — duró el segudar.
Mio Çid al rey Búcar — cadiól en alcaz:
«Acá torna, Búcar! — venist dalent mar.
»Veerte as con el Çid, — el de la barba grant,
»saludar nos hemos amos, — e tajaremos amiztat.»
Respúso Búcar al Çid: — «confonda Dios tal amiztat!
»Espada tienes en mano — e veot aguijar;
»assí commo semeja, — en mi la quieres ensayar.
»Mas si el cavallo non estropieça — o comigo non cade,
»non te juntarás comigo — fata dentro en la mar.»
Aquí respuso mio Çid: — «esto non será verdad.»
Buen cavallo tiene Búcar — e grande saltos faz,
mas Bavieca, el de mio Çid, — alcançándolo va.
Alcançolo el Çid a Búcar — a tres braças del mar,
arriba alço Colada, — un gran colpe dádol ha,
las carbonclas del yelmo — tollidas gelas ha,

El bienhadado, que así lo ve, embraza el escudo, enristra la lanza, espolea a *Babieca,* su excelente caballo, y se arroja denodadamente sobre los enemigos. Rompe por las primeras filas y derriba a siete y mata a cuatro. Y plugo a Dios que de aquí naciera su victoria. El Cid y los suyos corren en seguimiento de los moros. Y allí fue el estallar las cuerdas y el quebrarse las estacas y rodar los postes labrados de las tiendas.

Y al fin los del Cid expulsan del campamento a los de Búcar.

118

Los cristianos persiguen al enemigo.—El Cid alcanza y mata a Búcar.—Gana la espada Tizón

Los expulsan del campamento, los persiguen un trecho. Allí vierais caer, tronzados, tantos brazos con sus lorigas, tantas cabezas con yelmos rodando por el campo, tantos caballos sin jinetes huyendo de aquí para allá. La persecución duró siete millas cabales.

El Cid le daba alcance al rey Búcar:

—Vuélvete acá, oh Búcar, que has venido de allende el mar; ahora has de habértelas con el Cid de la luenga barba. Tenemos que besarnos y pactar amistad.

Y Búcar le respondió al Cid:

—¡Dios confunda tales amistades! Traes la espada en mano, te veo aguijar: o mucho me equivoco, o quieres probarla en mis carnes. Pero si el caballo no se me tropieza o cae conmigo, sólo podrás alcanzarme en mitad del mar.

—No ha de ser así —le grita el Cid.

Buen caballo tiene el rey Búcar, y va saltando con ligereza; pero ya *Babieca,* el del Cid, le va dando alcance. Al fin, a tres brazas del mar, logra emparejarle: levanta en alto la Colada y le descarga un furioso tajo, que, arrancán-

cortól el yelmo — e, librado todo lo al,
fata la çintura — el espada llegado ha.
Mató a Búcar, — al rey de allén mar,
e ganó a Tizón — que mill marcos d'oro val.
Vençió la batalla — maravillosa e grant,
Aquís ondró mio Çid — e quantos con elle *están*.

119

Los del Cid vuelven del alcance.—El Cid, satisfecho de sus yernos; éstos avergonzados.—Ganancias de la victoria.

Con estas ganançias — ya ivan tornando;
sabet, todos de firme — robavan el campo.
A las tiendas eran llegados — con el que en buena nasco,
Mio Çid Roy Díaz, — el Campeador contado.
Con dos espadas — que él preciaba algo
por la matança — vinía tan privado,
la cara fronzida — e almófar soltando,
cofia sobre los pelos — fronzida della yaquanto.
De todas partes — sos vassallos van llegando;
algo vidie mio Çid — de lo que era pagado,
alçó sos ojos, — estava adelant catando,
e vido venir — a Díago e a Ferrando;
amos son fijos — del comde don Gonçalvo.
Alegrós mio Çid — fermoso sonrrisando:
«¿Venides, mios yernos, — mios fijos sodes amos!
»Sé que de lidiar — bien sodes pagados;
»a Carrión de vos — irán buenos mandados,
»cómmo al rey Búcar — avemos arrancado.
»Commo yo fio por Dios — y en todos los sos santos,
»desta arrancada — nos iremos pagados.»
Minaya Álbar Fáñez — essora es llegado,
el escudo trae al cuello — e todo espadado;
de los colpes de las lanças — non avie recabdo;
aquellos que gelos dieran — non gelo avien logrado.

dole los carbunclos del yelmo, le abre la cabeza abajo hasta la cintura. Mató a Búcar, el rey de allende la mar, y ganó a Tizona, la espada que bien vale mil marcos de oro. Venció la maravillosa y gran batalla. Aquí se honró el Cid, y con él todos los que están de su parte.

119

Los del Cid vuelven del alcance.—El Cid, satisfecho de sus yernos; éstos, avergonzados.—Ganancias de la victoria.

Con estas ganancias se vuelven todos, no sin recoger antes los despojos del campo. Llegan a las tiendas en compañía del Cid Ruy Díaz, el bravo Campeador, que nació en buen hora. Éste, llevando consigo las dos espadas que tanto precia, venía por el campo de batalla a todo correr, con la cofia echada sobre la cabeza y la capucha suelta. Rodéanle sus vasallos, y él mira seguramente algo que le contenta, porque no aparta los ojos de un punto: por allí se acercan Diego y Fernando, los hijos del conde don Gonzalo. Sonríe el Cid satisfecho.

—¿Sois vosotros, yernos e hijos míos? Ya sé que os agrada el pelear; buenas nuevas de vosotros llegarán a Carrión, que cuenten cómo hemos vencido al rey Búcar. Fío en Dios y en todos sus santos que quedaremos bien pagados de esta victoria.

A este punto llega Minaya Álvar Fáñez, que trae pendiente del cuello, y todo lleno de espadas, el escudo. Las lanzas dirigidas contra él fueron inofensivas; no se salieron con la suya sus agresores. La sangre le chorrea por el codo: ha matado de veinte moros arriba.

—Gracias a Dios, Padre nuestro que estás en los cielos, y a vos, Cid, nacido en hora buena. Matasteis a Búcar y

Por el cobdo ayuso — la sangre destellando;
de veinte arriba — ha moros matado.
«Grado a Dios — e al padre que está en alto,
»e a vos Çid, — que en buen ora fostes nado!
»Matastes a Búcar — e arrancamos el campo.
«Todos estos bienes — de vos son e de vuestros vasallos.
»E vuestros yernos — aquí son ensayados,
»fartos de lidiar — con moros en el campo.»
Dixo mio Çid: — «yo desto so pagado;
»quando agora son buenos, — adelant serán preçiados.»
Por bien lo dixo el Çid — más ellos lo touieron a *escarnio*.

Todos los ganados — a Valençia son llegados;
alegre es mio Çid — con todos sos *vassallos*,
que a la ración cadie — de plata seys cientos marcos.

Los yernos de mio Çid — quando este aver tomaron
desta arrancada, — que lo tenien en so salvo,
cuydaron en sos días — nunqua serien minguados.
Foron en Valençia — muy bien arreados,
conduchos a sazones, — buenas pieles e buenos mantos.
Muchos son alegres — mio Çid e sos vasallos.

120

El Cid, satisfecho de su victoria y de sus yernos.
(Repetición.)

Grant fo el día — por el cort del Campeador,
después que esta batalla vencieron — e al rey Búcar mató,
alço la mano, — a la barba se tomó:
«Grado a Cristus, — que del mundo es señor,
»quando veo — lo que avía sabor,
»que lidiaran comigo en campo — mios yernos amos a dos:
»mandados buenos irán — dellos a Carrión,
»commo son ondrados — e aver nos han grant pro.»

hemos vencido. Vuestros y de los vasallos son estos bienes. Y vuestros yernos se han señalado, y están hartos de lidiar y de matar moros en campo.

Y el Cid:

—Contento estoy; si ahora son buenos, más adelante serán óptimos.

El Cid lo ha dicho de buena fe pero ellos lo han tomado a escarnio.

Ya están en Valencia todas las ganancias, y el Cid y sus vasallos se regocijan. Cada ración ha sido de seiscientos marcos de plata. Los yernos del Cid, cuando tuvieron en su poder la parte que les tocaba, se dijeron que nunca pasarían pobrezas. Los de Valencia se han ataviado lujosamente; tienen grandes festines, buenas pieles y buenos mantos. Muy contentos quedan el Cid y los suyos.

120

El Cid, satisfecho de su victoria y de sus yernos.
(Repetición)

Gran día fue aquél en la corte del Campeador por la victoria alcanzada y la muerte del moro Búcar. El Cid se acariciaba las barbas y decía:

—Gracias a Cristo, señor del mundo, que al fin veo lo que anhelaba: que lidiaran a mi lado mis amados yernos. Buenas nuevas de ellos llegarán a Carrión, se hablará de su bravura y con eso nos honraremos más.

121

Reparto del botín

Sobejanas son las ganançiás — que todos an ganado;
lo uno es *dellos,* — lo otro han en salvo.
Mandó mio Çid, — el que en buen ora nasco,
desta batalla — que han arrancado
que todos prisiessen — so derecho contado,
e *el so* quinto *de mio Çid* — non fosse olbidado.
Assí lo fazen todos, — ca eran acrodados.
Cadiéronle en quinta al Çid — seys çientos cavallos.
e otras azémilas — e camellos largos
tantos son de muchos — que non serién contados.

122

El Cid, en el colmo de su gloria, medita dominar a Marruecos.—Los infantes, ricos y honrados en la corte del Cid

Todas estas ganançias — fizo el Campeador.
«Grado a Dios — que del mundo es señor!
»Antes fu minguado, — agora rico so,
»que he aver e tierra — e oro e onor,
»e son mios yernos — ifantes de Carrión;
»arranco las lides — commo plaze al Criador;
»moros e cristianos — de mí han grant pavor.
»Allá dentro en Marruecos, — o las mezquitas son,
»que abrán de mi salto — quiçab alguna noch
»ellos lo temen, — ca non lo piensso yo:
»no los iré buscar, — en Valençia seré yo,
»ellos me darán parias — con ayuda del Criador,
»que paguen a mí — o a qui yo ovier sabor.»
Grandes son los gozos — en Valençia *la mayor*
de todas sus canpañas — de mio Çid el Campeador,
d'aquesta arrancada — que lidiaron de coraçón;

121

Reparto del botín

Enormes ganancias han tocado a todos; mucho tenían ya ganado, y lo de ahora lo tienen ya puesto a buen recaudo. El Cid, nacido en buen hora, manda que cada uno tome su parte del botín, y no se olvidase la quinta que a él le correspondía. Todos obedecen como prudentes. En la quinta del Cid entraron seiscientos caballos, otras acémilas y camellos en abundancia, que no se los podía contar.

122

El Cid, en el colmo de su gloria, medita dominar a Marruecos.—Los infantes, ricos y honrados en la corte del Cid.

Tales fueron las ganancias del Campeador.

—¡Gracias a Dios, señor de lo creado! Antes fui pobre y ahora rico: poseo dinero, tierras, oro, heredades; yernos míos son los infantes de Carrión; venzo las batallas cada vez que Dios es servido; moros y cristianos me respetan. En Marruecos, tierras de las mezquitas, quién sabe si teman que los asalte yo cualquier noche, aunque a mí no se me ha ocurrido. No, no iré a buscarlos, que mejor me estoy en Valencia, adonde, si Dios lo consiente, me traerán ellos el tributo, sea que me lo paguen a mí o a quien yo ordene.

Grandes regocijos hay en Valencia, entre las compañías del Cid Campeador, a causa de esta victoria alcanzada con singular denuedo. Los yernos también se regocijan, que entre los dos han ganado hasta cinco mil marcos, y con

grandes son los gozos — de sos yernos amos a dos;
valía de çinco mill marcos — ganaron amos a dos;
muchos tienen por ricos — ifantes de Carrión.
Ellos con los otros — vinieron a la cort;
aquí está con mio Çid — el obispo don Jerome,
el bueno de Álbar Fáñez, — cavallero lidiador,
e otros muchos — que crió el Campeador;
quando entraron — ifantes de Carrión,
recibiólos Minaya — por mio Çid el Campeador;
«acá, venid, cuñados — que más valemos por vos.»
Assí commo llegaron, — pagós el Campeador:
«Evades aquí, yernos, — la mie mugier de pro,
»e amas las mis fijas, — don Elvira e doña Sol;
»bien vos abraçen — e sírvanvos de coraçón.
»Grado a santa María, — madre del nuestro señor Dios!
»destos vuestros casamientos — vos abredes onor.
»Buenos mandados irán — a tierras de Carrión.»

123

Vanidad de los infantes.—Burlas de que ellos son objeto

A estas palabras — fabló *ifant* Ferrando:
«Grado al Criador — e a vos Çid ondrado,
»tanto avemos de averes — que no son contados;
»por vos avemos ondra — e avemos lidiado,
»vençiemos moros — en campo e matamos
»a aquel rey Búcar, — traydor provado.
»Pensad de lo otro, — que lo nuestro tenésmolo en saluo.»
Vassallos de mio Çid — sediense sonrrisando:
quien lidiara mejor — o quien fora en alcanço;
mas non fallavan i — a Dídago ni a Ferrando.
Por aquestos juegos — que ivan levantando,
e las noches e los días — tan mal los escarmentando,
tan mál se conssejaron — estos ifantes amos.
Amos salieron a part, — veramientre son hermanos;
destos que ellos fablaron — nos parte non ayamos:

razón se tienen por ricos. Han venido a la corte con todos los otros caballeros, donde se encuentran al Cid, acompañado del obispo don Jerónimo, el buen Álvar Fáñez, gran combatiente, y otros muchos que el mismo Campeador ha criado en su casa. Al ver entrar a los infantes, Minaya, en nombre del Campeador, los saluda:

—Venid acá, parientes, que por vosotros somos hoy más de lo que éramos.

Y el Cid, alegre de verlos, les dice:

—Aquí tenéis, yernos, a mi excelente mujer; he aquí a mis dos hijas, doña Elvira y doña Sol, para que os abracen y os sirvan con el alma. Gracias a Santa María, madre de Dios Nuestro Señor, vuestro casamiento os enaltece, y a la tierra de Carrión han de llegar muy buenas noticias.

123

Vanidad de los infantes.—Burlas de que ellos son objeto

A estas palabras contestó el infante don Fernando:

—Gracias al Creador y a vos también, honrado Cid, tenemos ahora ganancias incontables; por vos nos hemos enaltecido combatiendo; vencimos a los moros en campo, matamos a este traidor probado del rey Búcar. Ahora cuidaos de los demás, que ya lo nuestro está a buen recaudo.

Los vasallos del Cid se reían a esto por lo bajo; éstos habían peleado furiosamente, y aquéllos se habían señalado en la persecución; pero no recordaban haber visto entre ellos a Diego ni a Fernando. Con estas mal disimuladas risas y estos escarmientos continuos que les hacían, los infantes empezaron a concebir un plan perverso. Dignos hermanos son el uno del otro. Se apartan y empiezan a cavilar; pero no tengamos parte en las maldades que hablaron.

—«Vayamos pora Carrión, — aquí mucho detardamos.
»Los averes que tenemos — grandes son e sobejanos,
»despender no los podremos — mientras que *bivos seamos*.»

124

Los infantes deciden afrentar a las hijas del Cid.—Piden al Cid sus mujeres para llevarlas a Carrión.—El Cid accede.—Ajuar que da a sus hijas.—Los infantes dispónense a marchar.—Las hijas despídense del padre.

—«Pidamos nuestras mugieres — al Çid Campeador,
»digamos que las llevaremos — a tierras de Carrión,
»enseñar las hemos — do ellas heredadas son.
»Sacar las hemos de Valençia — de poder del Campeador;
»después en la carrera — feremos nuestro sabor,
»ante que nos retrayan — lo que cuntió del león.
»Nos de natura somos — de comdes de Carrión!
»Averes levaremos grandes — que valen grant valor;
»escarniremos — las fijas del Campeador.»
—«D'aquestos averes — siempre seremos ricos omnes,
»podremos casar con fijas — de reyes o de enperadores
»ca de natura somos — de comdes de Carrión.
»Assí la escarniremos — a fijas del Campeador,
»antes que nos retrayan — lo que fo del león.»
Con aqueste conssejo — amos tornados son,
fabló Ferrant Gonçálvez — e fizo callar la cort:
»Sí vos vala el Criador, — Çid Campeador!
»que plega a doña Ximena — e primero a vos
»e a Minaya Álbar Fáñez — e a quantos aquí son:
»dadnos nuestras mugieres — que avemos a bendiçiones;
»levar las hemos — a nuestras tierras de Carrión,
»meter las hemos en arras — que les diemos por onores;
»verán vuestras fijas — lo que avemos nos,
»los fijos que oviéremos — en qué avrán partición.»

—Marchémonos a Carrión; mucho nos vamos retardando en Valencia. Las grandes ganacias que hemos logrado no podríamos gastarlas ya en toda la vida.

124

Los infantes deciden afrentar a las hijas del Cid.—Piden al Cid sus mujeres para llevarlas a Carrión.—El Cid accede.—Ajuar que da a sus hijas.—Los infantes dispónense a marchar.—Las hijas despídense del padre.

—Pidámosle al Cid Campeador que nos entregue a nuestras mujeres; digámosle que queremos llevarlas a la tierra de Carrión, para que vean dónde tienen sus heredades. Así las sacaremos de Valencia y de la custodia del Cid. Ya en el camino, haremos lo que se nos antoje. No vayan a echarnos antes en cara lo que sucedió con el león. Nosotros tenemos sangre de condes de Carrión; los bienes que llevamos valen ya mucho y podremos escarnecer a las hijas del Cid.

—Con esos bienes siempre seremos ricoshombres, y podremos casarnos con hijas de reyes o emperadores, que para algo somos de la sangre de los condes de Carrión. Sí; escarneceremos a las hijas del Cid, antes que nos echen en cara la aventura del león.

Habiéndose puesto así de acuerdo, vuelven a la corte, donde Fernán González impone silencio y habla así:

—¡Dios os valga, Cid Campeador! A doña Jimena, y a vos el primero, y a Minaya Álvar Fáñez y a cuantos aquí nos escuchan, pedimos que consientan en entregarnos a nuestras legítimas esposas, porque quisiéramos llevarlas a nuestras tierras de Carrión, para ponerlas en posesión de las arras que les dimos por heredades; que vean vuestras hijas lo que poseemos y del patrimonio que se habrán de repartir nuestros hijos.

Nos curiava de *fonta* — *mio* Çid el Campeador:
«Darvos he mis fijas — e algo de lo mio;
»vos les diestes villas por arras — en tierras de Carrión,
»yo quiérosles dar axuvar — tres mill marcos de *valor;*
»darvos e mulas e palafrés, — muy gruessos de sazón
»cavallos pora en diestro — fuertes e corredores,
»e muchas vestiduras — de paños e de çiclatones;
»darvos e dos espadas, — a Colada e a Tizón,
»bien lo sabedes vos que las gané — a guisa de varón;
»mios fijos sodes amos, — quando mis fijas vos do;
»allá me levades — las telas del coraçón.
»Que lo sepan en Gallizia — e en Castiella e en León,
»con que riqueza enbio — mios yernos amos a dos.
»A mis fijas sirvades, — que vuestras mugieres son;
»si bien las servides, — yo vos rendré buen galardón.»
Atorgado lo han esto — iffantes de Carrión.
Aquí reçiben — fijas del Campeador;
conpieçan a reçebir lo que el Çid mandó.

Quando son pagados — a todo so sabor,
ya mandavan cargar — iffantes de Carrión.
Grandes son las nuevas — por Valençia la mayor,
todos prenden armas — e cavalgan a vigor,
por que escurren fijas del Çid — a tierras de Carrión.

Ya quieren cavalgar, — en espidimiento son,
Amas hemanas, — don Elvira e doña Sol,
fincaron los inojos — antel Çid Campeador:
«Merced vos pedimos, padre, — sí vos vala el Criador!
»vos nos engendrastes, — nuestra madre nos parió;
»delant sodes amos, — señora e señor.
»Agora nos enviades — a tierras de Carrión,
»debdo nos es a cumplir — lo que mandáredes vos.
»Así vos pedimos merçed, — nos amas a dos,
»que ayades vuestros menssajes — en tierras de Carrión.»
Abraçolas mio Çid — e saludólas amas a dos.

El Cid Campeador, sin recelar la menor afrenta, responde:

—Os daré a mis hijas, y con ellas algo de lo que me pertenece. Vosotros les disteis por arras unas villas de Carrión, y yo quiero darles por ajuar tres mil marcos; y os daré además mulas y palafrenes andadores y fuertes, caballos ágiles y corredores para montar, y gran cantidad de vestiduras de paño y seda tejida de oro; os daré dos espadas, Colada y Tizona; ya sabéis que las he ganado a lo varón. Sois mis hijos; por eso os entrego a mis hijas. Con ellas me arrancáis las entretelas del corazón. Que lo sepan en Galicia, León y Castilla; que sepan con cuánta riqueza despido a mis dos yernos. Servid, pues, a mis hijas, vuestras mujeres; y si así lo hacéis, yo os recompensaré con largueza.

Así prometen hacerlo los infantes; les entregan a las hijas, y comienzan también a darles todo lo que el Cid les ha ofrecido.

Cuando ya están hartos de obsequios, los infantes de Carrión mandan cargar los fardos. Gran animación hay en Valencia. Todos se arman y cabalgan para despedir a las hijas del Cid, que se marchan a Carrión.

Ya echan a andar, ya se despiden. Ambas hermanas doña Elvira y doña Sol, se arrodillan ante el Cid.

—Padre, así os valga el cielo, os pedimos merced. Vos nos engendrasteis y nos parió nuestra madre; señora y señor nuestros, ambos estáis delante escuchándonos. Ahora nos enviáis a tierras de Carrión, y estamos obligadas a obedecer vuestras órdenes. Ambas os pedimos como especial merced que enviéis mensajeros vuestros hasta Carrión.

Y el Cid les abrazó y las besó en la boca.

125

Jimena despide a sus hijas.—El Cid cabalga para despedir a los viajeros.—Agüeros malos

Elle fizo aquesto, — la madre lo doblava:
«Andad, fijas; d'aquí — el Criador vos vala!
»de mí e de vuestro padre, — bien avedes nuestra graçia.
»Id a Carrión — do sodes heredadas,
»así commo yo tengo, — bien vos he casadas.»
Al padre e a la madre — las manos les besavan;
amos las bendixieron — e diéronles su graçia.
Mio Çid e los otros — de cavalgar penssavan,
a grandes guarnimientos, — a cavallos e armas.
Ya salien los ifantes — de Valençia de clara,
espidiéndos de las dueñas — e de todas sues compañas.
Por la huerta de Valençia — teniendo salien armas;
alegre va mio Çid — con todas sues compañas.
Víolos en los avueros — el que en buena cinxo espada,
que estos casamientos — nos serién sin alguna tacha.
Nos puede repentir, — que casadas las ha amas.

126

El Cid envía con sus hijas a Félix Muñoz.—Último adiós.—El Cid torna a Valencia.—Los viajeros llegan a Molina.—Abengalbón les acompaña a Medina.—Los infantes piensan matar a Abengalbón.

«¿O eres mio sobrino, — tú Félez Muñoz,
»primo eres de mis fijas amas — d'alma e de coraçón!
»Mandot que vayas con ellas — fata dentro en Carrión.
»Verás las heredades — que a mis fijas dadas son;
»con aquestas nuevas — vernás al Campeador.»
Dixo Félez Muñoz: — «plazme d'alma e de coraçon.»

125

Jimena despide a sus hijas.—El Cid cabalga para despedir a los viajeros.—Agüeros malos

Eso hizo el Cid; más hizo la madre:

—Id, hijas mías —dice—. ¡El Creador os valga! Contáis con mi amor y con el de vuestro padre. Id a Carrión, do están vuestras heredades; que bien creo haberos casado en provecho vuestro.

Ellas besan la mano a su padre y a su madre, y reciben la bendición.

Y empiezan a caminar el Cid y los suyos, con gran pompa y armas y caballos. Ya salen de la clara Valencia los dos infantes, tras de decir adiós a las damas y compañeros. Por la huerta de Valencia iban jugando armas. Tranquilo va el Cid, y lo mismo los de su séquito.

Pero los agüeros han dicho al que en buena hora ciñera espada que no habían de ser sin tacha estos casamientos. Ya están casadas; ya no es tiempo de arrepentirse.

126

El Cid envía con sus hijas a Félix Muñoz.—Último adiós.—El Cid torna a Valencia.—Los viajeros llegan a Molina.—Abengalbón les acompaña a Medina.—Los infantes piensan matar a Abengalbón.

—¿Dónde estás, sobrino mío Félix Muñoz? Primo eres de mis hijas, y sé que las tienes voluntad. Mándote que vayas con ellas hasta Carrión, donde verás las heredades que han dado a mis hijas, y regresarás aquí con las nuevas.

—Pláceme de todo corazón —dijo Félix Muñoz.

Minaya Álbar Fáñez — ante mio Çid se paró:
»Tornémosnos, Çid, — a Valençia la mayor;
»que si a Dios ploguiere — e al Padre Criador,
»ir las hemos veder — a tierras de Carrión.»
—«A Dios vos acomendamos, — don Elvira y doña Sol,
»atales cosas fed — que en plazer caya a nos.»
Respondien los yernos: — «assí lo mande Dios!»
Grandes fueron los duelos — a la departición.
El padre con las fijas — lloran de coraçón,
assí fazían — los cavalleros del Campeador.
«Oyas, sobrino, — tú, Félez Muñoz!
»por Molina iredes, — i yazredes una noch;
»saludad a mio amigo — el moro Abengalvón;
»reciba a mios yernos — commo elle pudier mejor;
»dil que enbío mis fijas — a tierras de Carrión,
»de lo que ovieren huebos — sírvalas a so sabor,
»desí escúrralas fasta Medina — por la mi amor.
»De quanto él fiziere — yol daré por ello buen galardón.»
Quomo la uña de la carne — ellos partidos son.
Yas tornó pora Valençia — el que en buen ora nasió.
Piénssanse de ir — ifantes de Carrión;
por Santa María d'Alvarrazín — la posada *fecha fo*,
aguijan quanto pueden — ifantes de Carrión;
félos en Molina — con el moro Abengalvón.
El moro quando lo sopo, — plógol de coraçón;
saliólos recebir — con grandes avorozes;
Dios, que bien los sirvió — a todo so sabor!
Otro día mañana — con ellos cavalgó,
con dozientos cavalleros — escurrir los mandó;
ivan troçir los montes, — los que dizen de Luzón,
troçieron Arbuxuelo — e llegaron a Salón,
o dizen el Anssarera — ellos posados son.
A las fijas del Çid — el moro sus donas dio,
buenos seños cavallos — a ifantes de Carrión;
tod esto les fizo el moro — por el amor del Çid Campeador.
Ellos vedien la riqueza — que el moro sacó,
entramos hermanos — conssejaron traçión:
«Ya pues que a dexar avemos — fijas del Campeador,

Minaya Álvar Fáñez compareció ante el Cid:

—¡Oh, Cid! Volvámonos a Valencia y con ayuda de Dios, Creador y Padre, hemos de saber que llegan buenas a tierra de Carrión.

—A Dios os recomendamos, pues, doña Elvira y doña Sol; y portaos siempre de manera que podamos enorgullecernos de vosotras.

—Así lo permita Dios —dijeron los yernos.

Muy grande fue el sentimiento de la despedida; llora el padre, lloran las hijas, y aun los caballeros que acompañan al Campeador.

—Óyeme bien, sobrino Félix Muñoz. Iréis por Molina, donde pernoctaréis. Saludadme a ese moro Abengalbón, mi buen amigo; y que reciba a mis yernos lo mejor que pueda. Decidle que envío a mis hijas a Carrión, y que las sirva en todo lo que sea menester, y que por mi amor le pido las acompañe hasta Medinaceli; yo le recompensaré debidamente.

Al fin se separan, como se arranca la uña de la carne. Ya vuelve a Valencia el bienhadado, y los infantes de Carrión siguen su camino. Por Santa María de Albarracín rindieron la jornada, y apretando después el paso, helos en Molina, donde está el moro Abengalbón. Su llegada regocija al moro sinceramente, y sale a recibirlos con alborozo. ¡Oh Dios, y qué bien y cumplidamente los sirve! A la mañana siguiente cabalga con ellos, habiendo mandado a doscientos caballeros que le acompañen. Atraviesan los montes de Luzón, pasan Arbujuelo, y al llegar al Jalón, reposan en cierto lugar llamado el Ansarera. El moro ofrece presentes a las hijas del Cid, y sendos caballos a los infantes; todo por amor del Cid Campeador.

Pero los infantes, viendo la riqueza del moro, pusiéronse a maquinar una vil traición:

—Puesto que vamos a abandonar a las hijas del Cid, si de paso pudiésemos matar al moro Abengalbón, sus muchas riquezas pasarían a nuestras manos. Todo lo pondríamos tan a salvo como nuestras posesiones de Carrión y el mismo Cid no podría nunca exigirnos que reparásemos la afrenta.

»si pudiésemos matar — el moro Abengalvón,
»quanta riquiza tiene — aver la yemos nos.
»Tan en salvo lo abremos — commo lo de Carrión;
»nunqua avrié derecho — de nos el Çid Campeador.»
Quando esta falsedad — dizien los de Carrión,
un moro latinado — bien gelo entendió;
non tiene poridad, — díxolo Avengalvón:
«Acáyaz, cúriate déstos, — ca eres mio señor:
»tu muert odi conssejar — a ifantes de Carrión.»

127

Abengalbón se despide amenazando a los infantes

El moro Abengalvón, — mucho era buen barragán,
con dozientos que tiene — iva cavalgar;
armas iva teniendo, — parós ante los ifantes;
de lo que el moro dixo — a los ifantes non plaze:
«Si no lo dexás — por mio Çid el de Bivar,
»tal cosa vos faría — que por el mundo sonás,
»e luego levaría sus fijas — al Campeador leal;
»vos nunqua en Carrión — entrariedes jamás.

128

El moro se torna a Molina, presintiendo la desgracia de las hijas del Cid.—Los viajeros entran en el reino de Castilla.—Duermen en el robledo de Corpes.—A la mañana quédanse solos los infantes con sus mujeres y se preparan a maltratarlas.—Ruegos inútiles de doña Sol.—Crueldad de los infantes.

»¿Dezidme, que voz fiz, — ifantes de Carrión!
»yo sirviéndovos sin art, — e vos conssejastes mie muort.
»Aquim parto de vos — commo de malos e de traydores.
»Iré con vuestra gracia — don Elvira e doña Sol;

Pero mientras los infantes decían estas perversas palabras, un moro que sabía la lengua los estaba escuchando y, sin guardárselo para sí, al punto lo comunica a Abengalbón:

—Alcaide, mi señor, cuídate de ésos; que he oído a los infantes de Carrión concertar tu muerte.

127

Abengalbón se despide amenazando a los infantes

El moro Abengalbón era mozo muy esforzado; sus doscientos cabalgan con él, jugando las armas. Detúvose ante los infantes y, con gran desconcierto suyo, les habló así:

—Si no fuera por respeto al Cid de Vivar, yo haría con vosotros una sonada, y al Campeador le devolvería sus hijas y vosotros no entraríais nunca en Carrión.

128

El moro se torna a Molina, presintiendo la desgracia de las hijas del Cid.—Los viajeros entran en el reino de Castilla.—Duermen en el robledo de Corpes.—A la mañana quédanse solos los infantes con sus mujeres y se preparan a maltratarlas.—Ruegos inútiles de doña Sol.—Crueldad de los infantes.

—Decidme, pues, infantes, ¿qué mal os he hecho? Mientras yo os sirvo sin malicia, vosotros concertáis mi muerte. Aquí os abandono como a traidores, si doña Elvira y doña Sol me dan su permiso, que el renombre de los de Carrión

»poco preçio las nuevas — de los de Carrión.
»Dios lo quiera e lo mande, — que de todo el mundo es [señor,
»d'aqueste casamiento — ques grade el Campeador.»
Esto les ha dicho, — e el moro se tornó;
teniendo iva armas — ail troçir de Salón;
quommo de buen seso — a Molina se tornó.

Ya movieron del Anssarera — ifantes de Carrión,
acójense a andar — de día e de noch;
a ssiniestro dexan Atiença — una peña muy fuort,
la sierra de Miedes — passáronla estoz,
por los Montes Claros — aguijan a espolón;
assiniestro dexan a Griza — que Álamos pobló,
allí son caños — do a Elphaençerró;
a diestro dexan a Sant Estevan, — mas cede aluon.
Entrados son los ifantes — al robredo de Corpes,
los montes son altos, — las ramas pujan con las nuoves,
e las bestias fieras — que andan aderredor.
Fallaron un vergel — con una linpia fuont;
mandan fincar la tienda — ifantes de Carrión,
con quantos que ellos traen — i yazen essa noch,
con sus mugieres en braços — demuéstranles amor;
¡mal gelo cunplieron — quando salie de sol!

Mandaron cargar las azémilas — con averes *a nombre*,
cogida an la tienda — do albergaron de noch,
adelant eran idos — los de criazón:
assí lo mandaron — ifantes de Carrión,
que non i fincás ninguno, — mugier nin varón,
si non amas sus mugieres — don Elvira e doña Sol:
deportar se quieren con ellas — a todo su sabor.

Todos eran idos, — ellos quatro solos son,
tanto mal comidieron — ifantes de Carrión:
«Bien lo creades, — don Elvira e doña Sol,
»aquí seredes escarnidas — en estos fieros montes.
»Oy nos partiremos, — e dexadas seredes de nos;
»non abredes part — en tierras de Carrión.
»Irán aquestos mandados — al Çid Campeador;
»nos vengaremos aquesta — por la del león.»

a mí no me importa. ¡Quiera Dios, dueño y señor del mundo, que el Campeador pueda felicitarse de estas nupcias!

Dicho esto, vuelve grupas; al pasar por el río Jalón, va todavía jugando las armas. Muy cuerdo fue en tornarse a Molina.

Los infantes de Carrión abandonan el Ansarera, y andan de día y de noche. A la izquierda dejan Atienza, la fuerte peña, pasan la sierra de Miedes, y pican espuelas por Montes Claros; a la izquierda, dejan a Griza, la que poblara Álamos; allí están las cuevas donde tuvo a Elfa encerrada. A la derecha, más adelante, está San Esteban (de Gormaz). Ya entran en el robledal de Corpes: bosques altísimos, cuyas ramas suben hasta las nubes, y rondados por abundantes fieras. Allí encontraron un vergel y una limpia fuente, y mandaron plantar la tienda. Allí reposaron esa noche los infantes y sus compañeros. Los infantes, con sus mujeres en los brazos, les dan muchas muestras de amor. ¡Qué mal lo habían de mantener al siguiente día!

Mandaron cargar las acémilas con los numerosos fardos, recoger la tienda que los albergara aquella noche; y echaron por delante a sus criados y familiares; porque han ordenado que no se quede nadie con ellos, hombre ni mujer, sino sus esposas doña Elvira y doña Sol, con quienes desean solazarse sin testigos.

Todos se han ido ya: los cuatro están solos. Allí los infantes de Carrión meditan maldades:

—Doña Elvira, doña Sol: creedlo. Aquí vais a ser escarnecidas en estos ariscos montes. Hoy mismo nos marcharemos y os dejaremos aquí abandonadas. No; no tendréis vosotras parte en la tierra de nuestro condado. Las nuevas llegarán al Cid, y así nos pagará la mala pasada del león.

Quítanles los mantos y pieles, déjanlas en cuerpo con sólo la camisa y el brial. Los negros traidores llevan las espuelas calzadas, y han echado mano a las ásperas cinchas. Cuando esto vieron las damas, dice doña Sol:

Allí les tuellen — los mantos e los pelliçones,
páranlas en cuerpos — y en camisas y çiclatones.
Espùelas tienen calçadas — los malos traydores,
en mano prenden las çinchas — fuertes e duradores.
Quando esto vieron las dueñas, — fablava doña Sol:
«Por Dios vos rogamos, — don Díago e don Ferrando, *nos!*
»dos espadas tenedes — fuertes y tajadores,
»al una dizen Colada — e al otra Tizón,
»cortando las cabeças, — mártires seremos nos.
»Moros e cristianos — departirán desta razón,
»que por lo que nos mereçemos — no lo prendemos nos,
»Atan malos enssienplos — non fagades sobre nos:
»si non fuéremos majadas, — abiltaredes a vos;
»retraer vos lo an — en vistas o en cortes.»

Lo que ruegan las dueñas — non les ha ningún pro.
Essora le conpieçan a dar — ifantes de Carrión;
con las çinchas corredizas — májanlas tan sin sabor;
con las espuelas agudas, — don ellas an mal sabor,
ronpien las camisas e las carnes — a ellas amas a dos:
linpia salie la sangre — sobre los çiclatones.
Ya lo sienten ellas — en los sos coraçones.

¡Quál ventura serie ésta, — si ploguiese al Criador,
que assomasse essora — el Çid Campeador!

Tanto las majaron — que sin cosimente son;
sangrientas en las camisas — e todos los çiclatones.
Cansados son de ferir — ellos amos a dos,
ensayando amos — quál dará mejores colpes.
Ya non pueden fablar — don Elvira e doña Sol,
por muertas las dexaron — en el robredo de Corpes.

129

Los infantes abandonan a sus mujeres.
(Serie gemela.)

Leváronles los mantos — e las pieles armiñas,
mas déxanlas marridas — en briales y en camisas,
e a las aves del monte — e a las bestias de la fiera guisa.

—Don Diego, don Fernando: os lo pedimos por Dios. Tenéis dos espadas fuertes y tajantes: a aquélla le llaman Colada; a ésta, Tizona. Cortadnos las cabezas; seremos mártires. Moros y cristianos irán diciendo que no lo hemos merecido nosotras. Pero no cometáis tan gran crueldad; no nos ultrajéis, que no ganaréis más que envileceros, y os lo demandarán en vistas o en cortes.

No aprovechan a las damas sus ruegos. Los infantes de Carrión comienzan a golpearlas. Sin compasión descargan sobre ellas las cinchas corredizas y las espolean donde más les duela. Así les rasgan las camisas y con ellas las carnes; escurría, tiñendo los briales, la hermosa sangre. Ya muerde el dolor sus corazones. ¡Oh, sin igual ventura, si pluguiese al cielo que apareciese de pronto el Cid Campeador!

Tanto las maltratan, que yacen desfallecidas, ensangrentadas las camisas y paños. Ya se han hartado ellos de herirlas, probando a cuál pegaría mejor. Ya doña Elvira y doña Sol no pueden hablar. Por muertas las dejan en el robledo de Corpes.

129

Los infantes abandonan a sus mujeres.
(Serie gemela.)

Las han despojado de sus mantos y sus pieles de armiño; yacen, las tristes, sin más abrigo que los briales y las camisas, expuestas miserablemente a las aves del monte y

Por muertas las dexaron, — sabed, que non por bivas.
¡Quál ventura serie — si assomás essora el Çid *Roy Díaz!*

130

Los infantes se alaban de su cobardía

Ifantes de Carrión — por muertas las dexaron,
que el una al otra — nol torna recabdo.
Por los montes do ivan, — ellos ívanse alabando:
«De nuestros casamientos — agora somos vengados.
»Non las deviemos tomar por varraganas, — si non fossemos rogados,
»pues nuestras parejas — non eran pora en braços.
»La desondra del león — assis irá vengando.»

131

Félix Muñoz sospecha de los infantes.—Vuelve atrás en busca de las hijas del Cid.—Las reanima y las lleva en su caballo a San Esteban de Gormaz.—Llega al Cid la noticia de su deshonra.—Minaya va a San Esteban a recoger las dueñas. — Entrevista de Minaya con sus primas.

Alavandos ivan — ifantes de Carrión.
Mas yo vos diré — d'aquel Félez Muñoz;
sobrino era — del Çid Campeador;
mandáronle ir adelante, — mas de so grado non fo.
En la carrera do iva — doliól el coraçón,
de todos los otros — aparte se salió,
en un monte espeso — Félez Muñoz se metió,
fasta que viesse venir — sus primas amas a dos
o que an fecho — ifantes de Carrión.

a la voracidad de las fieras; por muertas las dejaron, que no por vivas. ¡Oh, sin igual ventura, si asomara ahora el Cid Ruy Díaz!

130

Los infantes se alaban de su cobardía

Los infantes de Carrión déjanlas por muertas, que ya ni la una ni la otra puede hablar. Y ellos se iban alabando por el camino:

—Ahora sí que estamos vengados del casamiento. Aun por barraganas no debimos tomarlas, ni aun rogados. Para mujeres legítimas no son nuestras pares. Ya vamos vengando la mala pasada del león.

131

Félix Muñoz sospecha de los infantes.—Vuelve atrás en busca de las hijas del Cid.—Las reanima y las lleva en su caballo a San Esteban de Gormaz.—Llega al Cid la noticia de su deshonra.—Minaya va a San Esteban a recoger las dueñas.—Entrevista de Minaya con sus primas.

Así se van alabando los infantes. Pero ahora quiero deciros de Félix Muñoz, el sobrino del Cid. Habíanle mandado adelantarse; no lo hizo de buena gana. Por la carretera le dio una corazonada, y apartándose de los otros, se mete por la espesura de un monte, para acechar el paso de sus primas o ver lo que han hecho los infantes. Violos venir, les sorprendió algunas palabras; ellos ni le ven ni

Violos venir — e odió una razón,
ellos nol vidien — ni dend sabien ración;
sabed bien que si ellos le vidiessen, — non escapara de [muort.
Vansse los ifantes, — aguijan a espolón.
Por el rastro — tornós Félez Muñoz,
falló sus primas — amorteçidas amas a dos.
Llamando: «primas, primas!», luego descavalgó,
arrendó el cavallo, — a ellas adeliñó:
«Ya primas, las mis primas, — don Elvira e doña Sol,
»mal se ensayaron — ifantes de Carrión!
»A Dios plega que dent prendan — ellos mal galardón!»
Valas tornando — a ellas amas a dos;
tanto son de traspuestas — que nada dezir non puoden,
Partiéronsele las telas — de dentro del coraçón,
llamando: «¡Primas, primas, — don Elvira e doña Sol!
»Despertedes, primas, — por amor del Criador!
»mientras es el día — ante que entre la noch,
»los ganados fieros — non nos coman en aquest mont!»
Van recordando — don Elvira e doña Sol,
abrieron dos ojos — e vieron a Félez Muñoz.
«Esforçadvos, primas, — por amor del Criador!
»De que non me fallaren — ifantes de Carrión,
»a grant priessa — seré buscado yo;
»si Dios non nos vale, — aquí morremos nos.»
Tan a grand duelo — fablaba doña Sol:
«sí vos lo meresca, mio primo, — nuestro padre el Cam- [peador,
»dadnos del agua, — sí nos vala el Criador.»
Con un sombrero — que tiene Félez Muñoz,
nuevo era e fresco, — que de Valençial sacó,
cogió del agua en elle — e a sus primas dio;
mucho son lazradas — e amas las fartó.
Tanto las rogó — fata que las assentó.
Valas conortando — e metiendo coraçón
fata que esfuerçan, — e amas las tomó
e privado — en el cavallo las cavalgó;
con el so manto — a amas las cubrió,
el cavallo priso por la rienda — e luego dent las partió.
Todos tres señeros — por los robredos de Corpes
entre noch e día — salieron de los montes;

le sienten, que de otro modo, podéis estar ciertos, no hubiera escapado con vida.

Y mientras se alejan los infantes picando espuelas, Félix Muñoz se ha tornado por el rastro y al fin descubre a sus dos primas, amortecidas.

—¡Primas, primas! grita.

Echa pie a tierra, ata por la rienda al caballo, corre hacia ellas:

—¡Ay, primas, primas mías! ¡Doña Elvira, doña Sol! ¡Oh, mala proeza hicieron los infantes! ¡Plegue a Dios que tengan su merecido!

Las va haciendo volver en sí. Tan desmayadas estaban que no pueden articular palabra. Se le desgarra el corazón.

—¡Primas, primas, doña Elvira, doña Sol! —sigue gritando—. ¡Despertaos, primas, por amor de Dios! ¡Despertaos mientras es de día!; ¡mirad que anochece; no nos vayan a devorar las fieras del monte!

Ya doña Elvira y doña Sol comienzan a recobrarse. Abren los ojos, ven a su lado a Félix Muñoz.

—¡Esforzaos, primas, por amor de Dios! Los infantes de Carrión en cuanto noten mi ausencia me harán buscar por todas partes. Si Dios no nos vale, aquí vamos a quedarnos muertos.

Y al fin doña Sol dice con inmensa amargura:

—¡Ay, primo mío! Así os lo compense nuestro padre el Campeador, que por amor de Dios nos déis agua.

En un sombrero, nuevo y hermoso, que acababa de sacar de Valencia, Félix Muñoz cogió agua y dio de beber a sus dos primas. Muy sedientas y lastimadas están, y hubo de aplacarlas.

Al fin, a ruegos, ha logrado que se incorporen. Poco a poco las va confortando e infundiendo ánimo hasta que, algo recobradas, las carga sobre el caballo y pica espuelas. A ambas las cubre con su manto, requiere la rienda, y echa a andar. Helos solos por los robledos de Corpes, hasta que entre noche y día salen del monte. Llegan a las aguas del

a las aguas de Duero — ellos arribados son,
a la torre de don Urraca — elle las dexó.
A Sant Estevan — vino Félez Muñoz,
falló a Díag Téllez — el que de Álbar Fáñez fo;
quando elle lo odió, — pesól de coraçón;
priso bestias — e vestido de pro,
hiva reçebir — a don Elvira e a doña Sol;
en Sant Estevan — dentro las metió,
quanto él mejor puede — allí las ondró.
Los de Sant Estevan — siempre mesurados son,
quando sabien esto, — pesóles de coraçón;
a las fijas del Çid — danles enffurción.
Allí sovieron ellas — fata que sanas son.
Alabándos sedían — ifantes de Carrión.
Por todas essas tierras — estas nuevas sabidas son;
de cuer peso esto — al buen rey don Alfons.
Van aquestos mandados — a Valençia la mayor;
quando gelo dizen — a mio Çid el Campeador,
una gran ora — penssó e comidió;
alçó la su mano, — a la barba se tomó:
«Grado a Cristus, — que del mundo es señor,
»quando tal ondra me an dada — ifantes de Carrión;
»par aquesta barba — que nadie non messó,
»non la lograrás — ifantes de Carrión;
»que a mis fijas — bien las casaré yo!»
Pesó a mio Çid — e a toda su cort,
e Álbar Fáñez — d'alma e de coraçón.
Cavalgó Minaya — con Per Vermudoz
e Martín Antolínez, — el Burgalés de pro,
con dozientos cavalleros, — queles mio Çid mandó;
dixoles fuertemientre — que andidiesen de día e de noch,
aduxiessen a ssus fijas — a Valençia la mayor.
Non lo detardan — el mandado de so señor;
apriessa cavalgan, — andan los días e las noches;
vinieron a Gormaz, — un castiello tan fuort,
hi albergaron — por verdad una noch.
A Sant Estevan — el mandado llegó
que vinie Minaya — por sus primas amas a dos.

Duero, y Félix Muñoz deja a sus primas en la torre de doña Urraca, para acercarse a San Esteban (de Gormaz), donde encuentra a un tal Diego Téllez, hombre que fue de Álvar Fáñez. Al saber lo sucedido pesólo mucho, tomó consigo bestias y vestiduras adecuadas, y fue a recoger a doña Elvira y a doña Sol. Después las condujo a San Esteban y alojó y sirvió lo mejor que pudo. Los de San Esteban han sido siempre buena gente; mucho lamentaban el suceso, y se empeñan en ofrecer a las hijas del Cid el tributo de viandas, grano y vino. Allí permanecieron ellas hasta que se sintieron restablecidas.

En tanto los infantes de Carrión se iban alabando. Ya las nuevas han corrido por toda la tierra. Al buen rey don Alfonso le ha pesado de corazón. El mensaje llega a Valencia, y cuando lo sabe el Cid Campeador, se estuvo un gran rato meditando. Al fin, tomándose las barbas, exclama:

—¡Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo! ¡Cuando tal han hecho los infantes de Carrión, por estas barbas que nadie ha mesado nunca, que no lograrán deshonrarme, y que aún he de casar bien a mis hijas!

¡Qué aflicción la del Cid y la de toda su corte, y la de Álvar Fáñez, a quien pesa de corazón!

Cabalgó Minaya, con Pedro Bermúdez y Martín Antolínez, el burgalés de pro, y doscientos caballeros más que mandara el Cid. Ordenóles imperiosamente caminar de día y de noche y traerle sus hijas hasta Valencia. Todos se apresuraron a obedecerlo; cabalgaban a toda rienda, andan día y noche. Llegan a Gormaz, fuerte castillo, donde se albergan una noche. La noticia de que Minaya ha venido por sus primas llegó a San Esteban, donde los buenos varones se aprestan a recibirlo con su gente; esa misma noche le ofrecen tributos como vasallos: él, agradeciéndolo mucho, nada acepta.

—Gracias —dice—, gracias, varones de San Esteban, hombres de gran prudencia, por el auxilio que nos habéis prestado en la desgracia. Nuestro Cid Campeador os lo

Varones de Sant Estevan, — a guisa de muy proes,
reçiben a Minaya — e a todos sos varones,
presentan a Minaya — essa noch grant enffurçión;
non gelo quiso tomar, — mas mucho gelo gradió:
«Graçias, varones de Sant Estevan, — que sodes coñoscedores,
»por aquesta ondra que vos diestes — a esto que nos cuntió;
»mucho vos lo gradeçe — allá do está, mio Çid Campeador;
»assí lo ffago yo — que aquí estó.
»Affé Dios de los çielos — que vos de dent buen galardón!»
Todos ge lo gradeçen — e sos pagados son,
adeliñan a posar — pora folgar essa noch.
Minaya va veer — ues primas do son,
en elle fincan los ojos — don Elvira e doña Sol:
«Atanto vos lo gradimos — commo si viéssemos al Criador;
»e vos a él lo gradid, — quando bivas somos nos.
»En los días de vagar, — *en Valençia la mayor*
»toda nuestra rencura — sabremos contar *nos*.»

132

Minaya y sus primas parten de San Esteban.—El Cid sale a recibirlos

Lloravan de los ojos — las dueñas a Álvar Fáñez,
e Per Vermudoz — otro tanto las ha:
«Don Elvira e doña Sol, — cuydado non ayades,
»quando vos sodes sanas — e bivas e sin otro mal.
»Buen casamiento perdiestes, — mejor podredes ganar.
»Aún veamos el día — que vos podamos vengar!»
I yazen essa noche, — e tan grand gozo que fazen.
Otro día mañana — piensan de cavalgar.
Los de Sant Estevan — escurriéndolos van
fata Rio d'amor, — dándoles solaz;

agradece allá donde está, y yo, que aquí estoy lo hago en su nombre. Dios, que está en los cielos, permitirá que os lo recompense.

Todos quedan muy contentos y satisfechos de él, y se retiran a descansar por la noche. Minaya va a ver a sus primas doña Elvira y doña Sol, quienes, fijando en él los ojos exclaman:

—¡Tanto os lo agradecemos como si viésemos a Dios mismo! Y vos debéis dar gracias a Dios de hallarnos vivas y salvas. Ya, en ratos perdidos, cuando estemos en Valencia, os referiremos nuestra desgracia.

132

Minaya y sus primas parten de San Esteban.—El Cid sale a recibirlos

Las damas y Álvar Fáñez lloraban sin poder contenerse. Y también Pedro Bermúdez les estaba diciendo:

—Doña Elvira y doña Sol, no paséis cuidados, puesto que estáis ya sanas y salvas. Habéis perdido buen casamiento; mejor lo podréis ganar tal vez. ¡Ojalá veamos el día de nuestra venganza!

Y se pasan allí la noche, todos consolándose y contentos de verse. A otro día por la mañana emprenden el regreso. Los de San Esteban los van acompañando y divirtiendo hasta Río de Amor, donde se despiden y vuelven a sus ca-

d'allent se espidieron dellos, — piénssanse de tornar,
e Minaya con las dueñas — ivan cabadelant.
Troçieron Alcoçeva, — adiestro dexan Gormaz,
o dizen Bado de Rey, — allá ivan passar,
a la casa de Berlanga — posada presa han.
Otro día mañana — métense a andar,
a qual dizen Medina — ivan albergar,
e de Medina a Molina — en otro día van;
al moro Abengalvón — de coraçón le plaz,
saliólos a reçebir, de buena voluntad,
por amor de mio Çid — rica cena les da.
Dent pora Valençia — adeliñechos van.

Al que en buen ora nasco — llegava el menssaje,
privado cavalga, — a reçebirlos sale;
armas iba teniendo — e grant gozo que faze.
Mio Çid a sus fijas — ívalas abraçar,
besándolas a amas, tornós de sonrrisar:
«¿Venides, mis fijas? — Dios vos curie de mal!
»Hyo tomé el casamiento, — mas non osé dezir al.
»Plega al Criador, que en çielo está,
»que vos vea mejor casadas — d'aquí en adelant.
»De mis yernos de Carrión — Dios me faga vengar!»
Besaron las manos — las fijas al padre.
Teniendo ivan armas, — entráronse a la cibdad;
grand gozo fizo con ellas — doña Ximena su madre.

El que en buen ora nasco — non quiso tardar,
fablós con los sos — en su poridad,
al rey Alfons de Castiella — pensó de enbiar.

133

El Cid envía a Muño Gustioz que pida al rey justicia.— Muño habla al rey en Sahagún, y le expone su mensaje.—El rey promete reparación.

«¿O eres, Muño Gustioz, — mio vassallo de pro,
»en buen ora te crié — a ti en la mi cort!
»Lieves el mandado — a Castiella al rey Alfons;
»por mí bésale la mano — d'alma e de coraçón,

sas. Minaya y las damas siguen en ruta. Pasan la alcoceba, dejan a la derecha Gormaz, cruzan por Vadorrey y toman posada en el pueblo de Berlanga. Otro día siguen caminando, y paran en la llamada Medinaceli, y al otro día hacen el trecho de Medinaceli a Molina. El moro Abengalbón, muy contento, sale a recibirlos y, por amor del Cid, les hace dar una cena suculenta. Y de allí se van derechos para Valencia.

Llegan los mensajes al bienhadado, que se apresura a salir a su encuentro, cabalgando. Iba jugando las armas muy animoso. Al ver a sus hijas, se adelanta para abrazarlas, a ambas las besa, se sonríe:

—¿Sois vosotras, hijas mías? Dios os guarde de todo mal. Acepté vuestro casamiento, no osando contrariarlo. ¡Plegue a Dios que pueda veros mejor casadas! ¡Dios me dé venganza de mis yernos!

Las hijas besaron las manos de su padre. Y todos, jugando las armas, se volvieron a la ciudad. Gran gozo tuvo al verlas doña Jimena, su madre. El que en buen hora nació, sin perder tiempo, quiso hablar aparte con los suyos y enviar un mensaje al rey don Alfonso de Castilla.

133

El Cid envía a Muño Gustioz que pida al rey justicia.—Muño habla al rey en Sahagún, y le expone su mensaje.—El rey promete reparación.

—¿Dó estás, Muño Gustioz, ilustre vasallo? En buen hora te crié en mi corte. Lleva el mensaje a Castilla, al rey Alfonso. Bésale la mano en mi nombre, de todo corazón, como a su señor el vasallo. Y ruega al buen rey que se dé

»—quommo yo so so vassallo — elle es mio señor—,
»desta desondra que me an fecha — ifantes de Carrión
»quel pese al buen rey — d'alma e de coraçón.
»Elle casó mies fijas, — ca non gelas di yo;
»quando las han dexadas — a grant desonor
»si desondra y cabe — alguna contra nos,
»la poca e la grant — todo es de mio señor.
»Mios averes se me an levado, — que sobejanos son;
»esso me puede pesar — con la otra desonor.
»Adúgamelos a vistas, — o a juntas o a cortes,
»commo aya derecho — de ifantes de Carrión,
»ca tan grant es la rencura — dentro en mi coraçón.»
Muño Gustioz, —privado cavalgó,
con él dos cavalleros — quel sirvan a so sabor,
e con él escuderos — que son de criazón.
Salien de Valençia — e andan quanto puoden,
non dan vagar — los días e las noches.
Al rey *don Alfons* — en Sant Fagunt lo falló
Rey es de Castiella — e rey es de León
e de las Asturias — bien a San Çalvador,
fasta dentro en Santi Yaguo — de todo es señor,
ellos comdes gallizianos — a él tienen por señor.
Assí commo descavalga — aquel Muño Gustioz,
omillós a los santos — e rogó al Criador;
adeliño poral palaçio — do estava la cort
con elle dos cavalleros — quel aguardan cum a sseñor.
Assí commo entraron — por medio de la cort,
vídolos el rey — e coñosció a Muño Gustioz;
levantós el rey *Alfon* — tan bien los reçibió.
Delant el rey *Alfons* — los inojos fincó,
besábale los piedes — aquel Muño Gustioz:
«Merçed rey de largos reynos — a vos dizen señor!
»Los piedes e las manos — vos besa el Campeador;
»elle es vuestro vassallo — e vos sodes so señor.
»Casastes sus fijas — con ifantes de Carrión,
»alto fo el casamiento — ca lo quisiestes vos!
»Ya vos sabedes la ondra — que es cuntida a nos,
»quomo nos han abiltados — ifantes de Carrión;

también por ofendido de la injuria que los infantes me han hecho. Él, que no yo, casó a mis hijas. Y ahora que las han deshonrado, si es que en esto cabe deshonra, poca o mucha, como sea, recae toda sobre mi señor. Se han llevado muchas riquezas mías, y ése es nuevo cargo que añadir a la ofensa. Cítelos a vistas el rey, a juntas o a cortes, para que reclame yo mi derecho contra ellos, porque grande es el rencor que me roe el alma.

Muño Gustioz se apresura a cabalgar acompañado de los caballeros que le sirven y de algunos escuderos criados en la casa del Cid.

Salen de Valencia, andan todo lo más que pueden, sin descansar de día ni de noche. Encontraron al rey don Alfonso en Sahagún. Es rey de Castilla y de León, y de las Asturias y de Oviedo, y hasta de Santiago de Galicia es señor, y los condes gallegos le rinden acatamiento. Muño Gustioz desmonta, se humilla a los santos del cielo, ruega al Creador, y se dirige al palacio donde reside la corte, y con él van los caballeros que lo acompañan.

En cuanto entraron, el rey reconoció a Muño Gustioz y, levantándose, lo recibió con honores. El otro se arrodilla entonces ante el rey, y besándole las plantas exclama:

—¡Merced, oh rey a quien tantos reinos llaman señor! El Campeador os besa los pies y las manos; vuestro vasallo es; sois su señor. Habéis casado a sus hijas con los infantes de Carrión. Muy honroso fue el casamiento, pues vos lo quisisteis. Mas ya sabréis en lo que paró tanta honra, y cómo los infantes de Carrión nos han afrentado. Pues ellos han ultrajado miserablemente a las hijas del Cid Campeador, abandonándolas desnudas y lamentables en el desamparo del robledo de Corpes, expuestas a las fieras y a las aves del monte. Ya están en Valencia sus dos hijas. Así, pues, os besa las manos como le cumple y os pide que traigáis a vistas, juntas o cortes a esos infantes; tiénese por afrentado, pero mayor es la afrenta para vos; y os pide, rey, que, pues lo sabéis todo, le acompañéis en este pesar y que le sea dable reclamar de los de Carrión su derecho.

»mal majaron sus fijas — del Çid Campeador;
»majadas e desnudas — a grande desonor,
»desenperadas las dexaron — en el robredo de Corpes,
»a las bestias fieras — e a las aves del mont.
»Afélas sus fijas — en Valençia do son.
»Por esto vos besa las manos, — commo vassallo a señor,
»que gelos levedes a vistas, — o a juntas o a cortes;
»tienes por desondrado, — mas la vuestra es mayor
»e que vos pese, rey, — commo sodes sabidor;
»que aya mio Çid derecho — de ifantes de Carrión.»
El rey una grand ora — calló e comidió;
«Verdad te digo yo, — que me pesa de coraçón,
»e verdad dizes en esto, — tú, Muño Gustioz,
»ca yo casé sus fijas — con ifantes de Carrión;
»fizlo por bien, — que ffosse a su pro.
»¡Si quier el casamiento — fecho non fosse oy!
»Entre yo e mio Çid — pésanos de coraçón.
»Ayudar lê a derecho, — sin salve el Criador!
»Lo que non cuydava fer — de toda esta sazón,
»andarán mios porteros — por todo el reyno mió,
»pora dentro en Toledo — pregonarán mie cort,
»que allá me vayan — cuemdes e ifançones;
»mandaré commo i vayan — ifantes de Carrión,
»e commo den derecho — a mio Çid el Campeador,
»e que non aya rencura — podiéndolo vedar yo.

134

El rey convoca corte en Toledo

»Dizidle al Campeador, — que en buen ora nasco,
»que destas siet sedmanas — adóbes con soss vassallos,
»véngam a Toledo, éstol do de plazdo.
»Por amor de mio Çid — esta cort yo fago.
»Saludádmelos a todos, — entrellos aya espaçio;
»desto que les abino — aún bien serán ondrados.»
Espidiós Muño Gustioz, — a mio Çid es tornado.

Gran rato estuvo el rey pensativo.

—En verdad te digo que me pesa de corazón, y que cuanto has dicho, Muño Gustioz, es muy cierto: que yo fui quien casó a sus hijas con los infantes, pensando que sería para bien y en provecho suyo. ¡Ojalá no se hubiera realizado el tal casamiento! Comparto de corazón el pesar del Cid. Así me valga el Creador, que le he de ayudar en derecho. ¡Lejos estaba de imaginarlo! Mis mensajeros reales irán por todo el reino pregonando que se juntarán las Cortes en Toledo, adonde tendrán que acudir condes e infanzones. Ordenaré a los infantes de Carrión que acudan allá a responder en derecho ante el Cid; y decidle que, mientras yo pueda remediarlo, no padezca por nada.

134

El rey convoca corte en Toledo

—Decidle al Campeador, nacido en buen hora, que se prepare para venir a Toledo con sus vasallos, de aquí a siete semanas; éste es el plazo que le doy. Por amor del Cid convoco estas cortes solemnes. Saludádmelos a todos, y hayan consuelo, que aún de tamaña afrenta saldrán ellos enaltecidos.

Y Muño Gustioz despidióse para volver al lado del Cid.

Assí como lo dixo, — suyo era el cuydado:
non lo detiene por nada — Alfons el Castellano,
enbía sus cartas — pora León e a Santi Yaguo,
a los portogaleses — e a gallizianos,
e a los de Carrión — e a varones castellanos,
que cort fazie en Toledo — aquel rey ondrado,
a cabo de siet sedmanas — que i fossen juntados;
qui non viniese a la cort — non se toviesse por so vassallo.
Por todas sus tierras — assí lo ivan penssando,
que non falliessen — de lo que el rey avié mandado.

135

Los de Carrión ruegan en vano al rey que desista de la corte.—Reúnese la corte.—El Cid llega el postrero.—El rey sale a su encuentro.

Ya les va pesando — a ifantes de Carrión,
por que en Toledo — el rey fazie cort;
miedo han que i verná — mio Çid el Campeador.
Prenden so conssejo, — assí parientes commo son,
ruegan al rey — que los quite desta cort.
Dixo el rey — «No lo feré, sín salve Dios!
»ca i verná — mio Çid el Campeador;
»darlêdes derecho, — ca rencura ha de vos.
»Qui lo fer non quisiesse, — o no irâ mi cort,
»quite mio reyno, — ca dél non he sabor.»
Ya lo vidieron que es a fer — ifantes de Carrión,
prenden conssejo — parientes commo son;
el comde don Garçía — en estas nuevas fo,
enemigo de mio Çid — que mal siemprel buscó,
aqueste conssejo — los ifantes de Carrión.
Llegava el plazdo, — querien ir a la cort;
en los primeros — va el buen rey don Alfons,
el comde don Anrric — y el comde don Remond,
aqueste fo padre — del buen enperador—,
el comde don Fróilan — y el comde don Birbón.
Foron i de so reyno — otros muchos sabidores,
de toda Castiella — todos los mejores.

Y dijo verdad Alfonso el Castellano, que tiene aquel cuidado por suyo. Por nada en el mundo quiere retardarlo; envía luego cartas a León y a Santiago; a los portugueses y a los gallegos, a los de Carrión y a los varones castellanos, comunicándoles que se han de juntar las Cortes en Toledo al cabo de siete semanas, y que el que no concurra no se tenga por vasallo. Y por todas sus tierras, todos se disponen a obedecer el mandato de su señor.

135

Los de Carrión ruegan en vano al rey que desista de la corte.—Reúnese la corte.—El Cid llega el postrero.—El rey sale a su encuentro.

Los infantes de Carrión están muy cabizbajos, porque el rey ha convocado una corte en Toledo; temen que asista el Cid Campeador. Se aconsejan de sus parientes, ruegan al rey que les permita no asistir. Y dice el rey:

—¡No lo haré, así me salve Dios! Que tiene que asistir el Cid, y habéis de responderle en derecho; que está agraviado. Quien no quiera hacerlo o no vaya a la corte, ya puede dejar mi reino y no cuente más con mi favor.

Ya los infantes de Carrión saben lo que tienen que hacer. Tratan el asunto con sus parientes. Tomó cartas el conde García, enemigo del Cid, que siempre buscaba su mal, y éste aconsejó a los infantes.

Llegaba el plazo; todos iban acudiendo a la corte. De los primeros fueron el buen rey don Alfonso, el conde don Enrique, el conde don Ramón —padre del buen emperador—, el conde don Fruela y también el conde don Birbón. Y de todo el reino asistieron muchos otros peritos (en derecho) y los principales de Castilla: el conde don García

El comde don Garçía, — *el Crespo de Grañón,*
e Álvar Díaz... — el que Oca mandó,
e Ansour Gonçálvez — e Gonçalvo Ansuórez,
e Per Ansuórez, — sabet, allís açertó,
e Díago e Ferrando — i son amos a dos,
e con ellos **grand** bando — que aduxieron a la cort:
enbair le cuydan — a mio Çid el Campeador.
De todas partes — allí juntados son.
Aún non era llegado — el que en buen ora naçió,
por que se tarda — el rey non ha sabor.
Al quinto día — venido es mio Çid el Campeador;
Álbar Fáñez — adelantel enbió,
que besasse las manos — al rey so señor:
bien lo sopiesse — que i serie essa noch.
Quando lo odió el rey, — plógol de coraçón;
con grandes yentes — el rey cavalgó
e iva reçebir — al que en buen ora naçió.
Bien aguisado viene — el Çid con todos los sos,
buenas conpañas — que assí an tal señor.
Quando lo ovo a ojo — el buen rey don Alfons,
firiós a tierra — mio Çid el Campeador;
biltar se quiere — e ondrar a so señor.
Quando lo vido el rey, — por nada non tardó:
«¡Par sant Esidre, — verdad non será oy!
»Cavalgad, Çid; si non, — non avría dend asbor;
»saludar nos hemos — d'alma e de coraçón;
»De lo que a vos pesa — a mí duele el coraçón;
»Dios lo mande que por vos — se ondre oy la cort!»
—«Amén», dixo mio Çid, — el buen Campeador;
besóle la mano — e después le saludó:
«Grado a Dios, — quando vos veo, señor.
»Omíllom a vos — e al comde don Remond
»e al comde don Anrric — e a quantos que i son;
»Dios salve a nuestros amigos — e a vos más, señor!
»Mi mujer doña Ximena, — dueña es de pro—,
»bésavos las manos, — mis fijas amas a dos,
»desto que nos abino — que vos pese, señor.»
Respondió el rey: — «si fago, sin salve Dios!»

(por otro nombre), el Crespo de Grañón, y Álvaro Díaz, el que mandó en Oca, y Asur González y Gonzalo Ansúrez, y en fin, Diego y Fernando, que traían consigo a la corte numeroso partido; se proponían maltratar al Cid Campeador.

De todas partes acuden los caballeros. Aún no había llegado el que nació en buen hora, y su tardanza tenía malhumorado al rey.

Al quinto día, por fin, se presenta el Cid, habiendo enviado por delante a Álvar Fúñez a besar las manos al rey y anunciarle su llegada para esa noche. Alegróse el rey de la noticia, y cabalgó con mucho séquito para recibir al bienhadado. El Cid y los suyos venían muy bien ataviados: la compañía era digna de tal señor. En cuanto estuvo a la vista del rey Alfonso, el Cid desmontó y vino a humillarse ante él y a honrarlo. Y el rey dice al punto:

—¡Oh, no, por San Isidoro, no lo hagáis! Montad a caballo, Cid, que me disgustaríais de otro modo y así nos besaremos con toda el alma. Lo que a vos os pesa, a mí me duele. Quiera Dios que hoy se honre la corte haciéndoos justicia.

—Amén —dijo nuestro buen Campeador—. Bésale la mano y después la boca:

—Loado sea Dios, que puedo veros, señor. Humíllome a vos, y al conde don Ramón, y al conde don Enrique y a cuantos están aquí. Guarde Dios a nuestros amigos, y a vos sobre todo. Mi mujer, doña Jimena, dama ilustre, os besa las manos, y entrambas mis hijas, para pediros que compartáis nuestra afrenta, señor.

Y respondió el rey:

—Por Dios, que así lo hago.

136

El Cid no entra en Toledo.—Celebra vigilia en San Servando

Pora Toledo — el rey tornada da;
essa noch mio Çid — Tajo non quiso passar:
«Merced, ya rey, — sí el Criador vos salve!
»Pensad, señor, — de entrar a la cibdad,
»é yo con los míos — posará a San Serván:
»las mis conpañas — esta noche llegarán.
»Terné vigilia — en aqueste santo logar;
»cras mañana — entraré a la çibdad,
»e iré a la cort — enantes de yantar.»
Dixo el rey: — «plazme de voluntad.»
El rey don Alfons — a Toledo va entrar,
Mio Çid Roy Díaz — en Sant Serván posar.
Mandó fazer candelas — e poner en el altar;
sabor a de velar — en essa santidad,
al Criador rogando — e fablando en poridad.
Entre Minaya — e los buenos que i ha
acordados foron, — quando vino la man.

137

Preparación del Cid en San Servando para ir a la corte.—El Cid va a Toledo y entra en la corte.—El rey le ofrece asiento en su escaño.—El Cid rehusa.—El rey abre la sesión.—Proclama la paz entre los litigantes.—El Cid expone su demanda.—Reclama Colada y Tizón.—Los de Carrión entregan las espadas.—El Cid las da a Pedro Bermúdez y a Martín Antolínez.—Segunda demanda del Cid.—El ajuar de sus hijas.—Los infantes hallan dificultad para el pago.

Matines e prima — dixieron faza los albores,
suelta fo la missa — antes que saliesse el sol,
e ssu ofrenda han fecha — muy buena e a sazón.

136

El Cid no entra en Toledo.—Celebra vigilia en San Servando

El rey regresó a Toledo, pero esa noche el Cid se negó a pasar el Tajo:

—¡Merced, oh rey así os guarde Dios! Id vos a la ciudad, señor, que yo con los míos me quedaré en San Servando. Mis compañías se me juntarán esta noche; yo velaré en este santo lugar, y por la mañana entraré en Toledo; antes de comer iré a la corte.

—Bien está —dijo el rey.

Y el rey entra en Toledo, mientras el Cid Ruy Díaz posa en San Servando. Mandó encender luces e iluminar el altar; quiere velar en aquel sitio tan santo, para orar y hablar a solas con Dios. Tanto Minaya como los demás hombres buenos que le acompañan, ya están preparados a la mañana siguiente.

137

Preparación del Cid en San Servando para ir a la corte.—El Cid va a Toledo y entra en la corte.—El rey le ofrece asiento en su escaño.—El Cid rehúsa.—El rey abre la sesión.—Proclama la paz entre los litigantes.—El Cid expone su demanda.—Reclama Colada y Tizón.—Los de Carrión entregan las espadas.—El Cid las da a Pedro Bermúdez y a Martín Antolínez.—Segunda demanda del Cid.—El ajuar de sus hijas.—Los infantes hallan dificultad para el pago.

Hacia el amanecer dijeron los maitines y prima, y acabó la misa antes que el sol saliera. Ya han hecho su valiosa ofrenda los del Cid.

«Vos Minaya Álbar Fáñez, — el mio braço mejor,
»vos iredes comigo — e obispo don Jerome
»e Per Vermudoz — e aqueste Muño Gustioz
»e Martín Antolínez, — el burgalés de pro,
»e Álbar Albaroz — e Álbar Salvadórez
»e Martín Muñoz, — que en buen punto naçió,
»e mio sobrino — Félez Muñoz;
»comigo irá Mal Anda, — que es bien sabidor,
»e Galind Garçiez, — el bueno d'Aragón;
»con estos cúnplansse çiento — de los buenos que i son.
»Velmezes vestidos — por sufrir las guarnizones
»de suso las lorigas — tan blancas como el sol;
»sobre las lorigas — armiños e pelliçones,
»e que non parescan las armas, — bien presos los cordones;
»so los mantos las espadas — dulçes e tajadores;
»d'aquesta guisa — quiero ir a la cort,
»por demandar mios derechos — e dezir mie razón.
»Si desobra buscaren — ifantes de Carrión,
»do tales çiento tovier, — bien seré sin pavor.»
Respondieron todos: — «nos esso queremos, señor.»
Assí commo lo ha dicho, — todos adobados son.

Nos detiene por nada — el que en buen hora naçió:
calças de buen paño — e sus camas metió,
sobrellas unos çapatos — que a gran huebra son.
Vistió camisa de rançal — tan blanca commo el sol,
con oro e con plata — todas las presas son,
al puño bien están, — ca él se lo mandó;
sobrella un brial — primo de çiclatón,
obrado es con oro, — pareçen por o son.
Sobresto una piel vermeja, — las bandas d'oro son,
siempre la viste — mio Çid el Campeador.
Una cofia sobre los pelos — d'un escarín de pro,
con oro es obrada, — fecha por razón,
que nol cotalassen los pelos — al buen Çid Campeador;
la barba avie luenga — e prísola con el cordón,
por tal lo faze esto — que recabdar quiere todo lo so.
De suso cubrió un manto — que es de grant valor,
en elle abríen que veer — quantos que i son.

—Vos, Minaya Álvar Fáñez, mi mejor brazo, iréis conmigo en compañía del obispo don Jerónimo y de Pedro Bermúdez, Muño Gustioz, Martín Antolínez, el claro burgalés; y Álvar Álvarez, Álvaro Salvadórez, Martín Muñoz —que nació en buen punto— y mi sobrino Félix Muñoz. Vendrá conmigo Mal Anda, el perito, y Galindo García, el bueno de Aragón. Y además complétense hasta ciento de los buenos caballeros que me acompañan. Vístanse las túnicas acolchadas para poder soportar las armaduras; pónganse encima las lorigas brillantes como el sol, y sobre éstas los armiños y pellizos; y apretad bien los cordones para que no se vean las armas. Bajo los mantos lleven las espadas flexibles y tajantes. Así quiero presentarme en la corte a pedir justicia. Y si los infantes de Carrión me buscan camorra, bien confiado voy con este ciento de caballeros.

—Así sea, señor —dijeron todos.

Y se preparan de conformidad con sus deseos.

El que nació en buen hora sin tardanza se puso unas calzas de paño y unos zapatos primorosamente labrados, una camisa de hilo tan blanca como el sol —de oro y plata los broches—, y que cae muy bien sobre los puños, pues así la mandó hacer; sobre ella un brial precioso de brocado, cuyas labores de oro relumbran por todas partes; encima una piel bermeja con franjas de oro que acostumbra a llevar. En la cabeza se pone una cofia de finísima tela, urdida de oro, para que nadie le tire de los cabellos; y la barba, que tenía muy larga, también la recoge con un cordón, porque quiere prevenirlo todo. Encima echóse un manto de gran valor, que admiraban cuantos veían.

Y con sus cien hombres preparados, sale cabalgando de San Servando. Con tantas precauciones y arreos iba a la corte.

Desmonta en la puerta exterior, y entra gravemente acompañado de su séquito: él en medio, y sus cien hombres rodeándole. Cuando vieron entrar al que nació en

Con aquestos çiento — que adobar mandó,
apriessa cavalga — de San Serván salió;
assí iva mio Çid — adobado a lla cort.
A la puerta de fuera — descavalga a sabor;
cuerdamientra entra — mio Çid con todos los sos:
elle va en medio, — elos çiento aderredor.
Quando lo vieron entrar — al que en buen ora naçió,
levantós en pie — el buen rey dòn Alfons
e el comde don Anrric — o el comde don Remond
e desí adelant, sabet, — todos los otros *de la cort:*
a grant ondra lo reciben — al que en buen ora naçió.
Nos quiso levantar — el Crespo de Grañón,
nin todos los del bando — de ifantes de Carrión.
El rey *a mio* Çid — *a las manos le tomó:*
«Venid acá seer — *comigo,* Campeador,
»en aqueste escaño — quem diestes vos en don;
»maguer que algunos pesa, — mejor sodes que nos.»
Essora dixo muchas merçedes — el que Valençia gañó:
«seed en vuestro escaño — commo rey e señor;
»acá posaré — con todos aquestos mios.»
Lo que dixo el Çid — al rey plogo de coraçón.
En un escaño torniño — essora mio Çid posó,
los çiento quel aguardan — posan aderredor.
Catando están a mio Çid — quantos ha en la cort,
a la barba que avié luenga — e presa con el cordón;
en sos aguisamientos — bien semeja varón.
Nol pueden catar de vergüença — ifantes de Carrión.
Essora se levó en pie — el buen rey don Alfons;
«Oíd, mesnadas, — sí vos vala el Criador!
»Yo, de que fu rey, — non fiz más de dos cortes:
»la una fo en Burgos, — e la otra en Carrión,
»esta terçera — a Toledo la vin fer oy,
»por amor de mio Çid — el que en buen hora nació,
»que reçiba derecho — de ifantes de Carrión.
»Gande tuerto le han tenido, — sabémoslo todos nós;
»alcaldes sean desto — comde don Anrric e comde don
[Remond
»e estos otros comdes — que del vando non sodes.

buen hora, el rey se pone de pie, y también el conde don Enrique, y el conde don Ramón y cuantos hay en la corte. Con grandes honras lo reciben. Pero no quisieron levantarse García Ordóñez (el Crespo de Grañón), ni los demás del bando de los infantes.

El rey tomó al Cid por las manos:

—Venid, Campeador: sentaos a mi lado, en este escaño que vos mismo me regalasteis. Aunque a algunos pese, valéis mucho más que nosotros.

El que ganó a Valencia dijo entonces palabras de gratitud:

—Seguid ocupando vuestro escaño, como corresponde al rey y señor. Yo me sentaré acá con los míos.

Aceptólo el rey, y el Cid fue a sentarse en un escaño torneado, siempre rodeándole sus cien caballeros. Todos los que asisten a la corte le estaban en tanto contemplando y le miraban aquellas largas barbas recogidas en el cordón. Sí; aquél era todo un varón en las obras y en la apariencia. Los infantes de Carrión no se atrevían a mirarlo, avergonzados.

Entonces el rey Alfonso, levantándose, dijo:

—Oíd, mesnadas; así os guarde Dios. Yo, desde que soy rey, sólo he convocado dos Cortes: una en Burgos, otra en Carrión, y ésta de Toledo es la tercera, convocada por amor del Cid, que nació en buen hora, a fin de que pida justicia a los infantes de Carrión. Ya sabemos todos el grave ultraje que le han hecho. Sean jueces de ello el conde don Enrique y el conde don Ramón y los demás que no son del bando. Meditad todos el caso, pues lo conocéis, y decidid lo que sea justicia, porque yo no mando hacer injusticias. Y mantegámonos en paz de una y otra parte. Y juro por San Isidoro que el que armare camorra en mi corte perderá el reino y todo mi favor. Yo estaré con el que tenga derecho. Y ahora demande el Cid Campeador, y después sabremos lo que los infantes alegan.

El Cid besa al rey la mano y se pone de pie:

»Todos meted i mientes, — ca sodes coñoscedores,
»por escoger el derecho, — ca tuerto non mando yo.
»Della e della part — en paz seamos oy.
»Juro par san Esidre, — el que bolviere mi cort
»quitar me a el reyno, — perderá mi amor.
»Con el que toviere derecho — yo dessa parte me so.
»Agora demande — mio Çid el Campeador:
»sabremos qué responden — ifantes de Carrión.»

Mio Çid la mano besó al rey — e en pie se levantó:
«Mucho vos lo gradesco — como a rey e a señor,
»por quanto esta cort — fiziestes por mi amor.
»Esto les demando — a ifantes de Carrión:
»por mis fijas quem dexaron — yo non he desonor,
»ca vos las casastes, rey, — sabredes qué fer oy;
»mas quando sacaron mis fijas — de Valençia la mayor,
»yo bien los quería — d'alma e de coraçón,
»diles dos espadas — a Colada e a Tizón
»—estas yo las gané — a guisa de varón—,
»ques ondrassen con ellas — e sirviessen a vos;
«quando dexaron mis fijas — en el robredo de Corpes,
»comigo non quisieron aver nada — e perdieron mi amor;
»denme mis espadas — quando mios yernos non son.»

Atorgan los alcaldes: — «tod esto es razón.»
Dixo comde don Garçía: «a esto fablemos nos.»
Essora salién aparte — ifantes de Carrión,
con todos sos parientes — y el bando que i son;
apriessa lo ivan trayendo — e acuerdan la razón:
«Aún grand amor nos faze — el Çid Canpeador,
»quando desondra de sus fijas — no nos demanda oy;
»bien nos abendremos — con el rey Alfons.
»Démosle sus espadas, — quando assí finca la boz,
»e quando las toviere, — partir se a la cort;
»ya más non avrá derecho — de nos el Çid Campeador.»
«Merçed, ya rey don Alfons, — sodes nuestro señor!
»No lo podemos negar, — ca dos espadas nos dio;
»quando las demanda — e dellas ha sabor,
»dárgelas queremos — delant estando vos.»

—Mi rey y señor: mucho os agradezco que por mí hayáis convocado esta corte. Y he aquí lo que demando contra los infantes de Carrión: el que hayan abandonado a mis hijas no me deshonra; porque vos las casasteis, rey, y hoy veréis lo que se ha de hacer. Pero cuando ellos se iban de Valencia la mayor, llevándose consigo a mis hijas, contaban con toda mi voluntad y cariño; entonces les di dos espadas: Colada y Tizona —yo las había ganado muy a lo varón—, para que con ellas ilustrasen su nombre y os sirviesen. Cuando abandonaron a mis hijas en el robledo de Corpes, puesto que nada mío querían, perdieron todo mi amor. Y puesto que no son ya mis yernos, devuélvanme mis espadas.

Y los jueces sentenciaron:

—Eso está muy puesto en razón.

Y dijo el conde don García;

—Hablemos ahora nosotros.

Y saliendo aparte con los infantes de Carrión, los demás parientes y todos los del bando, trataron a toda prisa de concertar la respuesta:

—Lo cierto es que el Cid Campeador nos favorece con no pedirnos cuenta de la deshonra de sus hijas. Acaso, mediando el rey don Alfonso, podremos arreglarnos. Démosle sus espadas puesto que aquí para su demanda; y cuando las haya recibido se marchará, y en paz: se acabó la acción de derecho que el Cid Campeador pudiere tener sobre nosotros.

Y dicho esto, vuelven a la corte.

—¡Merced, rey don Alfonso, señor nuestro! No lo podemos negar; nos dio dos espadas, y puesto que las desea y las pide, queremos devolvérselas, vos delante.

Sacaron las espadas Colada y Tizona, y las pusieron en manos de su señor rey. Al desenvainarlas, toda la corte relumbra: los pomos y los gavilanes son de oro puro. Los hombres buenos de la corte quedan maravillados. El rey llama al Cid, le entrega las espadas; las recibe éste, le besa las manos, vuelve al escaño. En sus manos tiene las

Sacaron las espadas — Colada e Tizón,
pusiéronlas en mano — del rey so señor;
sacan las espadas — e relumbra toda la cort,
las maçanas e los arriazes — todos d'oro son;
maravíllanse dellas — los omnes buenos de la cort.
A mio Çid llamó el rey — las espadas le dio;
reçibió las espadas — las manos le besó,
tornós al escaño — dont se levantó.
En las manos las tiene — e amas las cató;
nos las pueden camear, — ca el Çid bien las conosçe;
alegrósele tod el cuerpo, — sonrrisós de coraçón,
alçava la mano, — a la barba se tomó:
«par aquesta barba — que nadie non messó,
»assís irán vengando — don Elvira e doña Sol.»
A so sobrino *don Pero* — por nómbrel llamó,
tendió el braço, — la espada Tizón le dio;
«Prendetla, sobrino — ca mejor en señor.»
A Martín Antolínez, — el Burgalés de pro,
tendió el braço — el espada Coládal dio;
«Martín Antolínez, — mio vassallo de pro,
»prended a Colada, — ganéla de buen señor,
»de Remont Verenguel — de Barçilona la mayor.
»Por esso vos la do — que la bien curiedes vos.
»Sé que si vos acaeçiere — o viniere sazón,
»con ella ganaredes — grand prez e grand valor.»
Besóle la mano, — el espada reçibió.
Luego se levantó — mio Çid el Campeador:
«Grado al Criador — e a vos, rey señor!
»ya pagado so de mis espadas, — de Colada e de Tizón.
»Otra rencura he — de ifantes de Carrión:
»quando sacaron de Valençia — mis fijas amas a dos,
»en oro e en plata — tres mill marcos les dio;
»yo faziendo esto — ellos acabaron lo so;
»denme mis averes — quanto mio yernos non son.»
Aquí veriedes quexarse — ifantes de Carrión!
Dize el comde do Remond: — «dezid de assí o de no.»
Essora responden — ifantes de Carrión:
«Por essol diemos sus espadas — al Çid Campeador,
»que al no nos demandasse, — que aquí fincó la boz.»

espadas, las contempla: no pueden habérselas cambiado, que él las conoce bien. Todo el cuerpo se le alegra y parece que se le ríe el corazón. Tomándose entonces las barbas dice:

—Por estas barbas, que nadie ha mesado todavía, así iremos vengando a doña Elvira y a doña Sol.

Llamó por su nombre a su sobrino don Pedro y, alargando el brazo, le entregó la espada Tizona:

—Tomadla, sobrino, que mejora de dueño.

A Martín Antolínez, el burgalés de pro, le entrega con la otra mano a Colada:

—Martín Antolínez, vasallo ilustre, tomad a Colada; la he ganado de noble dueño: Ramón Berenguer, de Barcelona. Os la doy por eso, con encargo de cuidarla mucho. Bien sé yo, que, si se ofrece el caso la honraréis con vuestro valor.

Besóle el otro la mano, recibió la espada.

Después de lo cual el Cid Campeador volvió a levantarse:

—¡Gracias a Dios, y a vos, mi rey y señor! Ya estoy pagado en cuanto a mis espadas Colada y Tizona. Pero todavía tengo otro cargo contra los infantes de Carrión. Cuando sacaron de Valencia a mis hijas entreguéles tres mil marcos en oro y plata. Esto hice yo, y ellos perpetraron lo que sabéis. Denme, denme mis dineros, puesto que ya no son mis yernos.

¡Ay! ¡Vierais las quejas que hacían los infantes de Carrión!

El conde don Ramón les exige:

—¡Ea, pues! Responded: sí o no.

Y los infantes:

—Si le dimos al Cid Campeador sus espadas fue para que no pidiera más: que en eso paró su demanda.

Y el conde don Ramón les objeta:

—Con licencia del rey, he aquí lo que decretamos: dad satisfacción a la demanda del Cid.

Allí les respondió — el comde do Remond:
«Si ploguiere al rey, assí dezimos nos:
»a lo que demanda el Çid — quel recudades vos.»
Dixo el buen rey: — «assí lo otorgo yo.»
Levantós en pie — el Çid Campeador:
«Destos averes — que vos di yo,
»si me los dades, — o dedes dello razón.»
Essora salien aparte — ifantes de Carrión;
non acuerdan en conssejo, — ca los averes grandes son:
espesos los han — ifantes de Carrión.
Tornan con el conssejo — e fablavan a sso sabor:
«Mucho nos afinca — el que Valençia gañó,
»quando de nuestros averes, — assíl prende sabor;
»pagar le hemos de heredades — en tierras de Carrión.»
Dixieron los alcaldes — quando manfestados son:
«Si esso ploguiere al Çid, — non gelo vedamos nos;
»mas en nuestro juvizio — assí lo mandamos nos;
»que aquí lo enterguedes — dentro en la cort.»
A estas palabras — fabló rey don Alfons:
«Nos bien la sabemos — aquesta razón,
»que derecho demanda — el Çid Campeador.
»Destos tres mill marcos — los dozientos tengo yo;
»entramos me los dieron — ifantes de Carrión.
»tonárgelos quiero, — ca tan desfechos son,
»entreguen a mio Çid — el que en buen ora nació;
»quando ellos los an a pechar, — non gelos quiero yo.»
Ferrand Gonçalvez — *odredes qué* fabló:
«averes monedados — non tenemos nos.»
Luego respondió — el comde don Remond:
«el oro e la plata — espendiéstelos vos,
»por juvizio lo damos — antel rey don Alfons:
»páguenle en apreçiadura — e préndalo el Campeador.»
Ya vieron que es a fer — ifantes de Carrión.
Veriedes aduzir — tanto cavallo corredor,
tanta gruessa mula, — tanto palafré de sazón,
tanta buena espada — con toda guarnizón;
recibiólo mio Çid — commo apreçiaron en la cort.

Y el buen rey:

—Yo así lo otorgo.

Levantóse aún el Cid Campeador.

—Decid, pues, si me devolveréis estos dineros que os di, o me daréis razón de ellos.

Se apartan otra vez los infantes, pero no hallan la salida porque es muy cuantiosa la suma y ya la han gastado íntegra. Vuelven entonces al consejo, y hablan lo que primero se les ocurre:

—Mucho nos aprieta el que ganó a Valencia. Pues tanta codicia tiene de nuestros bienes, le pagaremos sobre nuestras heredades de Carrión.

Cuando así reconocieron su deuda, dicen los jueces:

—Si esto le conviene al Cid, no se lo vedamos; pero a nuestro parecer he aquí lo que decretamos: que aquí mismo, dentro de la corte, le entreguéis esa suma.

A estas palabras intervino el rey don Alfonso:

—Bien sabemos el derecho que asiste al Cid Campeador. De estos tres mil marcos yo he recibido doscientos de manos de los mismos infantes (como regalo del marido al padrino). Pero ahora quiero devolvérselos, pues están tan arruinados, para que los entreguen al Cid, el que nació en buen hora. Ya que ellos tienen que devolver sus arras, yo no quiero las mías.

Y oíd aquí lo que habló Fernán González:

—Dinero acuñado no lo tenemos.

Y respondió el conde don Ramón:

—Gastasteis, pues, el oro y la plata. He aquí la sentencia que damos ante el rey don Alfonso; pagad en especie y tómelo el Campeador.

Los infantes de Carrión comprenden que no les queda más recurso que obedecer. E hicieron traer multitud de corredores caballos, robustas mulas, hermosos palafrenes, preciosas espadas de guarnición. Los de la corte lo valoraron, y el Cid lo recibió. Sobre los doscientos marcos que tenía el rey Alfonso, los infantes pagaron al que en buen

Sobre los dozientos marcos — que tenía el rey Alfons
pagaron los ifantes — al que en buen ora nació;
empréstanles de lo ageno, — que non les cumple lo so
Mal escapan jogados, — sabed, desta razón.

138

Acabada su demanda civil, el Cid propone el reto

Estas apreçiaduras — mio Çid presas las ha,
sos omnes las tienen — e dellas penssarán.
Mas quando esto ovo acabado, — penssaron luego d'al.
«Merced, ya rey señor, por amor de caridad!
»La rencura mayor — non se me puede olbidar,
»Oídme toda la cort — e pésevos de mio mal;
»ifantes de Carrión, — quem desondraron tan mal,
»a menos de riebtos — no los puedo dexar.»

139

Inculpa de menos-valer a los infantes

«Dezid ¿qué vos merecí — ifantes *de Carrión*,
»en juego o en vero — o en alguna razón?
»Aquí lo mejoraré — a juvizio de la cort.
»¿A quém descubriestes — las telas del coraçón?
»A la salida de Valençia — mis fijas vos di yo,
»con muy grand ondra — e averes a nombre;
»quando las non queriedes, — ya canes traidores,
»¿por qué las sacávades — de Valençia sus honores?
»¿A qué les firiestes — a çinchas e a espolones?
»Solas las dexastes — en el robredo de Corpes,
»a las bestias fieras — e a las aves del mont.
»Por quanto los fiziestes — menos valedes vos.
»Si non recudedes, — véalo esta cort.»

hora había nacido, y como no les basta lo suyo, préstanles de lo ajeno. De esta vez la sentencia les ha dejado muy mal parados.

138

Acabada su demanda civil, el Cid propone el reto

El Cid ha tomado ya el pago que le han hecho en especie, y ya está todo bajo la custodia de sus hombres. Pero cuando acabaron con esto, aún faltaba otra cosa:

—¡Merced, rey y señor, por amor y caridad! No puedo echar en olvido el mayor cargo. Óigame toda la corte, y compartan todos mi furor. A los infantes de Carrión, que tanto me han ultrajado, yo no puedo menos de retarlos.

139

Inculpa de menos-valer a los infantes

—Decid, pues, infantes de Carrión, ¿qué daño os he hecho yo jamás, sea en burlas o en veras o en ninguna forma? Aquí, a juicio de la corte, tenemos que repararlo. ¿Por qué me desgarrasteis las telas del corazón? A la salida de Valencia yo os entregué a mis hijas, con mucha honra y numerosas riquezas. ¡Ea, pues, canes traidores! ¿Por qué, si no las queríais, las sacabais de Valencia y sus regalos? ¿Por qué las golpeasteis con cinchas y con espuelas? Desamparadas las dejasteis en el robledo de Corpes, expuestas a la voracidad de las fieras y las aves montaraces. ¡Por cuanto les hicisteis os habéis infamado y valéis menos! Si no dais aquí satisfacción, júzguelo esta corte.

140

Altercado entre Garci Ordóñez y el Cid

El conde don García — en pie se levantava:
«Merçed, ya rey, — el mejor de toda España!
»Vezós mio Çid — a llas cortes pregonadas;
»dexóla creçer — e luenga trae la barba;
»los unos le han miedo — e los otros espanta.
»Los de Carrión — son de natura tan *alta*,
»non gelas devién querer — sus fijas por varraganas,
»¿o quien gelas diera — por parejas o por veladas?
»Derecho fizieron — porque las han dexadas.
»Quanto él dize — non gelo preçiamos nada.»
Essora el Canpeador — prísos a la barba:
«y rado a Dios — que çielo e tierra manda!
»Por esso es luenga — que a deliçio fo criada;
»¿Qué avedes vos comde, — por retraer la mi barba?
»ca de quando nasco — a deliçio fo criada;
»ca non me priso a ella, — fijo de mugier nada,
»nimbla messó — fijo de moro nin de cristiana,
»commo yo a vos, comde, — en el castiello de Cabra.
»Quando pris a Cabra, — e a vos por la barba
»non i ovo rapaz — que non messó su pulgada;
»la que yo messé — aún non es eguada,
»ca yo la trayo aquí — en mi bolsa alçada.»

141

Fernando rechaza la tacha de menos-valer

Ferrán Gonçálvez — en pie se levantó,
a altas voces — odredes qué fablo:
«Dexássedesvos Çid — de aquesta razón;
»de vuestros averes — de todos pagados ssodes.
»Non creciés varaja — entre nos e vos.

140

Altercado entre Garci Ordóñez y el Cid

El conde don García se ha puesto en pie. Oigámosle:

—¡Oh rey, el mejor de toda España, merced! Avezóse el Cid para estas cortes solemnes; dejóse crecer las barbas y así las trae de largas; a unos pone miedo, a otros espanta. De muy alta sangre son los infantes de Carrión, que ni para barraganas les servían las hijas del Cid. ¿Quién, pues, se las dio por mujeres legítimas y parejas? Si las han dejado, han obrado conforme a su derecho. No nos importa lo que alegue.

Entonces dijo el Campeador, llevándose la mano a las barbas

—¡Oh, loado sea el Señor Dios que manda en los cielos y la tierra! Si ésta es larga, es porque fue criada con regalo: ¿qué tenéis vos, conde, que achacarle a mi barba? Desde que nació fue criada con regalo. Que nunca me la ha mesado hijo de mujer, moro ni cristiano, como yo a vos, conde, en aquel castillo de Cabra. Cuando tomé a Cabra, y también a vos por las barbas, no hubo rapaz que no mesara su pulgarada. La que yo os arranqué todavía no se os empareja, que aquí la traigo alzada en mi bolsa.

141

Fernando rechaza la tacha de menos-valer

Fernando González, en pie, dice con descompuestas voces lo que vais a oír:

—Dejaos de eso, Cid. Ya os hemos pagado vuestro dinero. No crezca el pleito entre nosotros. Sangre tenemos de condes de Carrión; con hijas de reyes o emperadores

»De natura somos — de corndes de Carrión:
»deviemos casar con fijas — de reyes o de enperadores,
»ca non perteneçien — fijas de ifançones.
»Por que las dexamos — derechos fiziemos nos;
»más nos preçiamos, — sabet, que menos no.»

142

El Cid incita a Pedro Bermúdez al reto

Mio Çid Roy Díaz — a Per Vermudoz cata:
«Fabla, Pero Mudo, — varón que tanto callas!
»Yo las he fijas, — e tú primas cormanas;
»a mí lo dizen, — a tí dan las orejadas.
»Si yo respondiero, — tú non entrarás en armas.»

143

Pedro Bermúdez reta a Fernando

Per Vermudoz — conpeçó de fablar;
detiénesle la lengua — non puede delibrar,
mas quando enpieça, — sabed, nol da vagar:
«Dirévos, Çid, — costumbres avedes tales,
»siempre en las cortes — Pero Mudo me llamades!
»Bien lo sabedes — que yo non puodo más;
»por lo que yo ovier a fer — por mi non mancará.
»Mientes, Ferrando, — de quanto dicho has,
»por el Canpeador — mucho valiestes más.
»Las tues mañas — yo las sabré contar:
»miémbrat quando lidiamos — çerca Valençia la grand;
»pedist las feridas primeras — al Campeador leal,
»vist un moro, — fústel ensayar;
»antes fuxiste — que a él te allegasses.
»Si yo non uviás, — el te jugara mal;
»passé por tí, — con el moro me of de ajuntar,

podemos casarnos, que no con hijas de simples infanzones. Hicimos nuestro derecho al dejarlas, y por eso no nos infamamos, antes valemos más.

142

El Cid incita a Pedro Bermúdez al reto

El Cid Ruy Díaz advierte entonces, entre los demás, a Pedro Bermúdez, y le dice:

—Pero Mudo, varón que tanto callas, ¿no hablas? Hijas mías son, pero son tus primas hermanas. A mí me lo dicen, pero a ti te tiran de la oreja. Si yo respondo antes, no entrarás tú en armas.

143

Pedro Bermúdez reta a Fernando

Y entonces intenta hablar Pedro Bermúdez, pero se le traba la lengua y no acierta con las palabras. Eso sí, en cuanto se suelta, ya no para:

—Os diré, Cid, tenéis unas costumbres más raras... Siempre me llamáis Pero Mudo en las cortes. Ya sabéis que no soy diestro en palabras. Pero no ha de quedar por mí, ni dejaré de hacer lo que debo.

«Fernando: En cuanto has dicho, mientes. Mucho más vales por el Campeador que por ti. Ya descubriré yo tus mañas. Acuérdate aquel día en que lidiábamos lado a lado en las cercanías de la gran Valencia. Tú habías pedido al leal Campeador el honor de los primeros lances. Descubriste un moro, fuiste sobre él; pero mejor que acometerle, preferiste huir. A no estar yo allí, cuál te hubiera burlado el moro. Pasé más allá de donde estabas, hasta

»de los primeros colpes — ofle de arrancar;
»did el cavallo, — tóvelo en poridad:
»fasta este día, — no lo descubrí a nadi.
»Delant mio Çid e delante todos — ovístete de alabar
»que mataras el moro — e que fizieras barnax;
»croviérontelo todos, — mas non saben la verdad.
»E eres fermoso, — mas mal varragán!
»¡Lengua sin manos, — quomo osas fablar?

144

Prosigue el reto de Pedro Bermúdez

»Di, Ferrando, — òtorga esta razón:
»¿non te viene en miente — en Valençia lo del león,
»quando durmie mio Çid — y el león se desató?
»E tú, Ferrando, — ¿qué fizist con el pavor?
»metístet tras el escaño — de mio Çid Campeador!
»metístet, Ferrando, — por o menos vales oy.
»Nos çercamos el escaño — por curiar nuestro señor,
»fasta do despertó mio Çid, — el que Valençia gañó;
»levantós del escaño — e fos poral león;
»el león premio la cabeça; — a mio Çid esperó,
»dexósle prender al cuello, — e a la red le metió.
»Quando se tornó — el buen Campeador,
»a sos vassallos, — víolos aderredor;
»demandó por sos yernos, — ninguno non falló!
»Riébtot el cuerpo — por malo e por traidor.
»Éstos lidiaré aquí — ante el rey don Alfons
»por fijas del Çid, — don Elvira e doña Sol:
»por quanto las dexastes — menos valedes vos;
»ellas son mugieres — e vos sodes varones,
»en todas guisas — más valen que vos.
»Quando fore la lid, — si ploguiere al Criador,
»tú lo otorgarás — a guisa de traydor;
»de quanto he dicho — verdadero seré yo.»
D'aquestos amos — aquí quedó la razón.

encontrarme con tu adversario. Vencíle a los primeros golpes; te di el caballo, te guardé el secreto del caso; hasta ahora no lo había descubierto a nadie. Y tú fuiste a jactarte ante el Cid y ante todo el mundo de que habías dado muerte al moro y eras el héroe de la hazaña. Todos, ignorantes de la verdad, te lo habían creído. Hermoso eres, pero cobarde. ¡Oh lengua sin manos! ¿Y cómo te atreves a hablar?

144

Prosigue el reto de Pedro Bermúdez

«Di, pues, Fernando, y contesta aquí: ¿No te acuerdas tampoco cuando, durmiendo el Cid, en Valencia, se desató aquel león? Y tú, ¿qué hiciste con el pavor, Fernando? Te metiste —acuérdate—, te metiste debajo del escaño del Cid, y con eso te has envilecido. Nosotros rodeamos el escaño para cuidar el sueño de nuestro señor, el que conquistara a Valencia, hasta que él no se despertó. Entonces se levantó del escaño, fue hacia el león; el león doblando la cabeza, esperó al Cid, y se dejó coger por el cuello y meter en la jaula. Cuando el Cid volvió al lado de sus vasallos, en vano buscaba a sus yernos; nadie los hallaba. ¡Oh Fernando, reto a tu persona mala y traidora! Y he de sustentarlo aquí, ante el rey don Alfonso, por las hijas del Cid, doña Elvira y doña Sol; porque las dejasteis valéis menos: ellas son mujeres, vosotros varones; por mil modos valen más que vosotros. Cuando sea la lid, si Dios lo concede, tú mismo confesarás por tu boca que eres traidor, y yo mantendré la verdad de lo que digo.»

Y aquí paró la disputa entre ambos.

145

Diego desecha la inculpación de menos-valer

Díag Gonçalvez — odredes lo que dixo:
«De natura somos — de los comdes más limpios;
»¡estos casamientos — non fuessen apareçidos,
»por consagrar — con mio Çid don Rodrigo!
»Porque dexamos sus fijas — aún no nos repentimos;
»mientras que bivan — pueden aver sospiros:
»lo que les fiziemos — seer les ha retraydo.
»Esto lidiaré — a tod el más ardido:
»que por que las dexamos — ondramos somos *venidos*.»

146

Martín Antolínez reta a Diego González

Martín Antolínez — en pie se fo levantar:
«Calla, alevoso, — boca sin verdad!
»Lo del león — no se te deve olbidar;
»saliste por la puerta, — metistet al corral,
»fústed meter — tras la viga lagar;
»mas non vestist — el manto nin el brial.
»Yollo lidiaré, — noa passará por ál:
»fijas del Çid, — por que las vos dexastes,
»en todas guisas, — sabed, que más que vos valen.
»Al partid de la lid — por tu boca lo dirás,
»que eres traydor — e mintist de quanto dicho has.»

147

Asur González entra en la corte

Destos amos — la razón ha fincado.
Ansuor Gonçalvez — entrava por el palaçio,
manto armiño — e un brial rastrando;
vermejo viene, — ca era almorzado.
En lo que fabló — avie poco recabdo:

145

Diego desecha la inculpación de menos-valer

Y oíd lo que dice Diego González:

—Tenemos sangre de los condes más limpios. ¡Ojalá nunca se hubieran efectuado estas bodas, por no emparentar con el Cid don Rodrigo! No nos hemos arrepentido, no, de haber abandonado a sus hijas. Ya pueden suspirar mientras vivan: la afrenta que les hicimos siempre se la han de echar en cara. Esto mantendré en lid con el más valiente: que nos hemos honrado más por el hecho de abandonarlas.

146

Martín Antolínez reta a Diego González

A esto Martín Antolínez se ha levantado:

—¡Calla, alevoso, boca sin verdad! Lo del león no se te debiera olvidar: saliste escapado por la puerta, hasta el corral no paraste, y allí te escondiste detrás de una viga de lagar; aquel manto, aquel brial que llevabas ya no pudiste usarlos más. Yo lo mantendré en lid, y no ha de ser de otro modo; las hijas del Cid, por lo mismo que las habéis dejado, entendedlo bien, valen mucho más que vosotros. A la hora de la lid tendrás que decir por tu propia boca que eres un traidor y has mentido en todo.

147

Asur González entra en la corte

En esto quedó la disputa. Cuando he aquí que entra por palacio Asur González, con manto de armiño y el brial arrastrando. Como acababa de almorzar, estaba muy rojo. Las palabras que dijo son de hombre sin miramientos:

148

Asur insulta al Cid

«¡Ya varones, — quien vido nunca tal mal?
»¿Quién nos darie nuevas — de mio Çid el de Bivar!
»¡Fosse a rio d'Ovirna — los molinos picar
»e prender maquilas, — commo lo suele far!
»¿Quil darie — con los de Carrión a casar?»

149

Muño Gustioz reta a Asur González.—Mensajeros de Navarra y de Aragón piden al Cid sus hijas para los hijos de los reyes.—Don Alfonso otorga el nuevo casamiento.—Minaya reta a los de Carrión.—Gómez Peláez acepta el reto, pero el rey no fija plazo sino a los que antes retaron.—El rey amparará a los tres lidiadores del Cid.—El Cid ofrece dones de despedida a todos.—(Laguna. Prosa de la Crónica de Veinte Reyes.)—*El rey sale de Toledo con el Cid.—Manda a éste correr su caballo.*

Essora Muño Gustioz — en pie se levantó:
«Calla, alevoso, — malo e traidor!
»Antes almuerzas — que vayas a oración,
»a los que das paz, — fártaslos aderredor.
»Non dizes verdad — âmigo ni a señor,
»falsso a todos — e más al Criador.
»En tu amiztad — non quiero aver ración.
»Fazer telo hé decir — que tal eres qual digo yo.»
Dixo el rey Alfons: — «Calle ya esta razón.
»Los que han reptado — lidiarán, sin salve Dios!»
Assí commo acaban — esta razón.
Affé dos cavalleros — entraron por la cort;
el uno dizen Ojarra — e el otro Yéñego Ximenones,
el uno es del ifante — de Navarra *rogador*,
e el otro es — del ifante de Aragón;

148

Asur insulta al Cid

—¡Oh, señores! ¿Cuándo se vio cosa semejante? ¿Quién diría que por parte de nuestro Cid habíamos de ganar en nobleza? Váyase en hora mala al río de Ubierna a picar sus molinos y a cobrar (el precio de la molienda en) puñados, como suele hacerlo. ¿Quién casó su sangre con la de Carrión?

149

Muño Gustioz reta a Asur González.—Mensajeros de Navarra y de Aragón piden al Cid sus hijas para los hijos de los reyes.—Don Alfonso otorga el nuevo casamiento.—Minaya reta a los de Carrión.—Gómez Peláez acepta el reto, pero el rey no fija plazo sino a los que antes retaron.—El rey amparará a los tres lidiadores del Cid.—El Cid ofrece dones de despedida a todos.—(Laguna. Prosa de la Crónica de Veinte Reyes.)—*El rey sale de Toledo con el Cid.—Manda a éste correr su caballo.*

Entonces Muño Gustioz se levanta:

—Calla, alevoso, malo y traidor. Primero almuerzas y después vas a la oración, y a los que das el ósculo de paz después de la misa, encima los hartas a regüeldos. Ni al amigo ni al señor les dices verdad, falso para todos y más para el Creador. No tenga yo parte en tu amistad. Ya te haré confesar que eres tal como te pinto.

Dijo el rey Alfonso:

—Calle ya esta disputa. Los que se han retado habrán de lidiar, así Dios me salve.

Acababan de hablar así, cuando he aquí que dos caballeros entran por la corte: al uno llaman Ojarra y al otro Íñigo Jiménez; el uno es emisario del infante de Navarra,

besan las manos — al rey don Alfons,
piden sus fijas — a mio Çid el Campeador
por ser reinas — de Navarra e de Aragón,
e que ge las diessen — a ondra e a bendición.
A esto callaron — e escuchó toda la cort.
Levantós en pie — mio Çid el Campeador;
«Merced, rey Alfons, — vos sodes mio señor!
»Esto gradesco — yo al Criador,
»quando me las demandan — de Navarra e de Aragón.
»Vos las casastes antes, — ca yo non,
»afé mis fijas, — en vuestras manos son:
»sin vuestro mandado — nada non feré yo.»
Levantós el rey, — fizo callar la cort:
«Ruégovos, Çid, — caboso Campeador,
»que plega a vos, — e otorgar lo he yo,
»este casamiento — oy se otorgue en esta cort,
»ca créçevos i ondra — e tierra e onor.»
Levantós mio Çid — al rey las manos le besó:
«Quando a vos plaze, — otórgolo yo, señor.»
Essora dixo el rey: — «Dios vos dé den buen galardón!
»A vos, Ojarra, — e a vos Yéñego Ximenones,
»este casamiento — otórgovosle yo
»de fijas de mio Çid — don Elvira e doña Sol,
»pora los ifantes — de Navarra e de Aragón,
»que vos las dé — a ondra e a bendición.»
Levantós en pie Ojarra — e Yéñego Ximenones,
besaron las manos — del rey don Alfons,
e después — de mio Çid Campeador;
metieron las fedes, — e los omenajes dados son,
que quomo es dicho — assí sea, o mejor.
A muchos plaze — de tod esta cort,
mas non plaze — a ifantes de Carrión.

Minaya Álbar Fáñez — en pie se levantó;
«Merced vos pido — commo a rey e a señor.
»e que non pese esto — al Çid Campeador:
»bien vos di vagar — en toda esta cort,
»dezir querría — yaquanto de lo mió.»
Dixo el rey: — «Plazme de coraçón.

y el otro, emisario del de Aragón. Besan al rey Alfonso las manos y le piden a las hijas del Cid para reinas de Navarra y de Aragón, en matrimonio y como legítimas esposas. Toda la corte escucha suspensa. El Cid Campeador está en pie:

—¡Merced, rey Alfonso, sois mi señor! Gracias doy a Dios de que me las vengan a pedir de Aragón y Navarra. Antes las casastéis vos, que yo no. He ahí: en vuestras manos las confío. Ya no haré nada sin vuestra orden.

Levantóse el rey, impuso silencio a la corte:

—¡Oh, Cid, prudente Campeador, yo os ruego que lo aceptéis, y yo lo otorgaré! Quiero que en esta misma corte quede concertado este matrimonio, puesto que os aporta feudos y honores.

Levantóse el Cid y besó las manos del rey:

—Señor, si os contenta a vos, yo lo concedo.

Y el rey:

—¡Dios os lo recompense! A vos, Ojarra, y a vos, Íñigo Jiménez, os otorgo en casamiento a las hijas del Cid, doña Elvira y doña Sol, para esposas legítimas de los infantes de Navarra y de Aragón.

Ojarra e Íñigo Jiménez se levantan a besar las manos al rey, y después al Cid. Cambiadas están las promesas y los juramentos de que se hará todo como se ha dicho, o mejor aún. A muchos place, mas no a los infantes de Carrión.

Minaya Álvar Fáñez se levantó:

—Merced os pido como rey y señor, y que no pese al Cid el que yo a mi vez intervenga: ya os he dado tiempo de hablar, y también quisiera hablar en la corte.

Y dijo el rey:

—Me place, Minaya; decid lo que gustéis.

—Yo ruego a toda la corte que me escuche, porque tengo contra los infantes de Carrión graves cargos. Yo en nombre del rey Alfonso, les di por mi propia mano a mis primas, con quienes ellos contrajeron legítimas nupcias. El Cid Campeador les dio riquezas, y ahora, muy a pesar

»Dezid, Minaya, — lo que oviéredes sabor.»
—«Yo os ruego — que me oyades toda la cort,
»ca grand rencura he — de ifantes de Carrión.
»Yo les di mis pimas — por mano del rey Alfons,
»ellos las prisieron — a ondra e a bendición;
»grandes averes les dio — mio Çid el Campeador,
»ellos las han dexadas — a pesar de nos.
»Riébtoles los cuerpos — por malos e por traidorees.
»De natura sodes — de los de Vani-Gómez,
»onde salien comdes — de prez e de valor;
»mas bien sabemos — las mañas que ellos han oy.
»Esto gradesco — yo al Criador,
»cuando piden mis primas, — don Elvira e doña Sol,
»los ifantes — de Navarra e de Aragón;
»antes las aviedes parejas — pora en braços las dos.
»Agora besaredes sus manos — e llamar las hedes señores,
»aver las hedes a servir, — mal que os pese a vos.
»Grado a Dios del çielo — e âquel rey don Alfons,
»assí creçe la ondra — a mio Çid el Campeador!
»En todas guisas — tales sodes quales digo yo;
»si ay qui responda — o dize de no,
»yo so Álbar Fáñez — pora tod el mejor.»
Gómez Peláyet — en pie se levantó:
«Qué val, Minaya, — toda essa razón?
»ca en esta cort — afartos ha pora vos,
»e quí al quisiesse — serie su ocasión.
»Si Dios quissiere — que desta bien salgamos nos,
»después veredes — qué dixiestes o qué no.»
Dixo el rey: — «Fine esta razón,
»non diga ninguno — della más una entençión.
»Cras sea la lid, — quanto saliere el sol,
»destos tres por tres — que rebtaron en la cort.»
Luego fablaron — ifantes de Carrión:
«Dadnos, rey, plazo, — ca cras seer non puode.
»Armas e cavallos — diémoslos al Campeador,
»nos antes abremos a ir — a tierras de Carrión.»
Fabló el rey — contral Canpeador:
«Sea esta lid — o mandáredes vos.»

nuestro, abandonan a sus mujeres. Los reto por malos y por traidores. Sangre sois de los Beni-Gómez, que ha dado condes de prez y de valor; pero ya vemos hoy en día las aberraciones que engendra. Y doy a Dios gracias de que los infantes de Aragón y Navarra pidan la mano de mis primas doña Elvira y doña Sol. Antes fueron vuestras mujeres legítimas y vuestras iguales; ahora tendréis que besar sus manos y llamarlas señoras, y las serviréis aunque os pese. ¡Loado sea Dios que está en los cielos! ¡Loado sea el rey don Alfonso! ¡Así crece la honra del Campeador! Tales sois cual digo: y si hay quien lo discuta o lo niegue, sepa que yo soy Álvar Fáñez, valiente como el que más.

Gómez Peláez se levanta y dice:

—¿Y qué vale, oh Minaya, cuanto habéis dicho? Hay en esta corte muchos que con vos se pueden medir, y si hay quien lo niegue, será para su daño. Si Dios nos ayuda con bien, ya tendréis que reconsiderar lo que hablasteis.

Dijo el rey:

—No haya más disputa. Nadie encone más este asunto. Mañana, en cuanto salga el sol, será la lid de los que se han retado en la corte, tres contra tres.

Aquí hablaron los infantes de Carrión:

—Rey: Dadnos mayor plazo; mañana no puede ser. Si hemos dado al Campeador armas y caballos, tendremos que ir a tierras de Carrión.

Entonces el rey dijo al Campeador:

—Sea, pues, esta lid donde y cuando lo dispongáis.

Y el Cid le contesta:

—No, señor; yo no iré a tierras de Carrión; más quiero volverme a Valencia.

Y el rey:

—Bien está, Campeador. Dadme a vuestros caballeros armados, vayan conmigo, y yo seré su protector; yo os lo garantizo, como corresponde a señor de tan buen vasallo, y cuidaré de que no sufran violencia alguna de condes ni de infanzones. Y aquí en esta corte doy de plazo tres se-

En essora dixo mio Çid: — «no lo faré, señor;
»más quiero a Valençia — que tierras de Carrión.»
En essora dixo el rey; — «Aosadas, Campeador.
»Dadme vuestros cavalleros — con todas guarnizones,
»vayan comigo — yo seré el curiadór;
»yo vos lo sobrelievo, — commo a buen vassallo faze señor,
»que non prendan fuerça — de comde nin de infançón.
»Aquí les pongo plazo — de dentro en mi cort,
»a cabo de tres sedmanas, — en begas de Carrión,
»que fagan esta lid — delant estando yo;
»quien non viniere al plazo — pierda la razón,
»desí sea vencido — y escape por traydor.»
Prisieron el judizio — ifantes de Carrión.
Mio Çid al rey — las manos le besó:
«Estos mios tres cavalleros — en vuestra mano son,
»d'aquí vos os acomiendo — commo a rey e a señor.
»Ellos son adobados — pora cumplir todo lo so;
»ondrados me los enbiad a Valençia, — por amor del
Essora respuso el rey: — «assí lo mande Dios!» [Criador!
Allí se tollió el capiello — el Çid Campeador,
la cofia de rançal — que blanca era commo el sol,
e soltava la barba — e sacóla del cordón.
Nos fartan de catarle — quantos ha en la cort.
Adeliñó a comde don Anrric — e comde don Remond;
abraçólos tan bien — e ruégalos de coraçón
que prendan de sos averes — quanto ovieren sabor.
A essos e a los otros — que de buena parte son,
a todos los rogava — assí commo han sabor;
tales i a que prenden, — tales i a que non.
Los dozientos marcos — al rey los soltó;
de lo ál tanto priso — quant ovo sabor.
«Merçed vos pido, rey, — por amor del Criador!
»Quando todas estas nuevas — assí puestas son,
»beso vuestras manos — con vuestra graçia señor,
»e irme quiero pora Valençia — con afán la gané yo.»

Entonces mandó dar el Çid a los mandaderos de los infantes de Navarra e de Aragón bestias e todo lo al que menester ovieron, e enbiólos.

manas para que esta lid se lleve a cabo en las vegas de Carrión, estando yo presente. Y quien no asistiere a la lid, pierda su derecho y quede por vencido y traidor.

Los infantes de Carrión se dan por notificados.

El Cid besa la mano del rey:

—Bajo vuestro amparo dejo, pues, mis tres caballeros; como a rey y señor os los encomiendo. Y van bien aparejados para hacer lo que deben. ¡Devolvédmelos a Valencia honrados, por amor de Dios!

Y el rey le responde:

—Dios lo haga.

Allí el Cid se quitó la cofia, fina y blanca como el sol, y dejó ver sus cabellos, y deshaciendo el cordón, soltó su barba. No se hartaban todos de mirarle. Él se acerca al conde don Enrique y al conde don Ramón; los abraza y ruega que tomen cuanto les plazca de lo suyo, y lo mismo dice a los demás, que están de su parte; unos aceptan y otros no. El Cid perdonó al rey la devolución de los doscientos marcos, y del resto escogió lo que le convino.

—¡Merced os pido, rey, por amor de Dios! Ya que todos estos negocios han quedado arreglados, beso vuestras manos y, con vuestro permiso, quiero irme para Valencia, la que gané con tantos afanes.

El Cid mandó entonces obsequiar a los mensajeros de los infantes de Aragón y de Navarra con bestias y lo demás que hubieren menester, y los despidió.

Y el rey don Alfonso cabalgó con todos los altos varones de su corte para acompañar al Cid hasta fuera de la ciudad. Cuando llegaron a Zocodover, el rey le dijo al Cid, que iba montado en su caballo *Babieca:*

—Don Rodrigo, me gustaría ver que arrancarais ese caballo, del que tanto he oído hablar.

El Cid, sonriendo, le contesta:

—Señor: aquí en vuestra corte hay muchos altos varones capaces de hacerlo; mandadles a ellos que corran un poco sus caballos.

El rey don Alfón caualgó entonçes con todos los altos omnes de su corte, para salir con el Çid que se iva fuera de la villa. E quando llegaron a Çocodover, el Çid yendo en su cavallo que dizen Bavieca, díxole el rey: «don Ro»drigo, fe que devedes que arremetades agora esse cavallo »que tanto bien oí dezir». El Çid tomóse a sonrreir, e dixo: «señor, aquí en vuestra corte a muchos altos omnes e gui»sados para fazer esto, e a esos mandat que trebejen con sus »cavallos». El rey le dixo: «Çid, págome yo de lo que vos »dezides; mas quiero todavía que corrades ese cavallo por »mi amor.»

150

El rey admira a Babieca, *pero no lo acepta en don.—Últimos encargos del Cid a sus tres lidiadores.—Tórnase el Cid a Valencia.—El rey en Carrión.—Llega el plazo de la lid.—Los de Carrión pretenden excluir de la lid a Colada y Tizona.—Los del Cid piden al rey amparo y salen al campo de la lid.—El rey designa fieles del campo y amonesta a los de Carrión.—Los fieles preparan la lid.—Primera acometida.—Pedro Bermúdez vence a Fernando.*

El Çid remetió entonces el cavallo, e tan rezio lo corrió, que todos se maravillaron del correr que fizo.

El rey alçó la mano, — la cara se santigó:
«Yo lo juro — par sant Esidre el de León
»que en todas nuestras tierras — non ha tan buen varón.»
Mio Çid en el cavallo, — adelant se llegó,
fo besar la mano — a so señor Alfons:
«Mandástesmes mover — a Babieca al corredor,
»en moros ni en cristianos — otro tal non ha oy,
»yo vos le do en don, — mandédesle tomar, señor.»
Essora dixo el rey: — «Desto non he sabor;
»si a vos le tollies, el cavallo — no havrie tan buen señor.
»Mas atal cavallo cum ést — pora tal commo vos,
»pora arrancar moros del campo — e seer segudador;

Y díjole el rey:

—Cid, eso es verdad; pero, con todo, quiero que me hagáis el favor de correr vuestro caballo.

150

El rey admira a Babieca, *pero no lo acepta en don.—Últimos encargos del Cid a sus tres lidiadores.—Tórnase el Cid a Valencia.—El rey en Carrión.—Llega el plazo de la lid.—Los de Carrión pretenden excluir de la lid a Colada y Tizona.—Los del Cid piden al rey amparo y salen al campo de la lid.—El rey designa fieles del campo y amonesta a los de Carrión.—Los fieles preparan la lid.—Primera acometida.—Pedro Bermúdez vence a Fernando.*

El Cid entonces picó espuelas, y dio tal arrancada, que todos se maravillaron de su carrera. Y el rey, haciéndose cruces:

—Lo juro por San Isidoro, el que se venera en León —exclama—, que no hay otro hombre mejor en todas nuestras tierras.

El Cid se acercaba a esto para besar la mano a su rey:

—Me mandasteis correr al veloz *Babieca;* ya veis que no hay otro como éste; aceptadlo, señor, os lo ofrezco como presente.

—No me parece bien —dijo el rey—. Si yo os privara de él, el caballo no tendría ya tan buen jinete. Digno es el caballo de quien lo monta para vencer en campo y perse-

»quien vos lo tollier quisiere — nol vala el Criador,
»ca por vos e por el cavallo — ondrados somos nos.»
Essora se espidieron, — e luégos partió la cort.
El Campeador a los que han lidiar — tan bien los castigó:
«Ya Martín Antolínez, — e vos, Per Vermudoz,
»e Muño Gustioz, — *mio vasallo de pro,*
»firmes seed en campo — a guisa de varones;
»buenos mandados me vayan — a Valençia de vos.»
Dixo Martín Antolínez: — «¿Por qué lo dezides, señor!
»Preso avemos el debdo — e a passar es por nos;
»podedes odir de muertos, — ca de vencidos no.»
Alegre fo d'aquesto — el que en buen ora nació;
espidiós de todos — los que sos amigos son.
Mio Çid pora Valençia, — e el rey pora Carrión.

Mas tres sedmanas de plazo — todas conplidas son.
Felos al plazdo — los del Campeador,
cumplir quieren el debdo — que les mandó so señor;
ellos son en poder — de Alfons el de León;
dos días atendieron — a ifantes de Carrión.
Mucho vienen bien adobados — de cavallos e de guarnizones;
e todos sos parientes — con ellos *acordados* son
que si los pudiessen apartar — a los del Campeador,
que los matassen en campo — por desondra de so señor.
El cometer fue malo — que lo al nos empeço,
ca gran miedo ovieron — a Alfonso el de León.

De noche belaron las armas — e rogaron al Criador.
Troçida es la noche, — ya crieban los albores;
muchos se juntaron — de buenos ricos omnes
por veer esta lid, — ca avien ende sabor;
demás sobre todos — i es el rey don Alfons,
por querer el derecho — e *ningún* tuerto non.
Ya metien en armas — los del buen Campeador,
todos tres se acuerdan, — ca son de un señor.
En otro logar se arman — ifantes de Carrión;
sedielos castigando — el conde Garçi Ordóñez.
Andidieron en pleyto — dixiéronle al rey Alfons,
que non fossen en la batalla — Colada e Tizón,
que non lidiassen con ellas — los del Campeador;
mucho eran repetidos — los ifantes por quanto dadas son.

guir a los moros; y al que os desposeyese de él no lo valga Dios, que por vos y por el caballo aumenta nuestra honra.

Despidiéronse; regresó la corte a la ciudad. El Campeador aconseja así a sus lidiadores:

—Ea, Martín Antolínez, Pedro Bermúdez y Muño Gustioz, mi buen vasallo: firmes en la lid como varones; que me lleguen a Valencia buenas noticias de vosotros.

Y Martín Antolínez:

—¿Y a qué decirlo, señor? Hemos contraído la obligación, queda a nuestro cargo; podrán llegaros noticias de unos que se han muerto, pero no que se han dejado vencer.

Alegróse con estas palabras el bienhadado y se despidió de todos sus amigos. El Cid se va para Valencia; el rey, para Carrión.

Ya se han cumplido las tres semanas del plazo. Presentes los del Campeador, que van a satisfacer la obligación contraída. Los ampara don Alfonso el leonés. Han llegado dos días antes que los de Carrión. Éstos se presentan muy bien provistos de caballos y armas, y todos sus parientes les aconsejan que procuren alejar a los del Cid y matarlos en el campo, para deshonra del señor. Malo fue el propósito: que la ejecución, ni siquiera pudo iniciarse por miedo a Alfonso el leonés.

Los del Cid velaron las armas y rezaron. Ya pasa la noche, quiebran los albores, muchos buenos y ricos hombres se han congregado con el deseo de presenciar aquella lid. Y sobre todo está el rey don Alfonso, para cuidar de que se imponga el derecho, no la injusticia. Ya visten las armas los del Cid, concertándose entre sí como defensores del mismo señor. A otra parte se están armando los infantes, a quienes aconseja el conde García Ordóñez. Todavía promueven dificultades y vienen a pedirle al rey que no intervengan en la contienda la Colada y la Tizona, que no las empleen los del Cid. Muy arrepentidos están de haberlas devuelto. Se lo han dicho al rey, pero éste no lo concede:

Dixiérongelo al rey, — mas non gelo conloyó:
«Non sacastes ninguna — quando oviemos la cort.
»Si buenas las tenedes, — pro abrán a vos;
»otrosí farán — a los del Campeador.
»Levad e salid al campo, — ifantes de Carrión.
»huebos vos es que lidiedes, — a guisa de varones,
»que nada non mancará, — por los del Campeador.
»Si del campo bien saliedes, — grand ondra avredes vos;
»e ssi fuéredes vençidos, — non rebtedes a nos,
»ca todos lo saben — que lo buscastes vos.»
Ya se van repintiendo — ifantes de Carrión,
de lo que avien fecho — mucho repisos son;
no lo querríen aver fecho — por quanto ha en Carrión.
Todos tres son armados — los del Campeador,
ívalos veer — el rey don Alfons.
Essora le dixieron — los del Campeador:
«Besámosvos las manos — commo a rey e a señor,
»que fidel seades — oy dellos e de nos;
»a derecho nos valed, — a ningún tuerto no.
»Aquí tienen so vando — ifantes de Carrión,
»non sabemos — qués comidrán ellos o qué non;
»en vuestra mano — nos metió nuestro señor;
»tenendos a derecho, — por amor del Criador!»
Essora dixo el rey: — «d'alma e de coraçón.»
Adúzenles los cavallos — buenos e corredores,
santiguaron las siellas — e cavalgan a vigor;
los escudos a los cuellos — que bien blocados son;
e' mano prenden las astas — de los fierros tajadores,
estas tres lanças — traen seños pendones;
e derredor dellos — muchos buenos varones.
Ya salieron al campo — do eran los mojones.
Todos tres son acordados — los del Campeadore,
que cada uno dellos — bien fos ferir el sove.
Fevos de la otrapart — ifantes de Carriones,
muy bien acompañados, — ca muchos parientes sone.
El rey dioles fideles — por dezir el derecho e al none;
que non varagen con ellos — de sí o de none.

—Cuando la corte, no exceptuasteis ninguna espada. Si las tenéis buenas, bien os han de servir, lo mismo que las del Campeador las suyas. ¡Ea, pues, infantes de Carrión! Salid al campo. Preciso es que lidiéis como hombres, que por los del Campeador no quedará. Si salís con bien, quedaréis muy enaltecidos; si os derrotan, no nos culpéis, que todo el mundo sabe que os lo habéis buscado vosotros mismos.

Ya los infantes de Carrión están más que arrepentidos de sus desmanes. No quisieran haberlos cometido por todo lo que hay en Carrión.

Ya están armados los del Cid, y el rey Alfonso va a examinarlos. Los del Campeador le dicen a una:

—Os pedimos como a rey y a señor que seáis juez de los dos bandos, Amparadnos en justicia, que no queremos injusticia. Los infantes de Carrión tienen aquí mucho partido, y no sabemos lo que maquinarán. Nuestro señor nos fio en vuestras manos. Mantenednos en justicia, por amor de Dios.

Y el rey les respondió:

—Lo haré de todo corazón.

Les traen los buenos y corredores caballos, y ellos, tras de santiguar las sillas, montan con presteza. Al cuello llevan los escudos con centros de oro, en la mano llevan las astas de aguzadas puntas: las tres lucen pendones. Muchos hombres buenos los acompañan. Ya llegan al campo donde están las señales. Los tres del Campeador se han puesto de acuerdo para herir con todo vigor a los enemigos. He allí por otro lado a los infantes muy bien acompañados, porque tienen muchos parientes. El rey les ha designado jueces de campo para que declaren lo que sea justo, y no disputen entre sí sobre si sucedió esto o aquello. Cuando todos están en el campo, dice el rey don Alfonso:

—Oíd lo que os digo, infantes de Carrión: en Toledo se pudo hacer esta lid, vosotros no la quisisteis. A estos tres caballeros del Cid yo los he traído resguardados hasta

Do sedien en el campo — fabló rey don Alfonsse:
«Oíd que vos digo, — ifantes de Carrione:
»esta lid en Toledo la fiziérades, — mas non quisieste vose.
»Estos tres cavalleros — de mio Çid el Campeadore
»yo los adux a salvo — a tierras de Carrione.
»Aved vuestro derecho, — tuerto non querades vose,
»ca qui tuerto quisiere fazer, — mal gelo vedaré yove,
»en todo myo reyno — non avrá buena sabore.»
Ya les va pesando — a ifantes de Carriones.
Los fideles y el rey — enseñaron los mojones,
librávanse del campo — todos a derredor.
Bien gelo demostraron — a todos seys commo son,
que por i serie vençido — qui saliesse del mojón.
Todas las gentes — esconbraron a derredor
de seys astas de lanças — que non llegassen al mojón.
Sorteávanles el campo, — ya les partien el sol,
salien los fideles de medio, — ellos cara por cara son:
desí vinien los de mio Çid — a ifantes de Carrión,
e ifantes de Carrión — a los del Campeador;
cada uno de ellos — mientes tiene al so.
Abraçan los escudos — delant los coraçones,
abaxan las lanças — abueltas con los pendones,
enclinavan las caras — sobre los arzones,
batien los cavallos — con los espolones,
tembrar querie la tierra — dond eran movedores.
Cada uno dellos — mientes tiénet al so;
todos tres por tres — ya juntados son:
cuédanse que essora cadrán muertos — los que están ade-
[rredor
Per Vermudoz, — el que antes rebtó,
con Ferrán Gonçálvez — de cara se juntó;
firiensse en los escudos — sin todo pavor.
Ferrán Gonçálvez a don Pero — el escudol passó,
prísol en vázio, — en carne nol tomó,
bien en dos logares — el astil le quebró.
Firme estido Per Vermudoz, — por esso nos encamó;
un colpe reçibiera, — mas otro firió;
crebantó la bloca del escudo, — apart gela echó,
passógelo todo — que nada nol valió.

Carrión. Cumplid ahora con vuestro derecho, no pretendáis injusticias, que al que tal pretenda yo se lo vedaré, y no ha de hallar paz en todo mi reino.

¡Ay, cuánto les pesa de sus desmanes a los infantes de Carrión!

Los jueces y el rey señalan los mojones, y luego se echan fuera del campo, haciendo entender claramente a los seis caballeros que quien salga de la raya quedará vencido. Todos despejaron el sitio en el término de seis astas de lanza, a partir de la raya.

Sortean el campo, parten el terreno, salen los jueces cara a cara hasta medio campo. De aquí salen los del Cid contra los de Carrión, y de allá aquéllos contra éstos, cada uno acechando el avance de su contrario. Embrazan los escudos frente a los pechos; bajan, revolviendo el pendón, las lanzas; se inclinan sobre los arzones; dan de espuelas, y arrancan con un ímpetu que hizo retemblar la tierra. Cada uno acecha al contrario; ya se juntan tres contra tres; los espectadores piensan que a cada instante van a caer muertos los combatientes.

Pedro Bermúdez, el que primero retó, se enfrenta con Fernán González, y ambos se golpean sin miedo los escudos. Fernán le pasa el escudo a Pedro; pero da en vacío y no le alcanza las carnes, quebrando la lanza por dos partes. Firme se mantuvo Pedro Bermúdez, que no se ladeó por eso. Si un golpe recibe, otro contesta; rompe y arranca la broca escudo del enemigo y le pasa de parte a parte sin que parezca resistir. Metióle la lanza por el pecho, junto al corazón; Fernando tenía tres dobleces de loriga, y eso le valió; porque dos dobleces se le desmallan, pero el tercero resiste (hundiéndose). La túnica acolchada, la camisa y la guarnición, se le entraron en la carne todo el espesor de una mano, y empezó a echar sangre por la boca. Las cinchas, perdidas, reventaron; el caballo se derrumbó sobre las ancas. Creen todos que está herido de muerte. Don Pedro le dejó clavada la lanza y echó mano

Metiól la lança por los pechos, — *çerca del coraçón;*
tres dobles de loriga tenie Fernando, — aquestol prestó.
Las dos le desmanchan — e la terçera fincó:
el belmez con la camisa — e con la guarnizón
de dentro en la carne — una mano gela metió;
por la boca fuera — la sángel salió;
crebáronle las çinchas, — ninguna nol ovo pro,
por la copla del cavallo — en tierra lo echó.
Assí lo tenien las yentes — que mal ferido es de muort.
En elle dexó la lança — e mano al espada metió,
quando lo vido Ferrán Gonçálvez — conuvo a Tizón;
antes que el colpe esperasse — dixo: «vençudo so.»
Atorgárongelo los fideles. — Per Vermudoz le dexó.

151

Martín Antolínez vence a Diego

Don Martino e Díag Gonçálvez — firiéronse de las lanças,
tales foron los colpes — que les crebaron amas.
Martín Antolínez — mano metió al espada,
relumbra tod el campo, — tanto es linpia e clara;
diol un colpe, — de traviéssol tomava:
el casco de somo — apart gelo echava,
las moncluras del yelmo — todas gelas cortava,
allá levó el almófar — fata la cofia llegava,
la cofia e el almófar — todo gelo levava,
ráxol los pelos de la cabeça — bien a la carne llegava;
lo uno cayó en el campo — e lo al suso fincava.
Quando este colpe a ferido — Colada, la preçiada,
vido Díag Gonçálvez — que no escaparie con el alma;
bolvió la rienda al cavallo — por tornarsse de cara,
espada tiene en mano — mas no la ensayava.
Essora Martín Antolínez — reçibiól con el espada,
un cólpel dio de llano — con lo agudo nol tomava.
Essora el ifante — tan grandes vozes dava:
«valme, Dios glorioso, — señor, cúriam deste espada!»

a la espada. Fernán González, que lo ve, reconoce la Tizona y, sin esperar el golpe, exclama:

—Estoy vencido.

Los jueces lo otorgan, y Pedro Bermúdez se aleja.

151

Martín Antolínez vence a Diego

Don Martín y Diego González arremeten con las lanzas; y tales fueron los golpes, que ambos las quebraron. Martín Antolínez echó mano a la espada, y es tan limpia y clara que el reflejo vuela por el campo. Descarga un golpe de través, le quita el casco de encima a su contrario, cortándole todas las correas; descubrió la capucha, llegó a la cofia, y capucha y cofia las arranca; le rae los pelos de la cabeza, le entra en la carne. Cuanto arrancó cae por el suelo, y queda en su puesto lo demás.

Ante este tajo de la preciosa Colada, Diego González ha comprendido que no escapará con vida. Tira la rienda para volverse de frente, y aunque trae la espada en la mano, no la emplea. Martín Antolínez le recibe entonces con la espada, dándole un soberbio cintarazo. Y a esto el infante comienza a gritar desaforadamente:

—¡Válgame Dios, que está en la gloria! ¡Líbrame, Señor, de esta espada!

el cavallo asorrienda, — e mesurándol del espada,
sacól del mojón; — don Martino en el campo fincava.
Essora dixo el rey: — «venid vos a mi compaña;
»por quanto avedes fecho — vençida avedes esta batalla.»
Otórgangelo los fideles — que dize verdadera palabra.

152

Muño Gustioz vence a Asur González.—El padre de los infantes declara vencida la lid.—Los del Cid vuelven cautelosamente a Valencia.—Alegría del Cid.—Segundo matrimonio de sus hijas.—El juglar acaba su poema.

Los dos han arrancado; — dirévos de Muño Gustioz,
con Anssuor Gonçálvez, — cómmo se adobó.
Firiénsse en los escudos — unos tan grandes colpes.
Anssuor Gonçálvez, — forzudo e de valor,
firió en el escudo — a don Muño Gustioz,
tras el escudo — falssóle la guarnizón;
en vázio fue la lança — ca en carne nol tomó.
Este colpe fecho, — otro dio Muño Gustioz:
por medio de la bloca — el escúdol crebantó:
nol pudo guarir, — falssóle la guarnizón,
apart le priso, — que non cab el coraçón;
metiól por la carne adentro — la lança con el pendón,
de la otra part — una braça gela echó,
con él dio una tuerta — de la siella lo encamó,
al tirar de la lança — en tierra lo echó;
vermejo salió el astil, — e la lança y el pendón.
Todos se cuedan — que ferido es de muort.
La lança recombró — e sobrél se paró;
dixo Gonçálvo Anssuórez: — «nol firgades, por Dios!
»vençudo es el campo, — quendo esto se acabó.»
Dixieron los fideles: — «esto odimos nos.»
Mandó librar el campo — el buen rey don Alfons,
las armas que i rastaron — elle se las tomó.

Refrena entonces el caballo, y, alejándose de la temida espada, lo saca de los mojones. Don Martín se queda en el campo.

El rey dijo:

—Venid a mi lado. Ya habéis vencido la lid.

Y como así era la verdad, los jueces lo otorgan.

152

Muño Gustioz vence a Asur González.—El padre de los infantes declara vencida la lid.—Los del Cid vuelven cautelosamente a Valencia.—Alegría del Cid.—Segundo matrimonio de sus hijas.—El juglar acaba su poema.

Estos dos han vencido ya. Ahora os diré cómo se las arreglaba Muño Gustioz con Asur González. Grandes golpes se han descargado sobre los escudos. Asur González, bravo y forzudo, traspasando el escudo de Muño Gustioz, le estropea la armadura; pero la lanza se desliza en vacío sin coger carne. Entonces Muño Gustioz carga a su vez, quiebra el escudo por la broca, estropea las armas sin que haya manera de evitarlo, y aunque lejos del corazón, le mete lanza y pendón por el cuerpo al adversario, atravesándole por el otro lado una braza; luego da un tirón, lo sacude sobre la silla, y al sacar la lanza lo echa al suelo; tintos en sangre salen lanza y asta y pendón. Todos piensan que está herido de muerte. Muño asegura otra vez la lanza y va sobre el caído. Y aquí grita Gonzalo Ansúrez:

—¡No le toquéis, por Dios! ¡Vencido está el campo; esto es hecho!

Y los jueces confirman:

—Lo hemos oído.

El buen rey don Alfonso manda entonces despejar el campo, y toma para sí las armas que quedan por el suelo. Los del buen Campeador van muy gloriosos. Gracias a Dios, han triunfado en lid. En la tierra de Carrión quedan todos apesadumbrados.

Por ondrados se parten — los del buen Campeador;
vençieron esta lid, — grado al Criador.
Grandes son los pesares — por tierras de Carrión.
El rey a los de mio Çid — de noche los enbió,
que no les diessen salto — nin oviessen pavor.
A guisa de membrados — andan días e noches,
félos en Valençia — con mio Çid el Campeador,
por malos los dexaron — a ifantes de Carrión,
complido han el debdo — que les mandó so señor,
alegre fo d'aqueste — mio Çid el Campeador.
Grant es la biltança — de ifantes de Carrión.
Qui buena dueña escarneçe — e la dexa después
atal le contesca — o siquier peor.
Dexémonos de pleitos — de ifantes de Carrión,
de lo que an preso — mucho an mal sabor;
fablemos nos d'aqueste — que en buen ora naçió.
Grandes son los gozos — en Valençia la mayor,
porque tan ondrados — foron los del Campeador.
Prísos a la barba — Roy Díaz so señor:
«Grado al rey del çielo, — mis fijas vengadas son!
»Agora las ayan quitas — heredades de Carrión!
»Sin vergüença las casaré — o a qui pese o a qui non.»
Andidieron en pleytos — los de Navarra e de Aragón,
ovieron su ajunta — con Alfons el de León.
Fizieron sos casamientos — don Elvira e doña Sol;
los primeros foron grandes, — mas aquestos son mijores;
a mayor ondra las casa — que lo primero fo.
Veed qual ondra creçe — al que en buen ora naçió,
quando señoras son sus fijas — de Navarra e de Aragón.
Oy los reyes d'España — sos parientes son,
a todos alcança ondra — por el que en buena naçió.
Passado es deste sieglo — *mio Çid de Valençia señor*
el día de cinquaesma; — de Cristus aya perdón!
Así ffagamos nós todos — justos e pecadores!
Estas son las nuevas — de mio Çid Campeador;
en este logar — se acaba esta razón.

El rey mandó a los del Cid salir de noche, para que no hubiera temor de asalto. Ellos, como prudentes, se ponen a caminar día y noche. Helos ya en Valencia con el Cid. Maltrechos dejaron a los de Carrión, y ellos han cumplido su compromiso. ¡Cuánto se alegra de esto el buen Cid! Muy envilecidos quedan los de Carrión. ¡Oh, tal y aún peor acontezca siempre al que escarnece y luego abandona a su buena dama!

Pero dejemos estas cosas de los infantes, que están muy apesadumbrados del castigo. Hablemos, hablemos del que nació en buen hora. Grandes fiestas hay en Valencia la mayor, porque los del Cid salieron de aquel lance con gloria. Ruy Díaz se acaricia las barbas y exclama:

—¡Loado sea el Rey de los cielos! Ya mis hijas están vengadas. ¡Ahora sí que disfrutan sin gravamen de sus famosas posesiones de Carrión! Ahora puedo casarlas ya sin vergüenza, pese a quien pese.

Los de Navarra y Aragón hicieron sus pláticas, tuvieron junta con el rey don Alfonso, y al fin doña Elvira y doña Sol se casaron. Si grandes fueron las primeras bodas, éstas máximas, y la casa queda mucho más honrada que antes. Ved, pues, cómo se enaltecía el bienhadado, que ya sus hijas son señoras de Aragón y Navarra. Hoy los reyes de España son sus parientes, y todos creen en honra por el que nació en claro día.

Nuestro buen Cid, señor de Valencia, dejó el siglo en la Pascua de Pentecostés. Dios le haya perdonado, y así haga con todos nosotros, justos y pecadores.

Éstas son las hazañas del Cid Campeador.

Y en llegando a este punto se acaba la canción.

ÍNDICE DE AUTORES

DE LA

COLECCIÓN AUSTRAL

ÍNDICE DE AUTORES DE LA COLECCIÓN AUSTRAL

HASTA EL NÚMERO 1340

* Volumen extra

ABENTOFÁIL, Abuchafar
1195-El filósofo autodidacto.
ABOUT, Edmond
723-El rey de las montañas. *
ABRANTES, Duquesa de
495-Portugal a principios del siglo XIX.
ABREU GÓMEZ, Ermilo
1003-Las leyendas del Popol Vuh.
ABSHAGEN, Karl H.
1303-El almirante Canaris.*
ADLER, Alfredo
775-Conocimiento del hombre. *
AFANASIEV, Alejandro N.
859-Cuentos populares rusos.
AGUIRRE, Juan Francisco
709-Discurso histórico. *
AIMARD, Gustavo
276-Los tramperos del Arkansas. *
AKSAKOV, S. T.
849-Recuerdos de la vida de estudiante.
ALCALÁ GALIANO, Antonio
1048-Recuerdos de un anciano. *
ALCEO y otros
1332-Poetas líricos griegos.
ALFONSO, Enrique
964-...Y llegó la vida. *
ALIGHIERI, Dante
875-El convivio. *
1056-La Divina Comedia. *
ALONSO, Dámaso
595-Hijos de la ira.
1290-Oscura noticia y Hombre y Dios.
ALSINA FUERTES, F., y PRELAT, C. E.
1037-El mundo de la mecánica.
ALTAMIRANO, Ignacio Manuel
108-El Zarco.
ALTOLAGUIRRE, M.
1219-Antología de la poesía romántica española. *
ÁLVAREZ, G.
1157-Mateo Alemán.
ÁLVAREZ QUINTERO, Serafín y Joaquín
124-Puebla de las Mujeres. El genio alegre.
321-Malvaloca. Doña Clarines.
ALLISON PEERS, E.
671-El misticismo español. *
AMADOR DE LOS RÍOS, José
693-Vida del marqués de Santillana.
AMOR, Guadalupe
1277-Antología poética.
ANACREONTE y otros
1332-Poetas líricos griegos.
ANDREIEV, Leónidas
996-Sachka Yegulev. *
1046-Los espectros.
1159-Las tinieblas.
1226-El misterio y otros cuentos.
ANÓNIMO
5-Poema del Cid. *
59-Cuentos y leyendas de la vieja Rusia.
156-Lazarillo de Tormes. (Prólogo de Gregorio Marañón.)
337-La historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Artús Dalgarbe.
359-Libro del esforzado caballero don Tristán de Leonís. *
374-La historia del rey Canamor y del infante Turián, su hijo. La destrución de Jerusalén.
396-La vida de Estebanillo González. *
416-El conde Partinuples. Roberto el Diablo. Clamades. Clarmonda.
622-Cuentos populares y leyendas de Irlanda.
668-Viaje a través de los mitos irlandeses.
712-Nala y Damayanti. (Episodio del Mahabharata.)
892-Cuentos del Cáucaso.
1197-Poema de Fernán González.
1264-Hitopadeza o Provechosa enseñanza.
1294-El cantar de Roldán.
ANZOÁTEGUI, Ignacio B.
1124-Antología poética.
ARAGO, Domingo F.
426-Grandes astrónomos anteriores a Newton.
543-Grandes astrónomos. (De Newton a Laplace.)
556-Historia de mi juventud. (Viaje por España. 1806-1809.)
ARCIPRESTE DE HITA
98-Libro de buen amor.
ARÈNE, Paul
205-La cabra de oro.
ARISTÓTELES
239-La política. *
296-Moral. (La gran moral. Moral a Eudemo.) *
318-Moral a Nicómaco. *
399-Metafísica. *
803-El arte poética.
ARNICHES, Carlos
1193-El santo de la Isidra. Es mi hombre.
1223-El amigo Melquiades. La señorita de Trevélez.
ARNOLD, Matthew
989-Poesía y poetas ingleses.
ARNOULD, Luis
1237-Almas prisioneras. *
ARQUÍLOCO y otros
1332-Poetas líricos griegos.
ARRIETA, Rafael Alberto
291-Antología poética.
406-Centuria porteña.
ASSOLLANT, Alfredo
386-Aventuras del capitán Corcorán. *
AUNÓS, Eduardo
275-Estampas de ciudades. *
AUSTEN, Jane
823-Persuasión. *
1039-La abadía de Northanger. *
1066-Orgullo y prejuicio. *
AZORÍN
36-Lecturas españolas.
47-Trasuntos de España.
67-Españoles en París.
153-Don Juan.
164-El paisaje de España visto por los españoles.
226-Visión de España.
248-Tomás Rueda.
261-El escritor.
380-Capricho.
420-Los dos Luises y otros ensayos.
461-Blanco en azul. (Cuentos.)

475-De Granada a Castelar.
491-Las confesiones de un pequeño filósofo.
525-María Fontán. (Novela rosa.)
551-Los clásicos redivivos. Los clásicos futuros.
568-El político.
611-Un pueblecito: Riofrío de Ávila.
674-Rivas y Larra.
747-Con Cervantes. *
801-Una hora de España.
830-El caballero inactual.
910-Pueblo.
951-La cabeza de Castilla.
1160-Salvadora de Olbena.
1202-España.
1257-Andando y pensando. Notas de un transeúnte.
1288-De un transeúnte.
1314-Historia y vida. *

BABINI, José
847-Arquímedes.
1007-Historia sucinta de la ciencia. *
1142-Historia sucinta de la matemática.

BAILLIE FRASER, Jaime
1062-Viaje a Persia.

BALMES, Jaime
35-Cartas a un escéptico en materia de religión.*
71-El criterio. *

BALZAC, Honorato de
793-Eugenia Grandet. *

BALLANTYNE, Roberto M.
259-La isla de coral. *
517-Los mercaderes de pieles. *

BALLESTEROS BERETTA, Antonio
677-Figuras imperiales: Alfonso VII el Emperador. Colón. Fernando el Católico. Carlos V. Felipe II.

BAQUÍLIDES y otros
1332-Poetas líricos griegos.

BARNOUW, A. J.
1050-Breve historia de Holanda. *

BAROJA, Pío
177-La leyenda de Jaun de Alzate.
206-Las inquietudes de Shanti Andía. *
230-Fantasías vascas.
256-El gran torbellino del mundo. *
288-Las veleidades de la fortuna.
320-Los amores tardíos.
331-El mundo es así.
346-Zalacaín el aventurero.
365-La casa de Aizgorri.
377-El mayorazgo de Labraz.
398-La feria de los discretos. *
445-Los últimos románticos.
471-Las tragedias grotescas.
605-El Laberinto de las sirenas. *
620-Paradox, rey. *
720-Aviraneta o La vida de un conspirador. *
1100-Las noches del Buen Retiro. *
1174-Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox. *
1203-La obra de Pello Yarza.
1241-Los pilotos de altura. *
1253-La estrella del capitán Chimista. *

BARRIOS, Eduardo
1120-Gran señor y rajadiablos. *

BASAVE F. DEL VALLE, Agustín
1289-Filosofía del Quijote. *
1336-Filosofía del hombre.*

BASHKIRTSEFF, María
165-Diario de mi vida.

BAUDELAIRE, C.
885-Pequeños poemas en prosa. Crítica de arte.

BAYO, Ciro
544-Lazarillo español. *

BEAUMARCHAIS, P. A. Caron de
728-El casamiento de Fígaro.

BÉCQUER, Gustavo A.
3-Rimas y leyendas.
788-Desde mi celda.

BENAVENTE, Jacinto
34-Los intereses creados. Señora ama.
84-La malquerida. La noche del sábado.
94-Cartas de mujeres.
305-La fuerza bruta. Lo cursi.
387-Al fin, mujer. La honradez de la cerradura.
450-La comida de las fieras. Al natural.
550-Rosas de otoño. Pepa Doncel.
701-Titania. La infanzona.
1293-Campo de armiño. La ciudad alegre y confiada. *

BENET, Stephen Vincent
1250-Historia sucinta de los Estados Unidos.

BENEYTO, Juan
971-España y el problema de Europa. *

BENITO, José de
1295-Estampas de España e Indias. *

BENOIT, Pierre
1113-La señorita de Ferté. *
1258-La castellana del Líbano. *

BERCEO, Gonzalo de
344-Vida de Sancto Domingo de Silos. Vida de Sancta Oria, virgen.
716-Milagros de Nuestra Señora.

BERDIAEV, Nicolás
26-El cristianismo y el problema del comunismo
61-El cristianismo y la lucha de clases.

BERGERAC, Cyrano de
287-Viaje a la Luna e Historia cómica de los Estados e Imperios del Sol.

BERKELEY, J.
1108-Tres diálogos entre Hilas y Filonús.

BERLIOZ, Héctor
992-Beethoven.

BERNÁRDEZ, Francisco Luis
610-Antología poética. *

BJOERNSON, Bjoernstjerne
796-Synnoeve-Solbakken

BLASCO IBÁÑEZ, Vicente
341-Sangre y arena. *
351-La barraca.
361-Arroz y tartana. *
390-Cuentos valencianos
410-Cañas y barro. *
508-Entre naranjos. *
581-La condenada y otros cuentos.

BOECIO, Severino
394-La consolación de filosofía.

BORDEAUX, Henri
809-Yamilé.

BOSSUET, J. B.
564-Oraciones fúnebres.

BOSWELL, James
899-La vida del doctor Samuel Johnson. *

BOUGAINVILLE, L. A.
349-Viaje alrededor del mundo. *

BOYD CORREL, A., y MacDONALD, Philip
1057-La rueda oscura. *

BRET HARTE, Francisco
963-Cuentos del Oeste. *
1126-Maruja.
1156-Una noche en vagón-cama.
BRONTË, Carlota
1182-Jane Eyre. *
BRUNETIÈRE, Fernando
783-El carácter esencial de la literatura francesa.
BUCK, Pearl S.
1263-Mujeres sin cielo. *
BURTON, Roberto
669-Anatomía de la melancolía.
BUSCH, Francis X.
1229-Tres procesos célebres. *
BUTLER, Samuel
285-Erewhon. *
BYRON, Lord
111-El corsario. Lara. El sitio de Corinto. Mazeppa.
CABEZAS, Juan Antonio
1183-Rubén Darío. *
1313-«Clarín», el provinciano universal. *
CADALSO, José
1078-Cartas marruecas.
CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro
39-El alcalde de Zalamea. La vida es sueño. *
289-El mágico prodigioso. Casa con dos puertas, mala es de guardar.
384-La devoción de la cruz. El gran teatro del mundo.
496-El mayor monstruo del mundo. El príncipe constante.
593-No hay burlas con el amor. El médico de su honra. *
659-A secreto agravio, secreta venganza. La dama duende.
CALVO SOTELO, Joaquín
1238-La visita que no tocó el timbre. Nuestros ángeles.
CAMACHO, Manuel
1281-Desistimiento español de la empresa imperial.
CAMBA, Julio
22-Londres.
269-La ciudad automática.
295-Aventuras de una peseta
343-La casa de Lúculo.
654-Sobre casi todo.
687-Sobre casi nada.
714-Un año en el otro mundo.
740-Playas, ciudades y montañas.
754-La rana viajera.
791-Alemania. *
1282-Millones al horno.
CAMOENS Luis de
1068-Los Lusiadas. *
CAMPOAMOR, Ramón de
238-Doloras. Cantares. Los pequeños poemas.
CANCELA, Arturo
423-Tres relatos porteños. Tres cuentos de la ciudad.
1340-Campanarios y rascacielos.
CANÉ, Miguel
255-Juvenilia y otras páginas argentinas.
CANILLEROS, Conde de
1168-Tres testigos de la conquista del Perú.
CAPDEVILA, Arturo
97-Córdoba del recuerdo.
222-Las invasiones inglesas.
352-Primera antología de mis versos. *
506-Tierra mía.
607-Rubén Darío. «Un Bardo Rei».
810-El padre Castañeda. *
905-La dulce patria.
970-El hombre de Guayaquil.
CARLYLE, Tomás
472-Los primitivos reyes de Noruega.
906-Recuerdos. *
1009-Los héroes. *
1079-Vida de Schiller.
CARRÈRE, Emilio
891-Antología poética.
CASARES, Julio
469-Crítica profana. Valle-Inclán, Azorín y Ricardo León. *
1305-Cosas del lenguaje. *
1317-Crítica efímera. *
CASTELO BRANCO, Camilo
582-Amor de perdición. *
CASTIGLIONE, Baltasar
549-El cortesano. *
CASTILLO SOLÓRZANO
1249-La garduña de Sevilla y Anzuelo de las bolsas *
CASTRO, Guillén de
583-Las mocedades del Cid. *
CASTRO, Miguel de
924-Vida del soldado español Miguel de Castro. *
CASTRO, Rosalía de
243-Obra poética.
CASTROVIEJO, José María, y CUNQUEIRO, Álvaro
1318.-Viaje por los montes y chimeneas de Galicia. Caza y cocina gallegas.
CATALINA, Severo
1239-La mujer. *
CEBES, TEOFRASTO, EPICTETO
733-La tabla de Cebes. Caracteres morales. Enquiridón o máximas.
CELA, Camilo José
1141-Viaje a la Alcarria.
CERVANTES, Miguel de
29-Novelas ejemplares. *
150-Don Quijote de la Mancha. *
567-Novelas ejemplares. *
686-Entremeses.
774-El cerco de Numancia. El gallardo español.
1065-Los trabajos de Persiles y Sigismunda. *
CÉSAR, Julio
121-Comentarios de la guerra de las Galias. *
CICERÓN
339-Los oficios.
CIEZA DE LEÓN, P. de
507-La crónica del Perú. *
CLARÍN (Leopoldo Alas)
444-¡Adiós, «Cordera»!, y otros cuentos.
CLERMONT, Emilio
816-Laura. *
COLOMA, P. Luis
413-Pequeñeces. *
421-Jeromín. *
435-La reina mártir. *
COLÓN, Cristóbal
633-Los cuatro viajes del Almirante y su testamento. *
CONCOLORCORVO
609-El lazarillo de ciegos caminantes. *
CONSTANT, Benjamín
938-Adolfo.
CORNEILLE, Pedro
813-El Cid. Nicomedes

CORTÉS, Hernán
547-Cartas de relación de la conquista de México. *
COSSÍO, Francisco de
937-Aurora y los hombres.
COSSÍO, José María de
490-Los toros en la poesía.
762-Romances de tradición oral.
1138-Poesía española. (Notas de asedio.)
COSSÍO, Manuel Bartolomé
500-El Greco. *
COUSIN, Víctor
696-Necesidad de la filosofía.
CROWTHER, J. G.
497-Humphry Davy, Michael Faraday. (Hombres de ciencia británicos del siglo XIX.)
509-J. Prescott Joule. W. Thompson. J. Clark Maxwell. (Hombres de ciencia británicos del siglo XIX.) *
518-T. Alva Edison. J. Henry. (Hombres de ciencia norteamericanos del siglo XIX.)
540-Benjamín Franklin. J. Willard Gibbs. (Hombres de ciencia norteamericanos del siglo XIX.) *
CRUZ, Sor Juana Inés de la
12-Obras escogidas.
CUEVA, Juan de la
895-El infamador. Los siete infantes de Lara.
CUI, César
758-La música en Rusia.
CUNQUEIRO, Álvaro, y CASTROVIEJO, José María
1318-Viaje por los montes y chimeneas de Galicia. Caza y cocina gallegas.
CURIE, Eva
451-La vida heroica de María Curie, descubridora del radium, contada por su hija. *
CHAMISSO, Adalberto de
852-El hombre que vendió su sombra.
CHAMIZO, Luis
1269-El miajón de los castúos.
CHATEAUBRIAND, Vizconde de
50-Atala. René. El último Abencerraje.
CHEJOV, Antón P.
245-El jardín de los cerezos.
279-La cerilla sueca.
348-Historia de mi vida.
418-Historia de una anguila.
753-Los campesinos.
838-La señora del perro y otros cuentos.
923-La sala número seis.
CHERBULIEZ, Víctor
1042-El conde Kostia. *
CHESTERTON, Gilbert K.
20-Santo Tomás de Aquino.
125-La esfera y la cruz. *
170-Las paradojas de míster Pond.
523-Charlas. *
625-Alarmas y digresiones.
CHMELEV, Iván
95-El camarero.
CHOCANO, José Santos
751-Antología poética. *
CHRÉTIEN DE TROYES
1308-Perceval o El cuento del grial. *
DANA, R. E.
429-Dos años al pie del mástil.
DARÍO, Rubén
19-Azul.
118-Cantos de vida y esperanza.
282-Poema del otoño.
404-Prosas profanas.
516-El canto errante.
860-Poemas en prosa.
871-Canto a la Argentina. Oda a Mitre. Canto a Chile.
880-Cuentos.
1119-Los raros. *
DAUDET, Alfonso
738-Cartas desde mi molino.
755-Tartarín de Tarascón.
972-Recuerdos de un hombre de letras.
D'AUREVILLY, J. Barbey
968-El caballero Des Touches.
DÁVALOS, Juan Carlos
617-Cuentos y relatos del Norte argentino.
DEFOE, Daniel
1292-Aventuras de Robinsón Crusoe. *
1298-Nuevas aventuras de Robinsón Crusoe. *
DELEDDA, Grazia
571-Cósima.
DELFINO, Augusto Mario
463-Fin de siglo.
DELGADO, J. M.
563-Juan María. *
DEMAISON, André
262-El libro de los animales llamados salvajes.
DÍAZ CAÑABATE, Antonio
711-Historia de una taberna. *
DÍAZ DE GUZMÁN, Ruy
519-La Argentina. *
DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal
1274-Historia verdadera de la conquista de la Nueva España. *
DÍAZ-PLAJA, Guillermo
297-Hacia un concepto de la literatura española.
1147-Introducción al estudio del romanticismo español. *
1221-Federico García Lorca. *
DICKENS, Carlos
13-El grillo del hogar.
658-El reloj del señor Humphrey.
717-Cuentos de Navidad. *
772-Cuentos de Boz.
DICKSON, C.
757-Murió como una dama. *
DIDEROT, D.
1112-Vida de Séneca. *
DIEGO, Gerardo
219-Primera antología de sus versos.
DIEHL, Carlos
1309-Una república de patricios: Venecia. *
1324-Grandeza y servidumbre de Bizancio. *
DINIZ, Julio
732-La mayorazguita de Los Cañaverales. *
DONOSO, Armando
376-Algunos cuentos chilenos. (Antología de cuentistas chilenos.)
DONOSO CORTÉS, Juan
864-Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo. *
D'ORS, Eugenio
465-El valle de Josafat.
DOSTOYEVSKI, Fedor
167-Stepantchikovo.
267-El jugador.
322-Noches blancas. El diario de Raskolnikov.
1059-El ladrón honrado.
1093-Nietochka Nezvanova.

1254-Una historia molesta. Corazón débil.
1262-Diario de un escritor.*
DROZ, Gustavo
979-Tristezas y sonrisas.
DUHAMEL, Georges
928-Confesión de medianoche.
DUMAS, Alejandro
882-Tres maestros: Miguel Ángel, Ticiano, Rafael.
DUNCAN, David
887-La hora en la sombra.
EÇA DE QUEIROZ, J. M.
209-La ilustre casa de Ramires. *
ECKERMANN, J. P.
973-Conversaciones con Goethe.
ECHAGÜE, Juan Pablo
453-Tradiciones, leyendas y cuentos argentinos.
1005-La tierra del hambre.
EHINGER, H. H.
1092-Clásicos de la música. *
EICHENDORFF, José de
926-Episodios de una vida tunante.
ELIOT, George
949-Silas Marner. *
ELVAS, Hidalgo de
1099-Expedición de Hernando de Soto a Florida.
EMERSON, R. W.
1032-Ensayos escogidos.
ENCINA, Juan de la
1266-Van Gogh. *
EPICTETO, TEOFRASTO, CEBES
733-Enquiridión o máximas. Caracteres morales. La tabla de Cebes.
ERASMO, Desiderio
682-Coloquios. *
1179-Elogio de la locura.
ERCILLA, Alonso de
722-La Araucana.
ERCKMANN-CHATRIAN
486-Cuentos de orillas del Rhin.
912-Historia de un recluta de 1813.
945-Waterloo. *
ESPINA, Antonio
174-Luis Candelas. El bandido de Madrid.
290-Ganivet. El hombre y la obra.
ESPINA, Concha
1131-La niña de Luzmela.
1158-La rosa de los vientos. *
1196-Altar mayor. *
1230-La esfinge maragata. *
ESPINOSA, Aurelio M.
585-Cuentos populares de España. *
ESPINOSA (hijo), Aurelio M.
645-Cuentos populares de Castilla.
ESPRONCEDA, José de
917-Poesías líricas. El estudiante de Salamanca.
ESQUILO
224-La Orestíada. Prometeo encadenado.
ESTÉBANEZ CALDERÓN, S.
188-Escenas andaluzas.
EURÍPIDES
432-Alcestes. Las bacantes. El cíclope.
623-Electra. Ifigenia en Táuride. Las troyanas.
653-Orestes. Medea. Andrómaca.
EYZAGUIRRE, Jaime
641-Ventura de Pedro de Valdivia.
FALLA, Manuel de
950-Escritos sobre música y músicos.
FARMER, Laurence, y HEXTER, George J.
1137-¿Cuál es su alergia?
FAULKNER, W.
493-Santuario. *
FERNÁN CABALLERO
56-La familia de Alvareda.
364-La gaviota. *
FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA, Alonso
603-El Quijote. *
FERNÁNDEZ DE VELASCO Y PIMENTEL, B.
662-Deleite de la discreción. Fácil escuela de la agudeza.
FERNÁNDEZ FLÓREZ, Wenceslao
145-Las gafas del diablo.
225-La novela número 13. *
263-Las siete columnas. *
284-El secreto de Barba-Azul. *
325-El hombre que compró un automóvil.
FERNÁNDEZ MORENO, B.
204-Antología 1915-1947. *
FIGUEIREDO, Fidelino de
692-La lucha por la expresión.
741-Bajo las cenizas del tedio.
850-*Historia literaria de Portugal. (Introducción histórica. La lengua y literatura portuguesas. Era medieval: De los orígenes a 1502).
861-**Historia literaria de Portugal. (Era clásica: 1502-1825.) *
878-***Historia literaria de Portugal. (Era romántica: 1825-actualidad.)
FLAUBERT, Gustavo
1259-Tres cuentos.
FLORO, Lucio Anneo
1115-Gestas romanas.
FORNER, Juan Pablo
1122-Exequias de la lengua castellana.
FÓSCOLO, Hugo
898-Últimas cartas de Jacobo Ortiz.
FOUILLÉ, Alfredo
846-Aristóteles y su polémica contra Platón.
FOURNIER D'ALBE, y JONES, T. W.
663-Efestos. Quo vadimus. Hermes.
FRANKLIN, Benjamín
171-El libro del hombre de bien.
FRAY MOCHO
1103-Tierra de matreros.
FROMENTIN, Eugenio
1234-Domingo. *
FÜLÖP-MILLER, René
548-Tres episodios de una vida.
840-Teresa de Ávila, la santa del éxtasis.
930-Francisco, el santo del amor.
1041-¡Canta, muchacha, canta!
1265-Ignacio, el santo de la voluntad de poder. Agustín, el santo del intelecto.
GABRIEL Y GALÁN, José María
808-Castellanas. Nuevas castellanas. Extremeñas. *
GÁLVEZ, Manuel
355-El gaucho de los cerrillos.
433-El mal metafísico. *
1010-Tiempo de odio y angustia. *
1064-Han tocado a degüello. (1840-1842.) *

1144-Bajo la garra anglo-francesa. *
1205-Y así cayó don Juan Manuel... 1850-1852. *
GALLEGOS, Rómulo
168-Doña Bárbara. *
192-Cantaclaro. *
213-Canaima. *
244-Reinaldo Solar. *
307-Pobre negro. *
338-La trepadora. *
425-Sobre la misma tierra. *
851-La rebelión y otros cuentos.
902-Cuentos venezolanos.
1101-El forastero. *
GANIVET, Ángel
126-Cartas finlandesas. Hombres del Norte.
139-Ideárium español. El porvenir de España.
GARCÍA DE LA HUERTA, Vicente
684-Raquel. Agamenón vengado.
GARCÍA GÓMEZ, Emilio
162-Poemas arabigoandaluces.
513-Cinco poetas musulmanes. *
1220-Silla del Moro. Nuevas escenas andaluzas.
GARCÍA ICAZBALCETA, J.
1106-Fray Juan de Zumárraga. *
GARCÍA MERCADAL, J.
1180-Estudiantes, sopistas y pícaros. *
GARCÍA MORENTE, Manuel
1302-Idea de la hispanidad. *
GARCÍA Y BELLIDO, Antonio
515-España y los españoles hace dos mil años, según la geografía de Strabon. *
744-La España del siglo I de nuestra era, según P. Mela y C. Plinio. *
GARIN, Nicolás
708-La primavera de la vida.
719-Los colegiales.
749-Los estudiantes.
883-Los ingenieros. *
GASKELL, Isabel C.
935-Mi prima Filis.
1053-María Barton. *
1086-Cranford. *
GELIO, Aulo
1128-Noches áticas. (Selección.)
GÉRARD, Julio
367-El matador de leones.
GIBBON, Edward
915-Autobiografía.
GIL, Martín
447-Una novena en la sierra.
GIRAUDOUX, Jean
1267-La escuela de los indiferentes.
GOBINEAU, Conde de
893-La danzarina de Shamaka y otras novelas asiáticas.
1036-El Renacimiento. *
GOETHE, J. W.
60-Las afinidades electivas. *
449-Las cuitas de Werther.
608-Fausto.
752-Egmont.
1023-Hermann y Dorotea.
1038-Memorias de mi niñez. *
1055-Memorias de la Universidad. *
1076-Memorias del joven escritor. *
1096-Campaña de Francia y Cerco de Maguncia. *
GOGOL, Nicolás
173-Tarás Bulba. Nochebuena.
746-Cuentos ucranios.
907-El retrato y otros cuentos.
GOLDONI, Carlos
1025-La posadera.
GOLDSMITH, Oliverio
869-El vicario de Wakefield. *
GOMES DE BRITO, Bernardo
825-Historia trágico-marítima. *
GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis
498-Antología. (Poesías y cartas amorosas.)
GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón
14-La mujer de ámbar.
143-Greguerías. Selección 1910-1960.
308-Los muertos y las muertas. *
427-Don Ramón María del Valle-Inclán. *
920-Goya. *
1171-Quevedo. *
1212-Lope viviente.
1299-Piso bajo.
1310-Cartas a las golondrinas. Cartas a mí mismo. *
1321-Caprichos. *
1330-El hombre perdido. *
GOMPERTZ, M., y MASSINGHAM, H. J.
529-La panera de Egipto y La Edad de Oro.
GONCOURT, Edmundo de
873-Los hermanos Zemganno. *
GONCOURT, E., y J. de
853-Renata Mauperin. *
916-Germinia Lacerteux. *
GÓNGORA, Luis de
75-Antología.
GONZÁLEZ DE CLAVIJO, Ruy
1104-Relación de la embajada de Enrique III al gran Tamorlán. *
GONZÁLEZ DE MENDOZA, P., y PÉREZ DE AYALA, M.
689-El Concilio de Trento.
GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Enrique
333-Antología poética.
GONZÁLEZ OBREGÓN, L.
494-México viejo y anecdótico.
GONZÁLEZ-RUANO, César
1285-Baudelaire. *
GOSS, Madeleine
587-Sinfonía inconclusa. La historia de Franz Schubert. *
GOSS, Madeleine, y HAVEN SCHAUFER, Robert
670-Brahms. Un maestro en la música. *
GOSSE, Philip
795-Los corsarios berberiscos. Los piratas del Norte. Historia de la piratería.
814-Los piratas del Oeste. Los piratas de Oriente. *
GRACIÁN, Baltasar
49-El héroe. El discreto.
258-Agudeza y arte de ingenio. *
400-El Criticón. *
GRANADA, Fray Luis de
642-Introducción del símbolo de la fe. *
1139-Vida del venerable maestro Juan de Ávila.
GUÉRARD, Alberto
1040-Breve historia de Francia. *
GUERRA JUNQUEIRO, A.
1213-Los simples.

GUEVARA, Antonio de
242-Epístolas familiares.
759-Menosprecio de corte y alabanza de aldea.
GUINNARD, A.
191-Tres años de esclavitud entre los patagones.
GUNTHER, John
1030-Muerte, no te enorgullezcas. *
HARDY, Tomás
25-La bien amada.
HATCH, Alden, y WALSHE, Seamus
1335-Corona de gloria. La vida del papa Pío XII. *
HAVEN SCHAUFER, Robert, y GOSS, Madeleine
670-Brahms. Un maestro en la música. *
HAWTHORNE, Nathaniel
819-Cuentos de la Nueva Holanda.
1082-La letra roja. *
HEARN, Lafcadio
217-Kwaidan.
1029-El romance de la Vía Láctea.
HEBBEL, C. F.
569-Los Nibelungos.
HEBREO, León
704-Diálogos de amor. *
HEGEL, G. F.
594-De lo bello y sus formas. *
726-Sistema de las artes. (Arquitectura, escultura, pintura y música.)
773-Poética. *
HEINE, Enrique
184-Noches florentinas.
952-Cuadros de viaje. *
HENNINGSEN, C. F.
730-Zumalacárregui. *
HERCZEG, Francisco
66-La familia Gyurkovics. *
HERNÁNDEZ, José
8-Martín Fierro.
HERNÁNDEZ, Miguel
908-El rayo que no cesa.
HESSE, Hermann
925-Gertrudis.
1151-A una hora de medianoche.
HESSEN, J.
107-Teoría del conocimiento.
HEXTER, George J., y FARMER, Laurence
1137-¿Cuál es su alergia?
HEYSE, Paul
982-El camino de la felicidad.
HOFFMANN
863-Cuentos. *
HOMERO
1004-Odisea. *
1207-Ilíada. *
HORACIO
643-Odas.
HOWIE, Edith
1164-El regreso de Nola.
HUARTE, Juan
599-Examen de ingenios para las ciencias. *
HUDSON, G. E.
182-El ombú y otros cuentos rioplatenses.
HUGO, Víctor
619-Hernani. El rey se divierte.
652-Literatura y filosofía.
673-Cromwell. *
HUMBOLDT, Guillermo de
1012-Cuatro ensayos sobre España y América. *
HURET, Jules
1075-La Argentina.
IBARBOUROU, Juana de
265-Poemas.
IBSEN, H.
193-Casa de muñecas. Juan Gabriel Borkmann.
ICAZA, Carmen de
1233-Yo, la reina. *
INSÚA, Alberto
82-Un corazón burlado.
316-El negro que tenía el alma blanca. *
328-La sombra de Peter Wald. *
IRIARTE, Tomás de
1247-Fábulas literarias.
IRIBARREN, Manuel
1027-El príncipe de Viana. *
IRVING, Washington
186-Cuentos de la Alhambra. *
476-La vida de Mahoma. *
765-Cuentos del antiguo Nueva York.
ISAACS, Jorge
913-María. *
ISÓCRATES
412-Discursos histórico-políticos.
JACOT, Luis
1167-El Universo y la Tierra.
1189-Materia y vida. *
1216-El mundo del pensamiento.
JAMESON, Egon
93-De la nada a millonarios.
JAMMES, Francis
9-Rosario al Sol.
894-Los Robinsones vascos.
JANINA, Condesa Olga
782-Los recuerdos de una cosaca.
JENOFONTE
79-La expedición de los diez mil (Anábasis).
JIJENA SÁNCHEZ, Lidia R. de
1114-Poesía popular y tradicional americana. *
JOKAI, Mauricio
919-La rosa amarilla.
JOLY, Henri
812-Obras clásicas de la filosofía. *
JONES, T. W., y FOURNIER D'ALBE
663-Hermes y Efestos. Quo vadimus.
JUAN MANUEL, Infante don
676-El conde Lucanor.
JUNCO, Alfonso
159-Sangre de Hispania.
KANT, Emmanuel
612-Lo bello y lo sublime. La paz perpetua.
648-Fundamentación de la metafísica de las costumbres.
KARR, Alfonso
942-La Penélope normanda.
KELLER, Gottfried
383-Los tres honrados peineros y otras novelas.
KEYSERLING, Conde de
92-La vida íntima.
KIERKEGAARD, Sören
158-El concepto de la angustia.
1132-Diario de un seductor.
KINGSTON, W. H. G.
375-A lo largo del Amazonas. *
474-Salvado del mar. *
KIPLING, Rudyard
821-Capitanes valientes. *
KIRKPATRICK, F. A.
130-Los conquistadores españoles. *
KITCHEN, Fred
831-A la par de nuestro hermano el buey. *
KLEIST, Heinrich von
865-Michael Kohlhaas.
KOESSLER, Berta
1208-Cuentan los araucanos...

KOROLENKO, Vladimiro
1133-El día del juicio. Novelas.
KOTZEBUE, Augusto de
572-De Berlín a París en 1804. *
KSCHEMISVARA y LI HSING-TAO
215-La ira de Cáusica. El círculo de tiza.
LABIN, Eduardo
575-La liberación de la energía atómica.
LA CONDAMINE, Carlos María de
268-Viaje a la América meridional.
LAERCIO, Diógenes
879-*Vidas de los filósofos más ilustres.
936-**Vidas de los filósofos más ilustres.
978-***Vidas de los filósofos más ilustres.
LA FAYETTE, Madame de
976-La princesa de Clèves.
LAÍN ENTRALGO, Pedro
784-La generación del 98. *
911-Dos biólogos: Claudio Bernard y Ramón y Cajal.
1077-Menéndez Pelayo. *
1279-La aventura de leer. *
LAMARTINE, Alfonso de
858-Graziella.
922-Rafael.
1073-Las confidencias. *
LAMB, Carlos
675-Cuentos basados en el teatro de Shakespeare. *
LAPLACE, P. S.
688-Breve historia de la astronomía.
LARBAUD, Valéry
40-Fermina Márquez.
LA ROCHEFOUCAULD, F. de
929-Memorias. *
LARRA, Mariano José de
306-Artículos de costumbres.
LARRETA, Enrique
74-La gloria de don Ramiro. *
85-«Zogoibi».
247-Santa María del Buen Aire. Tiempos iluminados.
382-La calle de la Vida y de la Muerte.
411-Tenía que suceder... Las dos fundaciones de Buenos Aires
438-El linyera. Pasión de Roma.
510-La que buscaba Don Juan. Artemis.
560-Jerónimo y su almohadá. Notas diversas.
700-La naranja.
921-Orillas del Ebro. *
1210-Tres films.
1270-Clamor.
1276-El Gerardo. *
LATORRE, Mariano
680-Chile, país de rincones. *
LATTIMORE, Owen y Eleanor
994-Breve historia de China. *
LEÓN, Fray Luis de
51-La perfecta casada.
522-De los nombres de Cristo. *
LEÓN, Ricardo
370-Jauja.
391-¡Desperta, ferro!
481-Casta de hidalgos. *
521-El amor de los amores. *
561-Las siete vidas de Tomás Portolés.
590-El hombre nuevo. *
1291-Alcalá de los Zegríes. *
LEOPARDI
81-Diálogos.
LERMONTOF, M. I.
148-Un héroe de nuestro tiempo.
LEROUX, Gastón
293-La esposa del Sol. *
378-La muñeca sangrienta.
392-La máquina de asesinar.
LEUMANN, Carlos Alberto
72-La vida victoriosa.
LEVENE, Ricardo
303-La cultura histórica y el sentimiento de la nacionalidad. *
702-Historia de las ideas sociales argentinas. *
1060-Las Indias no eran colonias.
LEVILLIER, Roberto
91-Estampas virreinales americanas.
419-Nuevas estampas virreinales: Amor con dolor se paga.
LÉVI-PROVENÇAL, E.
1161-La civilización árabe en España.
LI HSING-TAO y KSCHEMISVARA
215-El círculo de tiza. La ira de Cáusica.
LINKLATER, Eric
631-María Estuardo.
LISZT, Franz
576-Chopin.
LISZT, Franz, y WAGNER, Ricardo
763-Correspondencia.
LOEBEL, Josef
997-Salvadores de vidas.
LONDON, Jack
766-Colmillo blanco. *
LOPE DE RUEDA
479-Eufemia. Armelina. El deleitoso.
LOPE DE VEGA, F.
43-Peribáñez y el comendador de Ocaña. La Estrella de Sevilla. *
274-Poesías líricas. (Selección.)
294-El mejor alcalde, el rey. Fuenteovejuna.
354-El perro del hortelano. El arenal de Sevilla.
422-La Dorotea. *
574-La dama boba. La niña de plata. *
638-El amor enamorado. El caballero de Olmedo.
842-Arte nuevo de hacer comedias. La discreta enamorada.
1225-Los melindres de Belisa. El villano en su rincón. *
LÓPEZ IBOR, Juan José
1034-La agonía del psicoanálisis.
LO TA KANG
787-Antología de cuentistas chinos.
LOTI, Pierre
1198-Ramuncho. *
LOWES DICKINSON, G.
685-Un «banquete» moderno.
LOZANO, C.
1228-Historias y leyendas.
LUCIANO
1175-Diálogos de los dioses. Diálogos de los muertos.
LUGONES, Leopoldo
200-Antología poética. *
232-Romancero.
LUIS XIV
705-Memorias sobre el arte de gobernar.

LULIO Raimundo
889-Libro del Orden de Caballería. Príncipes y juglares.
LUMMIS, Carlos F.
514-Los exploradores españoles del siglo XVI. *
LYTTON, Bulwer
136-Los últimos días de Pompeya. *
MA CE HWANG
805-Cuentos chinos de tradición antigua.
1214-Cuentos humorísticos orientales.
MAC DONALD, Philip, y BOYD CORREL, A.
1057-La rueda oscura. *
MACHADO, Antonio
149-Poesías completas. *
MACHADO, Manuel
131-Antología.
MACHADO, Manuel y Antonio
260-La duquesa de Benamejí. La prima Fernanda. Juan de Mañara. *
706-Las adelfas. El hombre que murió en la guerra.
1011-La Lola se va a los puertos. Desdichas de la fortuna, o Julianillo Valcárcel. *
MACHADO Y ÁLVAREZ, Antonio
745-Cantes flamencos.
MACHADO DE ASSÍS, Joaquim M.
1246-Don Casmurro. *
MAEZTU, María de
330-Antología.-Siglo XX. Prosistas españoles. *
MAEZTU, Ramiro de
31-Don Quijote, Don Juan y La Celestina.
777-España y Europa.
MAGDALENO, Mauricio
844-La tierra grande. *
931-El resplandor. *
MAISTRE, Javier de
962-Viaje alrededor de mi cuarto.
MAISTRE, José de
345-Las veladas de San Petersburgo. *
MALLEA, Eduardo
102-Historia de una pasión argentina.
202-Cuentos para una inglesa desesperada.
402-Rodeada está de sueño.
502-Todo verdor perecerá.
602-El retorno.
MANACORDA, Telmo
613-Fructuoso Rivera.
MANRIQUE, Gómez
665-Regimiento de príncipes y otras obras.
MANRIQUE, Jorge
135-Obra completa.
MANSILLA, Lucio V.
113-Una excursión a los indios ranqueles. *
MANTOVANI, Juan
967-Adolescencia. Formación y cultura.
MANZONI, Alejandro
943-El conde de Carmagnola.
MAÑACH, Jorge
252-Martí, el apóstol. *
MAQUIAVELO
69-El príncipe. (Comentado por Napoleón Bonaparte.)
MARAGALL, Juan
998-Elogios.
MARAÑÓN, Gregorio
62-El conde-duque de Olivares. *
129-Don Juan.
140-Tiempo viejo y tiempo nuevo.
185-Vida e historia.
196-Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo.
360-El «Empecinado» visto por un inglés.
408-Amiel. *
600-Ensayos liberales.
661-Vocación y ética y otros ensayos.
710-Españoles fuera de España.
1111-Raíz y decoro de España.
1201-La medicina y nuestro tiempo.
MARCO AURELIO
756-Soliloquios o reflexiones morales. *
MARCOY, Paul
163-Viaje por los valles de la quina. *
MARCU, Valeriu
530-Maquiavelo. *
MARECHAL, Leopoldo
941-Antología poética.
MARÍAS, Julián
804-Filosofía española actual.
991-Miguel de Unamuno. *
1071-El tema del hombre. *
1206-Aquí y ahora.
MARICHALAR, Antonio
78-Riesgo y ventura del duque de Osuna.
MARÍN, Juan
1090-Lao-Tsze o El universismo mágico.
1165-Confucio o El humanismo didactizante.
1188-Buda o La negación del mundo. *
MARMIER, Javier
592-A través de los trópicos. *
MÁRMOL, José
1018-Amalia. *
MARQUINA, Eduardo
1140-En Flandes se ha puesto el sol. Las hijas del Cid. *
MARRYAT, Federico
956-Los cautivos del bosque. *
MARTÍ, José
1163-Páginas escogidas. *
MARTÍNEZ SIERRA, Gregorio
1190-Canción de cuna.
1231-Tú eres la paz. *
1245-El amor catedrático.
MASSINGHAM, H. J., y GOMPERTZ, M.
529-La Edad de Oro y La panera de Egipto.
MAURA, Antonio
231-Discursos conmemorativos.
MAURA GAMAZO, Gabriel
240-Rincones de la historia. *
MAUROIS, André
2-Disraeli. *
750-Diario. (Estados Unidos, 1946.)
1204-Siempre ocurre lo inesperado.
1255-En busca de Marcel Proust. *
1261-La comida bajo los castaños. *
MAYORAL, Francisco
897-Historia del sargento Mayoral.
MEDRANO, S. W.
960-El libertador José de San Martín. *
MELEAGRO y otros
1332-Poetas líricos griegos.
MELVILLE, Herman
953-Taipi. *
MÉNDEZ PEREIRA, O.
166-Núñez de Balboa. El tesoro del Dabaibe.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino
251-San Isidoro, Cervantes y otros estudios.
350-Poetas de la corte de don Juan II. *
597-El abate Marchena.
691-La Celestina. *
715-Historia de la poesía argentina.
820-Las cien mejores poesías líricas de la lengua castellana. *

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón
28-Estudios literarios. *
55-Los romances de América y otros estudios.
100-Flor nueva de romances viejos. *
110-Antología de prosistas españoles. *
120-De Cervantes y Lope de Vega.
172-Idea imperial de Carlos V.
190-Poesía árabe y poesía europea.
250-El idioma español en sus primeros tiempos.
280-La lengua de Cristóbal Colón.
300-Poesía juglaresca y juglares. *
501-Castilla. La tradición, el idioma. *
800-Tres poetas primitivos.
1000-El Cid Campeador. *
1051-De primitiva lírica española y antigua épica.
1110-Miscelánea histórico-literaria.
1260-Los españoles en la historia. *
1268-Los Reyes Católicos y otros estudios.
1271-Los españoles en la literatura.
1275-Los godos y la epopeya española. *
1280-España, eslabón entre la Cristiandad y el Islam.
1286-El Padre Las Casas y Vitoria, con otros temas de los siglos XVI y XVII.
1301-En torno a la lengua vasca.
1312-Estudios de lingüística.

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, y otros.
1297-Seis temas peruanos

MERA, Juan León
1035-Cumandá. *

MEREJKOVSKY, Dimitri
30-Vida de Napoleón. *
737-El misterio de Alejandro I. *
764-El fin de Alejandro I. *
884-Compañeros eternos. *

MÉRIMÉE, Próspero
152-Mateo Falcone.
986-La Venus de Ille.
1063-Crónica del reinado de Carlos IX. *
1143-Carmen. Doble error.

MESA, Enrique de
223-Poesías completas.

MESONERO ROMANOS, Ramón de
283-Escenas matritenses.

MEUMANN, E.
578-Introducción a la estética actual.
778-Sistema de estética.

MIELI, Aldo
431-Lavoisier y la formación de la teoría química moderna.
485-Volta y el desarrollo de la electricidad.
1017-Breve historia de la biología.

MILTON, John
1013-El paraíso perdido. *

MILL, Stuart
83-Autobiografía.

MILLAU, Francisco
707-Descripción de la provincia del Río de la Plata (1772).

MIQUELARENA, Jacinto
854-Don Adolfo el libertino.

MIRLAS, León
1227-Helen Keller.

MIRÓ, Gabriel
1102-Glosas de Sigüenza.

MISTRAL, Federico
806-Mireya.

MISTRAL, Gabriela
503-Ternura.
1002-Desolación. *

MOLIÈRE
106-El ricachón en la corte. El enfermo de aprensión.
948-Tartufo. Don Juan o El convidado de piedra.

MOLINA, Tirso de
73-El vergonzoso en Palacio. El burlador de Sevilla. *
369-La prudencia en la mujer. El condenado por desconfiado.
442-La gallega Mari-Hernández. La firmeza en la hermosura.

MONCADA, Francisco de
405-Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos.

MONTERDE, Francisco
870-Moctezuma II, señor del Anahuac.

MONTESQUIEU, Barón de
253-Grandeza y decadencia de los romanos.
862-Ensayo sobre el gusto.

MOORE, Tomás
1015-El epicúreo.

MORAND, Paul
16-Nueva York.

MORATÍN, Leandro Fernández de
335-La comedia nueva. El sí de las niñas.

MORETO, Agustín
119-El lindo don Diego. No puede ser el guardar una mujer.

MOURE-MARIÑO, Luis
1306-Fantasías reales. Almas de un protocolo. *

MUÑOZ, Rafael F.
178-Se llevaron el cañón para Bachimba.
896-¡Vámonos con Pancho Villa! *

MURRAY, Gilbert
1185-Esquilo. *

MUSSET, Alfredo de
492-Cuentos: Mimi Pinson. El lunar. Crosiles. Pedro y Camila.

NAPOLEÓN III
798-Ideas napoleónicas.

NAVARRO Y LEDESMA, F.
401-El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra. *

NERUDA, Jan
397-Cuentos de la Malà Strana.

NERVAL, Gerardo de
927-Silvia. La mano encantada. Noches de octubre.

NERVO, Amado
32-La amada inmóvil.
175-Plenitud.
211-Serenidad.
311-Elevación.
373-Poemas.
434-El arquero divino.
458-Perlas negras. Místicas.

NEWTON, Isaac
334-Selección.
NIETZSCHE, Federico
356-El origen de la tragedia.
NODIER, Carlos
933-Recuerdos de juventud.
NOEL, Eugenio
1327-España nervio a nervio. *
NOVALIS
1008-Enrique de Ofterdingen.
NOVÁS CALVO, Lino
194-Pedro Blanco, el Negrero. *
573-Cayo Canas.
NOVO, Salvador
797-Nueva grandeza mexicana.
NÚÑEZ CABEZA DE VACA, Álvar
304-Naufragios y comentarios. *
OBLIGADO, Carlos
257-Los poemas de Edgar Poe.
848-Patria. Ausencia.
OBLIGADO, Pedro Miguel
1176-Antología poética.
OBLIGADO, Rafael
197-Poesías. *
OBREGÓN, Antonio de
1194-Villon, poeta del viejo París. *
O'HENRY
1184-Cuentos de Nueva York.
1256-El alegre mes de mayo y otros cuentos. *
OPPENHEIMER, R., y otros
987-Hombre y ciencia. *
ORDÓÑEZ DE CEBALLOS, Pedro
695-Viaje del mundo. *
ORTEGA Y GASSET, José
1-La rebelión de las masas. *
11-El tema de nuestro tiempo.
45-Notas.
101-El libro de las misiones.
151-Ideas y creencias. *
181-Tríptico: Mirabeau o El político. Kant. Goethe.
201-Mocedades.
1322-Velázquez. *
1328-La caza y Los toros.
1333-Goya.
1338-Estudios sobre el amor. *
OSORIO LIZARAZO, J. A.
947-El hombre bajo la tierra. *
OVIDIO, Publio
995-Las heroidas. *
1326-Las metamorfosis. *
OZANAM, Antonio F.
888-Poetas franciscanos de Italia en el siglo XIII.
939-Una peregrinación al país del Cid y otros escritos.
PALACIO VALDÉS, Armando
76-La hermana San Sulpicio. *
133-Marta y María. *
155-Los majos de Cádiz.
189-Riverita. *
218-Maximina. *
266-La novela de un novelista. *
277-José.
298-La alegría del capitán Ribot.
368-La aldea perdida. *
588-Años de juventud del doctor Angélico. *
PALMA, Ricardo
52-Tradiciones peruanas (1.ª selección).
132-Tradiciones peruanas (2.ª selección).
309-Tradiciones peruanas (3.ª selección).
PAPP, Desiderio
443-Más allá del Sol... (La estructura del Universo.)
980-El problema del origen de los mundos.
PARDO BAZÁN, Condesa de
760-La sirena negra.
1243-Insolación.
PARRY, William E.
537-Tercer viaje para el descubrimiento de un paso por el Noroeste.
PASCAL
96-Pensamientos.
PELLICO, Silvio
144-Mis prisiones.
PEMÁN, José María
234-Noche de levante en calma. Julieta y Romeo.
1240-Antología de poesía lírica.
PEPYS, Samuel
1242-Diario. *
PEREDA, José María de
58-Don Gonzalo González de la Gonzalera. *
414-Peñas arriba. *
436-Sotileza. *
454-El sabor de la tierruca. *
487-De tal palo, tal astilla. *
528-Pedro Sánchez. *
558-El buey suelto... *
PEREYRA, Carlos
236-Hernán Cortés. *
PÉREZ DE AYALA, Martín, y GONZÁLEZ DE MENDOZA, Pedro
689-El Concilio de Trento.
PÉREZ DE AYALA, Ramón
147-Las máscaras. *
183-La pata de la raposa. *
198-Tigre Juan.
210-El curandero de su honra.
249-Poesías completas. *
PÉREZ DE GUZMÁN, Fernán
725-Generaciones y semblanzas.
PÉREZ FERRERO, Miguel
1135-Vida de Antonio Machado y Manuel. *
PÉREZ MARTÍNEZ, Héctor
531-Juárez el Impasible.
807-Cuauhtemoc. (Vida y muerte de una cultura.) *
PFANDL, Ludwig
17-Juana la Loca.
PIGAFETTA, Antonio
207-Primer viaje en torno del globo.
PLA, Cortés
315-Galileo Galilei.
533-Isaac Newton. *
PLATÓN
44-Diálogos. *
220-La República o el Estado. *
639-Apología de Sócrates. Critón o El deber del ciudadano.
PLOTINO
985-El alma, la belleza y la contemplación.
PLUTARCO
228-Vidas paralelas: Alejandro-Julio César.
459-Vidas paralelas: Demóstenes-Cicerón. Demetrio-Antonio.
818-Vidas paralelas: Teseo-Rómulo. Licurgo-Numa.
843-Vidas paralelas: Solón-Publícola. Temístocles-Camilo.
868-Vidas paralelas: Pericles-Fabio Máximo. Alcibíades-Coriolano.

918-Vidas paralelas: Arístides-Marco Catón. Filopemen-Tito Quincio Flaminino.
946-Vidas paralelas: Pirro-Cayo Mario. Lisandro-Sila.
969-Vidas paralelas: Cimón-Lúculo. Nicias-Marco Craso.
993-Vidas paralelas: Sertorio-Eumenes. Foción-Catón el Menor.
1019-Vidas paralelas: Agis-Cleomenes. Tiberio-Cayo Graco.
1043-Vidas paralelas: Dion-Bruto.
1095-Vidas paralelas: Timoleón-Paulo Emilio. Pelópidas-Marcelo.
1123-Vidas paralelas: Agesilao-Pompeyo.
1148-Vidas paralelas: Artajerjes-Arato. Galba-Otón.

POE, Edgard Allan
735-Aventuras de Arturo Gordon Pym. *

POINCARÉ, Henri
379-La ciencia y la hipótesis. *
409-Ciencia y método. *
579-Últimos pensamientos.
628-El valor de la ciencia.

POLO, Marco
1052-Viajes. *

PORTNER KOEHLER, R.
734-Cadáver en el viento. *

PRAVIEL, Armando
21-La vida trágica de la emperatriz Carlota.

PRELAT, Carlos E., y ALSINA FUERTES, F.
1037-El mundo de la mecánica.

PRÉVOST, Abate
89-Manon Lescaut.

PRÉVOST, Marcel
761-El arte de aprender.

PRIETO, Jenaro
137-El socio.

PUIG, Ignacio
456-¿Qué es la física cósmica? *
990-La edad de la Tierra.

PULGAR, Fernando del
832-Claros varones de Castilla.

PUSCHKIN, A. S.
123-La hija del capitán. La nevasca.
1125-La dama de los tres naipes y otros cuentos.
1136-Dubrovskiy. La campesina señorita.

QUEVEDO, Francisco de
24-Historia de la vida del Buscón.
362-Antología poética.
536-Los sueños. *
626-Política de Dios y gobierno de Cristo. *
957-Vida de Marco Bruto.

QUILES, S. I., Ismael
467-Aristóteles. Vida. Escritos y doctrina.
527-San Isidoro de Sevilla.
874-Filosofía de la religión.
1107-Sartre y su existencialismo.

QUINCEY, Tomás de
1169-Confesiones de un comedor de opio inglés. *

QUINTANA, Manuel José
388-Vida de Francisco Pizarro.
826-Vidas de españoles célebres: El Cid. Guzmán el Bueno. Roger de Lauria.

RACINE, Juan
839-Athalia. Andrómaca.

RAINIER, P. W.
724-África del recuerdo. *

RAMÍREZ CABAÑAS, J.
358-Antología de cuentos mexicanos.

RAMÓN Y CAJAL, Santiago
90-Mi infancia y juventud. *
187-Charlas de café. *
214-El mundo visto a los ochenta años. *
227-Los tónicos de la voluntad. *
241-Cuentos de vacaciones. *
1200-La psicología de los artistas.

RAMOS, Samuel
974-Filosofía de la vida artística.
1080-El perfil del hombre y la cultura en México.

RANDOLPH, Marion
817-La mujer que amaba las lilas.
837-El buscador de su muerte. *

RAVAGE, M. E.
489-Cinco hombres de Francfort. *

REGA MOLINA, Horacio
1186-Antología poética.

REID, Mayne
317-Los tiradores de rifle. *

REISNER, Mary
664-La casa de telarañas. *

RENARD, Jules
1083-Diario.

RENOUVIER, Charles
932-Descartes.

REY PASTOR, Julio
301-La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América.

REYES, Alfonso
901-Tertulia de Madrid.
954-Cuatro ingenios.
1020-Trazos de historia literaria.
1054-Medallones.

REYLES, Carlos
88-El gaucho Florido.
208-El embrujo de Sevilla.

REYNOLDS LONG, Amelia
718-La sinfonía del crimen.
977-Crimen en tres tiempos.
1187-El manuscrito de Poe.

RICKERT, H.
347-Ciencia cultural y ciencia natural. *

RIVADENEIRA, Pedro de
634-Vida de Ignacio de Loyola. *

RIVAS, Duque de
46-Romances. *
656-Sublevación de Nápoles capitaneada por Masanielo. *
1016-Don Álvaro o La fuerza del sino.

RODENBACH, Jorge
829-Brujas, la muerta.

RODEZNO, Conde de
841-Carlos VII, duque de Madrid.

RODÓ, José Enrique
866-Ariel.

ROJAS, Fernando de
195-La Celestina.

ROJAS, Francisco de
104-Del rey abajo, ninguno. Entre bobos anda el juego.

ROMANONES, Conde de
770-Doña María Cristina de Habsburgo y Lorena.
1316-Salamanca. Conquistador de riqueza, gran señor.

ROMERO, Francisco
940-El hombre y la cultura.

ROMERO, José Luis
1117-De Herodoto a Polibio.

ROSENKRANTZ, Palle
534-Los gentiles hombres de Lindenborg. *
ROSTAND, Edmundo
1116-Cyrano de Bergerac. *
ROUSSELET, Luis
327-Viaje a la India de los maharajahs.
ROUSSELOT, Xavier
965-San Alberto, Santo Tomás y San Buenaventura.
RUIZ DE ALARCÓN, Juan
68-La verdad sospechosa. Los pechos privilegiados.
RUIZ GUIÑAZÚ, Enrique
1155-La tradición de América. *
RUSKIN, John
958-Sésamo y lirios.
RUSSELL, Bertrand
23-La conquista de la felicidad.
RUSSELL WALLACE, A. de
313-Viaje al archipiélago malayo.
SÁENZ HAYES, Ricardo
329-De la amistad en la vida y en los libros.
SAFO y otros
1332-Poetas líricos griegos.
SAID ARMESTO, Víctor
562-La leyenda de Don Juan. *
SAINT-PIERRE, Bernardino de
393-Pablo y Virginia.
SAINTE-BEUVE, Carlos de
1045-Retratos contemporáneos.
1069-Voluptuosidad. *
1109-Retratos de mujeres.
SAINZ DE ROBLES, F. C.
114-El «otro» Lope de Vega.
1334-Fabulario español.
SALINAS, Pedro
1154-Poemas escogidos.
SALOMÓN
464-El Cantar de los Cantares. (Versión de fray Luis de León.)
SALTEN, Félix
363-Los hijos de Bambi.
371-Bambi. (Historia de una vida del bosque.)
395-Renni «el salvador». *
SALUSTIO, Cayo
366-La conjuración de Catilina. La guerra de Jugurta.
SAMANIEGO, Félix María
632-Fábulas.
SAN AGUSTÍN
559-Ideario. *
1199-Confesiones. *
SAN FRANCISCO DE ASÍS
468-Las florecillas. El cántico del Sol. *
SAN FRANCISCO DE CAPUA
678-Vida de Santa Catalina de Siena. *
SAN JUAN DE LA CRUZ
326-Obras escogidas.
SÁNCHEZ-SÁEZ, Braulio
596-Primera antología de cuentos brasileños. *
SANDERS, George
657-Crimen en mis manos. *
SANTA CRUZ DE DUEÑAS, Melchor de
672-Floresta española.
SANTA MARINA, Luys
157-Cisneros.
SANTA TERESA DE JESÚS
86-Las moradas.
372-Su vida. *
636-Camino de perfección.
999-Libro de las fundaciones. *
SANTILLANA, Marqués de
552-Obras.
SANTO TOMÁS DE AQUINO
310-Suma teológica. (Selección.)
SANTO TOMÁS MORO
1153-Utopía.
SANZ EGAÑA, Cesáreo
1283-Historia y bravura del toro de lidia. *
SARMIENTO, Domingo F.
1058-Facundo. *
SCOTT, Walter
466-El pirata. *
877-El anticuario *
1232-Diario.
SCHIAPARELLI, Juan V.
526-La astronomía en el Antiguo Testamento.
SCHILLER, J. C. F.
237-La educación estética del hombre.
SCHLESINGER, E. C.
955-La zarza ardiente. *
SCHMIDL, Ulrico
424-Derrotero y viaje a España y las Indias.
SCHULTEN, Adolf
1329-Los cántabros y astures y su guerra con Roma. *
SÉNECA
389-Tratados morales.
SHAKESPEARE, William
27-Hamlet.
54-El rey Lear.
87-Otelo. Romeo y Julieta.
109-El mercader de Venecia. Macbeth.
116-La tempestad. La doma de la bravía.
127-Antonio y Cleopatra.
452-Las alegres comadres de Windsor. La comedia de las equivocaciones.
488-Los dos hidalgos de Verona. Sueño de una noche de San Juan.
635-A buen fin no hay mal principio. Trabajos de amor perdidos. *
736-Coriolano.
769-El cuento de invierno.
792-Cimbelino.
828-Julio César. Pequeños poemas.
872-A vuestro gusto.
SHAW, Bernard
615-El carro de las manzanas.
630-Héroes. Cándida.
640-Matrimonio desigual.*
SHEEN, Monseñor Fulton J.
1304-El comunismo y la conciencia occidental. *
SHELLEY, Percy B.
1224-Adonais y otros poemas breves.
SIBIRIAK, Mamin
739-Los millones. *
SIENKIEWICZ, Enrique
767-Narraciones. *
845-En vano.
886-Hania. Orso. El manantial.
SIGÜENZA Y GÓNGORA, Carlos de
1033-Infortunios de Alonso Ramírez.
SILIÓ, César
64-Don Álvaro de Luna.*
SILVA, José Asunción
827-Poesías.
SILVA VALDÉS, Fernán
538-Cuentos del Uruguay.*
SIMMEL, Georges
38-Cultura femenina y otros ensayos.
SIMÓNIDES DE CEOS y otros
1332-Poetas líricos griegos.
SLOCUM, Joshua
532-A bordo del «Spray». *
SÓFOCLES
835-Ayante. Electra. Las traquinianas.

SOFOVICH, Luisa
1162-Biografía de la Gioconda.
SOLALINDE, Antonio G.
154-Cien romances escogidos.
169-Antología de Alfonso X el Sabio. *
SOLÍS, Antonio
699-Historia de la conquista de Méjico. *
SOPEÑA, Federico
1217-Vida y obra de Franz Liszt.
SOREL, Cecilia
1192-Las bellas horas de mi vida. *
SOUBRIER, Jacques
867-Monjes y bandidos. *
SOUVIRON, José María
1178-La luz no está lejos. *
SPENGLER, O.
721-El hombre y la técnica.
1323-Años decisivos. *
SPINELLI, Marcos
834-Misión sin gloria. *
SPRANGER, Eduardo
824-*Cultura y educación. (Parte histórica.)
876-**Cultura y educación. (Parte temática.)
STAËL, Madame de
616-Reflexiones sobre la paz.
655-Alemania.
742-Diez años de destierro. *
STARK, L. M.; PRICE, G. A.; HILL, A. V., y otros
944-Ciencia y civilización. *
STENDHAL
815-*Historia de la pintura en Italia. (Escuela florentina. Renacimiento. De Giotto a Leonardo. Vida de Leonardo de Vinci.)
855-**Historia de la pintura en Italia. (De la belleza ideal en la antigüedad. Del bello ideal moderno. Vida de Miguel Ángel.) *
909-Vida de Rossini.
1152-Vida de Napoleón. (Fragmentos.) *
1248-Diario.
STEVENSON, Robert L.
7-La isla del tesoro.
342-Aventuras de David Balfour. *
566-La flecha negra. *
627-Cuentos de los mares del Sur.
666-A través de las praderas.
776-El extraño caso del doctor Jekyll y míster Hyde. Olalla.
1118-El príncipe Otón. *
1146-El muerto vivo. *
1222-El tesoro de Franchard. Las desventuras de John Nicholson.
STOKOWSKI, Leopoldo
591-Música para todos nosotros. *
STONE, I. P. de
1235-Burbank, el mago de las plantas.
STORM, Theodor
856-El lago de Immen.
STORNI, Alfonsina
142-Antología poética.
STRINDBERG, Augusto
161-El viaje de Pedro el Afortunado.
SUÁREZ, S. J., Francisco
381-Introducción a la metafísica. *
1209-Investigaciones metafísicas. *
1273-Guerra. Intervención. Paz internacional. *
SWIFT, Jonatán
235-Viajes de Gulliver. *
SYLVESTER, E.
483-Sobre la índole del hombre.
934-Yo, tú y el mundo.
TÁCITO
446-Los Anales: Augusto-Tiberio. *
462-Historias. *
1085-Los Anales: Claudio-Nerón. *
TAINE, Hipólito A.
115-*Filosofía del arte.
448-Viaje a los Pirineos. *
505-**Filosofía del arte. *
1177-Notas sobre París. *
TALBOT, Hake
690-Al borde del abismo. *
TASSO, Torcuato
966-Noches.
TEJA ZABRE, A.
553-Morelos. *
TELEKI, José
1026-La corte de Luis XV.
TEOFRASTO, EPICTETO, CEBES
733-Caracteres morales. Enquiridión o máximas. La tabla de Cebes.
TEÓCRITO y otros
1332-Poetas líricos griegos
TERENCIO AFER, Publio
729-La Andriana. La suegra. El atormentador de sí mismo.
743-Los hermanos. El eunuco. Formión.
TERTULIANO, Q. S.
768-Apología contra los gentiles.
THACKERAY, W. M.
542-Catalina.
1098-El viudo Lovel.
1218-Compañeras del hombre. *
THIERRY, Agustín
589-Relatos de los tiempos merovingios. *
THOREAU, Henry D.
904-Walden o Mi vida entre bosques y lagunas. *
TICKNOR, Jorge
1089-Diario.
TIEGHEM, Paul van
1047-Compendio de historia literaria de Europa.
TIMONEDA, Juan
1129-El patrañuelo.
TIRTEO y otros
1332-Poetas líricos griegos
TOEPFFER, R.
779-La biblioteca de mi tío
TOLSTOI, León
554-Los cosacos.
586-Sebastopol.
TORRES BODET, Jaime
1236-Poesías escogidas.
TORRES VILLARROEL
822-Vida. *
TOVAR, Antonio
1272-Un libro sobre Platón
TURGUENEFF, Iván
117-Relatos de un cazador
134-Anuchka. Fausto.
482-Lluvia de primavera. Remanso de paz. *
TWAIN, Mark
212-Las aventuras de Tom Sawyer.
649-El hombre que corrompió a una ciudad.
679-Fragmentos del diario de Adán. Diario de Eva.
698-Un reportaje sensacional y otros cuentos.
713-Nuevos cuentos.
1049-Tom Sawyer, detective. Tom Sawyer, en el extranjero.
UNAMUNO, Miguel de
33-Vida de Don Quijote y Sancho. *

70-Tres novelas ejemplares y un prólogo.
99-Niebla.
112-Abel Sánchez.
122-La tía Tula.
141-Amor y pedagogía.
160-Andanzas y visiones españolas. *
179-Paz en la guerra. *
199-El espejo de la muerte.
221-Por tierras de Portugal y de España.
233-Contra esto y aquello.
254-San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más.
286-Soliloquios y conversaciones.
299-Mi religión y otros ensayos breves.
323-Recuerdos de niñez y de mocedad.
336-De mi país.
403-En torno al casticismo.
417-El caballero de la Triste Figura.
440-La dignidad humana.
478-Viejos y jóvenes.
499-Almas de jóvenes.
570-Soledad.
601-Antología poética.
647-El otro. El hermano Juan.
703-Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana.
781-El Cristo de Velázquez.
900-Visiones y comentarios.

UP DE GRAFF, F. W.
146-Cazadores de cabezas del Amazonas. *

URIBE PIEDRAHÍTA, César
314-Toá.

VALDÉS, Juan de
216-Diálogo de la lengua.

VALLE, R. H.
477-Imaginación de México.

VALLE-ARIZPE, Artemio de
53-Cuentos del México antiguo.
340-Leyendas mexicanas.
881-En México y en otros siglos.
1067-Fray Servando. *
1278-De la Nueva España.

VALLE-INCLÁN, Ramón del
105-Tirano Banderas.
271-Corte de amor.
302-Flor de santidad. El marqués de Bradomín.
415-Voces de gesta. Cuento de abril.
430-Sonata de primavera. Sonata de estío.
441-Sonata de otoño. Sonata de invierno.
460-Los cruzados de la Causa.
480-El resplandor de la hoguera.
520-Gerifaltes de antaño.
555-Jardín umbrío.
621-Claves líricas.
651-Cara de Plata.
667-Águila de blasón.
681-Romance de lobos.
811-La lámpara maravillosa.
1296-La corte de los milagros. *
1300-Viva mi dueño. *
1307-Luces de bohemia.
1311-Baza de espadas. *
1315-Tablado de marionetas. *
1320-Divinas palabras.
1325-Retablo de la avaricia, la lujuria y la muerte. *
1331-La marquesa Rosalinda.
1337-Martes de Carnaval. *

VALLERY-RADOT, René
470-Madame Pasteur. (Elogio de un librito, por Gregorio Marañón.)

VAN DINE
176-La serie sangrienta.

VARIOS
319-Frases.
1166-Relatos diversos de cartas de jesuitas.

VASCONCELOS, José
802-La raza cósmica. *
961-La sonata mágica.
1091-Filosofía estética.

VÁZQUEZ, Francisco
512-Jornada de Omagua y Dorado. (Historia de Lope de Aguirre, sus crímenes y locuras.)

VEGA, El inca Garcilaso de la
324-Comentarios reales. (Selección.)

VEGA, Garcilaso de la
63-Obras.

VEGA, Ventura de la
484-El hombre de mundo. La muerte de César. *

VELA, Fernando
984-El grano de pimienta.

VÉLEZ DE GUEVARA, Luis
975-El Diablo Cojuelo.

VERGA, G.
1244-Los Malasangre. *

VERLAINE, Paul
1088-Fiestas galantes. Romanzas sin palabras. Sensatez.

VICO, Giambattista
836-Autobiografía.

VIGNY, Alfredo de
278-Servidumbre y grandeza militar.
748-Cinq-Mars. *
1173-Stello. *

VILLALÓN, Cristóbal de
246-Viaje de Turquía. *
264-El crotalón. *

VILLA-URRUTIA, Marqués de
57-Cristina de Suecia.

VILLEBOEUF, André
1284-Serenatas sin guitarra. *

VILLIERS DE L'ISLE-ADAM, Conde de
833-Cuentos crueles. *

VINCI, Leonardo de
353-Aforismos.
650-Tratado de la pintura. *

VIRGILIO
203-Églogas. Geórgicas.
1022-La Eneida. *

VITORIA, Francisco de
618-Relecciones sobre los indios y el derecho de guerra.

VIVES, Luis
128-Diálogos.
138-Instrucción de la mujer cristiana.
272-Tratado del alma. *

VOSSLER, Carlos
270-Algunos caracteres de la cultura española.
455-Formas literarias en los pueblos románicos.
511-Introducción a la literatura española del Siglo de Oro.
565-Fray Luis de León.
624-Estampas del mundo románico.
644-Jean Racine.
694-La Fontaine y sus fábulas.
771-Escritores y poetas de España.

WAGNER, Ricardo
785-Epistolario a Matilde Wasendonk.
1145-La poesía y la música en el drama del futuro.

WAGNER, Ricardo, y LISZT, Franz
763-Correspondencia.

WAKATSUKI, Fukuyiro
103-Tradiciones japonesas.
WALSH, William Thomas
504-Isabel la Gruzada. *
WALSHE, Seamus, y HATCH, Alden
1335-Corona de gloria. La vida del papa Pío XII. *
WALLON, H.
539-Juana de Arco. *
WASSILIEW, A. T.
229-Ochrana. *
WAST, Hugo
80-El camino de las llamas.
WATSON WATT, R. A.
857-A través de la casa del tiempo o El viento, la lluvia y seiscientas millas más arriba.
WECHSBERG, Joseph
697-Buscando un pájaro azul. *
WELLS, H. G.
407-La lucha por la vida. *
WHITNEY, Phyllis A.
584-El rojo es para el asesinato. *
WILDE, José Antonio
457-Buenos Aires desde setenta años atrás.
WILDE, Óscar
18-El ruiseñor y la rosa.
65-El abanico de lady Windermere. La importancia de llamarse Ernesto.
604-Una mujer sin importancia. Un marido ideal. *
629-El crítico como artista. Ensayos. *
646-Balada de la cárcel de Reading. Poemas.
683-El fantasma de Canterville. El crimen de lord Arturo Savile.
WILSON, Mona
790-La reina Isabel.
WILSON, Sloan
780-Viaje a alguna parte. *
WISEMAN, Cardenal
1028-Fabiola. *
WYNDHAM LEWIS, D. B.
42-Carlos de Europa, emperador de Occidente. *
WYSS, Juan Rodolfo
437-El Robinsón suizo. *
YÁÑEZ, Agustín
577-Melibea, Isolda y Alda en tierras cálidas.
YEBES, Condesa de
727-Spínola el de las lanzas y otros retratos históricos. Ana de Austria. Luisa Sigea. Rosmithal.
ZAMORA VICENTE, Alonso
1061-Presencia de los clásicos.
1287-Voz de la letra.
ZORRILLA, José
180-Don Juan Tenorio. El puñal del godo.
439-Leyendas y tradiciones.
614-Antología de poesías líricas. *
1339-El zapatero y el rey. *
ZUNZUNEGUI, Juan Antonio de
914-El barco de la muerte. *
981-La úlcera. *
1084- * Las novelas de la quiebra: Ramón o La vida baldía. *
1097-** Las novelas de la quiebra: Beatriz o La vida apasionada. *
1319-El chiplichandle. (Acción picaresca.) *
ZWEIG, Stefan
273-Brasil. *
541-Una partida de ajedrez. Una carta.
1149-La curación por el espíritu. Introducción. Mesmer.
1172-Nuevos momentos estelares.
1181-La curación por el espíritu: Mary Baker-Eddy S. Freud. *

PB-11736

Printed in Spain